La Vengadora
Jane Feather



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

LOS PIRINEOS, JULIO DE 1792

La pequeña procesión bajaba serpenteando por el empinado sendero de montaña, dejando atrás la frontera francesa y avanzando hacia la ciudad montañesa española de Roncesvalles; los jinetes acompañantes se protegían del brillo candente del sol con sombreros de ala ancha. Dentro del tambaleante y pesado carruaje, la atmósfera era asfixiante, el aire tan denso y caliente que parecía una manta, y convertía cada respiración en un esfuerzo.

Las dos mujeres se apoyaban contra los cojines de cuero; la mayor, con velo y guantes a pesar del calor, se abanicaba y gemía por lo bajo, secándose los labios cada tanto con un pañuelo perfumado con lavanda. Su acompañante se acurrucaba en un rincón, con su espalda empapada de sudor, sintiendo que el tafetán oscuro de su vestido se pegaba al cuero de los cojines. Su sombrero descansaba sobre el asiento a su lado; se había quitado el velo hacía rato. Tenía el rostro sonrojado y acalorado; las gotas de sudor perlaban su frente y resbalaban por el costado de su nariz. Su pelo, del color del trigo estival, se pegaba a su pequeña cabeza, y sus ojos violetas aparecían lánguidos bajo los párpados caídos.

–Oh, mi querido Señor, ¿es que este viaje no ha de terminar nunca? –murmuró la dama de más edad.

La más joven no respondió, pues sabía que la pregunta era meramente retórica; la había oído cada escasos minutos, desde esa mañana, cuando habían tomado el coche. Contemplaba con cierto desprecio a su compañera. Por cierto, el interior era caluroso e incómodo, pero como la señorita Henderson se había rehusado terminantemente a que descorriesen las cortinillas de cuero que ocultaban las ventanas y, en consecuencia, estaban encerradas en ese horno sin aire en homenaje al recato, como si alguien que no fuera un pastor de cabras pudiese verlas en ese puerto de montaña, Cecile Penhallan no abrigaba simpatía hacia los sufrimientos de la otra.

La muchacha pensaba que si su dama de compañía no estuviese tan gruesa, encontraría la situación más fácil de soportar, y evocó la imagen de los rollos de blanca carne de Marianne Henderson fundiéndose como manteca en una sartén.

Como no era una imagen muy grata, cerró los ojos: era demasiado esfuerzo mantenerlos abiertos.

El disparo de un rifle y la brusca detención de los caballos la hicieron incorporarse y abrir la cortinilla de cuero, mientras su dama de compañía rompía a gritar.

–¡Oh, son bandoleros! Lo sé. Nos robarán. Nos atacarán. Arrebatarán nuestra virtud… oh, mi querida señorita Penhallan, ¿qué irá a decir su hermano...?

–Vamos, señora, dudo que Cedric crea que todavía conservo mi virtud –comentó Cecile, espiando por la abertura de la ventana–. ¿Y quién podría desmentirlo? –agregó, pícara, con los ojos animados y chispeantes, ya desvanecida su languidez.

Por encima del parloteo de los jinetes y las maldiciones del cochero, se oyó una voz seca, autoritaria, que rasgó el barullo como una tijera rasgando seda.

–Oh, señorita Penhallan, cómo...

Fuera lo que fuese lo que la dama iba a decir, fue interrumpida por un desmayo que la hizo hundirse lentamente, en medio de un crujir de tafetán almidonado para caer, al fin, sobre el piso del coche.

La puerta del carruaje se abrió de golpe.

–*Señorita*, siento mucho incomodarla, pero debo pedirle que se baje –dijo cortésmente la misma voz, con fuerte acento.

Apareció una mano... una mano sin guante, que llevaba en su meñique un rubí tallado en forma de cuadrado.

Cecile posó la suya, pequeña y blanca, también desnuda, sobre ésa que asomaba. Sintió la aspereza de la palma callosa y los fuertes dedos morenos encerraron los de ella ayudándola a salir del interior del carruaje hacia el sol, blanco y cegador.

Cuando levantó la vista, vio una cara bronceada, ojos oscuros, como de halcón, fijos en su rostro, una boca fuerte, apretada en una línea firme, intimidatoria, largos cabellos negros recogidos en la nuca con una cinta.

–¿Quién es usted?

–Me dicen El Barón –respondió el hombre, haciendo una burlona reverencia.

–¡Oh! –suspiró Cecile.

Era el barón ladrón... el bandolero que invocaban las madres para asustar a sus hijos y obligarlos a obedecer. El rey indiscutido de los puertos de montaña entre España y Francia. Y era el ser más guapo sobre el que Cecile Penhallan había puesto sus ojos en sus diecisiete años.

Levantó la vista, se perdió en esos ojos negros y supo que ella había estado esperando este encuentro desde la primera vez que había sentido esos extraños estremecimientos en su cuerpo, esa energía inquietante que la había impulsado a desafiar a su hermano, a contrariarlo, ganándose su actual exilio.

El barón también la examinaba; en sus ojos apareció una luz que se convirtió en plena llama. Y Cecile supo que sus ojos también reflejaban esa llama y se la ofrecían a él. Se acercó más, como atraída por una cuerda invisible, sin ver la escena que se desarrollaba alrededor, los caballos encabritados, los aterrorizados jinetes rodeados por la banda de bandoleros que montaban sus caballos con naturalidad, con cananas en los hombros, los rifles apoyados como al descuido en los pomos de sus sillas. No hacían movimientos amenazadores porque no era necesario: su sola presencia era suficiente intimidación.

–Venga –dijo El Barón.

Era una orden; también una sencilla afirmación.

La tomó de la cintura, la alzó y la sentó sobre un poderoso zaino con una estrella blanca en la frente; luego montó tras ella.

–Apóyese – dijo él–. No tiene nada que temer, querida.

–Lo sé –respondió Cecile con sencillez, recostándose sobre su ancho pecho, mientras sus brazos la rodeaban y sujetaban las riendas–. ¿Adónde me lleva?

–A casa.

Cecile miró atrás mientras el caballo avanzaba con paso seguro por el angosto sendero ascendente. Marianne había vuelto en sí de su desmayo y, asomándose por la ventanilla, agitaba frenéticamente su mano enguantada en dirección a su pupila que se alejaba mientras, por debajo de su velo, manaba una extraña retahíla de protestas.

Cecile rió entre dientes.

–Pobre Marianne.

Levantó una mano a modo de animado saludo. Fue la última vez que Marianne Henderson vio a Cecile Penhallan... más bien, la última vez que la vio cualquiera que la hubiese conocido antes de que ella se encontrara con El Barón.

La banda se alejó del coche tras de su jefe, que emprendió la marcha al trote. Dedicaron un burlón saludo a los temblorosos jinetes y a la parlanchina señorita Henderson y se volvieron para seguir al jefe y su cautiva, dejando tan intacta la virtud de la señorita Henderson como el saco de monedas de cuero que estaba oculto bajo el asiento del coche.

Ése no había sido como cualquier otro robo en la carretera, más aún, ellos se marcharon sin aquello que habían ido a buscar.

1

PORTUGAL, MARZO DE 1812

El ayuda de campo subió de prisa los peldaños de madera del Cuartel General de la ciudad de Elvas, rumbo a la oficina del comandante en jefe haciendo repiquetear sus botas. Pero al llegar a la puerta aminoró

el paso, se acomodó el corbatín, estiró su chaqueta y se alisó el pelo. Al Par no le agradaba el desaliño y cuando quería tenía una lengua punzante.

–¡Pase! –fue la áspera orden que respondió a su llamada en la puerta.

Había tres hombres en la gran habitación atravesada por corrientes de aire: un coronel, un mayor y el comandante en jefe; estaban junto al fuego que ardía en el hogar para combatir la humedad y el frío. Había estado lloviendo durante cinco días, y)a lluvia convertía en un infierno la vida de los soldados encargados de cavar trincheras alrededor de Badajoz, al otro lado de la frontera española, que estaba siendo sitiada.

El ayuda de campo saludó.

–Despachos de inteligencia, señor.

Dejó un fajo de papeles sobre el escritorio.

Wellington respondió al saludo con un rezongo y se apartó del fuego para mirar los papeles. Su larga nariz huesuda se frunció de disgusto. Levantó la vista hacia los dos oficiales, que seguían junto al fuego:

–Los franceses han apresado a La Violette.

–¿Cuándo, señor?

El coronel lord Julian St. Simon tendió la mano para recibir el documento que le ofrecía Wellington.

–Parece que ha sido ayer. Los hombres de Cornichet han rodeado a su banda de rufianes en las afueras de Olivenza. Según este informe, retienen a La Violette en un puesto de avanzada, fuera de la ciudad.

–¿Es de fiar este informe?

Los ojos del coronel recorrían el documento.

Wellington se alzó de hombros y lanzó una mirada interrogante al ayuda de campo.

–El agente es uno de nuestros mejores hombres, señor –respondió éste–. Y la información es tan reciente que apostaría a que es correcta.

–Maldición –farfulló Wellington–. Si los franceses la tienen, le arrancarán todo lo que sabe, hasta la última gota. Ella sabe cómo atravesar esos condenados puertos desde Bayonne, y lo que ella no sabe es porque no merece la pena.

–Entonces, será conveniente que la saquemos de allí –dijo el coronel con tono intencionado, como si fuese una conclusión obvia que tornara inútil el despacho que había sobre la mesa–. No podemos permitir que Johnny Crapaud posea información de la que nosotros carecemos.

–No –coincidió Wellington, frotándose el mentón–. Si La Violette ya ha entregado sus conocimientos a los franceses, nosotros quedaremos en gran desventaja, a menos que podamos inducirla a que nos la dé también a nosotros.

–¿Por qué la llaman así los franceses? –preguntó el mayor–. Los españoles también la llaman Violeta.

–Tengo entendido que opera bajo ese nombre –dijo el coronel St. Simon, dando a su voz una nota irónica–. O, mejor dicho, el papel que juega... el de la proverbial, humilde violeta. Siempre puede ser adivinada tras las actividades de una gran banda de guerrilleros. Mientras el ejército francés se concentra en las actividades de la guerrilla, la violeta y su banda florecen en segundo plano, causando estragos donde menos se los espera.

–Y, mientras tanto, ella va acrecentando su fortuna –observó Wellington–. Se dice que no pierde tiempo con ninguno de los dos ejércitos y, si bien ayuda a los guerrilleros españoles, recibe paga por esa ayuda... o, cuando menos, facilidades para cometer provechosos pillajes.

–En otras palabras, es una mercenaria –dijo el mayor, con una mueca de disgusto.

–Exacto. Pero supongo que favorece menos aun a los franceses que a nosotros. Por lo menos, jamás ha ofrecido ayuda a los franceses por ningún precio.

El comandante en jefe pateó un tronco caído en la chimenea.

–Hasta ahora –comentó el coronel–. Es posible que estén ofreciéndole el precio justo en este mismo momento.

Él era un hombre de gran estatura, de anchos hombros, pecho abombado, con un par de sorprendentes ojos azules bajo sus hirsutas cejas de un rojo dorado. Su pelo formaba una espesa melena del mismo color, con un mechón rebelde que le caía sobre la frente. Tenía el porte de la autoridad natural, la del hombre que ha nacido en medio de la riqueza y los privilegios, no acostumbrado a cuestionar el orden establecido.

Llevaba sobre su chaqueta escarlata una pelliza de oficial de caballería echada como al descuido, una imponente espada curva envainada, pendiente de un cinturón tachonado que rodeaba su cadera. Se movía con inquieta energía, como si fuera demasiado grande para ese espacio limitado.

–Milord, he oído decir que su apodo también podría provenir de la apariencia de La Violette –se atrevió a decir el ayuda de campo–. Dicen que se parece a esa flor.

–¡Por Dios, hombre! –la carcajada despectiva del coronel resonó en la habitación–. Es una bandida despiadada, asesina, capaz de poner precio a sus dudosos servicios a los guerrilleros cuando el capricho la impulsa a ello.

Desconcertado, el ayuda de campo removió los pies, pero el mayor dijo con vivacidad:

–No, St. Simon, el hombre tiene razón. Yo también lo he oído decir. Tengo entendido que es una persona de poca talla, que da la impresión de que podrías voltearla con un solo soplido.

–Si es así, no soportará mucho tiempo cuando el mayor Cornichet comience su gentil persuasión –afirmó Wellington–. Él es un bruto cruel y arrogante, y disfruta con los interrogatorios. No hay tiempo que perder. Julian, ¿quieres encargarte?

–Será un placer. Será una alegría para mí despojar a Cornichet de su presa –el coronel, incapaz de disimular su entusiasmo por la tarea, hizo chocar las botas y sus espuelas tintinearon–. Y será una satisfacción poner fin a los juegos de esta humilde violeta. Ya ha jugado demasiado tiempo y se ha enriquecido a nuestra costa –una expresión de disgusto atravesó sus aristocráticas facciones. Julian St. Simon no sentía simpatía por los mercenarios–. Llevaré veinte hombres.

–¿Será suficiente para arrasar todo un puesto de avanzada, St. Simon? –preguntó el mayor.

–Oh, no tengo intenciones de arrasarlo, amigo mío –repuso el coronel lord Julian St. Simon, sonriendo–. Tretas, movimientos furtivos... tácticas guerrilleras al estilo nuestro, si me entiende lo que quiero decir.

–Ponte a la tarea, pues, Julian –Wellington le tendió la mano–. Y trae esa flor para que nosotros podamos arrancarle sus pétalos también.

–La traeré aquí dentro de cinco días, señor.

El coronel abandonó la habitación, dejando una especie de remolino de energía al salir.

Al prometer que la llevaría cinco días después no estaba haciendo gala de una jactancia vacua, como bien sabía el comandante en jefe. A los veintiocho años, Julian St. Simon ya tenía tras de sí una carrera militar de diez años, y se lo conocía tanto por sus métodos no ortodoxos como por su invariable éxito. En el regimiento se consideraba un hecho cierto que St. Simon jamás fracasaba en una tarea que él mismo se imponía, y que sus hombres serían capaces de seguirlo hasta el propio infierno, si él les pedía.

El puesto de avanzada francés era un apiñamiento de chozas de madera y de tiendas de campaña dentro de un pequeño bosque, fuera de las murallas de Olivenza. Desde un cielo de plomo caía la lluvia, que goteaba desde las ramas de los árboles mojando las tiendas de lona y corriendo en un torrente constante por los espacios que había entre las tablas de las chozas.

La Violette, a la que su gente conocía como Tamsyn, hija de Cecile Penhallan y de El Barón, estaba acurrucada en el suelo de tierra mojado, en un rincón de una de las chozas. Estaba amarrada a la pared por medio de una cuerda atada a un collar de cuero trenzado que llevaba en el cuello. Se desplazó de costado para evitar un persistente hilo de agua que goteaba desde una tabla acanalada y caía por la espalda de su camisa.

Tenía frío y hambre, estaba acalambrada y mojada, pero su mirada era lúcida y especulativa, sus oídos se aguzaban para captar la conversación en voz baja, pese al tamborileo de la lluvia. El mayor Cornichet y dos de sus oficiales comían sentados a una mesa en el centro de la choza. El olor a ajo de la salchicha y de un queso sazonado le hacía la boca agua. Vio descorchar una botella y le pareció saborear el áspero vino tinto de la región. La inundó una oleada de náuseas provocada por el hambre.

Hacía dos días que estaba así. Esa mañana temprano, le habían arrojado media hogaza de pan, que había caído en el barro, a su lado, pero ella le había quitado la suciedad y la había devorado, inclinando la cabeza para aprovechar el agua que caía de la canaleta que había encima de ella. Por lo menos, no sufriría escasez de agua si estaba dispuesta a sostenerse y, hasta el momento, no había tenido que soportar otra cosa que lo incómodo y lo humillante de su situación.

Un cierto grado de humillación y de incomodidad no eran nada. Tamsyn creyó oír la voz del barón:

–*Hija,* debes averiguar qué es lo que puedes soportar y qué no; qué batallas vale la pena librar y cuáles no.

Pero, ¿cuándo se acabaría la etapa de ablandamiento? ¿Cuándo comenzarían en serio? Claro que ella podía darles lo que pretendían, y hasta pedir un precio a cambio. Pero ésta era una batalla que valía la pena librar. Ella no podía ayudar a los franceses, traicionar a los guerrilleros sin traicionar, al mismo tiempo, la memoria de su padre. ¿Cuándo empezarían, pues?

Como si respondiera a su no formulada pregunta, el mayor Cornichet se puso de pie y se acercó a ella. La miró, mientras se acariciaba el rizado bigote encerado que adornaba su boca cruel. Ella le devolvió la mirada con la mayor valentía que pudo.

–*Eh, bien* –dijo el hombre–. Creo que ahora hablará.

–¿De qué? –preguntó ella.

Tenía la boca seca y, pese al frío y a la humedad, se sentía acalorada y febril. La hija de El Barón no era ninguna cobarde, pero no era preciso ser cobarde para sentir temor ante lo que le esperaba.

–No ponga a prueba mi paciencia –dijo él, en tono casi afable–. Podemos hacer esto sin dolor o con dolor. A mí me da lo mismo.

Tamsyn cruzó los brazos, apoyó la cabeza contra la pared que tenía a sus espaldas sin hacer caso del hilo de agua y cerró los ojos.

De repente, la cuerda atada al collar recibió un brutal tirón. El collar le apretaba la garganta porque el coronel tiraba hacia arriba hasta ponerla de puntillas y cortarle la respiración.

–No se haga la tonta, Violette –dijo Cornichet en voz baja–. A la larga, hablará. Dirá todo lo que queremos saber y mucho más aun, con tal de detener el dolor. Usted lo sabe. Nosotros lo sabemos. Entonces, ahorremos tiempo y problemas.

Ella no podría aguantar eternamente, aunque sí podía soportar un tiempo.

–¿Dónde está Longa?

La blanda voz que preguntaba siseó, destacándose del monótono sonido de la lluvia.

Longa mandaba alguna banda de guerrilleros en el norte. Las audaces incursiones y los furtivos ataques inesperados de sus guerrilleros causaban estragos entre las fuerzas de Napoleón, acosando a las columnas de soldados que luchaban, cayendo sobre los rezagados, arrasando la tierra de modo que el ejército no pudiese cobrar el botín del cual vivía y que recogía durante su marcha.

Tamsyn sabía dónde estaba Longa. Pero si el jefe guerrillero recibía la noticia de su captura antes de que ella se quebrase, él podría desaparecer. Rogaba que alguien se hubiese percatado de ello, que la noticia estuviese acercándose a Pamplona en ese mismo momento. Durante la emboscada, todos sus hombres se habían dispersado o habían sido asesinados, menos Gabriel. ¿Dónde estaría Gabriel? En algún lugar de ese condenado agujero, si acaso estaba vivo. Quizás, en ese mismo instante estaba luchando por su libertad. Era imposible imaginar a ese hombre, gigantesco como un roble, inmovilizado por ligaduras humanas. Y si Gabriel se liberaba, iría a rescatarla.

Tendría que aguantar.

La cuerda se aflojó, y ella se apoyó otra vez con todo el pie, pero el coronel había puesto la mano en su camisa. En lugar de desgarrarla, estaba desabotonándola con movimientos lentos y deliberados.

Tamsyn vio el cuchillo que él tenía en la otra mano y su piel se heló. Le subió a la garganta un sabor amargo. Ella temía sobre todo el cuchillo. ¿Era posible que Cornichet lo supiera? ¿Que supiera el invencible terror que ella sentía ante la visión de su propia sangre...? Manchas negras flotaron ante sus ojos, y se aferró a la conciencia con todas las fibras de su ser.

Se acercó, sonriendo, uno de los otros hombres. Se situó detrás de ella y, cuando se soltó el último botón, tiró de la camisa. La aferró por las muñecas y le dobló los brazos hacia atrás, impulsando sus pechos hacia delante. Le amarraron las muñecas con una áspera cuerda que se le hincaba en la carne. Tamsyn podía sentir el temblor de sus pechos sobre su tórax.

–Qué pena –murmuró Cornichet, mientras movía el cuchillo alrededor de la pequeña protuberancia de su seno derecho–. Una piel tan delicada... Uno no imaginaría tal cosa en una bandolera, ladrona y saqueadora –la punta del cuchillo contorneó su pezón–. No me obligue a hacerle esto –dijo, tratando de engatusarla–. Dígame dónde está Longa.

Ella no dijo nada y trató de alejar su mente de la choza, con su vela parpadeante y el incesante tamborileo de la lluvia; trató de no sentir la forma fría y plana del cuchillo aplastada contra su pecho, con el filo sobre su carne, aunque todavía sin cortar.

–Me dirá dónde está Longa –siguió diciendo el coronel, en el mismo tono reflexivo–. Y luego, describirá los puertos de la sierra de Guadarrama... los que utilizan usted y sus amigos.

Tamsyn siguió callada. De pronto, sintió que giraba en el extremo de la cuerda, pues el hombre que estaba detrás de ella la hizo volverse de cara a la pared. La cuerda estaba tensa, y ella tuvo que empinarse otra vez sobre sus pies mientras la sujetaban a un gancho que estaba mucho más alto, en la pared. Ahora, sintió el cuchillo en su espalda, y fue peor, mucho peor porque no podía verlo. La punta se deslizó por su columna; ella esperó el primer pinchazo. Supo que la someterían a un lento deshollamiento; le harían innumerables cortes pequeños de los que brotarían gotas de sangre, hasta que se desangrase por completo.

Sintió un olor extraño. Por un segundo, Tamsyn no pudo reconocerlo, concentrada como estaba en controlar el terror, esperando el próximo contacto del cuchillo. Alguien tosió tras ella. Se le quedó detenido el aire en la garganta. Era por lo apretado del collar y por su temor... pero, no: era humo. Un espeso humo negro que se colaba por abajo de la puerta. Un humo aceitoso que ondulaba por la cabaña, desafiando la lluvia. Un humo acre, asfixiante.

Cornichet maldijo, y fue a los tumbos hacia la puerta. Un hombre se adelantó, la abrió con dificultad y cayó ante esa nube negra que avanzaba.

Se oyó un toque de clarín. Una impúdica llamada. Y entonces, se desató el caos. En medio del humo asfixiante, los hombres luchaban contra fantasmas cubiertos de ropas negras, que surgían desde todos lados blandiendo sus espadas. El crepitar de los rifles se confundía con las maldiciones y los gritos. Se oyó un grito de dolor.

Tamsyn intentó alejarse de la pared balanceándose sobre las puntas de sus pies pero, con las manos atadas, no tenía estabilidad, y sólo podía imaginar lo que estaría sucediendo en esa ácida oscuridad a sus espaldas. Su mente volaba tratando de pensar en un modo de aprovechar este asombroso golpe de buena suerte. Sin embargo, colgada como estaba, no podía hacer nada en beneficio de sí misma. ¿Podría ser que fuese Gabriel quien estaba provocando semejante caos?

Entonces, como por milagro, la cuerda que la sujetaba a la pared se cortó. La tensión se aflojó de golpe, y ella cayó de rodillas.

–¡Levántese! –dijo alguien en inglés.

Un cuchillo cortó las ligaduras de sus manos.

Tamsyn no perdió tiempo en interrogar a su buena suerte. Se levantó con dificultad, sintiendo que se ahogaba en medio de ese humo negro y grasiento que se rizaba a su alrededor.

–¡Rápido! –ordenó la misma voz–. ¡Muévase!

Una mano apoyada en la parte baja de su espalda la impulsó hacia delante.

Algo irritante y autoritario emanaba de su salvador, pero las circunstancias no eran propicias para la queja. El humo le hacía arder los ojos y sus pulmones funcionaban con esfuerzo. Se agachó de costado para eludir la mano que la empujaba y recoger su camisa que se destacaba, blanca, a sus pies. Pasó los brazos por las mangas y luego se cubrió la boca y la nariz con el antebrazo; se tambaleó hacia delante cuando la mano volvió a empujarla desde atrás, guiándola hacia la puerta.

Estaba rodeada por hombres que andaban a los tumbos, maldecían, tosían y corrían hacia la puerta. Fuera, no se estaba mucho mejor. Daba la impresión de que todas las chozas estuviesen ardiendo; de todas ellas brotaban nubes grasientas que se mezclaban en la lluvia, mientras los hombres corrían de un lado a otro recogiendo objetos, gritando órdenes.

Sonó otra vez el clarín, y ella reconoció el toque de retirada. El hombre que seguía empujándola, bramó:

–El Sexto, a mí.

Entonces, Tamsyn sintió que sus pies se despegaban del suelo y que él la llevaba en brazos, corriendo con ella en medio del barro, la lluvia y la confusión eludiendo a los franceses de uniforme azul.

Hombres envueltos en capas oscuras corrían hacia un claro, donde piafaban y relinchaban veinte caballos con los ojos en blanco, asustados por e! olor a humo.

El coronel arrojó su ligera carga sobre el lomo de su caballo de guerra, y montó tras ella casi con el mismo movimiento.

–¡Gabriel! –gritó la muchacha–. Tengo que encontrar a Gabriel.

Se arrojó de costado tomando por sorpresa al coronel, y cayó ágilmente sobre sus talones.

St. Simon no tuvo tiempo de pensar. Se bajó de un salto y se lanzó tras de su presa que corría en la oscuridad. La atrapó antes de que ella se hubiese alejado unos pocos metros, y la sujetó por la muñeca.

–¡Maldita sea! ¿A dónde piensa ir?

Tamsyn no podía verlo con claridad; sólo podía distinguir una silueta y la masa de un cuerpo en la parpadeante oscuridad. Otra vez, el tono del sujeto la hizo crisparse, pero recordó que, quienquiera que fuese, ella había contraído con él una considerable deuda; prefirió contener una aguda réplica y responder con impaciente control.

–Le agradezco mucho por haberme rescatado de una situación tan incómoda, señor. Aunque no sé por qué lo haría usted, le estoy realmente agradecida. Pero ya estoy perfectamente bien; tengo que encontrar a Gabriel.

Dio un tirón para liberar su muñeca.

¡Una situación incómoda! ¡Calificaba de situación incómoda al hecho de haber estado semidesnuda, colgada por el cuello, aguardando la lenta agonía del cuchillo! Y le estaba agradecida, como si creyera que él había actuado por puro altruismo o que su rescate fuera una casualidad. En cualquier otra circunstancia, un malentendido tan absurdo habría divertido a St. Simon.

Desde algún lugar del campamento brotó una llama, y el disparo de un rifle matizó la confusión de gritos y bramidos. Julian oyó que uno de sus hombres gritaba, apremiante, desde el claro que quedaba detrás de ellos. No era aquella una ocasión para intercambiar palabras con La Violette; apretó con más fuerza la muñeca de la mujer, que luchaba por soltarse.

–Creo que usted está actuando en base a un malentendido –afirmó él, desenganchando su pesada capa negra con su mano libre–. Ahora, es usted huésped del ejército de Su Majestad en la península Ibérica, mi querida muchacha. Espero que nuestra hospitalidad sea satisfactoria para usted.

Con un giro de su muñeca, él hizo revolotear la capa en el aire que se arremolinó en torno de la delgada silueta, atrapando sus miembros entre los pliegues. La retahíla de invectivas quedó abruptamente interrumpida cuando él la envolvió apretadamente en la capa y la alzó de nuevo en sus brazos, apoyándole la cabeza en su pecho.

Tamsyn había alcanzado a ver la chaqueta de color escarlata y la insignia de coronel antes de que la capa la envolviese y de tener su nariz apretada contra un galón dorado y unos botones relucientes. Al parecer, su situación había cambiado de manera dramática por segunda vez en pocos minutos, y si aún estaba en poder de soldados, el cambio no podía ser demasiado favorable para ella.

Su salvador devenido captor montó, sin dar la impresión de que su carga obstaculizara sus movimientos. En el claro sonó una orden; el pequeño grupo de figuras envueltas en capas negras espoleó sus caballos y se confundió con la oscuridad.

Tamsyn no tardó en comprender que era inútil debatirse contra los pliegues que la encerraban. El brazo que la sujetaba era como una banda de hierro, y le impedía apartarse de esa amplia extensión de pecho vestido de escarlata, y el caballo que montaban galopaba a tal velocidad que sería suicida arrojarse a tierra, aun cuando semejante cosa fuese posible.

Dejó que su cuerpo se relajara mientras su mente funcionaba a toda velocidad. ¿Qué querría de ella el inglés? Seguramente, lo mismo que el francés. ¿Emplearía la misma táctica? Malditos soldados: cualquiera fuese el uniforme que llevaran, eran siempre los mismos animales salvajes. Ya fuese azul, rojo, verde o negro. Y ni los galones dorados ni las charreteras constituían diferencia alguna.

Su mente se llenó con las imágenes de pesadilla de aquella noche espantosa, cuando habían llegado los soldados al pueblo de San Pedro. En sus oídos resonaron los gritos, sintió en sus narices el quemante hedor de la sangre, con tal realismo como si ella y Gabriel estuviesen presenciando otra vez la masacre, impotentes... ¿Dónde estaría Gabriel?

La idea de que Gabriel estuviese aún en manos de los franceses mientras ella era llevada Dios sabía dónde por un oficial de la caballería inglesa desvaneció esas imágenes fantasmales, arrasadas por un torrente de furia; volvió a forcejear en su envoltorio con desesperada energía.

El brazo se apretó a su alrededor, y la mano le empujó la cabeza, aplastándole la cara contra la chaqueta del hombre, hasta que le faltó el aire. Ése fue un modo eficaz de desanimar sus forcejeos.

Tamsyn volvió a quedarse quieta. Esa loca cabalgata terminaría en algún momento, y a ella le convenía ahorrar sus energías para intentar un escape en ese momento. Se concentró en imaginar posibles cursos de acción para ponerlos en práctica cuando tuviese otra vez suelo firme bajo sus pies. Ningún pomposo oficial de caballería inglés sería rival en ingenio o velocidad para La Violette. Ella conocía este territorio como la palma de su mano y era experta en escapar de situaciones desesperadas.

Julian percibía las corrientes de energía que emanaban de ese bulto aparentemente frágil que sujetaba, inmóvil, contra su pecho. Aunque ella permaneciera inmóvil y aparentemente dócil, él sentía su determinación y su propósito. La Violette era una ley en sí misma, como lo había sido su padre, El Barón; ella había demostrado que era capaz de superar en astucia los torpes mecanismos de dos ejércitos, cuando emprendía sus provechosos e ilegales negocios. Julian no pensaba bajar su guardia por el simple hecho de que, en ese momento, tuviese reducida físicamente a esta hija de bandolero.

El grupo montado llegó a la orilla del Guadiana y se detuvo. No se oían ruidos de persecución; sólo el rumor del agua del río. El cielo nocturno estaba completamente negro, y era imposible discernir si ése era un punto seguro para vadear el río.

–¡Sargento!

–Señor.

Una de las siluetas vestidas de negro se separó del grupo y se acercó al coronel.

–Haremos vivac aquí hasta el amanecer; entonces buscaremos un vado. A ver si podemos hallar un lugar para refugiarnos de esta condenada lluvia. Fíjese en aquellos árboles.

El coronel señaló con su fusta un grupo de árboles aislado en la llanura.

El sargento dio la orden, y los hombres desmontaron; el coronel los siguió, iba ceñudo mientras pensaba qué haría con su cautiva cuando se hubiesen instalado.

En el bosquecillo había una choza de madera abandonada, con la mitad de su techo intacto, y un cobertizo en ruinas. Los hombres del Sexto estaban acostumbrados a vivaquear en las circunstancias más difíciles. Durante los cuatro años de lucha que llevaban para echar a Napoleón de España y Portugal, tanto los tórridos veranos como los inviernos helados y lluviosos de la península Ibérica habituaban a los hombres a las incomodidades cotidianas. Amarraron los caballos bajo los árboles y los hombres recogieron ramas para hacer fuego en el refugio que les proporcionaba el cobertizo. Hasta con madera húmeda podía lograrse una desganada llama, gracias a la yesca seca que siempre llevaban consigo.

El coronel se apeó, sin soltar a su ahora entregada cautiva, y entró en la choza.

–Si encendemos un fuego aquí, usted estará tan confortable como un pájaro en su nido –aseguró el sargento, que entró detrás de él–. Los hombres tienen yesca seca que quedó del ataque a los gabachos; creo que no ha de faltar una taza de té.

–Qué bueno, sargento –dijo el coronel, un tanto distraído–. Apueste una guardia en el bosque. No quisiera que el fuego llame la atención.

Echó una mirada al cuerpo que llevaba en los brazos. Cuando él cambió el modo de sujetarla, La Violette había aprovechado para apartar la cabeza de su pecho; él pudo contemplar un par de ojos oscuros que lo miraban, desde un rostro en forma de corazón. Ella lo escudriñó con la misma tranquila curiosidad, actitud que podría haber hecho bajar la guardia a un hombre menos cínico e inducirlo a tener una falsa sensación de seguridad.

–¿Y ahora qué, coronel inglés?

Sorprendido, él notó que ella hablaba con un leve acento, aunque hacía falta un oído agudo para detectarlo.

–¿Habla bien inglés?

–Por supuesto. Mi madre era inglesa. ¿No va a bajarme?

–Silo hago, ¿me dará su palabra de que no intentará huir?

En los ojos de la joven apareció un brillo de humor.

–¿Aceptaría usted la palabra de una bandolera, coronel inglés?

–¿Podré hacerlo?

Ella rompió a reír.

–Eso sólo lo sé yo; usted deberá descubrirlo, coronel.

En esa risa burlona había algo desagradable. Todo un caudal de antagonismo que, para Julian, fue casi personal. Era evidente que la bandida no se había percatado de que su actual situación dependía de la buena voluntad de él.

–Gracias por la advertencia –contestó él con sequedad–. La tendré en cuenta –miró alrededor, evaluando ese ambiente pequeño e incómodo–. Yo podría aprovechar ese pulcro collar que le puso Cornichet y sujetarla del mismo modo.

Tamsyn cambió de actitud: sin duda, éste no era un hombre con quien se pudiera bromear.

–Eso no será necesario –se apresuró a decir, dando a sus ojos una súbita expresión suave y conciliatoria–. Por favor, bájeme, coronel. ¿Cómo podría escaparme, estando todos sus hombres alrededor?

Julian disimuló una sonrisa, pensando que La Violette era una gran actriz, aunque esa actitud de niñita perdida no lo engañaba.

–Con gusto la bajaré –dijo, marcando las palabras–. Pero, tendrá que perdonarme si tomo ciertas precauciones. Sargento, traiga un trozo de cuerda.

Tamsyn maldijo su propia estupidez. Sin duda, había subestimado a este ejemplar de la flor de la caballería de Wellington. Había permitido que su cólera la dominase, y se había dado el lujo de exhibir su desprecio y su odio por esa raza pomposa y altiva, con sus galones dorados y sus botones, pero no había duda de que este coronel no era tan ciego y estúpido como sus prejuicios la habían inducido a pensar.

Él la depositó sobre sus pies, pero todavía envuelta en los apretados pliegues de la capa.

–Siéntese, *señorita* –invitó el coronel, con voz suave como la seda–. El suelo está un poco húmedo; me temo que mi hospitalidad será un tanto limitada, por el momento.

Tomó la cuerda que le entregaba el sargento y, como Tamsyn no respondió de inmediato a su invitación, la empujó por los hombros.

Una vez más, la resistencia era inútil. Tamsyn no se resistió a la presión, y se sentó en el suelo, apoyada contra la pared mojada. Era una posición horriblemente familiar; ella, desolada, pensó que había caído de la sartén al fuego con increíble facilidad. Desanimada, esperó a que él sujetase la cuerda al collar que aún llevaba pero, para su alivio, él se inclinó, le ató los tobillos, luego ató el otro extremo a la hebilla del cinturón de su espada. La cuerda permitía que él se moviera en ese reducido espacio, al mismo tiempo retenía a su prisionera, aunque aquélla no era, ni de lejos, una situación tan incómoda y humillante como había sido estar atada por el cuello.

Con las manos libres, ella podía aflojar los pliegues de la capa, y siempre le quedaba la oportunidad de desatarse los tobillos, si este coronel de ojo de águila bajaba la guardia o se quedaba dormido. Levantó las manos para desengancharse el odioso collar y arrojarlo lo más lejos posible.

El coronel alzó una ceja pero no dijo nada ni hizo intento alguno de recuperar el collar. Era de suponer que prefería utilizar sus propios métodos para retener a su prisionera. Tamsyn se arrebujó en la capa y se acomodó a esperar los acontecimientos.

Ya crepitaba un pequeño fuego bajo los restos del techo de la choza, y el sargento había colgado una cazuela de agua sobre las llamas. Una lámpara de aceite parpadeaba, proyectando sombras grotescas, mientras el coronel se quitaba la chaqueta y desabrochaba sus alforjas. Tamsyn pudo oír pasos que se arrastraban y voces que llegaban de afuera y que provenían de los hombres que estaban instalando su improvisado campamento.

A ella se le hizo la boca agua cuando vio que el coronel desenvolvía una hogaza de pan y un paquete de carne fría. El sargento estaba preparando el té, remojando las preciosas hojas en un jarro para que se hiciera una buena infusión antes de verter el resto del agua hirviendo.

Por cierto, estos ingleses sabían procurarse sus comodidades, pensó Tamsyn. Incluso en circunstancias tan desalentadoras y poco prometedoras.

Julian comió su cena con deleite. Tomó y agradeció el jarro de té que le ofrecía el sargento; éste salió a reunirse con los otros hombres que vivaqueaban bajo los árboles. El coronel bebió su té con obvio goce, evitando cuidadosamente mirar a su cautiva. Había decidido que La Violette podría pasar hambre durante un período moderado. Tal vez eso mejorase su actitud.

–¿Qué dijo a Cornichet? –preguntó él, de pronto.

Tamsyn se alzó de hombros y cerró los ojos. Por algún motivo, su habitual resistencia estaba abandonándola; sentía unos curiosos deseos de llorar. Quería una taza de té, más que comer. Peor aún; pensó que sería capaz de matar por una taza de ese brebaje caliente, humeante, de color marrón rojizo, tan fuerte que la hacía relamerse.

–Nada.

–Supongo que ellos sólo habían empezado con usted.

Ella no respondió.

–¿Qué quería saber el francés?

–¿Qué derecho tiene usted a tenerme prisionera? –preguntó ella–. Yo no soy enemiga de los ingleses. Yo ayudo a los guerrilleros, no a los franceses.

–Tengo entendido que lo hace siempre que eso signifique algún provecho para usted –dijo él, y su voz resonó como un latigazo en esa vivienda penumbrosa–. No finja lealtad patriótica. Todos sabemos cuáles son los intereses de La Violette.

–¿Y a usted qué le importa eso? –preguntó ella, furiosa, olvidándose del hambre y de la fatiga–. Yo no le he hecho ningún daño. No interfiero con el ejército inglés. Ustedes son los que están pisoteando mi país, comportándose como héroes designados por Dios. Llenos de complacencia y pomposidad...

–¡Eh, muérdase la lengua, usted! –el coronel se había puesto de pie, con los ojos llameantes–. La sangre de los ingleses ha empapado esta maldita península durante cuatro años interminables, haciendo el trabajo de sus compatriotas, tratando de salvarlos a ustedes y a su país de la bota de Napoleón. He perdido más amigos de los que puedo contar en aras de los intereses de su miserable tierra; cuando habla de esos hombres lo hace a su propio riesgo. ¿Lo entiende?

Se inclinó sobre ella, y Tamsyn trató de no encogerse. De pronto, la tomó del mentón con la mano y volvió su cara hacia la luz de la lámpara:

–¿Entiende?

Si bien su voz era muy baja, su furia era como un cuchillo en esos ojos de un azul intenso, y su boca apretada era una línea fina y dura.

–Los ingleses tienen sus propios motivos para estar aquí –repuso ella, obligándose a mirarlo a los ojos–. Inglaterra no podría sobrevivir si Napoleón dominase a España y Portugal. Él cerraría sus puertos al comercio inglés, y todos ustedes morirían de hambre.

Ambos sabían que ella había pronunciado la más absoluta verdad. Se hizo un silencio. Él seguía sujetándole la cara, con la suya muy cerca, y ella sentía la presión de sus dedos y el calor de su piel. Él llenaba toda su visión, parecía agrandarse ante sus ojos hasta que fue lo único que ella podía ver, y el miserable ambiente que los rodeaba y hasta el monótono chisporroteo del fuego se desvanecieron en las sombras.

Julian se sorprendió mirándola, observándola bien por primera vez, al tiempo que su ramalazo de indignación iba muriendo, aplastado por la verdad de las palabras de ella. El pelo claro, como barbas de maíz, formaba una especie de gorra alrededor de la pequeña cabeza de la joven, y un flequillo mal cortado caía sobre su frente. Sus ojos eran almendrados, tenían espesas pestañas, y parecían de un púrpura oscuro bajo unas arqueadas cejas rubias que le conferían un aire de perpetua interrogación.

–Buen Dios, la comparación con una violeta no era caprichosa –dijo él con lentitud, rompiendo el tenso silencio–. Pero sospecho que usted pertenece a una especie espinosa.

Apretó sus dedos y, por un instante, su boca se cernió sobre la de ella y Tamsyn sintió su aliento en los labios y se intensificó la sensación de habitar en un espacio y un tiempo donde sólo estaban ellos dos. Cuando la boca de él tocó la suya, fue inevitable, y ella sintió que se deslizaba hacia una oscuridad tibia, almizclada, limitada por el olor de la piel de él mojada por la lluvia, el roce áspero de su barba contra la mejilla de ella, la flexible blandura de sus labios sobre los de ella.

El trance se rompió; ella apartó bruscamente la cabeza y le propinó una bofetada en la mejilla.

–¡*Bastardo*!–le temblaba la voz–. *Batard!*–le escupió, en francés–. Usted viola a sus prisioneras, ¿no es así, coronel inglés? Yo creía que sólo sus infantes ingleses se permitían eso. Pero supongo que imitan el ejemplo de sus oficiales.

Por un instante, la profundidad de la rabia de ella, la fuerza del odio que había en ella, lo dejaron atónito. Se quedó mirándola, apretándose sin saberlo la mejilla que le ardía. Pero luego le tomó la cara con

ambas manos y posó otra vez su boca en la de ella, ahora con una fuerza brutal que le aplastó los labios contra los dientes y le empujó la cabeza hacia atrás, contra la pared.

Cuando la soltó, ella no se movió, y su rostro era una figura pálida en la penumbra y sus ojos, unos lagos oscuros.

–De ahora en adelante, no confundirá un beso con una violación –dijo él con voz tensa, tan enfadado consigo mismo como con la muchacha. No podía entender qué le había pasado. Él seguía la premisa de no entretenerse jamás con las mujeres que tuviesen una relación, por tenue que fuese, con cualquiera de los ejércitos que cruzaban la península–. Si alguna vez vuelve a insultarme de ese modo, mi muchacha, no responderé por las consecuencias.

Un estremecimiento sacudió a Tamsyn, que siguió sin moverse y sin hablar. Julian se puso de pie mirándola; en ese momento descubrió las sombras violáceas de fatiga que aparecían en la piel delgada como un papel bajo los ojos de la mujer, las finas líneas de ese rostro que revelaban todo lo que había soportado. Había estado prisionera de los franceses durante dos días. ¿Cuándo había comido por ultima vez? ¿Y dormido?

Le recordó a una flor aplastada.

¡Dios querido! Pensó con disgusto que estaba cayendo bajo el influjo de un ataque de fantasía sentimental; sin embargo, se volvió hacia el fuego y llenó de nuevo su taza con té.

–Tenga.

Ella recibió la taza, aún sin hablar, pero él vio cómo le temblaban los dedos que rodeaban el recipiente tibio y lo alzaban hacia sus labios. Un estremecimiento de placer recorrió ese cuerpo delgado mientras el líquido caliente se deslizaba por su garganta.

Él partió un pan, puso dos gruesas tajadas de cordero frío sobre un trozo crocante, y se lo dio. Luego, se volvió para atender el fuego, retirando su atención a ella, de modo que pudiese comer con cierto grado de intimidad, a pesar de la cuerda que la unía a su cinturón.

Mientras se frotaba las manos sobre la débil llama, notó que la lluvia había cesado. Después de siete días de continuo aguacero, ese tamborileo constante había acabado. Él echó una mirada al cielo que se veía por la parte de techo de la choza que faltaba. Entre las nubes, se veía una fina luminosidad. El buen tiempo aceleraría los trabajos de preparación del sitio de Badajoz. Sitiar una ciudad era una tarea detestable, y los hombres que la cumplían se tornaban inquietos e insatisfechos. Todos se alegrarían cuando el sitio hubiese terminado.

Miró a la muchacha por encima del hombro. Ella había dejado la taza vacía en el suelo, a su lado, y estaba acurrucada en su capa impermeable, con los ojos cerrados.

Por ser una violeta tan llena de espinas, tenía un aspecto demasiado vulnerable e impotente. De todos modos, el coronel lord St. Simon decidió que permanecería despierto el resto de la noche.

2

Tamsyn se despertó al cabo de dos horas. Como siempre, pasó del sueño a la vigilia sin ninguna transición. Su mente estaba clara, su cuerpo renovado, y ella recordaba con perfecta lucidez los acontecimientos que la habían llevado a ese lugar. Excepto... lo que no podía entender era qué había sucedido para provocar ese primer beso. No tenía sentido. Odiaba y despreciaba a todos los hombres con uniforme militar y, sin embargo, había besado a éste, un hombre que la mantenía presa sin ninguna justificación, en esa mugre. Lo había besado y le había gustado. Su gozo la había sacudido de tal manera que lo había castigado a él con una violenta injusticia; sabía que se había ganado la áspera réplica de él.

Abrió los ojos y miró hacia donde estaba el coronel inglés. Estaba sentado junto al fuego, con una manta de establo sobre los hombros, la cabeza colgando sobre el pecho. Sin embargo, el fuego aún estaba encendido, lo cual indicaba que no había pasado mucho tiempo desde que se había dormido.

Ella tenía las manos juntas sobre el regazo, bajo la capa. Con los ojos fijos en ese cuerpo relajado, deslizó las manos por su pierna, tanteando la cuerda anudada a su tobillo. Si no hubiese movido sus pies, la

tensión y el juego de la cuerda habría permanecido iguales, y su captor no habría percibido el cambio en su extremo.

–Ni lo piense.

La voz era fría y cortante, y cuando él alzó la cabeza, ella vio que sus ojos eran agudos y brillantes a la luz del amanecer. Si había estado dormido, dormía como un gato, pensó Tamsyn, pesarosa.

Ella fingió no haber entendido lo que él quería decir.

–Necesito ir afuera –dijo, bostezando y estirándose; añadió en tono acre–: Supongo que puedo hacerlo.

–No tengo objeciones –respondió él sin alterarse, mientras se levantaba. Cuando ella estuvo de pie, él dio a la cuerda un pequeño tirón, como animándola–. Venga. No tenemos todo el día.

Tamsyn lo maldijo por lo bajo y echó a andar con agilidad tras él con sus pies amarrados, hasta que salieron al exterior, para encontrarse con un bello amanecer.

El cielo estaba despejado, el sol era una resplandeciente bola sobre el horizonte, y el aire tenía un aroma fresco y limpio. El bosquecillo estaba lleno de cantos de pájaros, y los hombres del Sexto estaban despertándose, poniendo ollas con agua sobre las hogueras y ocupándose de los caballos. Lanzaban miradas curiosas al coronel y a su prisionera, que caminaban hacia el río.

–Detrás de esas rocas, tendrá suficiente intimidad –comentó el coronel, señalando una prominencia en la orilla del río–. La cuerda es bastante larga; yo estaré detrás de las rocas.

–Es usted muy considerado, coronel.

–Sí, creo que lo soy –admitió él con sonrisa despreocupada, sin hacer caso del tono irónico de la muchacha.

–¿Qué es lo que quiere de mí? –preguntó ella.

Había hecho la misma pregunta la noche anterior, pero todo se había vuelto muy confuso entonces, y no había recibido una respuesta clara.

–Wellington quiere hablar con usted –respondió él–. Por lo tanto, yo la llevaré a su cuartel general, en Elvas.

–¿Como prisionera? –indicó con un gesto la cuerda que la sujetaba–. ¿Por qué necesita todo esto, si se trata de una simple conversación?

Su voz estaba cargada de sarcasmo.

–¿Acaso La Violette aceptaría una invitación del comandante en jefe del ejército de Su Majestad en la península? repuso él, en el mismo tono.

–No –contestó ella con llaneza–. No tengo simpatía por los ejércitos, luchen por quien luchen. Y cuanto antes este país se libre de ustedes, mejor –con expresión ceñuda, contempló la bola roja del sol que ascendía–. Ustedes no tienen más derecho que Napoleón a inmiscuirse en los asuntos de España. Y ustedes no son mejores que él.

–Pero, por desgracia, ustedes nos necesitan para echarlo a él –dijo él, persistiendo en su irritación–. Y Wellington necesita cierta información que usted puede proporcionarle, y que usted, mi querida muchacha, le dará. Y ahora, le ruego que se dé prisa.

Hizo un gesto impaciente en dirección a las rocas.

Tamsyn no obedeció de inmediato. Este coronel inglés era demasiado suficiente, como los demás de su especie. Echó una breve mirada al río, y luego dijo:

–Me gustaría darme un baño. Tengo la impresión de haber estado sentada en el barro durante días.

–¿Bañarse? –Julian se quedó mirándola, aturdido por el abrupto cambio de tema–. No sea ridícula. El agua estará helada.

–Pero el sol está tibio –señaló ella–. Y yo me he bañado toda mi vida en ríos como éste. Sólo quisiera sumergirme una vez en el agua, para quitarme lo más grueso de la mugre –lo miró con ojos suplicantes–. ¿Qué puede haber de malo en ello?

Él vaciló, a punto de negarse, pero antes de que pudiese hacerlo, ella se tironeó de la camisa y se pasó una mano por los cortos cabellos.

–Estoy mugrienta. Mire mis manos –las extendió para que él las inspeccionase–. Y mi pelo es un asco. ¡No puedo soportar mi propia piel! Si debo conversar con su comandante en jefe, al menos permítame cierto grado de dignidad.

A él lo divirtieron su nariz fruncida y su mueca de disgusto, aún después de haberse enfadado por el desdén de sus anteriores comentarios. Era indiscutible que estaba sucia. Él mismo conocía las miserias de esa clase de vida; después de haber estado marchando durante días en todo tipo de clima, de dormir sobre suelo barroso y bajo setos vivos, podía suceder que un hombre no pudiese borrar de sus narices el olor de su propio cuerpo. Él tenía la responsabilidad de llevarla a ella al cuartel general en Elvas. Pero podría acceder a pedidos razonables sin poner en riesgo esa responsabilidad.

–Morirá congelada –dijo–. Pero, silo desea, entonces puede hacerlo.., tiene dos minutos.

–Le agradezco –se quitó los zapatos y lo miró, expectante–. ¿Puedo desatar la cuerda? Si se moja, quedará insoportablemente apretada.

–Hágalo –accedió él–. Pero si intentara huir de mí, amiga mía, la atraparé y la haré caminar hasta Elvas, atada a mi estribo.

En los ojos de ella relampagueó el enfado, convirtiendo ese púrpura intenso en negro, casi, pero se desvaneció rápidamente. Se encogió de hombros como si aceptara la imposición de él, y se inclinó para desatar la cuerda. Se quitó las medias, se desabrochó los pantalones, y se los sacó, haciéndolos a un lado a puntapiés. Cubierta sólo con sus bragas de lino y su camisa, se volvió para caminar hasta el río.

De súbito, Julian sintió la corriente de energía que brotaba de ella, igual a la que había sentido el día anterior, mientras la llevaba en su montura. El propósito y la decisión estaban impresas en cada una de las líneas de su cuerpo. La sujetó del brazo.

–Un minuto.

Miró hacia el río, a la orilla de enfrente. Si bien el agua corría mansamente, había una ondulación que indicaba una corriente subfluvial, a pocos metros de la orilla más cercana. Era poco probable que ella pudiese nadar hasta el otro lado... poco probable, pero no imposible. Era preciso tener en cuenta que se trataba de La Violette.

–Quítese toda la ropa.

–¡Qué! ¿Toda? ¿Delante de usted?

Parecía indignada y, sin embargo, a él no lo convencía ese despliegue de pudor virginal.

–Sí, toda –afirmó él, sin alterarse–. Creo que ni siquiera usted sería capaz de marcharse desde la otra orilla completamente desnuda.

–¿Qué le hace pensar que puedo nadar hasta tan lejos? –sus ojos se agrandaron expresando inocencia–. Hay como ochocientos metros hasta la otra orilla y una fuerte corriente debajo de la superficie. No soy tan buena nadadora.

–Tendrá que perdonarme que no le crea eso –respondió él, con tanta calma como antes–. Si desea bañarse, tendrá que hacerlo sin ropa. De lo contrario, quizá prefiera hacer lo que tiene que hacer detrás de las rocas y volver al campamento.

El semblante de ella se llenó de pesar. Aunque fue una expresión pasajera, él la detectó y comprobó que tenía razón. La Violette había pensado en escaparse.

Tamsyn se volvió de espaldas a él y se desabotonó la camisa. Maldito sea ese canalla perspicaz. Habría sido muy sencillo nadar hasta la orilla opuesta, y no hubiese necesitado ir muy lejos hasta encontrar algún granjero dispuesto a prestarle ayuda. Pero una cosa era andar por el campo con camisa y calzones empapados y otra muy diferente hacerlo desnuda.

Repasó rápidamente las alternativas en su cabeza, mientras sus ojos se deslizaban por la ribera, buscando algo que pudiese ayudarla. El terreno era relativamente llano y cubierto de musgo; ella podía correr como el viento si contaba con una buena ventaja. A unos cien metros, el suelo se elevaba formando una pequeña colina, coronada por una masa de arbustos y maleza. Si lograba llegar allí, podría adelantarse como un zorro perseguido por sabuesos. Ningún soldado inglés sería capaz de encontrar a La Violette en su propio territorio.

Tiró la camisa al suelo, aflojó la cuerda que le sujetaba los calzones en la cintura, y se tos quitó. St. Simon había tenido razón al deducir que su prisionera no se preocupaba demasiado por el recato, salvo que sirviera a sus propósitos fingir que así era. No era como una doncella hija de hidalgo, criada en un convento;

ella había crecido en el ambiente rudo de un campamento de bandidos, donde había tomado contacto desde muy pequeña con los hechos de la vida. Además, en este momento estaba demasiado concentrada en tratar de huir como para preocuparse de la mirada del coronel sobre su cuerpo.

Recogió sus prendas, las dobló con cuidado y las dejó en el suelo, cerca de la roca. Ése era un mínimo gesto de pulcritud que a St. Simon le resultó un tanto incongruente. Pero, antes de que pudiese discernir qué era lo que no le convencía, ella se dio la vuelta de cara a él con los pies un poco separados, los brazos en jarras, sin otra cosa encima que un medallón de plata de complicado diseño, colgando de una fina cadena.

–¿Satisfecho, coronel?

Por un momento, él ignoró la pregunta de doble filo que le presentaba un desdeñoso desafío. Sus ojos recorrieron el cuerpo delgado, tenso, que parecía vibrar de energía. Comprendió que la ilusión de fragilidad se debía a su pequeña estatura; al verla desnuda, comprobó que tenía un cuerpo compacto, con los músculos esbeltos de un atleta, elástico y erguido. Su mirada se detuvo en los pequeños pechos puntiagudos, la leve curva de las caderas, la mata de pelo claro en la parte baja de su vientre.

Era un cuerpo pequeño y muy deseable. La respiración del hombre se aceleró, y las aletas de su nariz se agitaron mientras él se debatía en un torrente de excitación. Debía de estar perdiendo la cabeza para haberse puesto a sí mismo en semejante situación. ¿Por qué diablos había consentido en permitir que se bañara en el río? Lo había hecho; ahora era demasiado tarde.

Cuando pudo controlar sus emociones otra vez, levantó sus ojos, posó su mirada en el rostro de ella y vio, con cierta oscura satisfacción, que la había perturbado. Había menos certidumbre y desafío en su postura, y su mirada esquivaba la de él. Era una recompensa por su inesperada reacción.

–Perfectamente –dijo, marcando las palabras–. Estoy perfectamente satisfecho.

La ira borró el desconcierto del semblante de ella; se adelantó un paso, y durante un segundo él creyó que ella volvería a pegarle. Silo hacía, lo lamentaría.

Tamsyn leyó el mensaje en los ojos de él y en el modo casi imperceptible en que el cuerpo de él se preparaba. El impulso de pegarle murió tan rápidamente como había surgido; ella se dijo que estaba perdiendo tiempo. Ya había completado su plan; enzarzarse en esta perturbadora batalla de voluntades era tan inútil como pernicioso. Sin agregar otra palabra, se volvió y caminó hasta el borde de la alta ribera.

Julian la vio hacer equilibrio sobre el agua. La vista de atrás era tan tentadora como la de adelante, pensó él, soñador. En ese momento, ella se elevó sobre sus pies, levantó los brazos y se zambulló limpiamente en el río de rápida corriente.

El agua corría con fuerza, y la ondulación provocada por la corriente era una ancha banda que comenzaba a un metro y medio de la orilla. Un martín pescador se zambulló en la corriente dejando como una estela de azul intenso y emergió con un pescado que parecía lanzar chispas de plata en los rayos del sol. Pero no había ni rastros de La Violette. Fue como si se hubiese zambullido y desaparecido.

La alarma apretó su garganta. ¿Era posible que se hubiese enredado en las traicioneras malezas que él veía ondulando, gruesas y verdes, debajo de la superficie?

¿Era posible que nadase bajo el agua hasta la orilla opuesta? Su mirada voló hasta la pulcra pila de ropa. Seguía estando en el suelo, junto a la roca. Él había cubierto ese posible punto de escape. Sus ojos escudriñaron la superficie del agua. No había nada. Ni una señal. ¿Cuánto hacía que ella se había sumergido? Unos minutos.

Sin haber tomado una decisión consciente, él ya se quitaba las botas y arrancaba los botones en su prisa por sacarse la chaqueta. Arrojó sobre la hierba el cinturón con la espada, se quitó de prisa los pantalones y la camisa y se zambulló en el río, lo más cerca posible de donde creía que había caído su prisionera.

Emergió, castañeteando los dientes, de esas aguas heladas que provenían de la nieve de la sierra. Nadie podría sobrevivir en esa temperatura más que un par de minutos. Contempló la tersa superficie del río, mientras se sacudía el agua del pelo. Nada. Ella había desaparecido tan completamente como si jamás hubiese existido.

Volvió a zambullirse, abriéndose paso entre el bosque de cañas, con los ojos abiertos, buscando con la vista un miembro pálido, la ondulación de unos cabellos que le indicasen que ella había quedado atrapada.

Tamsyn emergió más allá de las rocas en cuanto oyó la salpicadura que él provocó al zambullirse. Ella también estaba temblando de frío, y su pelo era como una gorra oscura, mojada, pegada a la cabeza. Pero en sus ojos había un brillo triunfal, y una sonrisa curvaba sus labios morados. Había sido aventurado apostar a

que él se zambulliría en pos de ella sin pensarlo un instante, pero su madre le había contado, en tono jocoso, muchas anécdotas que ilustraban la así llamada y a menudo inoportuna caballerosidad inglesa. Era evidente que este coronel inglés no era una excepción a la regla.

Ella trepó a la orilla, oculta del nadador por las rocas, y se sacudió para quitarse el agua del cuerpo con el vigor de un perro pequeño. El sol infundía calor a su carne helada, mientras ella corría para recoger la ordenada pila de ropa.

Julian emergió en procura de aire, aterido de frío, convencido de que no debía permanecer un minuto más en el agua, pero obligándose a otra zambullida más para echar un ultimo vistazo. Cuando se disponía a hacerlo, echó una mirada hacia la orilla y vio una silueta clara contra las rocas, que desapareció en un instante. No fue más que una visión fugaz, pero él supo de qué se trataba, sin pensarlo, siquiera.

Su bramido de furia repercutió en la apacible mañana, a orillas del Guadiana. Un sarapico emitió un chillido, imitándolo, y una bandada de patos salvajes se elevó desde sus nidos entre las cañas, batiendo las alas, alarmados, mientras él iba hacia la orilla.

Tamsyn se maldijo a sí misma y echó a correr a toda velocidad sobre el suelo llano y musgoso, hacia la pequeña colina cubierta de malezas. No intentó vestirse, sino que se limitó a apretar la ropa contra su pecho mojado. El la había visto por pura mala suerte, si bien ella calculaba que, de todos modos, llevaba suficiente ventaja. Él todavía tenía que trepar a la orilla, y ella era más veloz que un soldado corpulento.

Pero Julian había sido velocista en sus días de escolar, y sus largas piernas devoraban la distancia entre ellos. Corría acicateado por una furia ciega hacia sí mismo por haber sido tan ingenuo y hacia su presa por haberlo tomado por tonto. Él jamás había fracasado en nada que se hubiese propuesto lograr, y no quería ser derrotado en esta ocasión por una bandida con aspecto de flor, tramposa, ladrona, mercenaria.

Se acercaba a ella, mientras el agua del río se convertía en sudor en su piel desnuda, pero ella casi había llegado a la colina; él sabía que si ella lograba ganar la maleza, sus posibilidades de encontrarla eran remotas. El y sus hombres podrían batir la espesura durante horas, pero la experiencia le había enseñado que los guerrilleros eran capaces de desaparecer sin dejar rastros en esta tierra.

Ahora, la respiración de Tamsyn era una especie de jadeo mezclado con sollozos, a medida que se acercaba a la elevación. Podía sentir, más que ver, a su perseguidor, y el blando musgo de la orilla ahogaba el ruido de sus pisadas, igual que las de ella. Sin embargo, ella sabía que él estaba acercándose. Con un último esfuerzo, acometió la cuesta, pero entonces su pie tropezó en una sinuosa raíz que sobresalía de la superficie de la tierra.

Cayó de rodillas lanzando un grito de ira que se convirtió en un chillido de furia y alarma cuando Julian se abalanzó hacia delante y sus dedos se cerraron en torno del tobillo de Tamsyn. Ella no se había percatado de que estaba tan cerca. Desesperada, lo pateó con el pie libre, pero él no la soltó ni cuando el pie de ella alcanzó su mentón. Las manos de la muchacha arañaron las sinuosas raíces tratando de encontrar un sitio firme para poder sostenerse y soltarse de él, pero él le había atrapado el otro pie. Sus dedos resbalaron por las raíces y se soltaron, mientras él la arrastraba a los tumbos y ella sentía que la piel desnuda dé su vientre y sus pechos se raspaba en el suelo, lleno de pequeñas ramas y piedras.

–¡*Espadachín*! –gritó ella, retorciéndose para darse vuelta, con sus dedos convertidos en garras, extendidos hacia la cara de él–. ¡Me hace daño!

–Quería tomarme por tonto, ¿no es así? –dijo St. Simon, furioso–. ¡*Diablillo*! ¡Pequeña mona tramposa, maldita taimada! –le sujetó las manos que se acercaban a su cara, y le levantó los brazos por encima de la cabeza, apretándolos contra el musgo–. Déjeme decirle, *mi muchacha*, que hace falta ser algo más que una bandida descarriada para vencerme.

Tamsyn retorció su cuerpo hacia los costados, intentando levantar las piernas para proyectarlas contra él, pero él se abalanzó sobre ella quedando a horcajadas, sentado sobre sus muslos con todo su peso, de tal modo que ella quedó incrustada en el suelo, con los brazos y la cabeza maniatados, el cuerpo aplanado.

–¡*Espadachín*! –escupió ella otra vez–. Puede que yo sea una bandida, pero usted es un bruto y un prepotente, coronel. Deje que me levante.

–No.

Esa llana negativa la dejó estupefacta. Lo miró fijamente a la cara, y vio que estaba sereno y tranquilo como si estuviese sentado en una sala. Parecía estar muy cómodo. Ella sentía la lana mojada de los calzones que raspaba la piel de sus muslos. El no se había arrojado al río completamente desnudo.

Su atónito silencio no duró más que un segundo; a continuación, lanzó un ataque verbal de tal riqueza y variedad, que el coronel se quedó boquiabierto. Ella pasaba de una lengua a otra sin solución de continuidad.

Conocía tres idiomas, y sus insultos y juramentos habrían enorgullecido a un soldado de infantería.

–¡Acaba con tus desvaríos, muchacha!

Él se recobró de su sorpresa y lo único que se le ocurrió para acallar esa retahíla de invectivas fue poner su boca sobre la de ella. Le sujetó con más fuerza las muñecas y el mentón, y su cuerpo pesado aplastó el de ella, recostándose encima.

Tamsyn se ahogó en mitad de sus vituperios bajo la presión de la boca de él. Jadeó y se retorció debajo de él como un pescado fuera del agua. Sentía la piel caliente y la sangre en ebullición; una niebla roja la cegaba. Sintió la lengua de él como una presencia viva en su boca sondeando y aguijoneando hasta que su propia lengua, en lugar de quedarse inmóvil, también comenzó a juguetear.

Todo se volvió confuso. Había rabia, una rabia ciega, pero estaba mezclada con una pasión diferente, tan salvaje como aquélla. Había miedo, y un súbito deseo que iba creciendo. Su cuerpo era un fuego líquido, su mente, un crisol de metal fundido. Sus brazos seguían ,sujetos sobre su cabeza, la boca de él aún retenía la suya, pero la mano de él abandonó su mentón y comenzó a moverse entre los cuerpos: acarició su pecho, bajó hasta la piel húmeda y caliente de su vientre. Los muslos de Tamsyn se levantaron por su propia voluntad, abriéndose a la ardiente exploración, hasta que se deslizó dentro de ella haciéndola gritar, con su boca pegada a la de él.

Los dedos de él juguetearon en ella, y su carne se movió dentro de ella en hondas embestidas que la llevaban hacia arriba, a un plano donde el aire restallaba, y el fuego y las llamas se arremolinaban alrededor de los dos. Y luego, ella se sintió consumida por una rugiente conflagración en la que su cuerpo ya no tenía forma ni límites, y se sintió fluir en ese otro cuerpo que la poseía, que la colmaba de tan constante, de tan rotunda plenitud que los límites de su ser dejaron de existir, y junto con la ardiente gloria de esa extinción, experimentó el terror de la aniquilación.

Julian fue recuperando lentamente su cordura, y percibió primero la tibieza del sol sobre su espalda, luego la presencia de algo suave, viviente, debajo de sí. La miró en la cara. Tenía los ojos cerrados, la piel ruborosa, los labios entreabiertos. Aún le sujetaba las muñecas sobre la cabeza; su otra mano estaba apoyada junto al cuerpo de ella. La miró como si pudiera encontrarle un sentido a lo que acababa de suceder… y luego, la tibieza del sol sobre su pie! se convirtió en el frío del acero.

Si bien no podía verla, sentía la espada en su piel, la presión de la punta en su espina dorsal. Aunque no podía ver al hombre que estaba detrás de él sin girar la cabeza, sentía el calor de una carne desconocida, el murmullo de su respiración, que le erizaba el vello de la nuca.

–Di tus oraciones, hombre. Tienes treinta segundos para hacer las paces con tu Hacedor.

La voz tenía la cadencia de los escoceses de las Highlands, pero estaba cargad con el frío de la tumba. La punta de la espada se movió por sus costillas, presionando en la piel tirante, lista para dar la estocada que le perforaría la espalda y el corazón.

Julian experimentó un puro terror por primera vez en su vida. Esto no tenía punto de comparación con enfrentar la muerte en un campo de batalla. Ésta era una candente y precipitada jugada de la suerte y el destino. Era una ejecución, fría y lenta. Y, por alguna razón, él sabía que no podría decir ni hacer nada para alterar el hecho de esta muerte que se aproximaba. Sin embargo, no tenía la menor idea de por qué se había abatido sobre él en esa tibia mañana, tras un momento de gloriosa pasión.

–¡No!

La muchacha que estaba debajo de él gritó con súbita urgencia saliendo de su trance, los ojos abiertos, y él vio cómo regresaba la conciencia a esas profundidades de color púrpura oscuro.

–¡Gabriel, Gabriel, no!

Forcejeó en sus manos, aún sujetas, y Julian las soltó. Ella lo empujó, luchando por incorporarse, pero él no podía hacer el menor movimiento sin que la punta mortal de la espada se clavara en su cuerpo; por eso se quedó inmóvil entre los muslos de ella pensando, en medio de su terror, en lo ridículo que debía verse, en que enfrentar la muerte en semejante posición era tema para una farsa.

–Gabriel, está bien.

Tamsyn hablaba con desesperada intensidad, conociendo la rapidez y la furia mortal del gigante que estaba de pie al lado del coronel. El creía que ella había sido herida, y la responsabilidad de su vida era protegerla y vengar los daños que sufriera. Si bien ella estaba en deuda con el coronel inglés por el modo en que la había tratado después de haberla rescatado, pero no por lo que había sucedido hacía instantes entre los dos. Era un acto insano, del cual ambos eran responsables, y él no merecía la muerte que Gabriel estaba por infligirle, con el desapego de un hombre que ha vivido con la espada en la mano toda su vida adulta.

–Gabriel, no ha sucedido nada que yo no deseara.

Ahora hablaba con lentitud y cuidado, aunque seguía percibiéndose con claridad la urgencia de su mensaje.

Al oírla, a Julian se le heló la sangre. Ella conocía a su atacante y temía tanto como él lo que el otro era capaz de hacerle. Julian recordó cómo se había arrojado ella de su caballo cuando él la rescató de manos de Cornichet, diciendo que tenía que encontrar a Gabriel. Al parecer, Gabriel, quienquiera que fuese, la había encontrado.

–Corrías demasiado rápido por ser alguien que quería ser atrapada, pequeña –dijo en tono lento y dubitativo en la voz, en el otro extremo de la espada.

El frío acero seguía apretado en la espalda desnuda de Julian.

Tamsyn pensó con rapidez. ¿Cómo explicar algo que ella misma no entendía?

–Es muy confuso, Gabriel –clavó su mirada en el hombre–. No puedo explicarlo pero, es verdad: no pasó nada que yo no quisiera que pasara.

El silencio que, para Julian, duró una eternidad, fue roto de repente por un rugido de risa; el frío acero se separó de su espalda.

–¡Ah, pequeña! ¿Qué diría El Barón si te viese revolcándote por la hierba como una aldeana?

–Diría: "Son cosas que pasan, hija" –contestó Tamsyn en voz un poco trémula, en su esfuerzo por parecer divertida.

Si bien creía que el peligro había pasado, con Gabriel nunca se podía estar seguro.

El coronel se apartó de ella levantándose de entre sus muslos y apartándose de la espada, cuya punta ahora hería la tierra, junto a su cadera.

Tamsyn se sentó.

–Tú sabes que hubiese dicho eso, Gabriel. Se habría encogido de hombros, como solía hacer, y sonreiría a Cecile mientras lo decía.

Volvió a retumbar la carcajada:

–¡Ah, sí, niña! Reconozco que en eso tienes razón –observó al coronel lord St. Simon con una curiosidad que no era, exactamente, amistosa, pero tampoco amenazadora–. Entonces, ¿quién es tu galán, pequeña?

–Buena pregunta –Tamsyn contempló al coronel con aire intrigado. Para él, el peligro inmediato había terminado pero, con la llegada de Gabriel, ahora era ella la que tenía la posición vencedora, y la idea de una pequeña venganza le resultaba tentadora–. Hasta ahora, no hemos sido presentados formalmente. Sólo sé que es un coronel del ejército de Wellington.

Julian no dijo nada, hasta que logró subirse sus empapadas ropas interiores, que había arrojado por ahí en algún momento de ese loco estallido. Vestido con ellas, se sentía un poco menos vulnerable, aunque no mucho. El recién llegado era una especie de roble gigante, de miembros macizos, músculos que sobresalían bajo su justillo y cabellos grises recogidos en una coleta en la nuca. Su rostro tenía las venillas de un hombre aficionado al trago; aun así, sus desvaídos ojos grises eran perspicaces. Sus dientes torcidos brillaban en una boca de labios llenos y manejaba una espada de dos filos con la misma facilidad que si hubiese sido un cuchillo de cocina.

–Violette; si quiere una presentación formal, preferiría hacerla vestido –dijo St. Simon con sequedad.

–Ponte decente, pequeña –ordenó el gigante, sin perder de vista al coronel–. El coronel y yo nos pondremos de acuerdo sobre algunas cuestiones, mientras él se viste.

Con la espada, indicó el sitio en la orilla donde Julian había dejado sus ropas.

Julian se encogió de hombros en señal de aceptación. La situación había cambiado drásticamente; de todas maneras, él tenía veinte hombres a unos cuatrocientos metros y todo cambiaría en cuanto él pudiera

hacer algo al respecto. Con aire de despreocupación, caminó hacia donde estaba su ropa, con el defensor de La Violette a su lado, con su enorme espada aún desenvainada, pero con expresión apacible, sus claros ojos, tranquilos.

Pese a todo, Julian no estaba dispuesto a relajarse. Tenía la invencible convicción de que el talante del hombrón podía cambiar en un parpadeo.

Tamsyn se vistió precipitadamente, echando una mirada en dirección a la orilla, donde el coronel inglés estaba vistiéndose y Gabriel, apoyado en una roca, trazaba dibujos sobre la hierba con la punta de su espada, mientras hablaba con el otro.

Hacía muchos meses que ella no sucumbía así a un impulso de pasión. Se lo habían dicho; sabía que ella tenía la misma inclinación que su madre de dejarse llevar por impulsos que le hacían mandar al diablo cualquier escrúpulo y que la pasión que corría por las venas de sus padres había ido a parar, sin mezcla, a las de su única hija. Le habían enseñado a tomar sin remilgos esos deseos físicos. Los consideraban perfectamente normales en los adultos, y. debían satisfacerse sin culpa. Sin embargo, Tamsyn no creía que El Barón ni Cecile hubiesen aprobado este loco encuentro. Uno no debía confraternizar con el enemigo.

Y los soldados eran el enemigo... un enemigo personal. Volvieron a surgir las imágenes, los gritos, el olor de la sangre. Su padre, de pie en medio de un círculo de hombres que gritaban, hombres vestidos con uniformes de diferentes naciones, con sus rostros crispados por una cruel avidez, ebrios de sangre. Su gran espada daba tajos a diestra y siniestra, pero seguían llegando soldados; su cuerpo era perforado por innumerables disparos y, para los dos impotentes observadores que miraban desde las alturas, parecía imposible que él siguiera vivo, la sangre manando por todas las heridas.., y sin embargo, todavía de pie, y que los cuerpos siguieran cayendo bajo los tajos de su espada.

Cecile yacía en las sombras, muerta por la mano de su propio marido, con una pequeña mancha negra en la frente, donde había penetrado la bala piadosa. La esposa de El Barón no podía caer víctima de la violenta lujuria de una turba de soldados desertores. Y si ese día su hija hubiese estado en San Pedro en lugar de haber ido a cazar con Gabriel, también habría seguido a su madre en la muerte.

Tamsyn alejó de sí lentamente las imágenes y dejó atrás la cólera y la pena. Desde aquel día, ella había liderado su pequeña banda. Los que habían escapado a la masacre y otros que se habían unido a ella después, estaban dispuestos a seguir a la hija de El Barón ayudando a los guerrilleros, atormentando a los franceses, evitando el contacto directo con los ingleses, y apoderándose de cualquier botín que llegara a sus manos.

Eso fue hasta que aquel canalla, inveterado bribón de Cornichet había tendido su emboscada. Tamsyn no sabía cuántos miembros de la banda de La Violette habían logrado escapar a los franceses pero sabía que ella era la presa que querían los franceses. Hacía mucho tiempo, El Barón había confiado la seguridad de su hija, en su ausencia, al camarada en quien más confiaba, y Gabriel había luchado junto a ella y por ella. Pero un solo hombre, por más gigante que fuese, no podía contra cincuenta. Los dos habían sido barridos como arañas con una escoba.

Pero lo hecho, hecho estaba, y era inútil lamentar el pasado. Ahora, se trataba de hacer lo mejor posible en la situación actual. Debía de haber alguna ventaja que ellos podrían aprovechar. Siempre había una ventaja, si uno la buscaba.

Metió la camisa en la cintura de sus pantalones, y enfiló hacia los dos hombres, llevando sus zapatos y sus medias para disfrutar de la sensación fresca del musgo bajo los pies.

Los brillantes ojos azules del coronel se posaron en ella a medida que se acercaba, y a Tamsyn se le erizó el pelo y se le aceleraron los latidos del corazón. Lo hecho, hecho estaba, se dijo con firmeza. Ese momento de locura había quedado en el pasado. No tenía nada que ver con la situación presente.

3

Julian se sujetó el cinturón de la espada en la cintura. Así armado, se sintió mucho más seguro, aunque la espada del gigante estuviese desenvainada, y él estaba convencido de que el hombre debía de manejar su arma tan veloz y letalmente como cualquier soldado.

La muchacha caminaba en dirección a ellos por la orilla, llevando sus zapatos y sus medias, tan despreocupada como si estuviese en una merienda campestre junto al río. Él todavía no podía sacarse de la cabeza lo que había sucedido entre ellos. Su rabia y su orgullo herido por la facilidad con que ella lo había superado en astucia se habían convertido en otra cosa. Algo más sombrío y más potente que la simple lujuria, hasta el punto que le había hecho perder todo sentido de realidad, de objetivo, en medio de un revoltijo de miembros en el caliente surco del cuerpo flexible de la mujer.

Y por ello había perdido a su prisionera y, casi, su pellejo. Sentía hacia sí mismo una furia sin límites.

Había desechado la posibilidad de llamar a sus hombres. Ellos no lo oirían desde el bosque y, por cierto, no podrían ayudarlo rápidamente en una lucha con Gabriel y su espada de dos filos. Sin embargo, La Violette estaba desarmada: Cornichet se había ocupado de eso; por lo tanto sólo tenía un oponente serio con quien vérselas.

–Él dice llamarse coronel lord Julian St. Simon –informó Gabriel cuando Tamsyn llegó junto a ellos–. Todo un caballero aristocrático –se limpió los dientes con una uña, dejando vagar su mirada mansa sobre la figura del coronel con la misma curiosidad desapasionada–. Al parecer, tú le debes un favor, pequeña, aunque yo diría que puedes considerar que lo has pagado.

Ese comentario mordaz hizo enrojecer a Tamsyn, que se apresuró a decir:

–No con el significado que tú le das, Gabriel. Lo que ha pasado, ha pasado, y está fuera de cualquier negociación.

–¿Negociación? –preguntó Julian arqueando las cejas–. Veamos, ¿qué podría significar eso, Violette? Perdón, supongo que tendrá otro nombre. Ya que estamos realizando una presentación formal...

Hizo una burlona reverencia, y la tensión en el aire pareció restallar. En su cuerpo aún quedaba el recuerdo del de ella, al tiempo que su cerebro quería borrar todos esos recuerdos; él comprendió que lo mismo debía de sucederle a la muchacha, pues habían emprendido juntos ese vuelo enloquecido.

–Me llamo Tamsyn –contestó ella–. Como si a usted le importase.

Ella se encogió de hombros, aunque ni su gesto ni su tono transmitían la menor convicción.

El nombre era tan misterioso como su dueña.

–Oh, sí que importa –aseguró él, mientras se acomodaba el corbatín que había anudado de prisa y sus dedos se movían ahora sin precipitación entre los pliegues de la tela–. Tamsyn. Es un nombre originario de Cornwall.

–Lo eligió mi madre. ¿Cómo sabía que era de Cornwall?

–Porque yo también soy de allí –respondió él.

El súbito chisporroteo de los ojos de ella lo sorprendió: parecía que hubiese allí una vela encendida.

–¿Ah, sí? –dijo ella, como con indiferencia–. Creo que mi madre también provenía de una familia aristocrática de allí.

Los párpados un tanto pesados del coronel se entornaron. Sus ojos quedaron semiocultos, y su voz adoptó un tono lánguido e intencionado, a la vez.

–Perdóneme, pero, ¿qué estaba haciendo una aristócrata de Cornwall en la cama de un bandido español?

Gabriel se movió y alzó su poderosa espada.

–Muérdase la lengua, inglés –dijo con suavidad–. Si ofende a mi señora, lo hará bajo su propio riesgo.

Julian levantó una mano en ademán apaciguador. No sabía si ese hombre se refería a La Violette, que no era una dama según las pautas que él conocía, o si se refería a la madre de ésta pero, a la vista de la ancha espada y de la ferocidad que manifestaban los ojos del gigante, supo que su única opción era una retirada inmediata.

–Perdóneme. No quise insultar a una dama –dio una leve inflexión a esa última palabra–. Pero estoy seguro de que es una pregunta comprensible.

–Tal vez lo sea, pero no es asunto suyo, señor –dijo Tamsyn con frialdad–. No es asunto que concierna a ningún soldado.

Lo torvo de su expresión asombró a Julian. Los ojos violeta oscuro lo perforaban; había fantasmas en sus profundidades.

Claro que, a la muerte de su padre, La Violette se había hecho cargo de la banda. Julian había oído cierta historia acerca de un ataque a la aldea de montaña de El Barón, cometido por un grupo de desertores compuesto por soldados dados de baja de los ejércitos inglés y francés, que asolaban la península robando, violando y asesinando sin escrúpulos.

Gabriel se había acercado con aire amenazador, y a Julian le pareció prudente cambiar de tema.

–Usted habló de negociaciones, Violette.

Dadas las circunstancias, le pareció el nombre más apropiado. Una vez más, alzó las cejas en interrogación.

–No habrá negociaciones con un maldito militar –repuso Gabriel con aspereza–. Ven, pequeña. Ya que le debes la vida a este hombre, vamos a perdonársela. Pero salgamos de aquí ahora mismo.

–No, Gabriel, espera –Tamsyn puso su mano sobre el hombro del grandullón–. Le debemos una a Cornichet –dijo, remarcando las palabras.

Había aparecido un brillo en sus ojos, y sus labios esbozaban una leve mueca. La confusión se había disipado; ella sentía que pisaba otra vez terreno firme. Cornichet había matado a sus hombres, sin hablar del maltrato sufrido por ella misma, y debería pagar por ello. No podía pretender que el coronel inglés y sus hombres entablasen una batalla con los franceses sin mediar provocación.., las reglas de la guerra prohibían una lucha personal. Pero en cambio podrían ayudarla a tomarse una pequeña y divertida venganza sobre Cornichet.

–El caballero inglés quiere que yo converse con su comandante. Quizás esté dispuesta a escuchar lo que tiene que decir Wellington, sin aceptar nada de antemano, por supuesto. Pero quisiera algo a cambio.

Gabriel guardaba silencio; Julian comprendió que no era él quien adoptaba las decisiones. St. Simon tendría que cuidar su pellejo en lo que se refería al guardaespaldas, pero las cuestiones de liderazgo eran territorio de La Violette.

–¿A cambio de qué, exactamente? –preguntó él, en tono neutral.

Ella se encogió de hombros.

–A cambio de que yo vaya a Elvas, naturalmente. No hago promesas en cuanto a lo que podría estar dispuesta a conversar con Wellington, y quiero que me asegure, que me dé la palabra de caballero de Cornwall... –se las ingenió para conferir a la expresión cierto grado de desdén– ...que me asegure que no se intentará forzarme de manera alguna. Yo iré voluntariamente y me marcharé cuando lo desee.

Julian sintió deseos de aferrarla por los hombros y sacudirla, para borrar de sus ojos ese desdén, hacer que se tragara el desprecio que trasuntaba su voz. ¿Qué derecho o justificativo tenía ella para dudar de su honor?

–Y si yo le aseguro eso –dijo, en tono helado–, ¿debo suponer que me acompañará usted por su propia y libre voluntad?

Tamsyn sonrió.

–Sí, señor; a cambio de un pequeño favor, yo le daré mi palabra. Mi palabra, lord St. Simon, que rara vez concedo y que, por eso, es muy valiosa.

Julian vislumbró que no era su propio honor lo que ella ponía en duda; él percibió cierta mancha por algún suceso del pasado de ella. No entendía muy bien qué estaba sucediendo, pero no necesitaba entender a esta insólita hija de una inglesa y un bandido español para cumplir con su misión.

–¿Y cuál sería ese favor, señorita?

La sonrisa de la muchacha se ensanchó, y sus ojos bailotearon.

–Las charreteras de Cornichet, milord.

Volvió a oírse la risa grave de Gabriel.

–Muchacha; estás más llena de triquiñuelas que los mandriles del peñón de Gibraltar.

Tamsyn rió entre dientes, pero sin apartar su mirada del coronel.

–¿Y bien, señor? Tiene usted veinte hombres. Gabriel y yo nos uniremos a usted. Entre todos, podremos aliviar al coronel francés de su insignia.

Julian estaba atónito.

–Por Dios, muchacha; ésta es una guerra, no un maldito juego.

Los ojos de la muchacha chispeaban y su boca dibujó una sonrisa maliciosa, pero la picardía era desmentida por el sesgo decidido del mentón y el brillo acerado visible tras las chispas.

–Soy consciente de eso, coronel –dijo ella. Su semblante se puso serio y, de súbito, lo sombrío de su expresión congeló a Julian–. Y tampoco a Cornichet le parecerá un juego cuando se vea obligado a mostrarse ante sus hombres con el desdichado uniforme de un oficial degradado.

Por cierto, era una buena venganza. Semejante mortificación sería un trago amargo para el arrogante y brutal Cornichet. Pero, ¿cómo podría Julian justificar el empleo de sus hombres para un propósito tan trivial?

Miró hacia el río, mientras su cabeza trabajaba a ritmo furioso. Había prometido a Wellington que llevaría a La Violette a Elvas en cinco días, para que le arrancasen sus pétalos. Podría lograrlo sin inconvenientes si emprendían la marcha en ese momento. Sus veinte hombres eran necesarios en el sitio de Badajoz. Emprender una excursión vengadora para humillar a Cornichet era una pérdida de tiempo y de esfuerzo humano. Pero, si no accedía, La Violette estaría perdida para él, y tendría que regresar al cuartel para informar de un fracaso, por primera vez en su carrera.

Su orgullo no se lo permitiría. Era tan sencillo como eso. La muchacha tenía todos los triunfos y, por lo tanto, él no tenía más alternativa que jugar la mano que ella le ofrecía. Y si se permitía admitirlo, la idea de superar de nuevo en astucia al bárbaro de Cornichet y de darle su merecido, tenía su atractivo, aunque fuese un atractivo más acorde con los entretenimientos juveniles de un teniente que de un coronel hecho y derecho que, además, pertenecía al círculo íntimo de Wellington. Pero era bien sabido que Julian St. Simon tenía una mente tortuosa, y que prefería las triquiñuelas y la astucia de la guerra clandestina que la fuerza bruta del campo de batalla.

Era de suponer que Cornichet y sus hombres aún estaban un tanto desorganizados, en las afueras de Olivenza, reparando los daños producidos por el incendio a su puesto de avanzada. Si ellos podían liquidar este asunto rápidamente, cabalgando después a toda velocidad, aún podrían regresar a Elvas dentro del plazo de cinco días que él mismo se había fijado.

Su mente siguió funcionando a toda velocidad, considerando y descartando posibilidades. Tendrían que encontrar un modo de separar a Cornichet de sus hombres.

–Muy bien –dijo, alzándose de hombros con resignación–. Va en contra de mi juicio, pero ustedes tienen las cartas del triunfo en la mano. Si ustedes se unen a nosotros, Violette, lo harán bajo mi mando. ¿Queda entendido?

Tamsyn negó con la cabeza.

–No, mi señor coronel. Gabriel y yo operamos como agentes libres, al igual que todas las bandas de guerrilleros cuando realizan operaciones con su ejército. Pero, le aseguro que nuestros respectivos propósitos no se chocarán.

Decía la verdad. Las bandas de guerrilleros prestaban sus servicios al ejército de Wellington cuando así lo decidían, pero operaban comandados por sus propios jefes. Esta banda sólo consistía en una muchacha diminuta y su gigantesco guardaespaldas, aunque era evidente que, para Violette, ese factor no tenía peso.

–Estoy pensando que nos convendría sorprenderlo de noche –continuó Tamsyn, sin detenerse a considerar si el coronel inglés pondría objeciones a la condición que ella imponía–. Por lo general, él se retira alrededor de la medianoche y suele estar ebrio, pero siempre hace una ronda por los puestos de guardia. Podríamos tenderle una emboscada. Y después... –emitió un sonido sibilante que imitaba el de una espada blandida en el aire, y rió por lo bajo mientras su mano cortaba el aire–. En comparación con lo que él me ha hecho a mí, para no hablar de lo que pensaba hacerme, es una venganza pequeña. Lo que sucede es que yo no soy demasiado vengativa –concluyó, con alegre sonrisa.

–¿Ah, no? –musitó St. Simon–. Yo habría jurado lo contrario. Yo diría que la mayoría de las personas juzgarían suficiente que él perdiera a su prisionera y que le quemaran el campamento con él dentro.

–Pero ésa no era mi venganza –remarcó Tamsyn, sorprendida de que él no pudiese percibir la diferencia–. Su misión consistía en apoderarse de mí. No tenía nada que ver con hacer que Cornichet pague por lo que él nos había hecho, a mí y a mis hombres. Por no hablar de Gabriel.

–Ah; a mí no me metas en esto –dijo Gabriel, sin alterarse–. Yo he cobrado mi venganza, pequeña. Rompí algunas cabezas antes de venir aquí. No olvidarán muy pronto a Gabriel McFee.

–Pero debemos pensar en Giles, en Pedro, en Joseph y en Stephan...

–Sí, claro, no los he olvidado –el gigante levantó su mano para detener la relación de sus camaradas caídos–. Estoy contigo, muchacha.

–Bueno; si eso ya está resuelto, tal vez podamos poner manos a la obra –dijo Julian, impaciente, echando un vistazo al sol, que ya estaba bastante alto–. El problema es conseguir un caballo para usted, Violette. Tendrá que montar conmigo. Pero no tenemos ningún animal capaz de llevar a su hombre y a uno de los míos.

–No se aflija por eso –dijo Gabriel, con sonrisa plácida–. Yo tengo mi propio caballo, y el de la muchacha está atado cerca de aquí –agregó, señalando hacia el terreno elevado.

–¿Tienes a César? –exclamó Tamsyn–. ¿Lo has traído hasta aquí?

–Claro que sí, pequeña. No habría sido capaz de dejarlo. Me extraña que pienses eso.

Tamsyn se puso de puntillas y le dio un beso.

–No sé cómo lo hiciste Gabriel: tú haces milagros. Vayamos a buscarlos –se volvió hacia el coronel–. Nos encontraremos en su vivac.

St. Simon titubeó, renuente a dejarla ir con su gigante guardaespaldas, aunque sin saber bien qué hubiese podido hacer para impedirlo.

–Le he dado mi palabra –dijo ella, levantando el mentón y haciendo relampaguear sus ojos–. ¿Acaso duda de mí, milord coronel?

Él recordó el irónico desafío que ella le había lanzado la noche anterior, preguntándole si era capaz o no de confiar en la palabra de una bandolera. Ella no le había ofrecido garantías, y él había decidido no confiar en ella. ¿Por qué habría de confiar, ahora, en el honor de una bandida confesa, ladrona y mercenaria? No lo sabía.

Volvió a encogerse de hombros.

–No tiene mucha importancia si dudo o no.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia el bosquecillo donde estaba su campamento.

–Ojalá sepas lo que estás haciendo, muchacha –comentó Gabriel, mientras caminaban de prisa por la ribera–. El Barón no habría hecho tratos con militares. ¡Ir así, al cuartel general de Wellington...! No me parece bien.

Sacudió la cabeza y su coleta se balanceó entre sus hombros.

–No he prometido que les diré lo que quieren saber –señaló ella.

–¿Qué te hace pensar que puedes confiar en que ellos no te lo arrancarán?

–Oh, estoy segura de que se puede confiar en que milord coronel cumpla su palabra –dijo, altiva, y luego echó a correr–. Oh; ahí está César. Y tienes mi rifle y mi cuchillo. ¿Cómo hiciste para recuperarlos?

Gabriel resopló por la nariz.

–Fue muy fácil, muchacha. Son una partida de holgazanes y, una vez que hube roto algunos huesos, ya no quisieron interponerse en mi camino.

Depositó a Tamsyn sobre el potro árabe blanco como la leche y luego montó su propio caballo, un animal feo y tosco, de ancho lomo y poderosos corvejones, muy apto para soportar el peso de su enorme jinete.

–Además, tengo un plan –prosiguió Tamsyn, como si no hubiese habido ninguna interrupción. Se acomodó en la silla y dio un tirón cariñoso a las orejas de su potro–. Pienso que el coronel podría resultarnos útil, si yo pudiera comprar sus servicios.

–¿Útil para qué? –preguntó Gabriel con cautela. Su experiencia le decía que los planes de ella rara vez eran sencillos. ¿Comprarlos con qué?

Tamsyn sonrió y dijo, con aire misterioso:

–Todo a su tiempo, Gabriel.

Gabriel, resignado pero no tranquilizado, conservó la calma, y los dos imprimieron un suave galope a sus animales y los hicieron girar hacia los árboles.

Los hombres del Sexto habían hecho sus petates y estaban listos para marchar, de pie junto a sus caballos, mientras algunos apagaban las hogueras. Julian lanzó un silbido al ver la magnífica montura de La Violette, cuyo entrenamiento mameluco era tan evidente como su sangre árabe.

–Me imagino que habrá tenido que luchar para arrebatar ese animal a Cornichet –le dijo a Gabriel, mientras seguían su camino.

–Se podría decir eso –dijo Gabriel, encogiéndose de hombros, como quitando importancia a su pelea con seis robustos soldados de infantería franceses–. Sin embargo, hay que ver que yo tenía mi garrote y mi espada de dos filos. Además, gracias a ustedes, había bastante humo y tenían bastantes dificultades.

Julian pasó la mano por el cuello blanco del caballo árabe, observándolo con el ojo experto de un oficial de caballería.

–Mi padre me regaló a César cuando cumplí dieciocho años –explicó Tamsyn, complacida por la admiración del coronel por ese animal, que era su alegría y su orgullo.

–Un animal magnífico –dijo Julian con sonrisa irónica.

Vio que ella tenía un cuchillo con su vaina en la silla, un largo rifle sujeto al pomo y una canana atravesada en el pecho. Él había visto muchas veces a mujeres armadas así en las bandas de guerrilleros, aunque el contraste de las armas con la figura diminuta y rubia de La Violette era sorprendente. Sin embargo, a juzgar por la facilidad con que las llevaba, era obvio que estaba muy cómoda así, erizada de armas, encaramada en su alta silla de cuero magníficamente repujado.

–El botín hecho a algún terrateniente español, sin duda –comentó él, sin abandonar su sonrisa irónica.

–En realidad, era turco –replicó ella–. Él cruzaba la sierra Nevada con una caballeriza completa y una columna de mulas cargada de oro y esmeraldas. Mi padre lo alivió de su carga, según tengo entendido.

–¡Ah, qué mentirosa, pequeña! –exclamó Gabriel–. El Barón tenía su propia caballada, inglés. Era famosa en toda España y Portugal; llegaban hombres de todas partes a comprar un potro, pero el barón sólo les vendía los que él quería. Yo he visto a hombres grandes llorando y ofreciendo montones de oro por uno de sus caballos pero, si el barón le había tomado ojeriza al hombre, nada lo conmovía.

–¡Qué imaginación vivaz la suya, señorita! –murmuró St. Simon, echando una mirada a Tamsyn que, a su vez, estaba exasperada por la intervención de Gabriel.

–No tan vivaz como la suya, coronel –replicó ella.

Él se encogió de hombros.

–Le sugiero que aplique su imaginación a planear cómo ejecutará su venganza sobre Cornichet. Vamos andando. No quisiera perder más tiempo del necesario en esta ridícula expedición.

Montó su caballo y ordenó en voz alta:

–Sargento, dé la orden de ponerse en marcha.

Enrojecida de ira, Tamsyn se hizo a un lado con Gabriel, mientras el grupo montado salía del claro al trote. En un abrir y cerrar de ojos, ella habría hecho virar a César y galopado en dirección opuesta, y no habría existido, bajo el sol, oficial de caballería capaz de atraparla. Pero su antigua vida había terminado, acabada primero por la masacre de San Pedro, y después, por la emboscada de Cornichet. Ahora, ella debía planear su futuro y, en cierto modo, el coronel se había mezclado con ese futuro. Tamsyn necesitaba su ayuda para resolver esta pequeña cuestión con Cornichet, pero un plan más ambicioso estaba comenzando a tomar forma en su cabeza, y el coronel lord Julian St. Simon formaba parte de él. Un natural de Cornwall que, al parecer, estaba en el lugar preciso, en el momento preciso... si bien quedaba por verse si él lo habría expresado del mismo modo. Esa cuestión quedaría resuelta cuando llegaran a Elvas y Cornichet hubiese pagado su deuda.

4

Tardaron seis horas para llegar a las afueras de Olivenza. Tamsyn y el coronel no habían intercambiado una palabra; ella había cabalgado junto a Gabriel a la manera de los guerrilleros, manteniéndose apartada de los soldados ingleses, andando por las colinas que había a los costados del camino. Gabriel, como buen mago flemático que era, había sacado de sus alforjas pan, queso, unos dátiles secos, y una bota de vino de Rioja, y ellos habían comido sobre sus monturas, como estaban habituados a hacer.

Julian los había seguido con su anteojo larga vista, viéndolos cabalgar a lo lejos pero, cuando llegaron al pueblo, los dos se unieron al grupo de soldados.

–Usted disculpe, coronel, pero para mí esto es algo muy extraño –murmuró el sargento–. No quisiera encontrarme con ese tipo tan grandote en un callejón oscuro.

–Claro que no –coincidió Julian, sintiendo que debía una explicación al sargento–. Pero dicen que La Violette siempre fija su precio; si esta breve excursión es el costo de llevarla al cuartel general, debemos pagarlo.

Sin embargo, no había dicho al sargento cómo había hecho para dejar el vivac con una prisionera bien amarrada y volver solo, y porqué la muchacha se había unido luego a ellos, armada hasta los dientes, montando su caballo árabe y acompañada por un gigantesco guardaespaldas. Que sus hombres sacaran las conclusiones que quisieran. Eran soldados y estaban acostumbrados a los caprichos de sus oficiales y a obedecer órdenes incomprensibles.

–Tendremos que esperar a que oscurezca antes de acercarnos al puesto –dijo Tamsyn, que se acercó a él al trote de su caballo. Miró, con los ojos entrecerrados, la esfera del sol poniente que iba desvaneciéndose–. Gabriel hará un reconocimiento para confirmar que Cornichet todavía está allí.

–Violette, usted podrá hacer como quiera, pero mis hombres y yo haremos un reconocimiento por nuestra cuenta –replicó él en tono helado–. No comprometo a mis hombres en una acción basándome en observaciones ajenas.

Tamsyn se encogió de hombros.

–Como prefiera, milord coronel. En mi opinión, es un gran desperdicio de energías. Apuesto lo que quiera a que Gabriel es más eficiente en este tipo de cosas que cualquier soldado inglés.

–Desde luego, tiene derecho a reservarse su propia opinión.

Julian hizo mover a su caballo a un lado, indicó a sus hombres que lo siguieran y se alejaron del camino trotando, internándose en el bosque que bordeaba el pueblo.

¡Asno petulante!, pensó Tamsyn, meneando la cabeza, irritada, al tiempo que seguía con Gabriel. Se detuvieron en un pequeño claro, en medio del fresco y penumbroso aislamiento del bosque. El coronel dio un par de órdenes en voz baja a sus exploradores, y los dos desmontaron y desaparecieron entre la maleza.

–Quizá podríamos dejar que lo hicieran ellos –dijo Gabriel haciendo un alegre gesto de despreocupación, y sacó su bota de vino.

Echó la cabeza atrás, y un chorro rojo oscuro cayó en su boca, formando un arco desde el pico de la bota.

–¿Coronel?

Con toda cortesía, sintiendo la mirada de Julian fija en él, se lo ofreció.

–Gracias.

St. Simon bebió agradecido un generoso trago del vigoroso vino. Cuando se lo devolvía a Gabriel, Tamsyn lo interceptó y bebió con gran destreza.

Cuando abrió su boca y echó la cabeza atrás, sus dientes parecieron un relámpago de perlas. Julian se sorprendió contemplando, fascinado, la graciosa curva de la garganta, los pequeños movimientos que hacía al tragar el vino, el continuo chorro de color rubí cayendo entre sus labios entreabiertos. El casco de su pelo corto parecía casi blanco en la creciente oscuridad, en contraste con su piel dorada y el cerco oscuro de sus pestañas. Parecía una doncella bárbara, pensó él, viéndola sobre su magnífico corcel, con su rifle en bandolera, una de sus manos bronceadas sujetando las riendas, sus cómodos pantalones y su camisa, salpicados de barro, sus botas de suave cuero cordobán, andrajosas y gastadas, como debían ser las botas de montar preferidas de una persona que pasaba a caballo la mayor parte de su vida.

Pese a todo, había en ella algo de delicadeza. Algo que le daba aspecto de flor.

Disgustado por esa fantasía, la desechó con una sacudida de su cabeza y apartó la vista de ella.

–Sargento, los hombres pueden desmontar y descansar, mientras esperamos a los exploradores. Pueden comer, pero no encender el fuego.

–Sí, señor.

El sargento dio la orden, y los hombres, aliviados, desmontaron. Habían pasado seis arduas horas cabalgando caminos, y por eso muchos se estiraron y maldijeron, mientras abrían sus alforjas y preparaban su cena como podían con alimentos fríos.

Gabriel y La Violette, en cambio, permanecieron sobre sus caballos, con el aspecto de estar tan a gusto como si estuviesen sentados en cómodos sillones. Julian pensó, y no por primera vez, que las duras sillas inglesas, con sus pomos bajos, eran lamentables en comparación con las españolas, más mullidas.

Los exploradores regresaron una hora después. Los franceses, comandados por Cornichet, aún estaban en su campamento, a media hora de camino por el medio del bosque, y estaban atareados reparando sus dañadas chozas. Habían reforzado las guardias; la próxima incursión sería más difícil. Una de las dificultades consistía en que la noche prometía ser clara y agradable, y ellos no contarían con la ventaja de la lluvia y la espesa cobertura de las nubes.

Julian frunció el entrecejo. No estaba dispuesto a perder a ninguno de sus hombres por una vendetta personal. Pensó que esto debía hacerse con sigilo, y no por la fuerza.

–Sargento que los hombres se queden aquí. Mantengan sus oídos alerta, y estén listos para acudir en ayuda a la primera señal de problemas.

Se dirigió a Tamsyn:

–Usted –dijo, señalándola con un dedo imperativo–, y Gabriel, vengan conmigo. Si no podemos hacer esto entre los tres, no se hará.

Tamsyn lo pensó. Daba la impresión de que él estaba renegando de su acuerdo, pero los ojos de un azul intenso parecían astillas de diamante, la boca autoritaria estaba apretada, el mentón firme, proyectado hacia delante; ella se dio cuenta de que era todo lo que conseguiría de él. El coronel no era un peso liviano. Ella había tenido prueba abundante de su fuerza física y, si bien no podía competir con Gabriel, era una figura imponente de la que emanaba una fuerza interior que lo convertía en un rival digno de tener en cuenta. Además, sus hombres estarían allí para cubrir la retirada.

Ella hizo un gesto de aceptación y desmontó, colgándose el rifle del hombro.

–Será mejor que nos acerquemos andando.

Avanzaron cautelosamente entre la maleza; Julian, con su chaqueta roja cubierta otra vez por su capa negra, asombrado al ver que Gabriel, pese a su tamaño, daba la impresión de volar y de fundirse con la vegetación. Tamsyn parecía un fauno; sus pies apenas tocaban el suelo y la hierba no crujía a su paso. Julian, que no era tan avezado en las tácticas de la guerrilla; se sentía como un torpe y enorme buey viendo a sus compañeros.

Se detuvieron a unos cuarenta y cinco metros del campamento, desde donde pudieron ver a un soldado de guardia. Un minuto después, otro se unió a él, con su fusil apoyado en el hombro. Conversaron unos instantes y reanudaron la marcha en direcciones opuestas.

No sería fácil organizar una emboscada, estando la ronda de guardia.

–¿Qué tal si probamos en las letrinas? –susurró Tamsyn, con los ojos brillando, maliciosos, en la oscuridad, que ya era total–. Cuando Cornichet haga su visita nocturna, nosotros podríamos estar esperándolo. Es hombre de hábitos regulares. Todas las noches, a eso de las once, va al excusado con una copa de coñac.

–¿Cómo lo sabe?

Julian la escudriñó en la oscuridad, contagiado por el pícaro ánimo de travesura que emanaba de la esbelta silueta que tenía a su lado, a pesar de su opinión con respecto a esta incursión que, además de peligrosa, era una pérdida de tiempo.

Tamsyn hizo una mueca.

–Pasé dos días y medio atada en su cabaña, coronel. Tuve mucho tiempo para observar sus hábitos.

–¿Sabe dónde están situados los excusados?

Ella asintió.

–Me permitieron usarlos... dos veces cada día–agregó, entre dientes, recordando furiosa la incomodidad y la humillación de su prisión.

Julian no respondió. Si uno se movía en un mundo sucio, corría el riesgo de caer en el cieno; además, no creía que Violette estuviese buscando compasión.

–¿Dónde están, entonces?

–En la parte más alejada del campamento, excavados a unos tres metros de la ronda de la guardia, algo separados de la parte principal del campamento.

–Guíenos, Violette –dijo Julian, con expresión hosca.

De todas las operaciones alocadas en la que había estado envuelto, ésta se llevaba el premio. Era obvio que esta bandida, mezcla de español e inglesa, tenía una fértil imaginación en lo que tocaba a planear la derrota de sus enemigos. El apuro en que se vería Cornichet sería casi tan ridículo como el que él mismo había sufrido aquella mañana, atrapado cuando estaba entregado al placer entre los tersos muslos de una apasionada saqueadora.

Gabriel sonreía, muy divertido por el plan de Tamsyn. Pero él también había sufrido a manos de Cornichet y de sus hombres.

Se arrastraron siguiendo una línea paralela a la ronda de guardia. Una rama se quebró bajo la bota de Julian, y el sonido hizo eco en medio del silencio. Tamsyn ahuecó las manos alrededor de su boca, y el bosque se llenó con el llamado de caza de un chotacabras. Gabriel hizo un gesto de asentimiento, y Julian maldijo su torpeza.

Aún perduraba en el aire el olor del humo y el incendio, y el bosque estaba muy silencioso; sus criaturas silvestres habían huido de los hombres y del fuego. Los árboles aún estaban sin hojas, y la luna en cuarto creciente brillaba a través de las ramas desnudas con alarmante claridad, pero Gabriel y Tamsyn se abrazaban a los troncos de los árboles, se arrastraban sobre el estómago entre los arbustos, y Julian los seguía, viéndolos reptar y correr de un círculo de oscuridad a otro hasta haber rodeado el puesto, hasta que el tenue olor de las letrinas llegó flotando desde atrás de la línea de ronda, donde estaban excavados los pozos.

–La letrina de los oficiales está en e! extremo más cercano al campamento –susurró Tamsyn, y su voz no fue más que un suspiro en el aire–. La sección de ellos está cubierta por una lona... como si lo que ellos hacen fuese diferente a lo que hacen los soldados –agregó, con desprecio.

–Me imagino que usted se alegraría de contar con algo de intimidad –observó Julian en tono seco, y fue recompensado con una breve sonrisa de admisión.

Julian pensó que era una muchacha exasperante, que siempre se creía autorizada a dar su opinión, pero al menos sabía cuándo debía darse por vencida en algún tema.

Un saludo entrecortado llegó de la ronda de guardia, y los que acechaban se arrojaron al suelo tras un arbusto espinoso. Tamsyn, apretada entre los dos hombres, levantó la cabeza cautelosamente para mirar por encima del matorral. Se oyó otro grito desde el campamento, y el coronel le hizo hincar la cabeza en la tierra.

–No nos han visto –protestó ella en un susurro vehemente, forcejeando para librarse de esa mano que la oprimía–. Están haciendo el cambio de guardia.

–A la luz de la luna, su cabeza es como una maldita antorcha –dijo él entre dientes, con la boca pegada al oído de ella–. Cúbrala con ese pañuelo que lleva al cuello.

Tamsyn se quitó el pañuelo oscuro y lo ató sobre la cabeza. Era irritante que alguien a quien ella consideraba novato en este juego, tuviese que recordarle una precaución tan elemental, pero no podía discutir lo correcto de la indicación.

–Al soldado de guardia le lleva unos tres minutos patrullar su sección –susurró Gabriel. Durante la discusión que habían tenido Tamsyn y el coronel, él se había concentrado en la ronda de guardia–. Eso da tiempo suficiente para que uno de nosotros alcance a cruzar.

–Yo iré primero –dijo Tamsyn–. Tú me seguirás, Gabriel, y el coronel puede pasar el último.

–No –declaró Julian–. Usted irá entre nosotros dos. De ese modo, si sucediera cualquier cosa y la atrapasen, nosotros podríamos atacar desde ambos lados.

–¿Y eso también se aplica a cualquiera de ustedes dos?

–Es a usted a quien quiere Cornichet –recordó él–. Ya tuve que sacarla de aquí una vez, y que me condenen si la pierdo de nuevo. Ya es bastante malo darle el gusto con este capricho ridículo sin tener que poner en peligro mi propia misión más allá de lo necesario.

Por un segundo, Tamsyn discutió consigo misma. Si ella se lanzaba a correr a través de ese espacio, él no podría detenerla. Gabriel la seguiría, y podrían arreglárselas sin la ayuda de este coronel con tantos aires de superioridad. Sin embargo, él tenía algo de razón. Dentro de ella, luchaban el orgullo con el sentido común, y ganó el segundo.

Ella no respondió; se limitó a acurrucarse tras el arbusto, con el entrecejo fruncido. Julian hizo un gesto afirmativo a Gabriel y, cuando el guardia daba la vuelta en su puesto para marchar a lo largo de la línea, el gigante se precipitó hacia delante. Aunque se pegó al suelo, durante un momento aterrador, fue claramente visible a la luz de la luna; luego, desapareció en las sombras, más allá de la recorrida del soldado.

Los otros dos quedaron esperando, inmóviles. El guardia regresó y se alejó de nuevo. Tamsyn no esperó la señal afirmativa del coronel. Echó a correr cruzando el espacio, agazapada; era una figura diminuta y fugaz hasta que, ella también, desapareció en las sombras.

Julian esperó solo, ya sin preocuparse por los méritos militares de esta operación. Una vez comenzada, se concentró por completo en acabarla con éxito. Llegó su momento, y avanzó, saliendo del escondite y echando a correr, sintiendo su espada que le golpeaba contra la cadera. Su pie tropezó con una piedra y estuvo a punto de caer, maldiciendo su torpeza, aun sabiendo que, cargado con toda la parafernalia de un oficial de caballería, tenía más obstáculos que sus dos compañeros.

–Aquí.

Oyó el susurro de Tamsyn que lo llamaba desde la oscuridad, y se echó al suelo junto a los otros dos, detrás de una pila de leña. El campamento estaba demasiado silencioso para ser esa hora de la noche, aunque pudieron oír voces amortiguadas que llegaban desde las desperdigadas tiendas y chozas, alguna que otra carcajada, un grito quejumbroso.

–Pongámonos en el lugar.

Tamsyn ya unía la acción a la palabra pero Julian, una vez más, la sujetó por un brazo con dedos duros, sus ojos brillando en la oscuridad.

–El mismo orden que antes.

Ella accedió en silencio; esperaron a que Gabriel se abriera paso entre los árboles, hacia la silueta que formaba la lona de la letrina de los oficiales, y desapareciera debajo de ella.

–Ahora, usted.

El coronel estaba convencido de que él era quien mandaba, pero no había tiempo de detenerse a discutir la jugada con él. Tamsyn echó a correr, animada por la idea de vengarse de Cornichet. Valía la pena ceder un poco a los modales autoritarios del caballero inglés para lograrlo.

A las once de la noche en punto, el coronel Cornichet salió de su choza, con una copa de coñac en la mano. Hizo una pausa para mirar al cielo y oler la fragancia del aire. La lluvia había parado, y el sitio de los ingleses a Badajoz progresaría rápido. Sus fuerzas eran demasiado reducidas para acudir en auxilio de los ciudadanos y de la guarnición del pueblo, pero si él no hubiese perdido a La Violette, ya estaría en condiciones de eliminar algunas de las bandas de guerrilleros de la región y contaría con un mapa de los puertos de montaña que ellos utilizaban, lo cual sería una contribución invalorable para los ejércitos franceses en lucha.

Él había planeado y casi llevado a cabo un buen golpe que le habría ganado las felicitaciones de sus superiores y, sin duda, una promoción. Eso le habría permitido abandonar esta tierra olvidada de Dios, antes de que se cayera sobre ella el castigo del verano. En cambio, un inglés lo había superado en astucia y era de suponer que ahora estaba en posesión de la vital información de La Violette.

Sus cejas se unieron en un ceño de fastidio; echó a andar por el campamento dando su acostumbrada vuelta por los puestos de guardia, en medio de un torvo silencio que ninguno de sus hombres se atrevió a romper, tras lo cual se volvió y se encaminó con paso resuelto hacia las letrinas.

–Ahí va –dijo un soldado de infantería, en voz baja, a su compañero–. El viejo es regular como un reloj.

Obtuvo una respuesta insolente que hizo estallar en bufidos de risa a los dos, al tiempo que el coronel descorría la cortina de lona y desaparecía de la vista.

El coronel se disponía a sentarse cómodamente sobre las tablas de madera apoyadas en la trinchera, cuando la punta de un cuchillo asomó por la pared d lona, al costado del recinto. Por un instante, se quedó mirando, sin poder creer lo que estaba viendo, hasta que la lona se desgarró con ruido y, para su infinito asombro, apareció en la abertura la cara de La Violette.

–*Bon soir*, coronel Cornichet –sus dientes blancos relucían en una sonrisa bastante poco amistosa, y su cuchillo se apretó contra la garganta del hombre–. Usted y yo tenemos un pequeño asunto sin terminar. No

grite –añadió en voz baja, al ver que el hombre se esforzaba por recuperar su entendimiento–. Si abre la boca, mi amigo, aquí presente, lo enviará al otro mundo.

Atónito, Cornichet clavó la vista en Gabriel, cuyos ojos claros lo observaban con engañosa calma, detrás de la muchacha. Por la rotura de la lona apareció el cañón de un rifle.

–*Sacré bleu* –musitó el coronel ante tal aparición, al tiempo que manoteaba desesperado sus pantalones caídos, cuidando de no mover su cabeza junto a la punta del cuchillo.

–No es una sensación grata, ¿verdad, coronel? –dijo la muchacha sin dejar de sonreír, pero con ojos tan inexpresivos y fríos como piedras violáceas. El cuchillo se le movió apenas y brotó una gota de sangre que resbaló manchando los pliegues blancos de su chaqueta.

La nuez del francés se sacudió con movimientos convulsivos, y la punta del cuchillo se deslizó hacia arriba, haciendo presión en la suave piel de abajo del mentón. Desistió de intentar acomodarse la ropa y se quedó inmóvil, sintiendo que el sudor se acumulaba en su frente.

–Existe un viejo dicho que aconseja pagar con la misma moneda, coronel –continuó La Violette–. Y recuerdo otro que se refiere a la dulzura de la venganza.

La punta del cuchillo dibujó un círculo en la piel del hombre.

–Por el amor de Dios –dijo él, en un ronco susurro–. Si va a hacerlo, hágalo y terminemos de una vez.

Ella negó con la cabeza, y su mirada lo hizo temblar pero, antes de que ella pudiera decir nada, desde la oscuridad que había detrás de la muchacha, St. Simon dijo con brusca impaciencia:

–¡En el nombre de Dios, muchacha! Es cruel con él como un gato con un ratón. Terminemos esto y salgamos de aquí.

Estupefacto, Cornichet vio cómo el alto inglés envuelto en una capa hacía a un lado a su verdugo y la situaba detrás de él. El inglés blandía una espada de caballería en su mano derecha y parecía exasperado.

–Perdóneme, Cornichet, pero yo quiero algo que usted tiene.

Su espada dio dos tajos, tan veloces que el francés casi no tuvo tiempo de suspirar, y las suntuosas charreteras doradas cayeron, con sendas salpicaduras, en el hueco de la letrina.

–Y sus botones –exigió La Violette, desde la sombra.

Julian suspiró.

–Tendrá que perdonarme, Cornichet, pero hice un trato con esta condenada vengativa.

Otra vez, su espada se movió rauda y los botones dorados de la chaqueta del coronel, con el águila napoleónica estampada en ellos, siguieron el destino de las charreteras en el fondo de la letrina.

Cornichet, en plena lucha con sus sentidos, tenía sus ojos que se le salían de las órbitas, su mandíbula se movía pero, antes de que pudiese rehacerse, sus visitantes habían salido por el desgarro de la lona, y él se había quedado súbitamente solo, en ese pequeño espacio pestilente. Si no hubiese sido por el agujero en la lona y por su despojado uniforme, habría creído que había soñado el mortificante episodio.

Se levantó los pantalones y, tirando de ellos hasta la cintura, bramó:

–*A moi... a moi!* –mientras irrumpía en el campamento.

Llegaron soldados corriendo desde todas partes, y el colérico coronel dio órdenes a gritos y barbotó explicaciones mientras se sujetaba torpemente la cintura de sus pantalones y su chaqueta sin botones quedaba abierta.

Julian oyó el rugido a sus espaldas y vio que Gabriel había desaparecido en cuanto se zambulleron en el bosque.

–Tendremos que separarnos –gritó Tamsyn mientras corrían juntos por entre la vegetación–. Si nos separamos, a ellos les resultará mucho más difícil seguirnos.

–No pienso perderla de vista –dijo el coronel entre dientes, sujetándola por la muñeca al ver que ella se desplazaba, agazapada, hacia un costado.

–¡Yo le di mi palabra!

–Aun así, no pienso perderla de vista. ¡Y ahora, corra, muchacha!

–¿Qué cree que estoy haciendo? –preguntó ella, fastidiada–. Y si tuviese sesos en esa cabeza, milord coronel, recordaría que mi caballo está junto a sus hombres, y que me condenen si se lo dejo a usted.

–Yo soy partidario de asegurarme bien –fue la fría respuesta.

–Usted no sabe un comino de tácticas de guerrilla.

Fue lo último que se dijo entre ellos; siguieron corriendo hacia delante, sin hacer caso de ningún ruido que pudieran oír ni de las huellas que estuviesen dejando. Lo único que importaba era la velocidad.

Desde atrás les llegaron gritos confusos y se oyeron disparos de fusil al azar. Alguien dio un grito de dolor, y hubo un rugido de furia.

–Parecería que estuviesen disparándose entre sí –exhaló Tamsyn, con una alegre risilla–. No saben qué es lo que están buscando. Imagínese a Cornichet tratando de explicar lo sucedido...

–Deje de fanfarronear, y ahorre su aliento – ordenó Julian.

Sin embargo, sus propios labios temblaron al evocar la imagen del coronel, habitualmente impecable, con sus bigotes encerados, en calzoncillos y con su chaqueta profanada, tratando de describir el encuentro en la letrina.

Silbó una bala por encima de sus cabezas y, de súbito, perdieron todas las ganas de reír. Estaban llegando al linde del bosque donde los aguardaban los hombres del coronel pero, con los proyectiles rozándoles las orejas no les parecía suficiente la cercanía.

Tamsyn se desplazó de costado arrastrando al coronel consigo, abriéndose paso en medio de lo que parecía ser un embrollo impenetrable de arbustos espinosos, aunque fue revelándose una suerte de sendero pese a las matas que desgarraban sus ropas.

Entonces, salieron al claro. El sargento, al oír el tumulto, ordenó a los veinte hombres del Sexto estar preparados, espadas desenvainadas, dispuestos a cargar contra cualquier cosa que pudiese precipitarse sobre ellos. Tamsyn saltó sobre el lomo de César, en el preciso momento en que Gabriel irrumpía desde la espesura, con su espada en la mano. Levantó una mano en señal de saludo, su semblante tan benigno y despreocupado como siempre, y saltó sobre su caballo.

–Los hombres están impacientes por pelear, señor –dijo el sargento, acariciando la empuñadura de su espada–. Creo que se merecen una diversión.

El coronel St. Simon negó con la cabeza.

–Habrá pelea de sobra en Badajoz.

Hizo girar a su caballo y, levantando una mano, ordenó retirada a sus hombres.

El grupo montado salió .l galope desde el claro, en el mismo momento en que un reducido grupo de franceses irrumpía en él, pero estos iban andando y sólo pudieron observar, frustrados, cómo sus presas desaparecían en la oscuridad.

St. Simon puso su caballo a la par del árabe blanco de Tamsyn. Notó que ella tenía un largo arañazo en una mejilla, producido por los arbustos espinosos que habían atravesado en su retirada; también notó que eso no parecía molestarle.

¿Cómo diablos era posible que afirmase provenir de una familia de Cornwall? Si fuera cierto, sería algo fuera de lo común. Julian se percató de que estaba observándola, tratando de encontrar en ella indicios de sangre inglesa. No tenía la piel mate, ni el pelo negro ni los ojos oscuros típicos de las españolas, aunque la piel pálida y los ojos de color violeta, si bien más característicos de los ingleses, no eran completamente desconocidos entre las familias del país. En síntesis, nada en su apariencia permitía confirmar ni rechazar sus palabras. Sin embargo, este ser híbrido debía de haber heredado ciertas vigorosas características de alguien que, más bien, podrían relacionarse con el barón ladrón que con alguna recatada doncella inglesa... rudeza y arrogancia, para citar sólo dos.

–Espero que esté satisfecha: he cumplido mi parte del acuerdo –dijo, dibujando una mueca irónica.

–Perfectamente satisfecha, milord coronel –respondió ella–. Y no finja que no lo disfrutó, porque yo vi cómo titilaban sus ojos.

–Estoy muy seguro de que mis ojos jamás titilan –replicó el coronel, asqueado ante tal imagen.

–Ya lo creo que sí –aseguró ella con una sonrisa, y sus dientes perfectos relucieron en la luz de la luna–. Sucede que nunca se ha mirado en el espejo en el momento justo.

Como no se le ocurrió ninguna respuesta adecuada, él cambió de tema.

–Haré descansar los caballos cuando sea inevitable pero, excepto eso, tengo intenciones de no parar hasta llegar a Elvas.

–César tiene muchas energías –dijo ella, plácida–. Y ha descansado bastante en el campamento de Cornichet.

–Usted, en cambio, ha dormido muy poco –señaló él.

–Yo puedo dormir sobre la silla. Lo he hecho con frecuencia –lo miró de reojo–. Estoy dispuesta a cumplir mi parte del acuerdo. Y, hasta ahora, jamás he abandonado la fila de marcha.

Una vez más, él detectó las corrientes de energía que emanaban de ese cuerpo esbelto y erguido. Ella irradiaba ánimo y decisión; eso lo puso inmediatamente inquieto. Hasta entonces, cada vez que él había sentido esa clase de energía, resultaba que La Violette no se traía nada bueno entre manos.

5

El constante retumbar de los cañones que disparaban contra las murallas de la ciudad española de Badajoz ahogaban cualquier otro sonido cuando el grupo montado se acercó a la ciudad, asentada sobre una colina en medio de un llano. El cielo tenía un matiz metálico, con nubes bajas sobre la tierra grisácea; todo ello confería al ambiente un color uniforme, desvaído, solo interrumpido por las chaquetas escarlata de los soldados de caballería.

Julian, que iba al frente de la tropa, observaba a Gabriel ya Violette que, como siempre, cabalgaban a un costado, sobre una parte un poco más elevada del camino. Si bien no podía oír lo que decían, por sus gestos suponía que estaban enzarzados en una acalorada discusión. La muchacha hacía ademanes vehementes, y su cuerpo flexible, encaramado sobre la silla, subrayaba sus puntos de vista. Del gigante Gabriel, en cambio, emanaba una pétrea obstinación y, cada tanto, sacudía la cabeza expresando una breve y firme negativa.

Estaban a dos horas de marcha del cuartel general en la ciudad fronteriza portuguesa de Elvas; Julian llegaría con su flor dentro del plazo de cinco días que él mismo se había fijado. Por desgracia, no llevaba a una prisionera sumisa y temerosa, dispuesta a dejarse arrancar los pétalos, sino a una mercenaria vigorosa y decidida que, tal vez, podría ser inducida a vender sus secretos pero que, por cierto, no los divulgaría dócilmente con solo pedírselo. Sería interesante ver qué haría Wellington con ella... y qué opinaba del desempeño del coronel en el asunto.

Julian hizo una mueca. Tendría que hallar un modo de explicar cómo había perdido a su prisionera y tenido que acceder a un acuerdo negociado. La verdad era demasiado mortificante. Esperaba que la bandolera mantuviese su boca cerrada con respecto a aquella locura que había acaecido a la orilla del río.

Advirtió que los otros dos se acercaban hacia él al trote de sus caballos. Gabriel no parecía estar dichoso; la expresión de la muchacha era neutral. Al llegar a su lado, hicieron girar a sus caballos y continuaron a su lado.

–En mi ausencia, lo haré a usted responsable de la niña, inglés –dijo Gabriel, en tono gruñón, con su mano apoyada, de modo muy intencionado a juicio de Julian, en la empuñadura de su sólida espada.

–¿Ausencia? ¿Adónde irá?

–Eso no es de su incumbencia; de todos modos, será responsable, métase eso en su cabeza.

Julian movió la cabeza y lanzó una breve carcajada de incredulidad.

–¿Espera usted que yo me haga responsable de las acciones de La Violette? Por Dios, hombre, yo conozco mis limitaciones.

–No de sus acciones sino de su seguridad –aclaró Gabriel, antes de que Tamsyn pudiese expresar su propia indignación.

–Me imagino que no se le habrá ocurrido pensar que una cosa tiene algo que ver con la otra –dijo Julian, en tono ácido.

–Yo soy responsable de mis propias acciones –dijo Tamsyn, impaciente–. Y de mi propia seguridad. Gabriel; estás portándote como una vieja.

–El Barón me confió tu seguridad. –la boca del gigante adoptó un sesgo empecinado–. Si tú piensas seguir adelante con esta travesura, pequeña, yo seré fiel a la promesa hecha a tu padre del modo que me parezca conveniente –miró con severidad a St. Simon–. Así que si llegara a sufrir el menor daño uno solo de los cabellos de ella, yo le arrancaré a usted la cabeza, coronel inglés.

Tamsyn alzó sus ojos al cielo.

–No voy a sufrir ningún daño en el cuartel general inglés, Gabriel.

–No; en cuanto a eso, yo lo garantizo –dijo Julian, resuelto a ignorar la poco amistosa amenaza de Gabriel–. Al menos, durante el tiempo que permanezca como huésped del cuartel. Pero si pone un pie fuera de Elvas, quedará fuera de mis manos. Yo no soy una niñera.

–Ni yo necesito una –replicó Tamsyn–. Ni un guardaespaldas. Y ahora, vete, Gabriel. Cuanto antes te marches, antes podrás regresar.

–¿Me das tu palabra de que no te moverás de Elvas hasta que yo regrese?

Estaba ceñudo y afligido.

–Tienes mi palabra –se estiró un poco y, con sonrisa tierna y mirada cálida, le rozó la mejilla con las yemas de sus dedos–. No te aflijas más. Estaré a salvo; tú sabes que esto hay que hacerlo.

Gabriel suspiró.

–Si tú lo dices, pequeña...

Hizo girar a su caballo y se alejó al trote, alzando una mano a modo de saludo.

–Pobre Gabriel, en realidad, no tiene deseos de marcharse –dijo Tamsyn, conservando esa sonrisa cariñosa–. No soporta la idea de perderme de vista, sobre todo desde...

Se interrumpió; sus ojos se velaron y su sonrisa se desvaneció.

–¿Desde que...? –apremió Julian.

Tamsyn se encogió de hombros.

–Historia antigua, milord coronel.

Se hizo pantalla con la mano sobre los ojos y tendió la vista a través de la llanura, hacia las murallas de Badajoz. Debajo de ellos, el suelo temblaba con el bombardeo, y se oía con claridad el silbido de las balas francesas que respondían al fuego inglés.

–¿Adónde va él?

Ella se encogió de hombros otra vez.

–A buscar algo, nada más. Ya estamos cerca.

Al parecer, Violette no pensaba decirle nada más con respecto al misterioso viaje de Gabriel. Él asintió.

–Estamos concentrando el bombardeo sobre los bastiones de Santa María y La Trinidad.

–¿Cuándo espera Wellington que se produzca la llegada de Soult desde Cádiz?

–Veo que está bien informada –dijo él con una ceja arqueada en manifestación de ironía.

La inminente llegada del mariscal francés para liberar a Badajoz era una de las principales preocupaciones de Wellington.

–Desde luego. Yo también peleo en esta guerra, coronel.

–Usted lucha por sus propias ganancias –repuso él, sin rodeos.

Los ojos de la muchacha relampaguearon.

–Igual que su ejército, señor. Sólo que los guerrilleros luchan, simplemente, por su país, y yo lucho con ellos.

–¿Niega, acaso, que vende sus servicios? –preguntó él.

Ella le dirigió una mirada de supremo desprecio.

–Los vendo a aquellos que pueden pagarlos. A los que no pueden, se los doy. Son sensatos principios de negocios, milord coronel. Y, como usted bien sabe, la guerra es un negocio. En tiempos de guerra, hay hombres que se enriquecen.

–Aprovechadores –dijo él, con disgusto.

–¿Y qué persigue usted, caballero inglés? –preguntó ella, con el mismo disgusto–. Nada tan vulgar como la riqueza, por supuesto. ¿Qué es, entonces? ¿Gloria... honor... rango?

Julian no respondió. Si bien era cierto que é1 perseguía todas esas metas, luchaba por el honor de su patria, por lealtad y patriotismo. No tenía sentido explicar tales conceptos a una mercenaria, pues sólo lograría que se burlase de ellos.

Ya estaban bordeando las trincheras que había fuera de la muralla, y el ruido de las bombas se había hecho ensordecedor. El caballo árabe de Tamsyn estaba nervioso, sacudía la cabeza y levantaba las patas, como si estuviese eligiendo con melindres su camino sobre el suelo blando, empapado por la lluvia. En cambio, los caballos del ejército permanecían imperturbables al estrépito y a lo irregular del terreno, y seguían andando con firmeza.

Cuando explotó un proyectil a pocos metros de ellos, levantando un surtidor de cieno, César lanzó un agudo relincho de terror y saltó de costado. Sin pensarlo, Julian se apoderó de las riendas de Tamsyn para calmar al animal.

–¡Quite su mano! –ordenó ella, con tal ferocidad que él obedeció de inmediato. Con solvencia de experta, recuperó el control del caballo hablándole en español, en voz baja; cuando el animal se hubo calmado, ella se volvió hacia el coronel, sus ojos lanzando llamas–. ¿Cómo se atreve a tocar mis riendas?

–Lo siento –el desconcierto que provocó en él la furia de ella era auténtico–. Estoy acostumbrado a cabalgar junto con mi hermana. Como ella no es muy buena jinete, yo tengo que estar alerta todo el tiempo.

–Bueno; yo no soy su hermana –afirmó ella, todavía furibunda.

–Por fortuna, teniendo en cuenta las circunstancias –murmuró él, sin poder contenerse, y con un brillo pícaro en su mirada.

Por un instante, Tamsyn le dirigió una mirada hosca, pero luego rompió a reír.

–Cuánta razón tiene, coronel. Hay ciertos vicios que son demasiado repugnantes hasta para bandidos mercenarios.

Al ver que su broma no había sido entendida, el buen humor de Julian murió tan rápidamente como había surgido.

–Le ruego que no volvamos a hablar de ese incidente –dijo, con rígida formalidad.

Tamsyn lo miró de reojo, vio su rostro serio y su boca tembló en una sonrisa maliciosa.

–Me atrevería a decir que usted no querría que su comandante en jefe supiera que ha estado retozando con una prisionera.

–¡No, maldita sea; claro que no! –respondió él con brusquedad.

–¿Y no quisiera que vuelva a ocurrir? –aventuró ella–. Qué poco halagador para mí, coronel. Le confieso que a mí me gustaría repetir.

–Perdóneme mi crudeza, pero no –afirmó él, al tiempo que hacía girar a su caballo–. Sargento, usted y los hombres pueden dejarnos a nosotros aquí y regresar a la brigada. Yo cruzaré el río por el pontón del este.

–Muy bien, señor.

El sargento ladró una orden a la tropa que lo seguía, y se alejaron al galope hacia esa especie de ciudad de tiendas de campaña que constituía el campamento del ejército, entre el Guadiana y las obras de sitio. El coronel y su acompañante cabalgaron por la orilla del río hacia uno de los puentes de barcas que comunicaban las obras con el cuartel de Elvas.

Tamsyn asintió para sí. Por algún motivo, dudaba de que el coronet hubiese dicho la verdad. Era imposible que, después de haber gozado de semejante explosión de placer, no tuviese ganas de volver a disfrutarla. En su memoria creyó oír la voz de Cecile, suave, divertida y sensual, diciendo a su hija que el apetito por el amor crecía más cuanto más era alimentado. Tamsyn podía oír la risa del barón en respuesta, ver sus oscuros ojos de halcón fijos en el rostro de su madre, como si quisiera devorarla.

La inundó una conocida oleada de pena. Ella no la resistió; sólo esperó a que pasara. Sentía pena por su propia pérdida, ya que era imposible imaginar separadas, aun en la muerte, a dos almas que habían estado tan unidas.

Cruzaron el puente y entraron en la pequeña ciudad de Elvas; los soldados de guardia gritaron el alerta a medida que pasaba el coronel. Las calles empedradas estaban repletas de soldados, enfundados en las chaquetas verdes de los rifleros, o las rojas de los soldados de infantería y caballería; ayudas de campo que

corrían entre distintos puestos de comando; carretones cargados de comestibles que cruzaban a los tumbos la ciudad, para llevar alimentos a las tropas en las trincheras. Un perro escuálido salió corriendo de un callejón, perseguido por una pandilla de pilluelos desarrapados, y asustó a César.

–Ese animal es demasiado nervioso para su propio bien –observó Julian, mientras Tamsyn tranquilizaba al caballo.

–No está acostumbrado a las ciudades –dijo ella, crispada por la crítica a su adorado César–. No está habituado a encontrarse rodeado de gente. Pero es capaz de llevarme, sin desmayar, cientos de kilómetros por caminos de montaña, y dejaría atrás a cualquier animal que ustedes puedan tener en sus establos, en cualquier terreno, mi señor coronel.

–Sin duda.

Se conformó con la escueta observación, pensando que ojalá ella no lo llamara de ese modo, pues sonaba demasiado irónico.

Hizo girar a su caballo y entró en los establos que ocupaban el fondo del cuartel general de Wellington.

–¿Puedo suponer que esta bestia tan sensible se comportará como es debido con los mozos de cuadra?

–César tiene espléndidos modales –replicó ella, desmontando con un movimiento ágil que desmentía su fatiga.

Un mozo se acercó corriendo, los ojos dilatados ante la vista del magnífico caballo árabe.

–Eh, este caballo es una belleza, y no me equivoco señor – dijo, admirado, al coronel, al tiempo que su mirada se posaba curiosa, sobre la insólita compañera de St. Simon.

–Sí, pero es muy nervioso –dijo el coronel– Trátelo con cuidado. No quisiera tener que buscarle un reemplazo.

–No lo encontraría –declaró Tamsyn, entregándole las riendas al caballerizo. El–es único –acarició el cuello del animal murmurando cosas incomprensibles que, sin duda, lo tranquilizaron–. Lléveselo –le dijo al mozo–. Ahora, estará tranquilo.

–Vamos –dijo St. Simon con súbita brusquedad.

Giró y se encaminó hacia el tramo de escalera que había en la parte de atrás del edificio de madera.

Tamsyn lo siguió, sintiendo ya su fatiga como un cansancio casi mortal. No estaba en las condiciones más aptas para negociar con Wellington. Necesitaba comer y dormir antes de emprender la audaz tarea que se había impuesto. Mucho dependería de la clase de individuo que resultara ser el jefe inglés. A juzgar por lo que ella había oído, tenía un temperamento explosivo salvo en el campo de batalla, era capaz de hacer desollar a uno de sus oficiales mayores en un momento y, al siguiente tener con él la más amable y civilizada de las conversaciones. También era famosa su afición por el sexo femenino. Tamsyn, sucia y agotada como estaba, no creía poder causarle la mejor de las impresiones.

Al llegar al último peldaño de la escalera, el coronel abrió la puerta, y ambos entraron en un vestíbulo cuadrado de donde arrancaba una escalera interna. El recinto estaba amueblado como una oficina; allí había un atareado brigadier mayor sentado ante un escritorio, que levantó la vista de la montaña de papeles que tenía delante.

–Coronel –dijo, poniéndose de pie y saludando– el Par se alegrará de verlo, señor.

–Está preocupado ¿verdad?

Julian retribuyó el saludo, echando una mirada hacia la puerta cerrada que había tras el ayuda de campo.

–Eso ya es algo crónico –respondió el hombre con sonrisa torcida–. Hemos intentado volar la presa que han construido esos malditos franceses junto al bastión de San Pedro, y no logramos nada; además, el viejo Soult está en marcha –incapaz de disimular su fascinación, escrutó a la pequeña figura que estaba detrás del coronel y dijo–: Se pondrá contento de recibir buenas noticias, por una vez.

El coronel se limitó a murmurar una breve interjección confusa.

–Vigílela –dijo, sin hacer caso de la exclamación que Tamsyn contenía, y se dirigió hacia la puerta, golpeando con vivacidad antes de entrar.

Tamsyn se acercó a una ventana que había junto a la escalera y se encaramó en el ancho alféizar. Con aire pensativo, contempló al brigadier mayor.

–Se extenderá la hospitalidad inglesa a un vaso de vino.., o, incluso, de agua? Estar cabalgando dos días seguidos la deja a una con sed.

El hombre compuso una expresión desolada y miró alrededor como pidiendo socorro.

Tamsyn suspiró.

–Contra lo que parece, estoy aquí por mi propia y libre voluntad. Le aseguro que no tengo intenciones de huir; no existe la menor necesidad de "vigilarme".

–Pero, el coronel...

–Al diablo con el coronel –estalló ella–. Él está de mal humor. Ahora, por favor, ¿podría usted traerme algo para beber?

El brigadier mayor se puso de pie, titubeando todavía. El aspecto de esa muchacha no se parecía en absoluto al de ningún otro prisionero que él hubiese visto, y la orden de vigilarla era bastante vaga... y por otra parte, era cierto que al coronel lord St. Simon no parecía estar con el mejor de los talantes.

Encontró una solución intermedia, que consistió en cerrar con llave la puerta que daba a la escalera exterior, basándose en el razonamiento de que ella no podría emplear la escalera interna sin que él lo notara, y entonces bajó a buscar a un ordenanza que trajese una jarra con agua.

Mientras esperaba, Tamsyn miró hacia la calle. Aunque parecía observar al azar, sus ojos no perdían detalle, evaluaban el ánimo y la eficiencia de los soldados que cumplían sus tareas. En ese momento, Elvas se parecía mucho a los campamentos casi militares que El Barón hacía levantar en aldeas de montaña cuando era niña; ella sabía qué debía mirar. El ambiente general era animado, como si los soldados se sintieran cómodos con la operación militar en curso. Claro que los que estaban en los cuarteles debían de tener un punto de vista bastante diferente del de los que estaban atrincherados junto alas murallas de Badajoz. Por lo común, sitiar a una ciudad era un asunto denso, frustrante, y Badajoz estaba resistiendo mucho más de lo que tenía derecho a hacerlo. Y cuanto más resistiera, más salvaje sería la toma de la ciudad.

Tamsyn se estremeció, y su boca esbozó una mueca de disgusto. Ella sabía que aún estaban vigentes las antiguas leyes feudales de la guerra. Si una ciudad sitiada se rendía de manera benévola y oportuna, cuando resultaba evidente que no podría sostenerse, sus conquistadores eran magnánimos. Si no, se daba por cierto que sus habitantes estaban buscando lo que les pasaría cuando los sitiadores victoriosos irrumpiesen por las brechas.

Soldados, pensó ella. Bestias salvajes, cualquiera fuese el uniforme que vistieran, cualquiera fuese la causa que pretextaran sostener. Eran todos iguales.

Regresó el ayuda de campo seguido por un ordenanza con una jarra de agua y un vaso. Cuando Tamsyn, que seguía junto a la ventana se volvió, la fuerza del odio que se leía en sus ojos violeta hizo retroceder a ambos por un instante. Segundos después, ese odio había desaparecido; ella aceptó el vaso con un neutro gesto de agradecimiento.

El interior del refugio del jefe estaba caldeado; en el hogar ardía un fuego que combatía lo gris del día. Wellington sirvió vino para él y para St. Simon.

–Así que la has arrancado de las manos de Cornichet. ¿Muchos problemas?

–No mucho –respondió Julian, bebiendo su vino–. Al menos, hasta el momento.

Ante esta prevención, Wellington arqueó una ceja pero no p dio aclaraciones. Se acercó al fuego y se quedó de espaldas al alegre resplandor.

–¿Les ha dicho mucho ella?

–Nada. Hemos llegado en el instante preciso... literalmente –en pocas palabras, le contó cómo había encontrado a La Violette–. Nos retiramos de allí sin novedades e hicimos campamento unas horas después.

Hizo una pausa pues estaba llegando a la parte peligrosa del relato.

–A la mañana siguiente, la muchacha tenía que satisfacer sus necesidades personales. Yo la acompañé hasta cierta distancia del campamento hacia el río, donde había una saliente rocosa. Ella estaba amarrada por el tobillo a mi cinturón.

Bebió otra vez, mientras Wellington guardaba silencio.

–Ella tiene un guardaespaldas que es un gigante. Un escocés. Este hombre se las ingenió para escapar del campamento de Cornichet amparado por la confusión que creó el fuego que nosotros habíamos provocado. Nos siguió y me atacó mientras yo estaba esperando a que Violette...

–¡Me imagino! –exclamó Wellington, haciendo un ademán que indicaba comprensión–. ¿Te desarmó?

Julian asintió lentamente.

–Fui un imbécil.

"Si usted supiera cuán imbécil fui..."

–¿Y aun así la has traído?

–Sí, después de haberle asegurado que ella es libre de partir cuando quiera; sin embargo, está dispuesta a vender su información por el precio justo.

–¿Cuál sería?

Julian negó con la cabeza:

–Hasta ahora, no lo ha dicho.

–¿Y ese guardaespaldas gigante?

–Ella lo ha enviado a cumplir cierto encargo. Cuando regrese, vendrá a buscarla aquí.

–Una misteriosa mercenaria –reflexionó el comandante.

Con expresión pensativa, se frotó la espalda, amparado por la tibieza del fuego, posando la mirada en el rostro del coronel. Percibía el pesar del otro, su sentimiento de haber fracasado en su misión aun cuando, medido con cualquier rasero, se tratara sólo de un fracaso técnico. Pero Julian St. Simon no toleraba el fracaso en nadie, y menos que nadie, en sí mismo.

–Hagámosla pasar –dijo el comandante después de una pausa–. Escuchemos lo que tiene que decir.

Julian asintió y dijo, marcando las palabras:

–Ella no es lo que usted podría esperar. Es mitad inglesa. Por uno de esos extraordinarios giros de la vida, su madre era de Cornwall, al menos según lo que ella dice. Y, por añadidura, de buena cuna.

Wellington lanzó un silbido.

–Una inglesa de buena crianza unida a un famoso bandolero! Eso es imposible de creer.

–Yo coincido. Pero, ¿qué motivo tendría ella para inventar semejante historia?

Wellington se rascó la nariz larga y huesuda.

–No se me ocurre ningún motivo.

Julian se alzó de hombros, como manifestando su propia incomprensión. Fue hasta la puerta y la abrió:

–Violette.

Tamsyn se dejó resbalar del alféizar y se acercó a la puerta, dejando el vaso vacío sobre el escritorio del brigadier mayor. Al pasar, echó al coronel una mirada de soslayo, y se presentó ante el comandante en jefe.

Wellington la saludó con una ligera inclinación de cabeza, y sus ojos recorrieron la breve figura, enfundada en sus andrajosos y embarrados pantalones y botas. Todavía llevaba su rifle en bandolera y el cuchillo en el cinturón. Sin embargo, al militar le pareció que ella tenía cierto aire de desvalimiento. Parecía muy joven y muy sola ahí, frente a él mirándolo con actitud de desafío.

–Me dicen que tiene usted algo que venderme.

–Si el precio es justo –admitió la joven.

–¿Y cuál es su precio?

Tamsyn negó con la cabeza.

–Perdóneme, pero me gustaría tener tiempo de descansar antes de que comencemos a negociar. Todavía no sé exactamente qué quiere usted que yo le diga.

Le lanzó a St. Simon otra mirada de soslayo, tan cargada de languidez sensual, que a él se le cortó el aliento.

–Quizás el coronel pueda indicarme dónde podría descansar un rato.

De golpe, el cuerpo del coronel revivió el recuerdo, y su torrente sanguíneo aumentó de temperatura y de velocidad. "Por el amor de Dios, ella podría convertirse en una adicción."

Tendría que alejarse de ella, de la peligrosa tentación de esos maliciosos ojos violeta, de ese cuerpo esbelto y compacto.

Su tarea había concluido pues él ya había llevado a la muchacha. No era de su incumbencia cómo condujera Wellington sus negociaciones.

–Tendrán que perdonarme, pero debo retornar a mi brigada –dijo, en tono gélido, y se volvió para marcharse.

Cuando lo hizo, la muchacha se tambaleó sobre sus pies, y extendió una mano, a ciegas, como para asirse de algo.

–¿Qué le pasa?

Se acercó a ella de una sola zancada y la rodeó con su brazo. De inmediato, ella se apoyó en él, y su cuerpo pequeño y vulnerable contrastó con la corpulencia de él.

Tamsyn cerró los ojos y mantuvo la cabeza baja, apoyada en la chaqueta de él, para ocultar su satisfacción. Cecile no había exagerado al hablarle de la tonta caballerosidad del caballero inglés. Ella quería tener a su lado a lord St. Simon durante su estadía en Elvas y estaba dispuesta a recurrir a cualquier treta con tal de lograr su propósito.

–¿Qué le pasa? –repitió él–. ¿Se siente mal?

–Estoy muy fatigada –respondió ella con voz débil–. Lo siento… qué tonta soy; creo que me voy a desmayar.

–Acérquese al fuego –Wellington parecía lleno de preocupación y consideraciones–. Beba un vaso de vino: eso la reanimará.

Sirvió un vaso mientras miraba por encima del hombro al coronel que llevaba a la muchacha, medio a cuestas, hasta una silla junto al fuego.

–Aquí tiene –dijo Wellington, alcanzándole el vaso–. Bébalo todo, eso es... ¡eso es lo que necesitaba!

Al verla beber, obediente, hizo un gesto de aprobación.

Ella levantó la cabeza y le sonrió, con sonrisa trémula y lánguida. –Qué bueno es usted.., gracias, señor.

Julian aún estaba inclinado sobre ella, con un brazo en su espalda; de súbito, lo retiró como si se hubiese quemado. Estaba seguro de que esa diablilla ya empezaba otra vez con sus tretas. Se alejó y se quedó con un brazo apoyado en la repisa de la chimenea, contemplando con expresión irónica a la abatida bandolera, que parecía sonreír con valentía. ¿Qué demonios estaría tramando ahora?

–Julian, es preciso que encontremos, ya mismo, un alojamiento confortable para ella. Pediré a! joven Sanderson que busque algo.

Wellington fue hasta la puerta para consultar con el brigadier mayor, cuya principal responsabilidad consistía en pensar, solucionar y organizar los problemas prácticos para su superior, por insólitas que fuesen las circunstancias.

–¿Qué es lo que se propone? –preguntó en voz baja el coronel–. A mí no me engaña con esta representación de la joven a punto de desmayarse, Violette.

Tamsyn levantó la vista, con expresión dolida.

–No sé de qué habla. No recuerdo cuándo dormí por última vez en una cama. Estoy agotada.

Aunque tenía motivos sobrados para estarlo, él no estaba del todo convencido.

–Sanderson... qué joven notable... conoce el alojamiento justo, muy cerca del hospital. –Wellington se acercó al fuego frotándose las manos–. Dice que hay una mujer muy agradable que podrá atenderla, querida mía. Cuando haya descansado, cenará usted conmigo y mi estado mayor.

Posó la mirada en el rostro de la muchacha, con ojos perspicaces y agudos, pese a su aparente cordialidad.

–Ya habrá tiempo de conversar de qué modo podremos ayudarnos mutuamente.

–Es usted muy bondadoso, señor –dijo ella, con sonrisa cansada.

–Julian; tú te ocuparás de que se instale, después la traerás aquí, para cenar –dijo el comandante en jefe con súbita vivacidad.

–En realidad, debo regresar a mi brigada, señor.

–Sí... sí, claro. Pero después, hombre, después.

No había nada que hacer. Julian suspiró y accedió, haciendo una cortés reverencia en dirección a Tamsyn.

–Venga.

Ella se puso de pie con cierta debilidad pero lord St. Simon parecía haber perdido todas sus actitudes caballerescas. Permaneció junto al fuego, sin apartar de ella su mirada, tan irónica como antes. "Bueno, pensó Tamsyn como encogiéndose de hombros, ya he logrado lo que quería, por ahora." Wellington la miraba con más simpatía que hostilidad, y el coronel aún estaba junto a ella.

Dirigió a Wellington otra débil sonrisa de agradecimiento y fue hacia la puerta dando tropezones, seguida por el coronel. Su expresión cambió en cuanto traspuso el umbral y la puerta se cerró tras ellos. Alzó la vista hacia su acompañante y le guiñó un ojo con picardía.

Él hizo una brusca inspiración y giró sobre sus talones para dirigirse al brigadier mayor:

–Teniente, ¿dónde está el alojamiento de ella?

–En la casa de una viuda de apellido Braganza, señor –contestó Sanderson–Es la casa encalada que está junto al hospital. Ya he enviado a un ordenanza para avisar a la señora; por lo tanto, estará esperándolos –observó a Violette con franca curiosidad–. Sólo habla en portugués. ¿Ella.., ella...?

–Sí, claro que sí –interrumpió Tamsyn con algo de impaciencia, considerando absurda la pregunta.

Había pasado su vida cruzando las fronteras entre Portugal, España y Francia.

Julian no dijo nada y se limitó a bajar la escalera precediéndola, para luego salir a la calle. Tamsyn tuvo que correr para ponerse a la par.

–No vaya tan rápido: realmente, estoy agotada.

–Puede elegir a algún otro ingenuo para sus triquiñuelas –dijo él, tenso–No sé qué es lo que se propone, además me importa un cuerno. Cuanto antes pueda quitármela de encima, más feliz seré.

–Vaya, qué carácter –murmuró Tamsyn–. Quisiera saber qué he hecho yo para irritarlo. Es muy injusto hacia mí, pero supongo que usted debe de ser una de esas personas de carácter incierto, que vuelcan sus frustraciones en cualquier momento. He oído hablar de tales personas, aunque me considero afortunada por no haber tenido, hasta ahora, que tratar con...

–¿Ha terminado? –interrumpió él la errática reflexión, sin saber bien si reírse o gritar a los cuatro vientos su exasperación.

–No he terminado –dijo ella, en tono ofendido–. Pero, si no le gusta que le hablen con franqueza...

Se encogió de hombros.

–Al contrario –dijo él, con los labios tensos–. Yo mismo soy un ejemplo. ¿Le gustaría oír una cosa?

Tamsyn no respondió. Dio un salto ágil para esquivar un charco, desmintiendo aquello de que estaba cansada, y dijo, en tono alegre:

–Ésa que está allí, a la izquierda, debe de ser la casa de la viuda. Es la única encalada que hay en esta calle.

La señora Braganza, acostumbrada al aspecto de las mujeres guerrilleras, no mostró gran sorpresa ante el de Tamsyn. Insistió en que inspeccionaran las instalaciones, y los condujo a la planta alta, a una pequeña habitación blanqueada que había bajo el tejado.

–Ésta estará muy bien –dijo Tamsyn, interrumpiendo la entusiasta descripción que hacía la viuda de las bondades de la habitación–. Lo único que necesito es una cama. Y agua caliente.

La viuda bajó a encargarse del agua, y Julian, que había estado junto a la ventana, mirando hacia la calle, dijo de repente:

–Yo me marcho.

–Venga, no se dé tanta prisa –Tamsyn se apresuró a ir hacia la puerta y se apoyó en ella, cortándole la retirada–. ¿Por qué tan pudoroso, milord coronel? Tenemos tiempo; incluso tenemos una cama.

–No me siento inclinado a ello –contestó él con rudeza–. Apártese.

Ella negó con la cabeza, y en sus ojos apareció otra vez esa sonrisa pícara. Arrojó su rifle sobre la cama y, con hábil movimiento, se quitó la canana y la dejó caer al suelo. Luego, posó las manos en su cinturón; él tuvo la impresión de que no podía moverse y siguió mirándola como si sólo sus ojos estuviesen vivos, presos en un cuerpo de piedra, mientras ella se quitaba los pantalones y comenzaba a desabotonar la

camisa. Aparecieron los pechos pequeños y perfectos, con sus cimas rosadas bien erguidas. Ella se apartó de la puerta y fue hacia él, sin apartar la mirada de su rostro.

Él le puso las manos en los pechos, sintiendo cómo las llenaban. Contempló el delicado recorrido de las venas bajo la piel blanca como la leche. En la garganta de la muchacha, el pulso latía raudo, y el medallón de plata temblaba sobre su carne.

Tamsyn no se movió, se limitó a permanecer inmóvil bajo su contacto, mientras las manos de él resbalaban por su torso, abarcaban su breve cintura, se deslizaban hacia su espalda, sus dedos se introducían en la cintura de sus calzones y bajaban hacia la tensa redondez de sus nalgas.

–Maldita seas, muchacha –exclamó, en voz ronca, en la silenciosa penumbra de la habitación–. Maldita seas, muchacha, ¿qué estás haciéndome?

–Yo preguntaría, más bien, qué estás haciéndome tú a mí –dijo ella, mientras las manos de él le oprimían el trasero, apretándola contra su ingle donde su carne, endurecida como el hierro, se debatía dentro del encierro de sus pantalones.

El ruido de unos pasos pesados que trepaban los peldaños de madera rompió su encantamiento. La niebla de pasión se desvaneció en sus ojos azules, y él apartó sus manos de la piel de ella como si fuese un hierro al rojo vivo.

Un instante después, él ya no estaba en la habitación; pasó como una exhalación junto a la señora Braganza que subía la escalera con una humeante jarra de cobre, y salía al exterior, a la tarde que moría, estremecida por el ruido incesante de los bombardeos.

Julian fue de prisa a los establos a recoger su caballo; el palafrenero se encogió al ver la luz que ardía en los ojos azules del coronel bajo las cejas rojizas y el sesgo apretado de la boca, la mandíbula tensa. Julian montó a caballo, salió de Elvas y fue hasta su campamento, a su tienda, regresó a la tranquilizadora cordura del contacto con sus soldados. Debía de estar perdiendo la cabeza. Ella era una mugrienta mercenaria, manipuladora, nada femenina; así y todo lo excitaba hasta la raíz misma de su ser.

Tamsyn lo había contemplado desde la ventana, viéndolo avanzar a zancadas por la calle como si lo persiguieran todos los demonios del infierno.

–¡Qué poco galante de su parte, coronel –murmuró para sí–. ¿Qué le da tanto miedo? No será por mí, ¿no es cierto?

Una leve sonrisa tembló en sus labios cuando giró de espaldas a la ventana para comentar con la viuda de Braganza acerca del estado lamentable de sus ropas.

6

–Julian, ¿dónde está nuestra huésped? –preguntó Wellington cuando lo vio entrar en sus aposentos esa noche, antes de la cena.

–He enviado a Sanderson para que la acompañe hasta aquí –dijo Julian, saludando con un gesto a los cinco miembros del estado mayor, reunidos allí para cenar.

–Y bien, Julian, ¿qué opinas de ella? –preguntó el mayor Carson, al tiempo que le alcanzaba una copa de jerez–. Estamos todos a la expectativa.

–No extendería mi confianza más allá del punto al que podría arrojarla –dijo St. Simon con llaneza.

–Si tenemos en cuenta lo menuda que es ella, ese punto estaría bastante lejos.

Wellington echó a reír de su propia gracia, con una risa muy semejante a un relincho.

La sonrisa de Julian, en cambio, era agria.

–Usted se ha dejado engañar por la obra que ella representó esta tarde.

–¿Obra? –preguntó Wellington, arqueando una ceja.

–Eso de temblar, tambalearse y vacilar sobre sus pasos por toda la oficina. Admito que estuviera agotada. Creo que sólo habrá dormido unas pocas horas en los últimos cinco días; además, en su mayor parte durmió sobre el caballo pero... ¿desmayarse? ¿La Violette? A mí no me engaña.

Con semblante de disgusto, bebió otro sorbo de jerez.

–Julian, ¿esa dama no te agrada? –preguntó el brigadier Cornwallis con una sonrisa.

–No, me desagrada mucho. Y debo decirte que lo de "dama" es un calificativo equivocado. Es una vagabunda llena de duplicidad, mercenaria indigna de confianza.

Se creó un breve instante de silencio ante esta breve pero exhaustiva denuncia; luego, el coronel Webster dijo:

–Bueno; a ti nunca te ha caído bien que te superasen en astucia, Julian.

"Tú sólo conoces la mitad", pensó el aludido. Pero se contentó con exhibir otra agria sonrisa y decir:

–Por no hablar de que me haya obligado a un ataque por sorpresa para quitarle las charreteras a Cornichet.

–¿Qué?

Hubo un coro de exclamaciones; el coronel no tuvo más remedio que hacer una breve síntesis que hizo reír a todos, menos a él mismo.

–Eh... discúlpeme, señor.

En el vano de la puerta apareció el teniente Sanderson.

–Sí; diga.

Wellington lo miró con cierta irritación, pues era evidente que el brigadier mayor estaba solo.

–Se trata de La Violette, señor; ella...

–No habrá huido, ¿no? – interrumpió Julian, dejando su copa sobre la mesa con un golpe.

–Oh, no, coronel. Pero está durmiendo, y la señora Braganza no ha podido despertarla.

–Quizá deberíamos dejarla dormir –sugirió Wellington.

–Oh, no está durmiendo –afirmó Julian–. Ésta es otra de sus tretas. Yo la haré venir aquí en quince minutos.

Tras decirlo, salió de la habitación.

–Bueno, bueno –murmuró el coronel Webster–. Estoy impaciente por conocer a nuestra huésped. Da la impresión de ejercer un efecto muy potente sobre St. Simon.

–Sí –coincidió el jefe con ceño pensativo–. Tiene un fuerte efecto sobre él, ¿verdad?

La señora Braganza saludó el arribo del colérico coronel con un torrente de palabras en portugués y abundancia de ademanes. Julian, que poseía rudimentarios conocimientos de ese idioma y cierta fluidez con el español, adivinó que la "pobre chica" estaba durmiendo como una recién nacida y que sería un crimen despertarla. Los guerrilleros eran incapaces de hacer daño a las poblaciones locales de Portugal y de España, y la viuda parecía dispuesta a luchar para proteger el sueño de la durmiente de la planta alta.

Julian no tuvo más remedio que apartar físicamente a la mujer, que defendía el comienzo de la escalera. Subió los peldaños de dos en dos, mientras la señora le pisaba los talones y lo regañaba. Abrió la puerta del pequeño dormitorio con un manotazo y luego se detuvo, contenido por algo.

Desde la única ventana redonda caía la luz de la luna sobre el angosto camastro donde yacía Violette. Dormía boca arriba y tenía a ambos lados de su cabeza las manos con las palmas semicerradas, como las de una niña durmiendo.

Julian cerró la puerta en la cara de la viuda que seguía protestando y atravesó la habitación de puntillas, en dirección a la cama, donde se quedó mirando a la muchacha. Su rostro en reposo tenía una inocencia que lo asombró. Las medialunas oscuras de las espesas pestañas descansaban sobre los altos pómulos, la tersa piel bronceada se tensaba sobre los huesos. Pero, ni aun el sueño suavizaba la línea firme de la boca y el contorno decidido de la mandíbula.

–¿Tamsyn?

Pronunció con suavidad el nombre de pila, sin advertir que era la primera vez que lo hacía.

Ella se removió, agitó las pestañas, un murmullo quedo de protesta escapó de sus labios. Pero, algo en su reacción, en lo instantáneo de ella, lo convenció de que no había estado dormida... de que ella había estado consciente de su contemplación.

Julian apretó los labios.

–Levántate, Tamsyn. A mí no me engañas con esta actuación.

Las pestañas de la muchacha se elevaron, y los ojos violeta oscuro lo observaron con una mezcla tan poderosa de sensualidad y picardía que él contuvo el aliento. Sin apartar los ojos del rostro de él, ella levantó los pies en un movimiento súbito, atrapó las mantas en ellos y las apartó, dejando al descubierto su cuerpo desnudo, que parecía del color de la crema a la luz de la luna. Sonrió a Julian, arqueando una ceja, pasándose las manos por el cuerpo en inconfundible actitud de invitación.

Semejante descaro, tan abierta sexualidad hicieron que el coronel ahogara una exclamación. Se debatió contra la incitación crispando los músculos para resistir. En medio del silencio expectante, cuando habló, su voz sonó como un chirrido.

–Tienes diez minutos para que te prepares para acompañarme a la cena. Si no estás vestida para entonces, que Dios me ayude, pero te llevaré a cuestas por las calles tal como estás.

Tras finalizar la frase, se volvió y salió de la habitación, consciente de que iba casi corriendo como silos demonios del encantamiento pudieran aún alcanzarlo y llevarlo de vuelta a la habitación.

Tamsyn saltó de la cama y se estiró. Era extraña la forma impredecible en que estaba comportándose el coronel inglés. De acuerdo con su experiencia, los hombres no solían rechazar invitaciones como ésa. Más aun teniendo en cuenta que, según él sabía, no habría ataduras. Era imposible que él supiera lo que ella estaba planeando para su futuro inmediato.., más bien, para el de ambos.

Su protectora patrona la había provisto de ropa interior limpia, calcetines y una camisa. Estaban confeccionados de basta tela hecha en casa, y no de fino lino, linón o seda, como los que Tamsyn estaba habituada a llevar sobre su piel. La hija de El Barón sólo había usado lo mejor. Sin embargo, estaban limpias, tanto como lo estaba su cuerpo y su pelo recién lavado. Además, la viuda había cepillado sus pantalones de blando cuero y lustrado las botas de cordobán hasta dar a ambos un brillo algo apagado. De modo que Tamsyn se sentía más respetable de lo que se había sentido durante muchos días cuando bajó a saltos la escalera para saludar al furibundo e impaciente coronel lord St. Simon, que aguardaba en la calle, frente a la casa.

–Ya estoy lista para ir con usted, coronel –sonrió con aire despreocupado, como si ese momento tan intenso en el dormitorio jamás hubiese ocurrido–. Y estoy hambrienta como un lobo, por lo tanto, espero que su jefe tenga una buena mesa.

Julian no se dignó responder; siguió caminando rápidamente por las calles empedradas, iluminadas con lámparas de aceite colocadas a intervalos oportunos, que aún estaban tan concurridas como si fuese pleno día. El ejército no dormía, y las tareas relacionadas con el sitio continuaban a la luz de la luna, tan animadas como siempre.

Todos los hombres presentes en la habitación se volvieron a una, hacia la puerta cuando entraron St. Simon y su acompañante.

–Ah, Violette –saludó Wellington, avanzando hacia ella–. Espero que haya descansado.

–Sí, gracias. He dormido maravillosamente bien.

Tamsyn aceptó la mano que él le ofrecía.

–Caballeros; quiero presentarles a La Violette.

El general deslizó la otra mano por la cintura de la muchacha, y la presentó a su estado mayor.

Tamsyn no hizo gesto de apartarse de ese medio abrazo mientras recibía las presentaciones con sonrisas y movimientos de cabeza. Había oído hablar de la reputación de mujeriego del duque y le parecía muy conveniente alentar sus atenciones; esto sólo podría redundar en su favor.

Julian se mantuvo a un costado, bebiendo lentamente su jerez y viendo cómo los hombres presentes se arracimaban en torno de la pequeña figura. Por cierto, se podía afirmar que La Violette sabía ser el centro de la atención. Pese a su atuendo masculino y el corto pelo reluciente, derramaba encanto femenino.., tretas femeninas, se corrigió. ¿Qué diablos se propondría? Había venido a vender algo, no a convertir a todo el alto comando de! ejército inglés a un estado similar al de los hechizados por Circe.

Llegó un criado llevando un magnífico trozo de carne sobre una tabla de madera. La depositó sobre la mesa preparada para cenar, delante del hogar.

–Señor, la cena está servida.

–Muy bien –Wellington se frotó las manos, entusiasta e impaciente–. Venga a sentarse a mi lado, querida.

Hizo sentarse a Tamsyn en una silla a su derecha, y él se sentó a la cabecera de la mesa. Alzó su monóculo y observó lo que había sobre la mesa, mientras los criados descargaban los platos humeantes que habían traído en sus bandejas.

–A ver, ¿qué tenemos aquí? Una fuente de costillas de cordero, creo. Permítame que le sirva... Dígame, ¿debo llamarla Violette, o tiene usted algún otro nombre?

Puso en el plato de la joven una costilla, y varias gruesas tajadas de carne vacuna.

–Mi nombre de pila es Tamsyn –dijo ella, sirviéndose patatas asadas de otra fuente–. Violette... Violeta, son los nombres con que me conocen los guerrilleros.

–¿Todos ellos tienen apodos? –preguntó el brigadier, mientras llenaba la copa de ella.

Tamsyn le dedicó una radiante sonrisa, mientras tomaba la costilla con los dedos.

–Puede ser.

Julian vio cómo desgarraba la carne con sus blancos dientes, sujetando la costilla entre el índice y el pulgar. Una vez extraído hasta el último fragmento de carne del hueso, se lamió los dedos, tomó su tenedor y ensartó una patata. Comía con la destreza natural de un animal hambriento, empleando los dedos si eran más aptos para la tarea, o cortando hábilmente una trucha con un par de tajos de su cuchillo. Sus modales en la mesa no tenían nada de repugnante, pero tampoco tenían la menor formalidad. La comida era para disfrutarla, y el apetito era algo tan sensual como necesario.

Él advirtió que ella bebía varios vasos de agua, pero sólo algún que otro sorbo de vino de su copa.

Como al descuido, ladeó su silla con respecto a la mesa y apoyó su antebrazo sobre el blanco mantel almidonado; sus dedos acariciaban el pie de su copa de vino.

–¿No le gusta el vino, Violette?

Ella alzó la vista y lo miró desde el otro lado de la mesa, con expresión perspicaz.

–Al contrario, milord coronel; soy capaz de disfrutar un buen rioja tanto como cualquiera, dados el lugar y el momento oportunos.

Pero debo tener cuidado porque se me sube a la cabeza –sonrió–. Cecile tenía el mismo problema.

–¿Cecile? –interrogó el mayor Carson, llevándose un bocado de setas en compota a los labios.

–Mi madre, señor. Yo he heredado su pequeña estatura. El barón sostenía que teníamos un peso y una estatura demasiado escasos para absorber mucho vino –mordió un pastelillo de almendras–. Es una explicación tan buena como cualquier otra.

–St. Simon nos ha dicho que su madre era inglesa –dijo el brigadier, sacando su nariz de su copa de vino.

–Sí –admitió Tamsyn. Se sacudió las migas de los dedos y jugueteó con el medallón que llevaba al cuello–. Esto pertenecía a mi madre. Y creo que había pertenecido a la suya.

–Pero, ¿cómo fue que vino a parar a España? –preguntó el mayor Carson.

–Vino a hacer una visita a unos amigos de la familia.., un embajador, o algo así, que vivía en Madrid. En algún punto de su viaje, desapareció en brazos de mi padre –Tamsyn sonrió, mientras se servía otro pastelillo dulce de una cesta que tenía ante sí–. Y no tuvo deseos de abandonarlos.., hasta que murió.

Por su rostro pasó una sombra que desapareció antes de que nadie, excepto Julian, la hubiese percibido. Sin embargo, en su mirada quedó cierta dureza, por más que seguía sonriendo y mordisqueando su dulce. A Julian se le ocurrió pensar que fue como si hubiese cerrado las celosías sobre sus más profundos sentimientos. Como si algo muy hondo y muy precioso se hubiese acercado peligrosamente a la superficie.

La conversación se generalizó hasta que fueron retiradas las fuentes y apareció el botellón de oporto. Se apartaron las sillas de la mesa, se encendieron los puros, circuló el botellón y, evidentemente, a nadie se le ocurrió que La Violette estuviese fuera de lugar. Menos que a nadie, a la propia Violette, reflexionó Julian, irónico, observándola bajo sus pesados párpados, viéndola bromear y coquetear sin tapujos con Wellington.

Cuando la vio aceptar una uva pelada que Wellington le daba con sus propios dedos, Julian supo que ya había soportado todo lo que podía de semejante comedia. Sus hombres estaban en las trincheras, y él tenía trabajo pendiente. Empujó su silla hacia atrás y se puso de pie.

–Caballeros, deberán disculparme pero debo ocuparme de organizar la guardia. Debo volver a mi brigada.

–Los soldados están de un talante horrible –comentó el coronel Webster, poniéndose repentinamente sombrío–. Maldicen a los españoles de Badajoz por haber entregado la ciudad ,a los franceses sin luchar, y maldicen más aún a los franceses, amenazándolos de muerte, por resistir aun sabiendo que no tienen posibilidades.

–Cuando entremos en la ciudad habrá un baño de sangre, recuerden lo que digo –coincidió el brigadier Cornwallis con acento llamativamente desapegado, mientras volvía a llenar su copa de oporto.

–Sí; nos costará un trabajo endemoniado controlarlos –dijo Julian–. Bueno, les doy las buenas noches, caballeros echó una mirada a Tamsyn y le impresionó su rostro pálido, despojado de todo ánimo juguetón. Una vez más parecía estar contemplando un lúgubre paisaje interior–. Adiós, Violette –dijo, con intención–. Espero que prosperen sus asuntos, aquí.

Tamsyn volvió repentinamente al presente. El coronel había hablado como si no fueran a verse más.

–Yo también lo espero, milord coronel. Y diría que nos veremos por la mañana.

–Me temo que no –dijo él–. Mi trabajo no me trae a Elvas.

Hizo una reverencia al duque y salió de la acogedora habitación iluminada por el fuego hacia el frío de su tienda de campaña, al silbido de las balas y el retumbar de los morteros. Sin embargo, se le ocurrió que dormiría bien por primera vez, desde que había posado sus ojos sobre La Violette. Su participación en la vida de ella ya había acabado.

Con expresión interrogante Tamsyn se quedó mirando la puerta cerrada. ¿Que el trabajo de él no lo llevaba a Elvas? Descubriría que estaba equivocado. Sin duda, el coronel lord Julian St. Simon tenía algo que hacer en el cuartel general.

–Y bien, Tamsyn, ¿hablamos de negocios? –de pronto, Wellington había cambiado su bohonomía de generoso anfitrión por la actitud incisiva del jefe–. ¿Tiene usted cierta información para vender? ¿Cuál es su precio?

Tamsyn negó con la cabeza y habló en el mismo tono que él.

–Señor; eso se lo diré después de que usted me haya dicho qué desea comprar.

Wellington enumeró sus requerimientos. Los alias y las contraseñas de las bandas de guerrilleros de la zona. Su localización y su composición, de modo de poder comunicarse con ellos sin esperar a que ellos se presentaran. Un mapa detallado de los puertos de montaña que solo conocían los guerrilleros. El alcance del armamento guerrillero, y si el ejército inglés en la Península podría suministrarles cualquier elemento que les faltase.

Tamsyn escuchó con atención, y luego dijo:

–Es una lisia larga, señor. Entenderá usted que debo pensarlo.

–Desde luego. De todos modos, confío en que no demore mucho tiempo.

No. Pero no le venderé nada que pudiera poner en peligro a los guerrilleros.

–¿Ah, no? –Wellington frunció el entrecejo y se pellizcó la barbilla–. No la imaginaba tan escrupulosa para negociar, Violette.

Los ojos de la joven echaron chispas.

–Yo no vendo a mis amigos, señor.

–No, claro que no –dijo él, apaciguador–. Aun así, sabrá usted distinguir entre darnos esa información a nosotros y dársela a los franceses. Nosotros solemos ayudar a sus amigos, no los perjudicamos.

–Es posible, señor, pero mis amigos son celosos de su independencia, y no siempre están dispuestos a aceptar ayuda de cualquiera –se puso de pie, y su silla rascó el suelo de madera–. Gracias por su hospitalidad. Mañana por la mañana estaré a su disposición.

Los hombres presentes se levantaron cuando ella salió de la habitación, y Wellington se apresuró a ir tras ella y ordenar al mayor de brigada que aún estaba ante su escritorio:

–Sanderson, escolte a nuestra invitada hasta su alojamiento.

–No es necesario –dijo Tamsyn–. No creo que ninguno de sus soldados vaya a molestarme.

La frase tenía su carga de veneno, y provocó un oscuro sonrojo en las mejillas del comandante. A éste no se le ocurrió qué motivo podía haber para hacer la tácita acusación aunque, de todos modos, se puso a la defensiva.

–Espero que no –dijo con rigidez–. De todos modos, aceptará la escolta.

Tamsyn inclinó su cabeza.

–Como usted diga, señor. Buenas noches.

Bajó la escalera seguida por el teniente, y Wellington se quedó contemplándola con su entrecejo fruncido. Pensó que era una extraña muchacha y que no era conveniente subestimarla.

Bajo la luz fría de las estrellas Julian caminaba entre las tiendas donde se alojaba su brigada. Dos compañías estaban de servicio en las trincheras; los demás estaban libres, sentados en torno de las hogueras, hablando en voz baja, fumando y bebiendo jarras de licor de melaza, y el humo de sus pipas se elevaba como una neblina azulada.

El coronel saludó a cada uno por su nombre y se detuvo a charlar unos minutos tratando de detectar sus estados de ánimo. ¿Se sentían optimistas con respecto al inminente asalto a la ciudad? ¿Ansiosos? ¿Con deseos de venganza?

–Estaremos contentos cuando esto termine, señor –dijo un robusto soldado chupando su pipa en actitud flemática, al tiempo que remendaba la suela de su bota–. Es una tarea pesada, si usted me perdona, señor.

–Sí, pero si el viejo Gancho dice que debemos hacerlo, entonces debemos hacerlo –replicó su compañero encogiéndose de hombros con aire fatalista.

Julian sonrió para sí y reanudó su camino. Los soldados habían asignado varios motes cariñosos a su comandante en jefe, y la mayoría se referían a su larga nariz ganchuda. Lo cierto era que lo seguirían al infierno si él les pedía. Echó un vistazo a la silueta oscura de Badajoz, agazapada en la llanura. Ya había brechas en tres partes de la muralla, y el ataque estaba planeado para la noche del día siguiente, pero la guarnición francesa se dedicaba, afanosa, a reparar los daños cada vez que los bombardeos ingleses se lo permitían. En el mejor de los casos, el asalto sería muy sangriento, y la ciudad pagaría un alto precio por su intransigencia.

–El sargento Gorman ha estado deleitando a la soldadesca con la historia de las charreteras de Cornichet –dijo una voz junto a su hombro, en la oscuridad–. He oído decir que La Violette es bastante bromista.

–Ése sería un modo de decirlo, Frank –dijo Julian con sequedad, y se volvió hacia el joven capitán que cumplía la función de ayuda de campo–. Yo, por mi parte, lo diría de otra manera.

–Esos guerrilleros son un hato de perversos –comentó el capitán Frank Frobisher–. Nos tratan como si fuéramos el enemigo, peor que al verdadero enemigo.

–Bueno, mi trato con La Violette ha terminado, gracias a Dios –dijo Julian–. Ahora ella puede probar sus triquiñuelas con el Par; a ver qué consigue –echó a andar hacia su tienda–. ¿Te gustaría beber una última copa? En mi tienda tengo un coñac bastante aceptable, si Tim O'Connor no ha dado cuenta de él en mi ausencia.

Frank rompió a reír.

–No creo que Tim, pese a todas sus lisonjas, vaya a superar a Dobbin. Ese hombre es un verdadero cancerbero en lo que se refiere a custodiar sus cosas.

Se agacharon para entrar en la tienda del coronel donde su criado estaba recortando la mecha de la lámpara de aceite. Una cazuela con agua hervía sobre un pequeño bracero de carbón.

–Seguramente, usted querrá un té, ¿verdad, coronel? –dijo Dobbin, seguro de la invariable rutina nocturna del coronel en campamento.

–Después... ahora, al capitán Frobisher le iría bien un coñac –Julian acercó una silla de campaña a su invitado y se inclinó sobre un arcón de madera del que sacó una botella cuadrada de *fine* coñac–. Dobbin, ¿tenemos vasos?

–Sí, señor.

El criado los sacó.

–¿Es coñac eso que huelo? –un rostro de mejillas arreboladas asomó por la puerta de la tienda–. Supuse que habrías vuelto, Julian. He oído que has disfrutado de un buen banquete –Tim O'Connor metió el resto de su persona dentro de ese espacio, que pareció achicarse de manera notable ante su considerable volumen. Tomó otra silla de campaña y se sentó, rebosante de alegría–. Cuéntanos de esa mujer bandolera. ¿Vale la pena mirarla dos veces?

–Para mi gusto, no –dijo Julian desentendiéndose, y cambió de tema–. Mañana, el objetivo de la brigada en el asalto será el bastión de San Vicente. ¿Alguna sugerencia en cuanto al despliegue de las compañías?

De inmediato, sus dos amigos se concentraron en los asuntos de la brigada y el ataque a Badajoz y dejaron de lado el tema de La Violette, pero la renuencia de St. Simon a comentar sus tratos con la bandolera o de satisfacer, siquiera, la menor curiosidad no pasó inadvertida.

Cuando se marcharon, Julian permaneció tendido en su catre, sorbiendo su té, pensando en la noche siguiente, en la posibilidad de su propia muerte, en todas las muertes inevitables. Al día siguiente perdería amigos. En los cuatro años que llevaba la guerra en la Península había perdido a muchos y, aun así, no iba tomándose más fácil de aceptar.

La Violette también había visto su cuota de muerte. Se leía en sus ojos, en esa sombra que cruzaba su rostro tan a menudo. Pensó que ella era un ser de grandes contrastes. Como si un profundo río de sombría experiencia fluyese por debajo de la superficie sensual y luminosa.

Y entonces recordó que había decidido no pensar más en la muchacha, ni en su pasión, ni en su picardía, ni en sus provocaciones ni en sus desdichas... nunca más.

7

A la mañana siguiente, el teniente Sanderson llegó a la casa de la señora Braganza cuando Tamsyn estaba desayunando en la soleada cocina cuya puerta abierta daba a la huerta. Allí también había una hilera de colmenas que se alineaban contra la tibia pared de ladrillos del fondo.

–Buen día, teniente –saludó ella con alegre sonrisa, y le indicó una silla con la misma mano que sostenía un trozo de pan chorreando miel–. ¿Quiere café? La señora lo hace excelente.

–No, gracias. El jefe me ha enviado para que la acompañe hasta el cuartel.

El mayor de brigada cambiaba el peso del cuerpo de un pie al otro, sin saber cómo transmitir la urgencia de su mensaje a esta bandolera que tomaba su desayuno. Wellington estaba en una de sus rachas de irascibilidad, algo que sin duda tendría su origen en el inminente ataque a Badajoz.

–Terminaré mi desayuno; después, me pondré por entero a disposición del duque –dijo Tamsyn sin alterarse, partió otro pedazo de pan de una gran hogaza que había sobre la mesa y lo untó generosamente con miel–. Mientras espera, bien podría beber una taza de café.

Sanderson se sentó. Si, de todos modos, lo despellejarían sería mejor que se fortaleciera. Tamsyn lo aprobó con un gesto de su cabeza, y la *señora* no tardó en acercarle un tazón de fragante café.

–¿Está el coronel St. Simon en el cuartel, esta mañana? –preguntó Tamsyn en tono amable.

–No, señorita. Está con su brigada. Esta noche su división formará parte de la fuerza de ataque.

–De modo que será esta noche –dijo Tamsyn.

Un escalofrío le recorrió la espalda. A la mañana siguiente, ¿cuántos hombres estarían muertos entre esas murallas? ¿Sería Julian St. Simon uno de ellos? En su estómago empezó a formarse una bola fría.

Ella echó hacia atrás su silla con un movimiento tan repentino que sorprendió al teniente. Éste alzó la vista y contuvo el aliento al ver la cara de la joven, que se había convertido en una máscara despojada de toda luz y de toda expresividad.

Desde luego, si St. Simon caía en el ataque a Badajoz, ella estaría de nuevo en el punto de partida. Era una perspectiva bastante fastidiosa; suficiente para que a cualquiera se le formase una bola fría en el estómago. Se puso de pie y se limpió los dedos pegajosos en una servilleta a cuadros.

–Vayamos entonces, teniente.

Su voz, seca y autoritaria, lo obligó a ponerse de pie al instante dejando su taza medio llena. Comprobó que tenía que trotar, casi, para mantenerse a la par de esa muchacha que andaba a zancadas por la calle.

Wellington la saludó con brusca cortesía. Era evidente que estaba preocupado; Tamsyn rechazó el asiento que él le ofrecía y prefirió sentarse en el alféizar de la ventana.

–Y bien, ¿cuál es el precio de su información, Violette? –el comandante en jefe fue directo al meollo de la cuestión–. Sanderson, tome nota, por favor.

El ayuda de campo se sentó ante el escritorio y comenzó a afilar su pluma. Tamsyn dijo, con fría sonrisa:

–Le diré cuál es mi precio en presencia del coronel lord St. Simon. De otro modo, no.

–¿Qué? –Wellington la miró con expresión dura y recordó lo que había dicho Julian con respecto a la inclinación de la bandolera por el juego–. ¿Qué disparate es éste?

–Ningún disparate, señor –se bajó del alféizar–. Ésa es mi condición. Después de que yo le haya expuesto mis términos, comprenderá por qué. Podrá encontrarme en la casa cuando llegue el coronel.

Sin añadir otra palabra salió de la habitación dedicando a ambos una sonrisa y un saludo con la cabeza mientras se marchaba.

–¿Qué demonios está sucediendo entre la muchacha y St. Simon? –se preguntó Wellington en voz baja que Sanderson fingió no haber oído pues, al parecer, no iba dirigido a él–. Algo está preparándose.

Empezó a pasearse desde la ventana al hogar y de vuelta. Cualquiera fuese el motivo, Julian había dejado bien en claro que no quería tener nada más que ver con la muchacha. ¿Sería justo obligarlo a comparecer sólo porque una bandolera insistía en ello?

Pero él quería esa información. En cuanto hubiese caído Badajoz se pondrían de nuevo en marcha hacia el norte, hacia Campo Mayor, y lo que Violette sabía haría mucho más fácil la marcha. Además, si dejaba pasar esta oportunidad, era poco probable que volviese a tener una fuente de información tan valiosa.

–Sanderson, envíe a alguien a pedir al coronel St. Simon que se presente en el cuartel general tan pronto como pueda.

–Sí, señor.

El ayuda de campo salió a escape. Todavía no era tarde pero, en pocas horas, nadie tendría tiempo para otra cosa que no fueran los preparativos para el ataque.

Julian estaba discutiendo con los jefes de su compañía el procedimiento que utilizaría la brigada en su ataque al bastión de San Vicente. Ellos no participarían del ataque principal; harían uno secundario, por el flanco, con la intención de distraer la atención de las fuerzas francesas y alejarlas de las brechas.

El alférez que cabalgaba de prisa entre las pulcras filas de tiendas provocó expresiones intrigadas a medida que se aproximaba al grupo de hombres reunidos en torno de un mapa extendido sobre una basta mesa, ante la tienda de St. Simon.

–Perdóneme, coronel –el alférez saltó de su montura e hizo un saludo poco formal–. El comandante quiere que se presente usted en el cuartel cuanto antes.

–Ayer, en otras palabras –dijo Frank con una sonrisa, al tiempo que se erguía.

Julian se puso ceñudo. ¿Qué podría ser tan importante como para que Wellington lo apartase de su brigada en vísperas de la batalla? La respuesta era como una enseña roja ondulando en su cerebro: La Violette. Fuera lo que fuese, era esa bandolera bastarda quien estaba detrás de ello. ¡Por Dios, tendría que hacerle entender de una vez y para siempre que a él no se lo podía empujar de aquí para allá como un peón de ajedrez!

–¡Dobbin! ¡Mi caballo!

Desapareció en el interior de la tienda después de haber vociferado su orden, y sus oficiales intercambiaron miradas de sorpresa. Salió después de un minuto abrochándose el cinturón de la espada; sus

hombres vieron que. en su ancha frente se habían acumulado nubarrones de tormenta bajo el mechón rebelde de pelo rubio rojizo, y sus ojos, de intenso color azul, parecían lanzar flechas de fuego.

–No estaré ausente más de una hora. Mayor O'Connor, quiero que esté trazado el plan de asalto para cuando yo regrese.

Impaciente, tomó de manos de Dobbin las riendas de su caballo y montó de un salto.

–Sí, señor –musitó Tim.

Algo andaba mal. Era raro que Julian mencionara el rango y no solía descargar su mal humor sobre sus subordinados; ése era uno de los motivos por los que sus hombres habrían sido capaces de seguirlo hasta el infierno y siempre se dieran feroces competencias por tener un lugar junto a él. Lord St. Simon era uno de los coroneles más jóvenes del ejército en la Península pero, incluso hombres mayores estaban deseosos de servir bajo sus órdenes igual que sus coetáneos.

–Apuesto a que esa Violette está detrás de esto –comentó Frank estirándose–. A Julian no le agrada nada y, si es ella la que está tirando de esta cuerda se armará una marimorena; recuerda de lo que digo.

–No me imagino a una bandida española burlando al Par, y mucho menos a St. Simon –observó el capitán Deerbourne–. Y si, precisamente hoy, ella está apelando a sus triquiñuelas, será porque es una tonta.

Todas las miradas se posaron sobre los muros de Badajoz, envueltos en el humo de las bombas.

A medio galope, Julian se acercaba a Elvas bullendo de ira. Y ver a La Violette sentada sobre una roca, del lado portugués del puente de pontones no hizo nada para apaciguarlo. Era claro como el día que ella estaba esperándolo y, en consecuencia, ella era la responsable de que lo hubiesen llamado.

Era cierto que Tamsyn lo esperaba. Supuso que él no estaría del mejor de los talantes y apeló a su sonrisa más encantadora al tiempo que se ponía en pie para salirle al encuentro, cuando él hacía avanzar a su caballo por el inseguro puente.

–Buenos días, milord coronel –Tamsyn se apresuró a interponerse en su camino al ver que él pensaba pasar de largo ante ella–. , Estoy muy contenta de verlo –se protegió los ojos del sol y lo miró guiñando los ojos, la piel dorada plegada en torno de los ojos por una sonrisa, su pelo casi blanco a la luz del sol–. Cuanto me alegro de que su trabajo lo haya traído a Elvas, después de todo.

Los dedos de Julian se crisparon en las riendas y él se imaginó rodeando con ellos la esbelta columna de su garganta que surgía del cuello abierto de su camisa blanca... y apretando lentamente... Y luego se imaginó sus dedos subiendo detrás de las orejas de ella, esas pequeñas conchillas aplastadas a los lados de la cabeza, y haciéndole cosquillas en la tierna piel de atrás...

–¡De pie! –ordenó, cortante–. Supongo que vamos al mismo lugar.

Se inclinó extendiéndole la mano. Ella la tomó sin remilgos, puso un pie sobre la bota de él y saltó hacia arriba cayendo, con un giro ágil sobre la silla, delante de él.

–Sí, creo que sí –asintió ella alegremente, recostándose contra él para que pudiera sentir el calor de su piel a través de su delgada camisa–. Por cierto, es muy conveniente.

–Y, como sabemos, usted acomoda todo a su propia conveniencia –comentó él en tono agrio.

–Me imagino que usted debe pensar eso –dijo Tamsyn tras juiciosa reflexión–. Pero, en realidad, todavía no me conoce.

–Oh, Violette, créame que no habrá ningún "todavía" –dijo él con violento énfasis–. No nos conoceremos más de lo que ya nos conocemos.

–Como usted diga.

Daba la impresión de que las palabras de él no le habían hecho mella; se comportaba como quien estuviese siguiendo la corriente a un niño enfurruñado. Su tono dio ganas a Julian de arrojarla a tierra.

–De modo que el ataque será esta noche –dijo ella en diferente tono–. Sin duda, no querrá usted permanecer mucho tiempo alejado de su brigada pero mi asunto no demorará mucho.

–Oh, es un alivio saberlo pero no debe darse prisa por mi causa. Estoy seguro de que el sitio de Badajoz puede esperar hasta que usted esté satisfecha.

Tamsyn giró en redondo para mirarlo.

–No sea tan petulante, milord coronel. No le va a usted y no es nada convincente.

Él se quedó con la boca abierta y, sin notarlo, espoleó los flancos de su caballo. Éste se lanzó al galope y Tamsyn, que había girado y estaba en una pose de precario equilibrio, se tambaleó.

–¡Por todos los diablos del infierno! –Julian la aferró y la atrajo hacia sí con una mano mientras, con la otra, controlaba a su caballo–. Usted limítese a cerrar la boca, por favor –le dijo entre dientes–. En líneas generales será mucho más seguro.

–Sí, milord coronel –murmuró Tamsyn con sonrisa recatada y apoyando su cuerpo otra vez en el de él.

Julian no entendía por qué tenía ganas de reír. En las actuales circunstancias le pareció el impulso de un demente pero había algo en la picardía de ella que lo instaba, no, lo desafiaba a responder. Era como si ella estuviera diciéndole que no la engañaba con su actitud, que ella sabía que él estaba gozando tanto como ella con su insólita proximidad aunque él no quisiera reconocerlo.

Dejaron el caballo en el establo situado en el fondo del cuartel de Wellington y entraron otra vez por la escalera externa.

–Está esperándolo, coronel.

Sanderson se apresuró a abrir la puerta que daba al refugio del comandante en jefe.

–Muy bien. Ya están aquí los dos –Wellington se puso de pie junto a su escritorio con expresión seria–. Lo lamento, Julian, pero La Violette insistió en que tú debías participar de estas negociaciones.

–Eso supuse, señor –Julian miró a Tamsyn con mal disimulado resentimiento–. Muy bien, como ya ha logrado lo que se proponía, sigamos adelante. Tengo cosas más importantes que hacer esta mañana que complacer los apetitos mercenarios de una condenada bandolera.

Wellington ocultó la estupefacción que le provocaba esa tirada brutal. Un hombre no hablaba así a un conocido; menos aun a un extraño.

Tamsyn, en cambio, no se inmutó.

–Sí, comprendo que ambos están ocupados pero debo recordarles que yo no he elegido el momento de esta reunión. He venido aquí escoltada por uno de los suyos.

–Después de habernos hecho perder dos días –recordó él–. Ahora, ¿qué quiere, muchacha?

Tamsyn se alzó de hombros y, sin haber sido invitada, se sentó en una silla ante el escritorio, cruzó las piernas y unió las manos en el regazo.

–Muy bien, vayamos al grano. Yo le daré la información que usted desea, señor, salvo la que se refiere al armamento de los guerrilleros. La condición de sus armas es algo que no me es dado revelar. Ellos le dirán lo que quieran que sepa. También dibujaré para ustedes un mapa detallado de los puertos de montaña que usaba El Barón para cruzar los Pirineos. Algunos de ellos son muy estrechos y traicioneros pero yo diría que eso lo descubrirá usted mismo. Que yo sepa, los franceses no los conocen.

–Muy bien... muy bien –dijo Wellington frotándose las manos–. Eso es muy bien... muy útil. –echó una mirada a St. Simon. ¿No te parece, Julian?

–Oh, sí –coincidió Julian–. Muy útil –él estaba apoyado en la puerta, los brazos cruzados, los ojos de expresión irónica posados sobre Tamsyn–. ¿Y qué pretende de nosotros, bandolera?

–Sí, Violette; díganos su precio.

Tamsyn hizo una pausa antes de responder, la vista en el regazo, sus dedos formando la cuna del gato; levantó la vista y miró al coronel en los ojos para luego desplazar su mirada hacia Wellington:

–Señor, mi precio es el coronel... lord St. Simon.

En el cuarto se hizo un silencio tan hondo e impenetrable como el de una tumba. Los dos hombres miraron fijamente a Violette, que seguía sentada en su silla convertida en la viva imagen de la serenidad, sin señas visibles que manifestaran alguna turbación en su mente. Fue un golpe de tal audacia que ella misma se sintió azorada por concebirlo, más aun de ejecutarlo.

–Es el delirio de un lunático –exclamó Julian rompiendo el silencio con un tono áspero como papel de lija–. ¡O bien eso o bien habrá que pensar que usted no toma en serio al ejército de Su Majestad, y eso le costará muy caro! fue hasta la silla, apoyó una mano a cada lado de la cabeza de ella y se inclinó. Ella se sintió perforada por la intensa ferocidad azul de sus ojos mientras él decía con mucha lentitud y claridad–: Termine con esta absurda tontería o la meteré en prisión cargada de cadenas.

–Escuchadme –dijo ella con sencillez, sin amilanarse aunque le costara cierto esfuerzo.

–Déjala hablar, Julian.

–¡Hable! –el coronel giró de cara al comandante, con sus ojos de mirada dura en su rostro pálido, su boca convertida en una línea con la mandíbula apretada–. O esta muchacha está completamente loca o está

burlándose de nosotros. Señor, me veo obligado a recordarle que esta noche habrá soldados que morirán, y esta... esta perturbada nos toma por tontos.

–No, no es así –dijo Tamsyn de inmediato–. Le aseguro que no. Sólo pido que me escuchéis.

–Adelante – dijo Wellington, alzando una mano para detener la indignada argumentación del coronel–. Pero no se vaya por las ramas. Le advierto que si esto es alguna clase de juego, la enviaré otra vez con Cornichet envuelta como para regalo, con mis felicitaciones.

Las amenazas eran cada vez más pesadas, repetidas y desagradables. Tamsyn tragó saliva para deshacer el pequeño nudo de temor que se había formado en la garganta, recordó que, en esta ocasión, se jugaban apuestas muy elevadas y entonces comenzó a explicar el plan que exigiría la cooperación de lord St. Simon.

–Ya les he explicado que mi madre era inglesa. Su familia era de Cornwall... su lugar de origen, coronel.

La expresión de Julian seguía siendo lúgubre.

–¿Qué tiene que ver eso conmigo?

–Bueno, yo pensé que usted podría ayudarme a saber sobre la familia de mi madre –repuso ella con sencillez–. Mi madre no me dijo cuál era su apellido. Ella... no había sido feliz con ellos y, cuando conoció a mi padre, prefirió cortar por completo con esa parte de su vida y de su herencia.

Llevó las manos a su nuca, desenganchó el medallón y se lo tendió a Wellington.

–Aquí hay un retrato de ella con mi padre. El medallón pertenece a la herencia familiar y yo pensé que con esto y el retrato tal vez pudiera localizarlos. Mi madre me dejó entrever que era una familia bastante prominente.

Wellington lo examinó y luego lo entregó a Julian, que lo miró in tomarlo, mientras su mente repasaba la lista de las familias importantes de Cornwall. Los St. Simon y los Penhallan eran los terratenientes más grandes y con mayor influencia política. Tregarthan, la propiedad de los St. Simon, y la propiedad Lanjerrick, de los Penhallan, ocupaban la mitad del condado. Al recordar a los Penhallan, sus labios adoptaron una inconsciente mueca de desprecio. El vizconde dedicaba sus esfuerzos a su ambición política con la más cruda implacabilidad y, aun así, su carácter se podía tomar como radiante ejemplo de rectitud moral si se lo comparaba con el de sus sobrinos, los odiosos gemelos.

Dejó el medallón sobre una mesa y la delicada cadena de filigrana tintineó al caer.

–No hay ningún escudo heráldico, ninguna insignia que lo identifique.

–Pero adentro está el retrato de ella –subrayó Tamsyn–. Mire dentro.

Wellington volvió a tomarlo y lo abrió. No cabía duda de que la mujer del retrato era la madre de Tamsyn; la semejanza era asombrosa y llevaba el mismo medallón en el cuello. La mujer sonreía y se diría que irradiaba una felicidad perfecta. Lo entregó a St. Simon, y éste leyó la firma que había en el dorso del retrato de la mujer. Ella había firmado, sencillamente, Cecile, con escritura florida y enérgica. La fecha era de sólo tres años antes.

Julian echó una mirada a Tamsyn que permanecía en silencio, esperando. Examinó el retrato del hombre y le impresionaron los rasgos elegantes del famoso barón ladrón. Unos ojos negros de halcón lo miraban con aire interrogante desde el delicado marco. Tamsyn tenía la misma boca de su padre y el gesto de la mandíbula le daba el mismo aire decidido; por otra parte, sus ojos y su colorido eran los de su madre.

–¿Y? –preguntó Julian al tiempo que devolvía el medallón a su dueña–. Su madre era inglesa pero, ¿qué tiene eso que ver con lo demás?

–Pues, todo –contestó ella.

Los dos hombres escucharon que habían asesinado a sus padres seis meses atrás; que, en una emboscada tendida por los hombres de Cornichet, habían matado a sus hombres o los habían desbandado; y que, excepto Gabriel, estaba sola en el mundo.

En cierto modo, al escatimar detalles acentuó el dramatismo de su historia. Nada explicó acerca del modo en que sus padres habían hallado la muerte sino que se limitó a mencionar el hecho. Su ruego iba dirigido a Wellington. St. Simon aún conservaba la expresión de un hombre rabioso e impaciente y, por cierto, no parecía ser capaz de responder con simpatía a una triste historia y, a pesar de todo, ella seguía creyendo que podría tocar las fibras del corazón del comandante.

–Me gustaría encontrar a la familia de mi madre –dijo ella retorciendo las manos en su regazo y dirigiendo al duque una sonrisa trémula–. No tengo en el mundo a nadie que se ocupe de mí o me dé un hogar. Se me ocurrió que, si podía encontrarlos, ellos me protegerían. Pero preveo ciertas dificultades.

El coronel emitió un sonido que era una mezcla de resoplido y maldición e intercambió una mirada de comprensión con el duque. Ciertas dificultades... Era obvio que esta muchacha no sabía ni lo más elemental con respecto a la sociedad inglesa, que ignoraba lo cerrada y orgullosa que era.

–Supongamos que los identifica; entonces, ¿cómo piensa presentarse ante ellos? –preguntó Julian, despectivo–. ¿Se acercará a ellos y les dirá, "Soy la prima que perdieron hace mucho tiempo", o el parentesco que sea?

–No; entiendo bien que eso no es posible –repuso ella en tono afligido, lo cual provocó en el duque una mirada de reproche al coronel–. No creo que estén preparados para aceptarme tal como soy. Yo no sé moverme en una sociedad así... en verdad, no sé nada de Inglaterra, excepto lo que Cecile me ha contado. Además –un delicado sonrojo cubrió sus mejillas atezadas–, hay otro inconveniente...

–Siga, querida –la animó Wellington, ya abandonada su anterior aspereza.

–Es un poco embarazoso... pero, verá, no estoy segura de que Cecile y el barón hayan estado adecuadamente casados... a los ojos de la Iglesia, ¿sabe usted? –dijo a toda prisa, retorciéndose los dedos de un modo imposible.

–¡Oh! –exclamó el duque.

–Bueno; tal vez, si la familia de mi madre lo sabe, considerará que yo no tengo derecho a pertenecer a ella, ¿no lo cree usted? –dijo, ansiosa, clavando en el rostro del comandante sus ojos de color púrpura.

El militar carraspeó.

–Sí, es posible.

–¿Por qué no habrían de formalizar su relación? –quiso saber Julian–. Si eran tan inseparables como usted ha dado a entender anoche y habían tenido una hija.

–Me parece que no le daban la menor importancia –respondió Tamsyn, sincera–. En lo que a mí se refiere... bueno, yo sé que fui un accidente...

–¡Por todos los cielos; eso es todo un eufemismo! –estalló Julian, lanzando una áspera carcajada–. ¡Placiera a Dios que el mundo se hubiese visto libre desemejante accidente!

–¡Qué cruel! –protestó Tamsyn, mirando a Wellington con aire desvalido.

Éste se rascó la nariz. ¿Qué tendría Julian en contra de la muchacha? Ella daba la impresión de ser una valerosa criatura.

–Estoy desorientado, señorita: no sé adónde nos lleva todo esto. ¿Cómo podría ayudarla lord St. Simon?

–Ah, eso es simple –dijo Tamsyn, animándose de inmediato–. Pienso que no me llevaría más de seis meses aprender a comportarme como una dama inglesa. Mi plan consiste en que el coronel me acompañe a Inglaterra... a Cornwall... y me enseñe lo que necesito saber; entonces, yo podré buscar a la familia de mi madre. Alguien tiene que haber oído la historia de la hija que se desvaneció hace veinte años, en una visita a España. Y espero que, cuando esté en mejores condiciones, podré presentarme ante ellos. Podríamos decir que mi madre se había casado con un noble de auténtica sangre hidalga, y que a mí me informaron de mi herencia inglesa en el lecho de muerte de ella. Se me ocurrió que podríamos decir que el coronel conoció a mi padre en ciertas circunstancias y, por obligación hacia él, aceptó tomarme bajo su protección cuando yo quedé huérfana.

"Y quizá –agregó con una simpática sonrisa dirigida al duque quizá sería útil decir que Su Gracia también me ha brindado su protección.

–¿Qué pensó que podríamos decir? –exclamó el coronel cuando comprendió el cabal sentido de ese breve discurso.

–Que usted me ha tomado...

–¡Está bien, ya lo he oído! –interrumpió él con un brusco ademán–. Nunca en mi vida conocí una invención más descabellada.

–Pero servirá –insistió Tamsyn, obstinada–. Sé que así será. Lo único que pido son seis meses de su tiempo, milord coronel. Como tengo abundancia de fondos propios no seré una carga para usted en ningún

sentido. Sólo le pido que me preste su atención por un tiempo limitado. No sé a quién más podría pedir esto, ¿entiende? –agregó, dirigiéndose otra vez al duque con su súplica–. Y es muy conveniente que provenga usted de Cornwall.

–¡Descabellado! –repitió Julian disgustado–. Ya he perdido demasiado tiempo con usted.

–En ese caso, no hay nada más que decir –dijo Tamsyn, ya sin el menor rastro de huérfana desvalida en el gesto resuelto de su barbilla y la vivacidad de su tono–. Perdóneme por hacerle perder su tiempo, señor.

Se levantó, hizo una reverencia a Wellington y luego, sin echar una sola mirada en dirección al coronel, salió de la habitación.

–Piénsalo un minuto, Julian –dijo Wellington lentamente–. Seis meses no son un compromiso tan pesado.

–¿Qué? –Julian clavó la vista en el duque con expresión incrédula–. Usted quiere que yo haga de tutor y protector de esa... ese peón del diablo.., que deje la Península. Por Dios, señor, ¿cómo es posible que considere algo así?

–Durante su estancia en Inglaterra me brindaría usted un invalorable servicio –dijo Wellington, pensativo–. Había estado pensando a quién podría enviar. Y seis meses no es tanto tiempo. Usted sabe lo lentas que son las cosas allí. Volverá antes de lo que imagina.

Julian se había quedado sin palabras al comprender, aun sin poder creerlo, que su comandante en jefe quería que él se ocupara de esta insólita misión.

Durante un instante, se quedó mirándolo, atónito y luego dijo:

–Discúlpeme.

Le hizo una seca reverencia y, girando sobre sus talones, salió del cuarto. La estupefacción luchaba contra una loca furia en un perturbador torbellino de emociones que ponía en fuga toda posible claridad de pensamiento y de propósitos.

Bajó corriendo la escalera, salió a la calle y pasó como una exhalación ante el ordenanza que tenía su rostro oculto tras la pila de camisas recién lavadas del comandante que llevaba en sus brazos. La montaña se tambaleó y cayó al suelo. El coronel no lo advirtió, siquiera, y continuó andando a toda prisa mientras el ordenanza juraba y farfullaba levantando las camisas de los polvorientos adoquines.

Al girar en la esquina Julian vio a Tamsyn ante la casa de la señora Braganza. Ella estaba apoyada en la pared, conversando con la señora, que trabajaba en su jardín.

–Ah, es usted, milord coronel –Tamsyn recibió su llegada con una ceja arqueada–. Creí que había dicho lo suyo.

–Oh, créame que ni siquiera he empezado –afirmó él y, pese a su alarde, Tamsyn se encogió al ver su semblante furioso.

Abrió la boca para decir algo pero el coronel le rodeó la cintura con un brazo y la hizo entrar en la casa, precediéndolo.

Arrodillada ante una hilera de calabazas, la señora Braganza se quedó mirándolos y luego meneó la cabeza murmurando algo para sí mientras arrancaba una hierba de raíz.

Cuando llegaron a la pequeña habitación debajo del tejado, Tamsyn estaba sin aliento como si hubiese subido corriendo por sus propios medios, si bien estaba segura de que sus pies no habían tocado el suelo desde el momento en que el brazo de Julian le había rodeado la cintura. La puerta se cerró de un golpe y ella fue arrojada al interior de la habitación, aún sujeta por el brazo del coronel.

–¡Por Dios! –exclamó él en un susurro tan contenido que tenía el poder de un grito–. ¡Por Dios, muchacha, no vas a hacerme una cosa así! –con su mano libre en la garganta de ella, la obligó a levantar el mentón de modo que ella no tuvo otra alternativa que mirarlo, y cada una de sus palabras cayó sobre su cara como una bofetada–. No permitiré que me metas en esto. Eres una pequeña ladrona manipuladora y tu presencia en mi vida se acaba en este preciso instante... ¡en este cuarto y en este minuto! ¿Ha entrado eso en tu perversa cabeza, muchacha?

La mente de Tamsyn comenzó a funcionar a toda marcha. Lo que ella había percibido en la voz de él estaba muy cercano a la desesperación, apenas oculto por el salvajismo de su actitud. Él tenía miedo; debía de haber descubierto que estaba haciendo lo que ella quería aun en contra de toda la voluntad que poseía. ¿Miedo a qué? ¿Cuál podría ser la presión que lo obligaba a ayudarla? La orden de Wellington, claro. Y ella contaba con la urgencia que el duque tenía por obtener la información que ella le daría. Sin embargo, no

creía que Wellington fuese más allá de la persuasión. Eso no era lo mismo que obligar a uno de sus oficiales a hacer algo completamente apartado de sus funciones. Por lo tanto, debía de ser ella... El coronel tenía miedo de ella, miedo de que ella pudiera persuadirlo a que lo hiciera.

Él seguía sujetándola con rudeza contra su cuerpo, la mano apretada brutalmente en su garganta, empujándole el mentón hacia arriba. Pero ella tenía sus manos libres y, con gesto deliberado, deslizó sus brazos alrededor del cuerpo masculino e hizo una ligera torsión: ahora, cualquiera que los viese y no supiera lo que en realidad sucedía creería que estaban entregados a un apasionado abrazo.

El movimiento de ella lo hizo saltar y su expresión se tomó incrédula cuando comprendió lo que ella había hecho.

–¡Pequeña ramera! –exclamó él, apartando las manos de ella con tal brío que estuvo a punto de hacerle caer.

–No –protestó Tamsyn–. No tanto. Como me sujetabas con tanta fuerza, me pareció lo más natural hacer eso.

El semblante de él reflejó tanta estupefacción que ella no pudo menos que sentir pena, pero lo que se jugaba era demasiado importante y quiso aprovechar su ventaja acercándose más.

–Fue sólo una sugerencia, milord coronel.

Sus ojos parecían tan grandes que él sintió como si estuviese hundiéndose en ellos, su sonrisa tan seductora que sintió temblar el suelo bajo sus pies.

Ella alzó una mano y recorrió suavemente el contorno de su boca.

–Qué serio –murmuró, agrandando su sonrisa–. Relájate; sólo estoy ofreciéndote placer. Recuerda qué maravilloso fue, junto al río, piensa que podemos gozar de momentos como aquél cuantas veces lo deseemos.

–¡Puta! Serías capas de venderte...

–No – interrumpió Tamsyn, ya sin ese brillo seductor en sus ojos–. No estoy vendiéndome. Lo único que vendo es la información que tu comandante está deseoso de comprar. Sólo estaba ofreciéndote una compensación.

–¡Compensación por tener que presentar en sociedad a la hija bastarda de un ladrón y asesino!

–¡Oh! –exclamó Tamsyn, quedándose sin habla un instante–. ¡Tienes tanta caballerosidad como un gusano de la madera! ¡Yo, con toda honestidad.., y anheloso afecto, sugiero que hagamos el amor y tú...!

–¡Anheloso afecto! –él lanzó una carcajada breve y escéptica–. ¿De dónde diablos sacaste una expresión como ésa? ¿Qué clase de inocente crees que soy para suponer que voy a caer en semejante treta?

–Es verdad –insistió ella con vehemencia.

Julian se quedó inmóvil un instante. Recorrió lentamente con la mirada el cuerpo esbelto y flexible que tenía ante sí. Ella vibraba de energía e indignación, y de alguna otra cosa. En el mismo momento en que la había tocado había percibido en ella resolución y decisión. Ella estaba dispuesta a usar su cuerpo para persuadirlo de que hiciera lo que ella quería. Bueno, ya era hora de que La Violette aprendiese que no todos podían rendirse a sus propósitos.

–Con que anheloso afecto, ¿eh? –murmuró, llevando sus manos a la hebilla de su cinturón–. Demuéstramelo, Violette –desabrochó la hebilla, soltó el pesado cinturón del que pendía su espada y los depositó sobre una mesa que había junto a la ventana–. ¿Qué estás esperando? –miró a Tamsyn, que seguía de pie en medio de la habitación–. Quítate la ropa.

Por alguna razón, las cosas no marchaban de acuerdo con lo planeado. Parecía que sí y, sin embargo, algo estaba mal. Pero, una vez iniciado este curso de acción, Tamsyn se sintió obligada a continuar. Se quitó las botas y se desnudó rápidamente, arrojando su ropa al suelo.

Cuando ella se volvió el coronel estaba desnudo, los pies separados, las manos sobre las caderas.

–Estoy ansioso por ver esa demostración de anheloso afecto –dijo él, marcando las palabras–. Sin embargo, debo advertirte que tengo muy poco tiempo, de modo que tus trucos de ramera tendrán que ser eficaces.

Tamsyn se estremeció y entornó los ojos.

–Oh, confío en que lo serán, milord coronel –dijo, avanzando hacia él.

Algo lo alertó justo a tiempo y él giró a un lado en el mismo momento en que ella alzaba la rodilla para darle un cruel golpe en la ingle.

–¡*Fiera*! –vociferó él, con las aletas de la nariz temblorosas.

Le palpitaba el muslo donde la rodilla de ella había golpeado con salvajismo, y se sintió descompuesto de sólo imaginar lo que podría haber sucedido si ella hubiese dado en el blanco elegido.

–Cómo te atreves a insultarme así! – gritó ella frotándose la rodilla en el punto donde había chocado con el duro y musculoso muslo de él–. ¡Sal de aquí! No te tocaría aunque fueras el último hombre en la tierra.

–Ah, ¿no? ¿Qué ha pasado con el anheloso afecto? –se abalanzó sobre ella tomándola de la cintura y cargándola hasta la cama–. Muy pronto quedó en nada, ¿no es así?

Tamsyn percibió la excitación de él cuando la dejó caer sobre el cobertor. Adivinó que a este hombre debía gustarle una buena pelea.., y a ella también, por mucho que la enfadase, dadas las circunstancias. En los sitios donde la piel de él se ponía en contacto con la de ella, el cuerpo le cosquilleaba, y sentía un remolino de excitación en la boca del estómago.

Él se inclinó sobre ella, le metió una rodilla entre los muslos y en sus ojos azules se encendió un brillo salvaje.

–¿O no? –preguntó, empujando con la rodilla para separarle los muslos.

–La parte del afecto sí –declaró Tamsyn, humedeciéndose los labios que se habían secado repentinamente.

La mano de él ya había encontrado ese lugar del cuerpo de ella. Su mirada jamás se apartó de su rostro mientras jugueteaba con ella como si fuese la cuerda de un laúd, la pulsaba y acariciaba hasta que ella empezó a sonar a impulsos de su contacto. Cuando sus gemidos de éxtasis colmaron la pequeña habitación, él deslizó las manos bajo el trasero de ella y la alzó hacia él y penetró profundamente en su cuerpo, que todavía palpitaba de placer.

La satisfacción brillaba ahora en sus ojos mientras se movía sobre ella, sin dejar de contemplar el rostro de la mujer con embelesada atención. Le pasó un dedo por los labios y ella pudo saborear la almizclada fragancia de su propio cuerpo. Él sonrió. Ella retribuyó la sonrisa moviéndose de manera acompasada con el ritmo de él, y una honda y cálida alegría comenzó a llenarle el vientre y fluyó como miel por sus venas. Era difícil imaginar que pocos minutos antes habían estado peleando como un par de perros callejeros.

Con los ojos resplandecientes él puso su boca sobre la de ella y aceleró sus movimientos al mismo tiempo que su lengua se introducía y bailoteaba con la de ella, y sus gritos de placer se mezclaron tanto como sus cuerpos y sus dulces fluidos, producto de su excitación.

Tamsyn se sintió descender flotando a tierra como una frágil hoja que, por fin, las corrientes del éxtasis dejaban caer. Acarició la espalda de Julian donde el sudor brillaba al sol de la mañana, sintiendo que su propio sudor se acumulaba entre sus pechos, aplastados por el peso del hombre.

Sin ganas, él se apartó de ella con su aliento todavía entrecortado, y se dejó caer a su lado, sobre el estrecho camastro. Después, se sentó, pasó las piernas por encima del borde y se volvió para contemplar a la muchacha que yacía de espaldas. Le pasó la mano por el vientre en un gesto que tenía tanto de despedida como de reconocimiento por la alegría compartida, y luego se puso de pie.

Tamsyn permaneció acostada, mirando en silencio cómo él se vestía. Si esa demostración de pleno deseo y su deliciosa satisfacción habían modificado su decisión de negarle su ayuda, él no dio señales de ello. Se abrochó el cinturón de la espada y se acercó de nuevo al camastro, se inclinó y le dio un beso que fue una despedida suave y amistosa.

–Cuídate –le dijo–. Cuando Gabriel venga a buscarte, dale saludos de mi parte.

La puerta se cerró y ella oyó el sonido de sus botas bajando rápidamente los peldaños de madera, como si tuviera una enorme prisa por alejarse lo antes posible.

El coronel lord Julian St. Simon estaba resultando más resistente de lo que ella había esperado. Tamsyn se levantó de la cama, fue hasta la ventana y lo observó andar a grandes pasos por la calle. La próxima vez que lo viese la batalla de Badajoz habría terminado. No sería razonable ni factible renovar su ataque hasta entonces.

Siempre asumiendo que él seguiría estando vivo por la mañana.

8

La batalla comenzó a las diez en punto de esa misma noche.

Tamsyn había salido de Elvas a últimas horas de la tarde. Cruzó con su caballo el campamento del ejército y percibió el ambiente de excitación de los soldados que, fortalecidos por una ración extra de grog, se reunían en grupos mientras controlaban sus equipos e intercambiaban anécdotas de pasadas campañas. Algunos la miraron cuando pasaba; sin embargo, César atraía más la atención de los hombres que su jinete.

Tamsyn se preguntó cuál de esas tiendas de campaña sería la de Julian. Las de los oficiales mayores eran fáciles de identificar por su tamaño y, al pasar ante varias de ellas, oyó voces y carcajadas que provenían de adentro, ruidos de loza y tintineo de cristal: eran los oficiales de Wellington que cenaban juntos antes de la batalla.

A Tamsyn no se le ocurrió intentar encontrar a St. Simon; él necesitaría de toda su concentración para enfrentar la noche que se avecinaba. Su recorrida solitaria era, sobre todo, por tener algo de qué ocuparse. Había crecido en un campamento de guerreros y conocía el temor y la excitación que precedían al combate, y le resultaba imposible permanecer en Elvas como una espectadora inútil, observando y esperando.

Junto con el atardecer llegó un extraño silencio pues habían cesado los disparos y las detonaciones. Los oficiales salían de sus tiendas, daban órdenes en voz baja y tensa, y los hombres comenzaban a dirigirse en grupos hacia las trincheras. Era una noche oscura, cargada de nubes que oscurecían la luna.

Tamsyn salió del campamento y fue hasta una pequeña colina donde detuvo su caballo y aguardó. Las luces de los centinelas oscilaban en las fortificaciones de Badajoz pero, fuera de eso, todo estaba quieto y oscuro en la llanura y no se veían rastros de los soldados que se arrastraban por las trincheras hundiendo sus escalas en las zanjas delante de las brechas que había en las murallas de la ciudad ni de los grupos de asalto que formaban detrás de ellos.

Pero los franceses sabían que ellos estaban al acecho. Sus redes de inteligencia debían de haberles informado que debían esperar el asalto aunque no supieran la hora ni la formación. Sin embargo, estarían preparados para defender las brechas conteniendo el aliento, guardando el mismo silencio que sus atacantes.

El vello de la nuca de Tamsyn se erizó y César movió sus patas y relinchó suavemente.

Entonces, el temible silencio fue quebrado por un resonante grito de guerra y, al mismo tiempo, las tropas británicas se precipitaron hacia las murallas desde las zanjas externas. En las fortificaciones los morteros rugieron su respuesta, y la noche fue rasgada por los disparos y las explosiones.

Tamsyn cerró los ojos sin querer, a medida que el ruido se hacía más insoportable y cada pausa en los disparos era llenada por penetrantes gritos y llamadas de clarín que marcaban el avance. A través de sus párpados pareció estallar una luz muy brillante y, al abrir los ojos, vio J dos esferas de fuego que ardían en el cielo y que habían sido disparadas desde los baluartes para caer al suelo, a unos ochocientos metros, donde siguieron ardiendo e iluminando la pavorosa escena.

Bajo esa luz candente Tamsyn distinguió a un grupo de hombres que se protegían del fuego tras un pequeño monte, si bien seguían estando al alcance de los proyectiles. La silueta inconfundible del duque de Wellington se destacaba a la luz proyectada por una antorcha que sostenía un oficial, junto a él.

Espoleó al remiso César y se unió a los que estaban en la periferia del grupo donde los hombres aguardaban de pie, junto a sus caballos, en actitud de alerta y preparados pero a discreta distancia del comandante en jefe, que estaba redactando órdenes a la luz de esa antorcha. Los gritos de los heridos llegaban allí con claridad mezclándose con los prolongados gemidos de los moribundos. Una y otra vez los clarines marcaban el avance y los soldados se precipitaban hacia las escalas para enfrentar la mortal resistencia de los defensores, que arrojaban bombas flamígeras y barriles de pólvora con mechas cortas en el interior de las zanjas, donde explotaban lanzando los cuerpos al aire como un surtidor de muerte.

Los hombres iban y venían en caballos cubiertos de espuma llevando información al comandante en jefe, desde lo más denso de la refriega. Los mensajes sólo informaban de fracasos. Todos los intentos eran rechazados; las agotadas tropas estaban siendo diezmadas y sus oficiales morían como moscas pues los

defensores los empujaban cuando llegaban a la cima de las escalas. El rostro de Wellington parecía tallado en granito blanco a la luz titilante de la antorcha mientras recibía una constante corriente de comunicaciones desesperadas; sin embargo, al verlo redactar órdenes con toda serenidad, hablando en tono sereno con los miembros de su equipo reunidos apretadamente a su alrededor a Tamsyn se le antojó imperturbable.

Entonces, los toques de clarín cambiaron y ella reconoció las notas que indicaban retirada. Sonó una y otra vez aunque ella no pudo ver ni oír una disminución de la salvaje batalla. La tierra seguía arrojando al aire llamas y cuerpos ardiendo, y los espantosos gritos rivalizaban con el bramido de los cañones y la explosión de las minas. Era imposible imaginar que alguien pudiera salir vivo de ese infierno; ella permaneció junto a su nervioso caballo sumida en una suerte de trance horrorizado, preguntándose por qué los seres humanos hacían algo así, por qué se enzarzaban en una carnicería tan espantosa con el único motivo de apoderarse de un insignificante montón de ladrillos y argamasa.

Era imposible seguir razonando de manera coherente; por fin, sus pensamientos y emociones se concentraron en el nombre de Julian St. Simon y comenzó a repetirlo una y otra vez en su cabeza como el estribillo de una interminable canción. Él se convirtió en el foco de la conflagración, en la única realidad que la mente de Tamsyn podía retener aunque ella no lograse deducir dónde podría estar, si estaría vivo o si acaso yacería bajo un montón de cuerpos, gritando en su agonía, ahogado por la sangre de los otros, o si ya no era más que un guiñapo frío y pálido de carne sangrante.

Eran las once y media, hacía una hora y media que había comenzado esa enloquecida carnicería, y un oficial se acercó galopando *ventre à terre*, con su caballo echando espuma por la boca, sus flancos también cubiertos de espuma.

Cuando el caballo se detuvo resollando junto a él, Wellington se volvió. Si bien la conversación fue breve, los que estaban cerca supieron, sin lugar a dudas, que algo había cambiado.

–Caballeros, el general Picton ha tomado el castillo –lord March, que estaba junto al duque, se volvió para hacer el anuncio–. Ha retirado sus tropas de las trincheras para poder mantener su posición. En poco tiempo, sin duda la ciudad será nuestra.

Así que ya estaban dentro... o casi, al fin. Entre murmullos jubilosos, Tamsyn montó su caballo y lo guió lentamente hacia las murallas de la ciudad. Ya habían entrado pero, a qué costo horrendo. Había montañas de cadáveres, los gritos y gemidos eran más fuertes que nunca. Para los heridos y los moribundos la victoria de Picton había llegado demasiado tarde. Ella cabalgó junto a las murallas sin hacer caso de los disparos que seguían llegando desde los baluartes. Las escalas, recalentadas y resbaladizas de sangre, aún estaban apoyadas en las murallas, cargadas de miembros cortados y de cadáveres enganchados.

¿Habría sobrevivido Julian St. Simon? Era imposible imaginar que quedara alguien vivo aún. Mientras ella pensaba en eso, se elevó un gran clamor de triunfo desde el interior de la ciudad y un clarín hizo sonar un eufórico toque de victoria. Por fin, Badajoz había caído en manos de sus sitiadores.

César alzó la cabeza y azotó nerviosamente la tierra con sus cascos al oler la sangre y oír ese sonido nuevo. Tamsyn lo tranquilizó y él, bien educado por su entrenador mameluco, se quedó quieto aunque estremecido de temor, con sus narices dilatadas y su belfo retraído, que descubría el bocado.

–Está bien –dijo ella con suavidad–. Salgamos de aquí.

Lo hizo girar en dirección contraria a la ciudad con intenciones de dejar a su caballo en Elvas y regresar andando, pero sólo se había alejado unos pocos metros cuando un hombre con la chaqueta verde de los rifleros la detuvo.

Tamsyn tiró de las riendas cuando el hombre, manando sangre de su mandíbula destrozada, se acercó a ella dando tumbos. El soldado trataba de sujetarse la mandíbula con una mano mientras hacía gestos frenéticos hacia la oscuridad, a sus espaldas.

Tamsyn se apresuró a desmontar y se quitó el pañuelo que llevaba en el cuello. Estaba acostumbrada a los heridos y no retaceaba su ayuda en ningún caso. Sólo Gabriel conocía el secreto que la mortificaba: que se desmayaba inmediatamente a la vista de su propia sangre.

Ató la mandíbula del herido con dedos diestros y sensibles.

–Monte mi caballo; yo lo llevaré a la retaguardia.

El riflero negó con la cabeza y siguió haciendo gestos hacia su espalda con miradas tan elocuentes como muda estaba su boca. Tamsyn avanzó hacia donde él indicaba y estuvo a punto de tropezarse con un hombre que gemía, tendido en el lodo. La sangre brotaba de una gran herida abierta en su muslo y él intentaba sujetar con ambas manos los bordes de carne como si así pudiese detener la hemorragia.

–Mi compañero –susurró–. Llévelo al hospital. Él tiene alguna posibilidad. Yo estoy perdido.

–Él no está dispuesto a abandonarlo –dijo ella con suavidad, inclinándose sobre él–. Le haré un torniquete con su cinturón y, si puede usted montar a César, lo llevaré al cirujano en menos que canta un gallo.

Ella se movió con rapidez aunque era consciente de que el hombre tenía pocas posibilidades de sobrevivir. Su rostro ya tenía el tono ceniciento del hombre que ha visto su muerte. Pero su amigo no quería dejarlo y ella comprendía la fuerza de tales lealtades.

Con un esfuerzo casi sobrehumano, su amigo lo levantó en sus brazos y se las ingenió para ponerlo sobre el lomo de César.

–Monte detrás de él para sostenerlo – indicó Tamsyn, acariciando el cuello húmedo del caballo.

El riflero trepó hasta la mullida silla de alto respaldo. La expresión de sus ojos decía con claridad que no le agradaba demasiado esa posición sobre el lomo del inquieto caballo blanco pero sujetó con fuerza a su camarada mientras Tamsyn comenzaba a guiarlo hacia la retaguardia.

El camino ya estaba sembrado de parihuelas y de carretas que sacaban a los heridos del campo, pues el fuego desde los baluartes había cesado. Las personas miraban con curiosidad a la pequeña figura de aspecto andrógino que se abría paso caminando junto a esa magnífica bestia y a sus heridos jinetes, aunque todos estaban demasiado ocupados para hacer otra cosa que mirar al pasar.

El hospital de campaña era un caos, y las antorchas que se balanceaban en unos postes lanzaban una luz vacilante sobre el sangriento trabajo que allí se realizaba. Tamsyn aferró por la manga a un asistente que pasaba.

–He traído aquí a dos heridos. ¿Puede llevarlos?

Él la miró distrayéndose por un instante y luego le dijo:

–Déjelos ahí. Los llevaremos cuando podamos.

–Uno de ellos necesita atención inmediata –insistió Tamsyn con sus ojos echando chispas–. No lo he traído desde el campo para dejarlo morir tendido en el suelo, al alcance de un cirujano.

–¿Qué pasa aquí?

Un hombre cubierto con el delantal ensangrentado de un cirujano, que pasaba de prisa junto a las camillas dando órdenes para la atención de sus ocupantes, se detuvo junto a ellos.

–Tengo aquí a dos hombres que necesitan atención inmediata –declaró Tamsyn–. Y este imbécil me dice que los deje morir en el barro.

El cirujano parpadeó y se quedó mirándola, atónito.

–¿Y usted quién es?

–El comandante en jefe sabe quién soy ella, sagaz–. Y soy amiga... muy amiga del coronel lord St. Simon, del Sexto. ¡Y mientras estoy discutiendo con este palurdo, otros hombres están muriéndose en las murallas porque yo no puedo ir a buscarlos! –señaló con un ademán al desdichado asistente, acompañándolo con una expresión de intenso disgusto y exclamó–: ayúdelos a desmontar.

El cirujano examinó a los dos hombres cuando estuvieron en tierra.

–Un herido ambulante –dictaminó—. Llévelo a la segunda tienda.

El riflero de la mandíbula vendada negó con la cabeza y se vio estallar el dolor en sus ojos mientras señalaba a su camarada con el mismo apremio que había demostrado antes a Tamsyn.

–Está bien; lo atenderé –dijo el médico con un dejo de impaciencia–. No puedo prometer mucho pero tendré que amputar esa pierna... Eh, vosotros, traed esa camilla.

Detuvo a dos enfermeros que pasaban a todo correr.

Éstos se detuvieron, se acercaron y pusieron al herido sobre una camilla. Sólo cuando el otro riflero vio que su amigo era trasladado al interior para contar con la tenue esperanza que pudiera haber en el hospital de campaña se permitió él acompañar al asistente y extendió su mano en muda expresión de gratitud a Tamsyn antes de marcharse.

–César, tenemos trabajo por delante –dijo Tamsyn mientras montaba–. Sé que lo detestas, pero no podemos quedarnos aquí haciendo girar los pulgares.

Volvió a la ciudad buscando heridos que estuviesen en condiciones de soportar esta extraña pero expeditiva forma de transporte.

Dentro de los muros de la ciudad Julian St. Simon, milagrosamente indemne pero ennegrecido de pies a cabeza por el fuego de artillería, estaba en la plaza central y hacía un inventario. Había estado en el asalto a Ciudad Rodrigo tres meses antes y, por horrendo que hubiese sido aquello, no era nada comparado con lo sucedido en esta noche de abril.

–¡Julian! Gracias a Dios, hombre –era Frank Frobisher, que se acercaba corriendo por la plaza–. Te vi en el bastión de San José, pero no pude acercarme a ti en ese momento.

El capitán había perdido su sombrero, su chaqueta estaba desgarrada y tenía un corte abierto que iba desde la ceja chamuscada hasta la boca.

–A mí, lo más dramático que me ha pasado es perder pie –dijo Julian, oprimiendo el brazo de su amigo en gesto mudo–. Tim ha ido a la retaguardia. Le ha entrado una esquirla de granada en un ojo.

–Y Deerbourne ha caído –dijo Frank con expresión sombría–. Y George Castleton y... oh, tantos otros.

Echó una mirada en torno de la plaza desierta. Los habitantes de Badajoz se ocultaban tras las puertas cerradas con llave y no mostraban sus rostros a los vencedores. De tanto en tanto, sonaban disparos esporádicos en los baluartes.

–Los soldados están de un humor salvaje –dijo con expresión sombría–. Si el Par les permite romper filas, habrá un saqueo peor que el de Ciudad Rodrigo.

–Él lo hará –aseguró Julian apretándose la nuca y arqueando el cuello hacia su mano en gesto de fatiga–. Han luchado como tigres, han visto masacrar a sus camaradas y él les concederá la oportunidad de desquitarse.

Los dos elevaron la vista al cielo, donde la estrella vespertina se desvanecía rápidamente.

–Si Wellington hubiese colgado a la guarnición de Ciudad Rodrigo, hoy se habrían salvado miles de vidas –dijo Julian en voz mortecina–. Philippon no se habría sostenido allí si la derrota en Ciudad Rodrigo le hubiese ocasionado la muerte.

Frank se alzó de hombros.

–Aun así, pasar a espada a toda una guarnición derrotada es un poco medieval, Julian.

–¿Acaso crees que lo que sucederá aquí será más civilizado? –preguntó Julian–. Los hombres se desmadrarán y costará un trabajo endiablado volverlos a la normalidad después de semejante orgía.

Frank no supo responder a esa verdad.

Era media mañana cuando la guarnición francesa fue enviada con escolta a Elvas y las tropas inglesas recibieron la orden de romper filas. Se dispersaron por la ciudad entrando a la fuerza por las taponadas brechas, derramándose como un río por las calles de la ciudad, impulsados por una salvaje sed de sangre que había crecido durante una noche de combate; ahora tenían licencia para procurarse ilimitada satisfacción.

Dos horas después del amanecer, Tamsyn había dejado a César en el establo, cansado pero dócil tras tantas horas de labor y había caído sobre la cama en la casa de la señora Braganza, después de haber rechazado, sucia de barro y de sangre, los insistentes ofrecimientos de comida y de agua caliente que le hacía la viuda.

Durmió cinco horas y despertó renovada y alerta pero con la inconfundible sensación de que algo malo sucedía. Saltó de la cama y fue hacia la ventana. Abajo, la calle estaba desierta; sólo se veía un par de campesinos en la sombra de una pared. No hablaban; sólo se apoyaban en la pared y fumaban sus pipas.

Tamsyn bajo la escalera. No se veían rastros de la señora Braganza; la joven salió a la calle, aún vestida con su ropa mugrienta. El aire matutino transportaba los ruidos que llegaban desde Badajoz. Se percibían como un ronco estrépito. Gritos, estampidos, alaridos mezclados con extraños fragmentos musicales de flautas y tambores.

Se cruzó de brazos y se estremeció: ya conocía esa clase de ruidos.

La señora Braganza venía corriendo por la calle con un tarro de manteca. En medio de un voluble parloteo en portugués, hizo entrar a su huésped en la cocina, la obligó a sentarse y le preparó una fragante *omelette* de tomillo y romero picados y una jarra de café fuerte y amargo.

Tamsyn comió en forma mecánica; al terminar, se puso de pie, agradeció a su anfitriona con una sonrisa distraída y volvió a salir a la calle sin hacer caso de los renovados ofrecimientos de agua caliente y de una muda limpia que llegaban desde la cocina.

Sin que mediara orden alguna de su cerebro, sus pies la llevaron hacia el puente de pontones que conducía a Badajoz.

El campamento estaba casi desolado sin contar el hospital de campaña donde continuaba, sin desmayos, una actividad frenética, aunque ya las carretas y camillas cargando heridos habían disminuido en número. En cuanto se libró la orden de romper filas los hombres habían abandonado a sus compañeros heridos para entregarse a los placeres orgiásticos que podrían encontrar en Badajoz.

Tamsyn entró en la ciudad por una de las brechas. Desde la zanja, alguien gritaba pidiendo agua en una súplica baja y continua. Se detuvo y buscó al doliente pero no pudo distinguir, entre el embrollo de cuerpos, al que, tal vez, estuviese vivo. Una parte de ella sabía que era una locura y, sin embargo, algo la impelía a entrar en la ciudad.

Un grupo de soldados pasó corriendo junto a ella con sus brazos cargados con las mercancías de una tienda saqueada, cuya puerta desquiciada era mudo testigo del pillaje. Desde un callejón llegaban voces de borrachos que cantaban; allí había otro grupo sentado alrededor de un barrilete de vino, bebiendo de sus propias manos o de sus morriones mientras sus mosquetes yacían, olvidados, a sus pies. Cuando Tamsyn llegó junto a ellos, levantaron la vista con la mirada desenfocada, sus bocas manchadas de rojo, pero como estaban de buen humor, se limitaron a lanzarle unas pocas pullas mientras pasaba.

Ella había dejado su rifle y su canana en Elvas, sólo llevaba un cuchillo en su cinturón, pero se le ocurrió que así, enfundada en su atuendo masculino, sucia y manchada de sangre, contaba con suficiente protección. La única joya que llevaba era el medallón que colgaba del cuello, estaba oculto bajo su camisa.

Siguió caminando por las calles empedradas, oyendo el estampido de mosquetes por encima del confuso barullo de gritos y exclamaciones de risa y de cólera. En alguna parte resonaba un tambor y una flauta trinaba acompañándolo. Una monja con su hábito desgarrado salía corriendo de una iglesia, perseguida por una tropa de soldados risueños y vocingleros, con sus chaquetas y camisas abiertas. Uno de ellos agitaba en el aire, como una bandera de triunfo, un paño de altar bordado en oro; otro llevaba dos palmatorias de plata maciza.

La monja se deshizo de ellos metiéndose en un portal; Tamsyn vio su rostro aterrorizado bajo la toca antes de que la puerta enrejada se abriese y ella fuera arrastrada al interior donde reinaba una relativa seguridad. Llegaron sus perseguidores y, al no poder encontrarla, se detuvieron y empezaron a dar vueltas, desconcertados, moviendo la cabeza como si así pudieran resolver ese misterio. Entonces, alguien arrojó una bota de vino a su compañero y todos se volvieron a una, como obedeciendo a un instinto colectivo, otra vez hacia la iglesia.

Tamsyn se echó a temblar sintiendo que se consumía en la llama de la ira por lo que veía mezclada con aquel odioso recuerdo. Llevó su mano al cuchillo y deseó haber traído consigo su rifle, no porque ella misma se sintiera amenazada sino porque sentía una rabia asesina viendo las tropelías con que los soldados castigaban a los habitantes de Badajoz. Aquí y allá había oficiales que intentaban contener lo peor de los excesos aunque los hombres, ebrios de vino y de victoria, estaban fuera de control.

Tamsyn vio a dos oficiales reconviniendo a una turba de soldados de infantería que llevaban a cabo una subasta en la calle. Uno de los artículos del lote era una joven. Un soldado disparó su mosquete por encima de la cabeza de uno de los oficiales y otro apuntó con su arma al corazón de su compañero. Ellos eran sólo dos contra veinte borrachos enloquecidos y no tuvieron más remedio que retroceder, bajo la mirada de Tamsyn que los observaba desde un portal.

Los militares dieron media vuelta y se marcharon, y ella los entendió, aunque se quedó esperando hasta que la muchacha fue vendida por un rubí del tamaño de un huevo de gallina, entre estallidos de risa y arrojada al público, a los brazos de un robusto riflero con un parche en el ojo.

El hombre se llevó su premio a cuestas abriéndose paso entre la gente, y se dirigió hacia una plaza que había al final del callejón. Tamsyn lo siguió, concentrando ahora su rabia mortífera en este episodio. Si bien no podría detener toda esa salvajada, al menos podría impedir ésta.

La plaza se había convertido en un desordenado tumulto, con soldados que entraban y salían de las tiendas cuyas puertas habían sido arrancadas, allí había barras de hierro quitadas de las ventanas que ahora estaban rotas en el suelo y mercaderías desparramadas en la calle.

La muchacha gemía como una niña perdida y Tamsyn apretó el paso siguiendo al soldado al mismo tiempo que barría la calle con la vista en procura de un arma más contundente que su cuchillo. Dos hombres sentados en un umbral, entre las ruinas de una tienda de paños, jugaban a los dados. Sus mosquetes estaban en el suelo junto a ellos. Tamsyn fue hacia allí, arrebató una de las armas y salió corriendo por la calle sin reparar en los gritos indignados que sonaban a sus espaldas.

Los chillidos cesaron pronto: recuperar un mosquete no era una prioridad para esos hombres, que optaron por reanudar su juego.

En el centro de la plaza se alzaba una bomba, sobre una gran pica de piedra a la que se ascendía por tres anchos y bajos peldaños. El soldado arrastró a su víctima por los peldaños evidenciando su intención de gozarla allí mismo, a la luz del sol. En el mismo momento en que la apoyaba en el suelo, Tamsyn saltó hacia delante golpeando al hombre con la culata del mosquete en la cabeza. Éste lanzó un bramido y soltó a su presa para volverse hacia su atacante.

Tamsyn retrocedió y apuntó el mosquete al corazón del soldado.

–¡Canalla! –dijo, con suave ferocidad–. Asesino hijo de puta. Se sentiría muy orgulloso de violar a esta muchacha, ¿no es verdad? ¿Y qué pensaba hacer con ella cuando acabase? ¿Venderla a sus amigos?

La muchacha estaba de rodillas en la escalinata, acurrucada, todavía lamentándose. El soldado tenía una expresión perpleja pues el golpe del mosquete lo había aturdido y la sangre le chorreaba por el cuello, donde la piel se había desgarrado. Clavó la vista en la diminuta figura que lo enfrentaba y casi no pudo oír sus palabras.

–Corre, *niña* –apremió Tamsyn a la muchacha.

La muchacha se levantó con dificultad y miró, aturdida, a la multitud que se amontonaba en la plaza como si buscara un lugar seguro para pasar. En ese momento, el soldado recuperó el sentido y, lanzando otro bramido, se abalanzó hacia la muchacha que echaba a correr. Tamsyn estiró su pie y el soldado cayó sobre el empedrado, pero se levantó en un instante sacudiendo la cabeza como un toro herido.

El coronel St. Simon y el capitán Frobisher llegaron a la plaza justamente cuando el grupo de hombres que se hallaba cerca de la bomba empezaba a prestar atención al altercado que se desarrollaba sobre la escalinata. La muchacha corría, descalza, por los adoquines y de sus ojos brotaban lágrimas de terror. Tropezó con Julian, y éste la sujetó reteniéndola contra su cuerpo, sus ojos fijos en el centro de la plaza. La muchacha se acurrucó temblando como una gama herida, reconociendo la seguridad que representaban para ella los galones y las charreteras doradas del uniforme de un oficial.

–¡Jesús, María y José! –murmuró Julian cuando–un rayo de sol quedó atrapado en la inconfundible cabeza platinada de La Violette un, segundo antes de que ella desapareciera tragada por la irritada turba de soldados.

Apartó a la muchacha y la empujó hacia Frank ordenándole, cortante:

–Llévala a lugar seguro.

De inmediato, echó a correr hacia la bomba con la espada desenvainada en una mano y la pistola en la otra.

Se precipitó hacia el centro de la refriega moviendo su espada a diestra y siniestra, insultando a los soldados en el colorido lenguaje de las barracas y abriéndose paso entre ellos. Los vigorosos improperios fueron más potentes que sus armas en ese momento, como si hubiesen irrumpido en el trance ebrio de sus hombres, recordándoles, hasta cierto punto, la familiar disciplina cotidiana. Hubo una vacilación, un leve oscilar del apretado círculo, y Julian se abalanzó hacia el centro.

Tamsyn estaba luchando cuero a cuerpo con el hombre al que había privado de su botín. Él le había arrebatado el mosquete, y ella forcejeaba para sacar el cuchillo de su cinturón. Julian disparó su pistola al aire y, al mismo tiempo, aferró el brazo libre de Tamsyn. Por unos instantes, ella fue como una cuerda en disputa, hasta que Julian asestó un golpe al hombre con su espada y éste la soltó lanzando un rugido de dolor mientras la sangre manaba de un gran tajo en su mano.

Un murmullo amenazador recorrió el círculo de hombres y otros comenzaron a avanzar hacia la bomba desde las cuatro esquinas de la plaza. Con gestos deliberados, Julian envainó su espada, metió su pistola en el cinturón, se volvió y cargó a Tamsyn bajo un brazo como si ella fuese un saco de patatas.

–Dios maldiga a vuestras negras almas –escupió a los soldados–. Dejadme pasar. Ésta es mía.

Bajó los escalones con su carga que se retorcía violentamente. Alguien lanzó una carcajada de borracho, y fue imitado por los demás. El ánimo de la turba cambió y retrocedieron, proponiéndole atrevidas sugerencias a ese oficial que era tan buen camarada como para permitirse su propia diversión.

–¡Déjame, maldito seas! –exigió Tamsyn entre dientes, sintiendo que la sangre zumbaba en su cabeza colgante.

Era ridículo que él pudiera llevarla de ese modo, sin que sus pies tocaran e! suelo. Ningún hombre se había aprovechado, hasta entonces, de su escasa estatura, y la cólera asesina que ya estaba devorándola llegó a nuevas alturas.

–No, no te dejaré, tonta –aseguró Julian, tan colérico como Tamsyn_. ¿Qué crees que estás haciendo aquí... entremetiéndote en este infierno? No es asunto de tu incumbencia. Si yo tuviera un grano de sentido común te habría dejado a merced de ellos.

Tamsyn le hundió los dientes en la pantorrilla.

El alarido de Julian pudo oírse a tres calles de allí.

–¡Condenada salvaje!

La lanzó hacia arriba desplazando las manos sobre su cuerpo como si ella hubiera sido uno de esos troncos de pino que se lanzan en los juegos de las Highlands escocesas, y después la acomodó alrededor de su cuello sujetándole las muñecas con una mano, los tobillos con la otra, de modo que la llevaba colgando como hacen los cazadores con sus presas.

Aunque Tamsyn vomitaba injurias que hubiesen hecho sonrojar a un granadero mientras cruzaban la plaza, Julian la ignoró. Estaba demasiado enfadado y asqueado por lo que estaba sucediendo en Badajoz para tomar en cuenta la indignación de Tamsyn por su trato poco caballeroso. No lograba entender qué la habría impulsado a entrar en la ciudad como no hubiese sido la pura imbecilidad.., salvo que pensara aprovechar el caos para realizar su propio pillaje.

–Por la gracia de Dios, Julian, ¿qué llevas ahí? –preguntó Frank con voz de asombro al pasar por un pequeño patio cuyo portón metálico colgaba de sus goznes.

Julian entró en el patio donde una fuente borbotaba, ajena a la destrucción que la rodeaba. La muchacha a la que Tamsyn había salvado se encogía detrás de Frank con sus ojos cargados de terror en su rostro ceniciento.

–Ésta es Violette –anunció Julian, torvo, inclinando el cuello para bajar a Tamsyn de sus hombros y depositarla sobre sus pies.

La muchacha lanzó un grito y corrió hacia Tamsyn rodeándola con sus brazos y derramando un río de palabras de gratitud tras haber recuperado, por fin, el habla.

Julian escuchó el torrente de palabras y al fin entendió lo que Tamsyn había hecho en la plaza. Antes, él no había relacionado a la muchacha que huía con la presencia de Violette. Afortunadamente, él no había expresado su amarga sospecha de que ella había estado procurando sacar provecho, pues habría tenido que disculparse por su rudeza cuando ella lo enfrentase.

–¡Tú... tú no eres mejor que esa escoria... que esa turba de roñosos y asesinos violadores! –exclamó ella, escupiéndole las palabras como si fueran víboras venenosas–. ¿Cómo te atreves a tratarme así? Eres un bribón, un trozo de estiércol...

–¡Eh, contén tu lengua! –rugió Julian olvidando todo propósito de hacer las paces al oír semejante retahíla–. Si yo no hubiese aparecido en escena, muchacha mía, tú estarías tirada sobre los adoquines, a merced de cualquiera que quisiera aprovechar su turno.

–Sucio, odioso canalla –dijo ella en voz súbitamente temblorosa.

Para su asombro, Julian vio brillar lágrimas en sus ojos violeta y su rostro convertirse en una máscara de pena.

–Soldados –siguió diciendo ella con la misma voz–. Apestosos desperdicios de albañal, todos y vosotros. Bárbaros, peores que los animales –barrió con la mano el patio en un gesto que lo abarcaba todo–. Los animales no se portan así. No tratan a los de su especie como si fueran basuras...

Se interrumpió de golpe, la voz ahogada por las lágrimas. Se volvió hacia el portón destrozado empujando el aire con la mano como si quisiera tener a raya a su atónita audiencia.

Frank se quedó mirándola completamente asombrado; la muchacha volvió a buscar su protección. Julian, murmurando una maldición, se sacudió del trance provocado por el discurso violento y apasionado de Tamsyn y corrió tras ella.

–¡Tamsyn!

–¡Déjame en paz!

Volvió la cabeza y lo empujó cuando él se acercó a ella.

Una plateada lágrima brilló en su mejilla trazando surcos en la suciedad mientras se deslizaba hacia sus labios. Su lengua asomó y lamió la lágrima, pero ésta fue seguida por otra y otra.

Julian olvidó las acusaciones que ella le había arrojado a la cabeza. Olvidó cuánto le desagradaba la parte que ella tenía de bandolera. Olvidó cuánto lo había hecho encolerizar cada vez que se encontraban. Sólo tuvo conciencia de la fuerza de su congoja. Notó por primera vez que ella tenía la ropa manchada de sangre.

–Ven –le dijo con suavidad–. Ya es hora de que salgamos de este lugar. No podemos hacer nada hasta que ellos se hayan hartado.

Le apoyó una mano en el hombro para guiarla hacia las murallas de la ciudad.

–¡Déjame en paz! –repitió ella aunque con menos convicción.

Julian negó con la cabeza.

–Si es necesario, te llevaré a cuestas, Violette.

–Salvaje –dijo ella, pero sus lágrimas brotaban cada vez más abundantes y se pasó el brazo por los ojos extendiendo la suciedad por sus mejillas hasta que tuvo el aspecto de un deshollinador.

Pero, esta vez, cuando él le puso una mano en la cintura y la condujo hacia la calle no se resistió.

–Tú has salvado a esa muchacha –dijo, con la intención de brindarle cierto consuelo.

–¡Una de tantas! –repuso ella–. Están violando a las monjas, profanando las iglesias, ensartando a los hombres con sus bayonetas. Ya he visto esto antes.

Las últimas palabras fueron pronunciadas en voz tan baja que él tuvo que inclinar su cabeza para oírlas aunque la intensidad del dolor que percibió en ella era tan clara como la llamada de un clarín.

Fuera de la ciudad, grupos de fatigados soldados portugueses cavaban zanjas para los muertos cuyos cadáveres se amontonaban en carros esperando ser confiados a la tierra en cuanto las zanjas alcanzaran la profundidad necesaria.

–Tú eres tan malo como cualquiera –dijo Tamsyn, renovando súbitamente su ataque–. ¿Qué justificación podría tener esto? Semejante carnicería.., una insensata carnicería.

–Pregúntaselo a Napoleón –respondió Julian con sequedad–. Pregúntale a Philippon. Si él hubiese rendido la ciudad cuando era claro que ya no era posible defenderla, se habrían salvado miles de vidas. No se trata sólo de nosotros, Violette.

–Yo no dije eso –replicó–. Son los soldados. Brutales, bestiales...

–Es la guerra. Convierte a los hombres en bestias – interrumpió él–. Pero, ¿qué me dices de tu padre? Él hacía la guerra por el oro... nada de principios ni...

–¡No menciones a mi padre, inglés! –giró en redondo hacia él con el cuchillo en la mano, sus ojos aún brillantes de lágrimas, ahora llenos de furia–. ¿Qué sabes tú de un hombre como El Barón? ¡Tú, cobarde, débil soldado inglés!

Escupió la palabra como si fuera el peor de los insultos.

–No te atrevas a amenazarme, Violette –Julian le aferró la muñeca y la retorció hasta que sus dedos se abrieron y soltaron el cuchillo, que cayó al suelo–. Estoy hasta la coronilla de ser vapuleado por ti –la empujó con tal brusquedad que ella cayó de rodillas–. No quiero volver a verte. Ve adonde te plazca, siempre que sea fuera de mi vista.

Giró sobre sus talones y echó a andar, furioso, en dirección al campamento. Pero, tras unos pocos metros, disminuyó el paso y miró a desgana por encima del hombro.

Tamsyn seguía de rodillas en el suelo, la cabeza baja, sus lágrimas cayendo en el barro. No parecía haber notado su partida. Por primera vez desde que había sucedido, ella estaba reviviendo la masacre de San Pedro. Hasta entonces, sólo se había permitido recordar la lucha mortal y desafiante de su padre, a su madre

descansando apaciblemente en las sombras. Pero ahora evocaba todo lo demás. El asesinato de los recién nacidos, la violación de las mujeres, la tortura de los hombres y las llamas de la aldea incendiada que llegaban hasta el cielo. Y ella y Gabriel, dos contra varios cientos, que lo habían visto todo desde lo alto de una colina, tragando su impotencia. Y después, tres días después, cuando esos salvajes habían abandonado las casas quemadas y sus habitantes masacrados llevándose consigo todo el botín que pudieron encontrar, habían bajado a la aldea para sepultar a Cecile y al barón y cavar una fosa para tos otros, idénticas a las que estaban siendo cavadas allí, porque ellos dos solos no podrían cavar tumbas para cada uno de tos muertos.

–Ven, no puedes quedarte aquí –le dijo Julian con voz suave, inclinándose sobre ella.

La alzó, y ella apoyó su cabeza en el hombro de él. El sintió que los sollozos estremecían el cuerpo de ella. La llevó a su tienda, le dijo a Dobbin con voz perentoria que desapareciera y entró, cerrando y atando la solapa de la tienda.

–Cuéntame todo –le dijo en voz baja.

9

Julian se encaminó hacia el hospital de campaña atravesando el campamento. Allí estaban muchos de sus hombres; una visita de su coronel contribuiría a levantar su ánimo, aunque no mucho el de Julian. Aquellos de sus hombres que no estaban siendo sepultados en las fosas comunes ni yacían mutilados en los hospitales estaban revolcándose en la ciénaga de la depravación, en Badajoz. Para que volvieran a ser los animosos luchadores, los soldados entusiastas y de buen corazón que él conocía, haría falta emplear la horca y el látigo... sórdida tarea, que Wellington ordenaría con el mismo implacable pragmatismo con que había permitido los excesos.

–El coronel St. Simon, ¿no es así?

Dio un respingo y salió de sus sombríos pensamientos al inclinarse para entrar en la primera tienda. Un cirujano con una cuchilla de carnicero en la mano levantó la vista desde la mesa de caballete en la que estaba un hombre amarrado con correas, inconsciente, con su pierna derecha descubierta hasta la rodilla, allí se veía un hueso roto que asomaba a través de la piel desgarrada.

–Sí.

Julian hizo una pausa. No conocía al cirujano.

–Perdóneme... anoche me he encontrado con una joven absolutamente insólita que afirmó ser amiga... muy amiga suya –el cirujano se enjugó la frente húmeda con la manga–. Ella insistió mucho en que atendiese al herido de inmediato y, debo decirlo, era muy persuasiva. Dijo que el Par la conocía.

–La Violette –dijo Julian, casi como para sí–. ¿Qué hizo ella, exactamente?

–Trajo heridos desde el campo sobre un magnífico caballo blanco; nunca había visto un caballo como ése –el cirujano, al oír que su paciente se agitaba y gemía, se inclinó sobre él–. Perdóneme; está volviendo en sí. Debo cortarle esta pierna antes de que despierte del todo.

Julian hizo un gesto afirmativo y salió, cerrando los oídos al crujido del cuchillo en el hueso. De modo que Tamsyn había pasado la noche llevando los heridos sobre el nervioso César. No casaba mucho esa ayuda con su manifiesto odio por los militares; sin embargo, a él no le asombraba que ella hubiese participado en las ingratas tareas de la noche pasada. Comenzaba a preguntarse cómo era posible que no hubiese escalado la muralla con los hombres de Picton.

Julian se había enterado de muchas cosas durante la hora que pasó con ella en su tienda. Ella habló en voz baja, cargada de lágrimas, pero con perfecta coherencia. Le había contado del horror que había visto en San Pedro de un modo que le había permitido imaginarlo con toda claridad. Había visto muchas cosas parecidas.

Sin embargo, ahora el coronel lord Julian St. Simon estaba preocupado. La Violette había adquirido unos contornos diferentes a sus ojos. Estaba comenzando a ver rasgos más complejos donde antes sólo había visto a una bandolera oportunista, gloriosamente sensual .... cuyas tretas seductoras debía resistir con cada fibra de su ser. Ahora veía a una joven que había quedado sola en el mundo tras el horrendo asesinato de sus

amados padres. Una joven que había perdido todo el marco de referencia de la única existencia que había conocido, que había sido arrojada al mundo en medio de una guerra para hacerse un futuro como pudiera.

Era un cuadro perturbador; en no poca medida porque, debajo de esa imagen, él aún seguía viendo a la otra Tamsyn. Seguía creyendo que ella había jugado con la conocida susceptibilidad de Wellington, empleando para ello su patética historia; aun así, estaba seguro de que ella no había tratado de conmover el corazón de fuljan cuando en su tienda había puesto ante él la cruda imagen de su vida.

Él no sabía qué pensar de todo ello. Se detuvo junto a una camilla donde estaba tendido un soldado raso de su brigada, respirando entrecortadamente por la boca, con su rostro cubierto por vendas manchadas de sangre.

–El cirujano dice que usted saldrá para Lisboa por la mañana, Carter –dijo Julian–. Será licenciado.

–No lo lamentaré, señor –dijo, el del rostro vendado–. He perdido la nariz, señor. ¿Qué dirá mi señora?

–Se alegrará de que regrese con dos piernas y dos brazos –respondió Julian tocándole el hombro para luego seguir su camino, sabiendo que su intento de consuelo era insuficiente y sabiendo también que eso era lo único que podía ofrecerle.

Tamsyn estaba sumergida en un baño de asiento de agua humeante, en su habitación de Elvas, y trataba de decidir si su estallido emocional le habría acarreado algún beneficio con respecto a Julian St. Simon. Aunque no lo hubiese planeado, había sucedido y tal vez pudiera sacarle algún provecho.

Era evidente que el coronel se había conmovido con su historia. Había estado amable y consolador, había pedido a su criado que preparase té cuando ella acabó su relato y por fin sus lágrimas se hubieron secado. Él la había rodeado con su brazo y, sentado junto a ella, había guardado silencio porque no había nada que decir. Ella le estaba más agradecida por ese silencio que por cualquier otra cosa. Era propio de un hombre sensible resistir a la tentación de recitar trilladas frases de consuelo que no harían más que trivializar su dolor.

Después, la había acompañado de regreso a Elvas y dejado en su alojamiento.

Pensativa, Tamsyn se enjabonó las piernas e hizo una mueca al ver la capa de mugre que iba formándose en la superficie del agua. Necesitaría una jarra de agua limpia para enjuagarse el jabón.

Como respondiendo a su pensamiento, la señora Braganza subía la escalera resoplando con una jarra de agua limpia. Tamsyn le agradeció y se incorporó en la bañera. La señora derramó un chorro de agua tibia sobre su pelo y cuerpo; Tamsyn se estremeció de placer sintiendo que la suciedad abandonaba su cuerpo.

La señora le había lavado su camisa y su ropa interior, pero las prendas comenzaban a exhibir señales de deterioro y sus pantalones ya estaban casi arruinados. Necesitaba ropa nueva; las tiendas de Elvas estaban bien surtidas pero ella no tendría dinero hasta que regresara Gabriel. Claro que, cuando Gabriel regresara, ella no necesitaría comprar ropa pues él le llevaría todas sus pertenencias, además del tesoro: la herencia que le había dejado su padre, y que había estado bien oculta de los asesinos.

Quizá pudiese persuadir al coronel St. Simon de que le hiciera un pequeño préstamo. Eso le daría una excusa para buscarlo de nuevo.

Se vistió con sus deshilachadas prendas. La señora no había logrado quitar las manchas de sangre de sus pantalones; estas manchas se mezclaban con las otras acumuladas durante las dos semanas que había estado usándolos. Pero, al menos, tenía la piel y el pelo limpios.

Tamsyn se observó en el cristal manchado que hacía las veces de espejo. Teniendo en cuenta las circunstancias, no estaba tan mal. En cierto modo, se sentía purificada como si al exponerse a los horrores de Badajoz hubiese abierto un forúnculo con un bisturí. Y en algún sitio recóndito dentro de sí sentía una tibia llama de regocijo y alivio al saber que Julian St. Simon había sobrevivido a los horrores del ataque.

Hambrienta, olfateó el rico aroma que llegaba de la cocina y bajó corriendo.

La señora había preparado una sustanciosa sopa de calabaza, patatas y una sabrosa salchicha; viendo a su huésped consumir dos grandes tazones acompañados por varias gruesas rebanadas de pan crujiente, aprobaba con cabeceos de satisfacción. Luego Tamsyn, sintiéndose dispuesta a cualquier cosa, fue a buscar a César y montada en él salió en dirección al campamento, a buscar al coronel.

Pero ocurrió que, mientras Tamsyn estaba en el campamento, el coronel estaba en el cuartel de Wellington, adonde había acudido después de un urgente llamado que lo había obligado a interrumpir su visita al hospital y regresar a Elvas.

A Julian le resultó evidente que el comandante en jefe estaba de un talante extraño. Su satisfacción por la victoria estaba teñida por la pérdida de tantos miles de sus mejores hombres, y su impiadosa decisión de dar rienda suelta a los sobrevivientes no había hecho gran cosa por compensarlo de tanta pérdida. Igual que St. Simon, él estaba convencido de que si hubiese castigado ejemplarmente a la guarnición de Ciudad Rodrigo, en enero, la de Badajoz se habría rendido en el momento más oportuno y ambos lados se habrían ahorrado una indescriptible sangría. Pero la opinión pública no habría apoyado la incivilizada carnicería de una guarnición vencida aunque ahora hiciera la vista gorda a los odiosos saqueos y violaciones de una ciudad indefensa.

–Julian, con respecto a esta cuestión de La Violette... –fue directamente al meollo del asunto en cuanto el coronel entró–. ¿Has vuelto a pensar en ello?

–Casi no he tenido tiempo –señaló Julian–. Pero mi respuesta debe ser la misma, señor. No puedo aceptar algo así.

Wellington se puso ceñudo y comenzó a pasearse por la habitación con las manos enlazadas en la espalda.

–Necesitamos la información que ella tiene, Julian. Quiero echar a los franceses de España este verano y marchar sobre Francia hacia el otoño. Necesito conocer esos puertos, y contar con más libertad de movimiento respecto de los guerrilleros. Y Violette puede hacerlo posible.

–No lo niego –Julian empezaba a sentir que una desesperada misión en retaguardia quedaba en sus manos–. Pero creo que ella puede vender su información por otra cosa que no sea mi alma –concluyó, en tono sarcástico.

–¡Oh, vamos, hombre, no exageres! – reprendió el duque–. Son seis meses de tu tiempo, nada más – sus ojos perspicaces se entrecerraron–. Si tú me perdonas; ella debe de tener ciertos fundamentos para creer que podrías acceder a una propuesta como ésa.

–Ella no tiene ningún fundamento –afirmó Julian–. Tampoco tiene ningún derecho sobre mí.

–Entiendo –Wellington se rascó la nariz–. Bueno; ella es una joven bastante poco común.

–Una mercenaria, ladrona y manipuladora –declaró el coronel con tanto énfasis como antes–. No participaré de sus juegos. Apuesto a que si usted le ofreciera suficiente dinero ella vomitaría todo sin parpadear.

–Puede ser, aunque yo no lo creo... ¿Un clarete?

El duque fue hasta la mesa donde estaban las botellas.

–Gracias.

Julian esperó, consciente de que la batalla no estaba ganada, ni mucho menos. Aceptó el vaso que le ofrecía y agradeció con un movimiento de cabeza.

–Lo dudo –continuó el duque como si no hubiese habido ninguna pausa en la conversación–. Tengo la inconfundible convicción de que ella sabe su precio y que no se moverá de ahí. Ella quiere una sola cosa y, te juro por Dios, yo la comprendo. La pobre criatura está completamente sola en el mundo; y no puede tener más de diecinueve años. ¿Qué clase de futuro le espera aquí, sin amigos ni familia?

Julian bebió un sorbo de su vino y no respondió, recordando la angustia y la desolación de la muchacha. Y, con todo, no se convencía de que el calificativo de "pobre criatura" fuese el que correspondía a la huérfana del El Barón y su compañera inglesa.

–Estoy seguro de que ella podrá encontrar a la familia de su madre –continuó el duque, pensativo–. Pero sería mejor si se presentase con un aspecto más ortodoxo. Más convincente.., más atractivo, ¿no lo crees?

–Puede ser –admitió Julian con sequedad, sin ceder un milímetro.

Wellington lo miró, pensativo.

–Está bien; si no quieres, no quieres. Pero hay otra cosa que quiero discutir contigo.

El silencio se prolongó; Julian esperó sin convencerse de que su jefe se hubiese dado por vencido.

–No necesito decirte lo escéptico que está el gobierno con respecto a esta campaña –dijo Wellington, al fin–. Dicen que exageramos la importancia de las victorias, que las obtenemos a un costo muy alto en hombres y dinero. Y Dios sabe que tendrán motivos de sobra para quejarse cuando aparezcan en Gazette las cifras de las bajas de este lamentable asunto.

Julian asintió. Todos sabían que Wellington tenía la oposición del gobierno inglés y que, para él, era casi imposible conseguir el apoyo económico y material que necesitaba para la campaña en la Península.

–Necesito a alguien que vaya a presentar nuestro caso en Westminster –dijo el duque–. Alguien en quien pueda confiar y a quien el gobierno respete, que les dé un informe de primera mano sobre la campaña. Los despachos no presentan las cosas de la manera apropiada, ¡y los observadores civiles son endemoniados! No tienen la menor idea de lo que está sucediendo aunque lo tengan bajo sus propias narices.

–Y usted quiere confiarme esa tarea –dijo Julian en un tono despojado de inflexiones.

Llenó de nuevo el vaso del comandante, luego el suyo.

–Tú eres el emisario perfecto –dijo Wellington–. Eres el coronel más joven de mi ejército, has hecho una carrera brillante hasta este momento y, sin la menor duda, te espera el bastón de general en un año o dos. Has sido mencionado en innumerables ocasiones en los despachos, de modo que tu nombre es bien conocido en los círculos gubernamentales. Se da crédito a tus palabras.

Una vez más, Julian se abstuvo de contestar de inmediato y el comandante lo observó con la misma perspicacia que antes. Lo que Wellington no mencionaba porque era obvio que el título del coronel lord Julian St. Simon era uno de los más antiguos del país. Su fortuna quedaba más allá de los límites de la avaricia y sus propiedades, sin incluir Tregarthan, cubrían condados enteros. Semejantes posición e influencia lo convertían en un vocero más poderoso aun ante los lores de Westminster.

Julian fue hasta la ventana y miró hacia la calle con el entrecejo fruncido.

–Está pidiéndome que deje el ejército en el preciso momento en que está por comenzar la campaña de verano dijo, al fin–. Que abandone a mi brigada cuando le esperan meses de marcha y de lucha.

–Le asigno vital importancia a la misión en Londres, St. Simon –ahora el tono de Wellington era el de un comandante y había perdido todo tono de intimidad–. Tengo coroneles de sobra para hacerse cargo de tu brigada pero no tengo a nadie más apto que tú para que se encargue de este asunto diplomático. Si quieres, promoveré a coronel de campo a O'Connor en tu ausencia. Según entiendo, su herida no lo obligará a volver a su casa –hizo una pausa y agregó, en tono intencionado–: A tu regreso, tendrás los galones de brigadier.

El corazón de Julian dio un vuelco. Había un pequeño paso de brigadier a general; él se había prometido a sí mismo que tendría el bastón de general cuando llegara a los treinta. Sin embargo, pensaba conquistarlo peleando... conduciendo a sus hombres a la victoria.., no hablando con cortesía y siendo un diestro político en los corredores de Westminster.

–¿Debo entender que me ordena que vaya a Londres?

–Exacto, coronel.

Julian lo miró a los ojos.

–¿Y este otro asunto?

–Oh, vamos, Julian –Wellington sonreía.– Estoy seguro de que puedes acompañarla a Inglaterra, ayudarla a establecer contacto con la familia de su madre. De todos modos, tendrás que ir allí.

–Bueno, sin duda la tarea de acompañarla será fácil –dijo Julian–. Pero no es eso lo que Violette está pidiendo. Ella quiere un tutor, si acaso lo recuerda usted.

Wellington rió entre dientes.

–Es una pequeña descarada, ¿verdad?

Julian suspiró.

–No puedo discutir eso, señor.

–Entonces, ¿lo harás?

–Y si yo alquilara una casa apropiada y contratara a una gobernanta para ella? –propuso el coronel, de espaldas a la pared–. La acompañaría a Inglaterra y la dejaría bajo la tutela de alguna mujer respetable. Entonces, podría volver aquí en un par de meses.

Wellington se encogió de hombros.

–Dejaremos que lo decida Violette. Si ella acepta ese precio, para mí está bien. Yo sólo quiero su información.

–Enviaré a Sanderson a buscarla –Julian fue hasta la puerta, dio la orden al brigadier mayor y volvió a la habitación.

El comandante estaba de pie ante la ventana abierta, escuchando el confuso bullicio que llegaba desde Badajoz.

–Les daré tiempo hasta mañana; entonces, si no podemos sacarlos de allí, pondremos una horca en la plaza –dijo, sin alterarse–. Cuando colguemos a un par de ellos, recuperarán la sensatez.

–Estarán en pésimas condiciones, señor.

–Sí, lo sé; desmoralizados, con resaca, avergonzados. Un sitio es algo desgraciado, Julian.

–No hay nada peor –admitió Julian con aire sombrío, bebiendo su vino.

Sandersoh regresó a los cinco minutos con la información de que La Violette no estaba en su alojamiento y que había sacado su caballo del establo.

–¿Nos abandonó? –preguntó Wellington, mirando al coronel con expresión interrogante.

Julian negó con la cabeza.

–No, ella no cedería tan fácilmente. La he oído asegurar a ese guardaespaldas gigante que lo aguardaría en Elvas dejó su copa–. Iré a buscarla.

Salió, tratando de disimular su alarma ante la idea de que ella pudiese haber regresado a Badajoz. No se le ocurría que pudiera estar haciendo algo tan estúpido, aunque Violette constituía una ley en sí misma y un hombre común no podía prever sus movimientos. No entendía por qué se preocupaba por ella; ése era el aspecto más irritante de toda la cuestión. Ella había sumido su vida y su carrera en un caos, manipulado sus emociones con tanta facilidad como lo hacía con sus reacciones físicas; aun así, él necesitaba saber si ella estaba a salvo.

La encontró sentada en medio de un círculo de sus oficiales, frente a su tienda, mientras César ramoneaba la escasa hierba que había junto a ella.

–Ah; aquí está usted, milord coronel –le dedicó una luminosa sonrisa al verlo acercarse a caballo–. Necesitaba pedirle un pequeño favor y por eso he venido a buscarlo; he conocido a su equipo. Y Dobbin ha tenido la amabilidad de prepararme un poco de té.

Señaló el jarro esmaltado que tenía en su mano.

–Qué agradable –dijo él, con expresión que indicaba lo contrario–. Caballeros, ¿esta mañana no tenemos nada mejor que hacer que holgazanear tomando té?

–Estábamos hablando de la situación en Badajoz –se apresuró a decir Tamsyn mientras sus compañeros se ponían de pie en un movimiento simultáneo–. El capitán Frobisher estaba contándome qué había hecho con la muchacha que yo he rescatado esta mañana. Y los otros oficiales estaban explicándome cómo se las habían compuesto para asegurar bien las puertas de un convento. Han estado llevando grupos de mujeres allí y acaban de regresar de la ciudad para descansar un poco.

Julian lamentó su sarcasmo y vio las caras cansadas de sus oficiales.

–Discúlpenme –dijo sin vacilar, con esa sonrisa rápida e irresistible que le había conquistado el perdón desde que era un niño–. Estoy nervioso. No tenía intenciones de regañarlos.

–Bueno; todos estamos nerviosos –dijo Frank con una sonrisa fatigada–. Estafamos pensando si podríamos reunir a nuestros hombres dispersos por las calles enviando a un grupo numeroso de oficiales que no estén cumpliendo ninguna comisión.

–Antes, descansen un poco. Lo intentaremos esta noche. Es probable que, para entonces, estén tan insensibles que vengan sin presentar dificultades –se volvió hacia Tamsyn–. Wellington quiere hablar contigo, Violette. Acompáñame, por favor.

A Tamsyn no le sonó como un pedido, pero se limitó a sonreír y dijo con picardía:

–Estaré encantada de acompañarlo, milord coronel, como he manifestado con claridad en numerosas ocasiones.

Los labios de Julian se apretaron tanto que casi desaparecieron de la vista y sus intensos ojos azules lanzaron chispas al ver las sonrisas apenas reprimidas de los soldados.

–¿Me permite que la ayude a montar, señora? –se ofreció Frank antes de que Julian atinara a expresar su exasperación.

Aquel enlazó las manos para que ella pudiese apoyar su pie y ella saltó sobre la silla dándole las gracias. Sujetó las riendas y arqueando una ceja dijo al coronel, que seguía bufando de cólera:

–Estoy lista para acompañarlo, señor.

Sin decir una palabra, Julian hizo girar a su caballo y avanzó por el estrecho sendero que formaban las hileras de tiendas. Tamsyn saludó alegremente con la mano a sus compañeros y lo siguió.

Pasaron uno tras otro sobre el puente de pontones hacia Elvas y entraron en el establo del cuartel. Todavía sin hablar, Julian subió la escalera precediendo a Tamsyn y entró en el edificio.

–Sanderson, ¿su señoría está solo?

–Sí, señor. Lord March se ha marchado hace unos minutos.

–Muy bien.

Golpeó la puerta y la abrió, haciendo a Tamsyn un brusco ademán para que entrase antes que él en el despacho del comandante.

–Buenas tardes, señor –saludó ella al comandante en jefe–.

Quisiera felicitarlo por tan espléndida victoria.

La nota de amarga ironía en su voz, tras la aparente cortesía, era inconfundible y Wellington la miró, ceñudo.

–Mis hombres lucharon como tigres –afirmó–. Y murieron como héroes.

–No me cabe duda –repuso ella con el mismo tono–. El coronel St. Simon me dijo que usted quiere hablar conmigo.

Se encaramó sobre el ancho alféizar y lo miró ladeando su brillante cabeza, los ojos alerta como un descarado petirrojo, según le pareció a Julian, divertido a pesar de su irritación.

–Tenemos una proposición para hacerle. Como es sugerencia del coronel, tal vez él mismo prefiera explicársela.

Tamsyn dirigió su mirada brillante e inquisitiva hacia el coronel.

–Soy toda oídos, milord coronel.

Julian le explicó su proposición en tono inexpresivo, con semblante imperturbable; Tamsyn escuchó con su aire de alerta e interés.

Cuando él hubo acabado, ella dijo sin rodeos:

–Oh, no; eso no serviría para nada.

La fría negativa cayó en un atónito silencio. Los dos hombres clavaron su vista en ella; luego St. Simon dijo:

–¿Por qué no?

–Sin duda comprenderán que una simple gobernanta no podría darme lo que yo necesito –respondió, en tono razonable–. Estoy segura de que la familia de mi madre pertenece a la aristocracia; en consecuencia, yo necesitaría aprender a comportarme en los círculos más elevados. Las gobernantas no conocen esa clase de cosas. Yo necesito saberlo todo acerca de las familias más encumbradas, y también los pequeños amaneramientos, sutilezas y cuestiones de estilo en el vestir que solo los más íntimos integrantes de dichos círculos conocen. ¿Cómo podría una gobernanta hacer las presentaciones cuando yo estuviese lista para aparecer ante mi familia? Tendría que haber alguien irreprochable que me avalase... que hablara de la bondadosa protección del duque de Wellington.

Hubo otra sonrisa conquistadora dirigida al duque.

–Lo que dice ella es cierto, Julian.

Julian sostuvo la mirada directa de su comandante y leyó el inmutable mensaje. Giró hacia la silueta encaramada en el alféizar: Tamsyn se miraba las uñas como si estuviese absorta en ellas.

–¡Maldita seas, Violette! –siseó entre dientes– ¡Maldita bruja tramposa, conspirativa!

Sin duda, ése no era el mejor momento para pedirle un pequeño préstamo. Tamsyn alzó los ojos y sonrió, un tanto insegura.

–Coronel, le prometo que no seré una molestia para usted. Seré la discípula más obediente y no lo comprometeré.

La expresión de Julian era de completo escepticismo; Wellington, por su parte, soltó esa risa suya semejante a un relincho.

–Con eso te atrapó, Julian: te dejó liado como un pavo de Navidad.

Julian se acercó a Tamsyn. Se inclinó sobre ella apoyando una mano a cada lado de su cabeza y dijo en voz lo bastante baja como para que sólo ella pudiese oírlo:

–Es probable que hayas mordido un bocado más grande del que puedes masticar, Violette. Te tendré saltando por el aro hasta que olvides cómo te llamas. Estás advertida.

Tamsyn se tocó los labios con la lengua y entornó los ojos.

–Creo que puedo habérmelas con cualquier cosa que me eche, milord coronel.

Las miradas de ambos se encontraron y se sostuvieron. Había antagonismo y desafío pero también una perversa excitación ante la perspectiva del juego de guerra que estaban a punto de entablar.

Julian se irguió y habló en tono normal pero totalmente carente de inflexiones.

–De modo que hemos aceptado tu precio, Violette. Es hora de cumplir tu parte del acuerdo.

–Naturalmente –dijo ella.

Wellington llamó a Sanderson para que tomase notas, y comenzaron. St. Simon se sentó en una silla, junto al hogar, y escuchó con atención las respuestas de la bandolera tratando de percibir cualquier evasiva, cualquier indicio de que pudiera estar engañándolos. Sólo contaban con su palabra para confiar en la verdad de la información que estaba proporci6nando y, sin embargo, él descubrió que confiaba en esa palabra. Aunque fuese escurridiza como un anguila él creía que si ella afirmaba que estaba jugando limpio, decía la verdad.

Pero no sabía por qué tenía fe en ella.

Fue una sesión larga y exhaustiva. Al final, Tamsyn dibujó un complicado mapa donde indicaba los puertos de la sierra de Guadarrama, y después se estiró arqueando la espalda contra sus manos.

–Creo que eso es todo lo que he aceptado hacer.

–Sí –dijo Wellington, confirmándolo con un gesto de asentimiento– Ha sido muy satisfactorio. Gracias.

–Yo no puedo decir que haya sido un placer –replicó Tamsyn con franqueza.

–¡Oh, no vengas con eso! –rezongó Julian–. Has obtenido exactamente lo que querías a cambio de tu información.

–Es verdad –el medio de vengarse de los Penhallan, pensó ella–. ¿Partiremos apenas llegue Gabriel?

–Cuanto antes, mejor –contestó él con dureza–. Y quiero que esto quede por escrito –hizo un ademán señalando a Sanderson, que aún estaba sentado ante la mesa–. El contrato será por seis meses desde hoy, 7 de abril de 1812 hasta el 7 de octubre. Hayas logrado o no lo que querías. ¿Entendido?

–Perfectamente.

Sanderson escribió con esmero, secó la tinta con arenilla y la empujó sobre la mesa para que Tamsyn la firmara.

–Cuánta formalidad –murmuró mientras firmaba el documento–. Cualquiera diría que no confías en mí, milord coronel.

–Cualquiera diría que no tengo motivos para confiar en ti –repuso él, yendo hacia la puerta.

–¡Oh! –exclamó Tamsyn corriendo tras él, que se encaminaba a grandes trancos hacia la escalera–. Ya que nuestro contrato comienza hoy, aunque no hayamos iniciado el viaje, me siento autorizada a pedirle un favor. ¿Podría prestarme una pequeña cantidad de dinero? Es sólo hasta que vuelva Gabriel.

Él se detuvo al llegar a la puerta de calle y la miró con expresión incrédula.

–¿Además de todo lo que has conseguido quieres que te preste dinero?

–Es sólo para comprarme algo de ropa. Ésta que llevo ahora está cayéndose en jirones. Se lo devolveré en cuanto regrese Gabriel.

Por un momento, él la miró ceñudo y en silencio; después, asintió lentamente.

–Está bien. Ya que como dices nuestro contrato empieza hoy, acepto pues es evidente que tienes una necesidad imperiosa de sustituir varias prendas. Conozco el lugar adecuado. La esposa del coronel Delacourt me habló de esto.

Echó a andar por la calle sin fijarse si ella lo acompañaba.

Tamsyn titubeó. Había visto en su mirada una expresión un tanto inquietante, un brillo divertido que no le parecía del todo amistoso. Pero luego se encogió de hombros y también echó a andar, corriendo para alcanzarlo.

–No es necesario que me acompañes, milord coronel.

–No me llames así.

–¿Por qué no? –preguntó ella con sonrisa inocente.

–No me gusta ese tono.

–¡Aaah! ¿Cómo debo llamarte, entonces?

–Coronel será suficiente. Lord St. Simon, si prefieres.

Tamsyn puso cara larga.

–Eso me parece demasiado formal para una relación de seis meses.

–No tenemos ninguna relación –replicó él en tono neutro.

–Ah –Tamsyn lo siguió cuando él tomó una estrecha calle lateral–. ¿Y si te llamara Julian?

–Así me llaman mis amigos y yo no veo motivo para que tú lo hagas –abrió la puerta de la tienda de sombreros cuyo interior era fresco y poco iluminado y se oyó sonar una campanilla que colgaba de ella–. Es aquí.

Tamsyn se detuvo en el umbral.

–Supongo que aquí podré comprar ropa interior. En realidad, no es necesario que entres conmigo, milord coronel.

El coronel no respondió y, apoyando una mano en la cintura de la muchacha, la empujó y la hizo entrar en la tienda.

Desde el fondo llegó una mujer. Llevaba un vestido de bombasí oscuro con un crujiente delantal blanco de muselina y una mantilla de encaje negro sobre los hombros. Tras un rápido vistazo al rango de su visitante, sonrió con cierto aire obsequioso y dijo en español.

–Buenas tardes, señor. ¿En qué puedo servirlo?

Echó una somera mirada a la acompañante del coronel; en la semipenumbra, sólo distinguió a un muchacho de baja estatura.

–Mi acompañante, aquí presente, necesita renovar su vestuario –respondió St. Simon con brío, empujando a Tamsyn hacia el rayo de luz que entraba por la ventana–. Pienso que sería más fácil si ella se quitara toda la ropa y empezáramos a partir de ahí.

–Eh, un momento –protestó Tamsyn–. Necesito unos calzones nuevos, una camisa nueva de lino o de seda y un par de calcetines. Como estoy segura de que la señora no vende pantalones, los compraré en otro sitio.

El coronel no le hizo caso y le dijo con calma a la atónita señora:

–Necesita calzones, una camisa, enaguas, medias de seda y un vestido… algo sencillo, pienso. De muselina o de batista.

–¿Cómo se te ocurre? –volvió a protestar Tamsyn, pasando al inglés–. Aquí no puedo usar ropa de mujer.

–¿Por qué no? Tengo la impresión de que innumerables mujeres lo hacen –señaló el coronel con sequedad.

–Porque es diferente... yo soy diferente –dijo ella–. No entiendo cómo pudiste pensar eso.

–¿Cuándo fue la última vez que te pusiste enaguas? –quiso saber él, sin hacer caso de la creciente irritación de ella.

–Jamás las he usado –respondió, sin darle importancia–. Tampoco las usó Cecile... o, bueno, sólo de vez en cuando precisó–. Creo que formaba parte del juego amoroso de mis padres. Para el modo de vida que llevábamos, la falda era algo muy poco práctico.

–Muy bien; pero no es así en el juego que tú has decidido jugar –dijo Julian–. Más aún: son indispensables. Permíteme recordarte que, a instancias tuyas, yo llevo las riendas de este juego; por lo tanto, deberás aceptar mis reglas. Desde hoy, llevarás ropa de mujer.

–Pero... pero supongo que cabalgaremos hasta Lisboa para tomar el barco. ¿Cómo podría hacerlo con ropas de mujer?

–Como lo hacen las demás mujeres –dijo él–. A menos que prefieras viajar en una carreta.

–Oh, no seas absurdo –se volvió a la puerta con movimiento impaciente–. Me las arreglaré como estoy hasta que llegue Gabriel. Él traerá toda mi ropa.

Julian la tomó del brazo, la hizo girar de cara hacia él y posó su mirada serena en el rostro acalorado de ella.

–Violette, ¿quieres cancelar nuestro contrato?

El sonrojo de ella se intensificó y sus ojos relampaguearon.

–¿Faltarías a tu palabra, señor?

Él negó con la cabeza sin soltarla y sin dejar de mirarla con calma.

–Te he advertido que seguiríamos mis reglas. Si acaso no te gustan esas reglas, puedes cancelar el juego cuando quieras.

Tamsyn se mordió el labio, arrepentida, luchando consigo misma. Sabía que él estaba esperando que ella le diese cualquier excusa, por mínima que fuese, para dar por terminado el acuerdo. Le había dicho que podría habérselas con cualquier cosa que él le echara. ¿Acaso se amilanaría ante el primer obstáculo? Además, era un obstáculo que tendría que salvar en algún momento; más valía que lo hiciera lo antes posible. Pero sucedía que aún no estaba lista para dejar de ser Violette en esas circunstancias. Habría tiempo de sobra para realizar esa transformación cuando llegaran a la apacible y verde campiña inglesa que Cecile le había descrito con tanta frecuencia.

–¿Entonces? –dijo Julian, advirtiendo que la señora los observaba con franca curiosidad sin entender muy bien lo que era, a todas luces, una amarga discusión.

Tamsyn arribó a una decisión. Soltó su brazo del apretón y dijo, con helada indiferencia:

–No veo ninguna dificultad –y comenzó a desabotonarse la camisa.

–¡*Ay.. ay!*

La señora lanzó un chillido de consternación y empujó a su insólita cliente detrás de un biombo tallado.

Tamsyn se desnudó y arrojó sus prendas sobre el biombo a medida que se las quitaba. Zapatos, calcetines, calzones, camisa y pantalones formaron un montón en el suelo mientras la señora se apresuraba a mostrarle una selección de ropa interior, presentándolas con cierta renuencia a la inspección del coronel.

–¿Prefieres seda o linón? –preguntó Julian en dirección al biombo mientras revolvía un montón de vestidos bordeados de encaje.

–Seda –Tamsyn asomó su cabeza por un extremo del biombo–. Pero no quiero nada de volantes ni cintas, porque se enganchan en todo.

–Pruébate ésta –le arrojó una camisa de seda de color crema y procedió a ocuparse de los calzones–. Los calzones, también de seda, supongo.

–No, de linón –dijo Tamsyn, resuelta a llevarle la contraria–. Y sin volantes.

–Eso será difícil –reflexionó él sacudiendo las delicadas prendas bajo la mirada atónita de la propietaria–. Estos son los más simples que he podido encontrar. Tienen cintas rosadas.

–¡Aj! –Tamsyn se asomó detrás del biombo cubierta por una camisa que le llegaba a la parte superior de los muslos. Déjame ver.

–¡*Ay de mí*!–se lamentó la señora al ver que el coronel se hacía a un lado para que la muchacha de escasa vestimenta examinara la selección que le ofrecía.

Ni un santo hubiera sido capaz de resistir. Tamsyn estaba inclinada sobre el mostrador y, con su cuerpo, rozaba el del hombre. La mano de Julian se deslizó hasta su muslo. La sintió ponerse rígida aunque fingió no notarlo y siguió observando el amontonamiento de delicadas telas. La mano masculina fue ascendiendo bajo la camisa pasando sobre la tersa curva de su trasero. Tamsyn le lanzó una mirada de soslayo de arriba abajo y sonrió con malicia.

Julian notó que su respiración se había vuelto un tanto agitada. ¿Qué se había hecho de su resolución de resistir a los encantos de la bandida? Pellizcó la carne firme de su trasero con excesivo vigor y oyó cómo ella contenía el aliento. Después, él se volvió hacia la señora con expresión de cliente práctico.

–Muéstreme algunos vestidos, señora. Es difícil que tenga algo tan pequeño como para ella. Yo diría que le irá bien alguna prenda infantil.

Ante el evidente insulto, Tamsyn perdió todo interés en el juego de seducción. Se volvió para protestar pero vio que ambos se habían ido hacia el fondo de la tienda y estaban enzarzados en una discusión. Eligió unos calzones relativamente poco adornados, unas enaguas de linón, medias de seda y portaligas y volvió tras el biombo.

–Este te irá, me parece.

Julian sostenía en alto un vestido de muselina de color crema con mangas abullonadas y una cinta de color violeta en el pecho. Un bordado del mismo color violeta contorneaba el dobladillo de la falda y el escote curvo.

Tamsyn abandonó el biombo con semblante de resignación y disgusto y examinó el vestido con la nariz fruncida.

–Es tan delicado... Lo romperé en cuanto lo enganche con algo.

–Espero que no andes por ahí enganchándote con todo –dijo él al tiempo que le pasaba el vestido por la cabeza y se hacía a un lado mientras la señora se apresuraba a ocuparse de los ganchos, los botones y la cinta.

–Hay que acortarlo unos cinco centímetros –dijo la señora, ya recuperada la calma al ver a su cliente decentemente vestida–. Puedo tenerlo en media hora.

Tamsyn dio unos pasos, pateando los pliegues al caminar.

–Esto es ridículo. ¿Cómo puede una moverse por ahí con tanta tela que se mete entre las piernas?

–La mayoría de las mujeres lo consiguen sin la menor dificultad –dijo Julian–. Y será más fácil cuando haya sido acortado.

La contempló con involuntaria sonrisa. Pese a que Tamsyn parecía muy incómoda, el vestido había dado lugar a una asombrosa transformación. Su esbelto cuerpo parecía más frágil y menos nervudo y fuerte, acentuadas por el vestido la curva del busto y la suave forma de las caderas. La pequeña cabeza, con su brillante cabellera sedosa y clara se erguía sobre un cuello largo y esbelto alzándose con gracia desde el escote curvo y bajo.

–Un ranúnculo –dijo él con risa suave–Eso pareces. Ya no pareces una violeta sino un ranúnculo al sol.

La expresión de Tamsyn decía con claridad qué pensaba ella de tan repugnante imagen. Dio otra vuelta por la habitación y se detuvo ante un gran espejo de cuerpo entero.

–Santa María –musitó–. Tengo un aspecto ridículo. Seré el hazmerreír de fa ciudad. –miró a Julian por el espejo–. Supongo que eso es lo que quieres... vengarte de mí.

El negó con la cabeza.

–No es así. De todos modos, ¿por qué crees que la gente se reiría de ti porque tienes aspecto de mujer en lugar de una especie de ser andrógino bajado de la montaña?

–Bueno; yo me reiré de mí –dijo ella.

–Más vale que te acostumbres –aconsejó él–. Porque así tendrá que ser durante todo el tiempo que tú y yo estemos vinculados por este contrato.

–Y tú no desperdiciarás una oportunidad de humillarme, ¿no es cierto?

–No –admitió él–. Ni una sola.

10

Tamsyn aguardó, sentada en la trastienda de la modista, a que una joven costurera acortase la falda del vestido de muselina y Julian, con una de las botas de ella para tomar la medida, fue en busca de zapatos que estuviesen de acuerdo con su nueva imagen.

Tamsyn pensaba que había sido bonitamente manipulada mientras observaba los dedos ágiles de la muchacha que volaban sobre la tela. Y comenzaba a convencerse de que el coronel tenía el arma perfecta para asegurarse la victoria en todos los temas que se prestasen a la controversia. Ella tenía más interés que él en que el acuerdo siguiera funcionando; por lo tanto, era ella quien debía tenerlo contento a él.

En ciertos aspectos, ella no tenía el menor inconveniente en mantenerlo contento y tendía a creer que el juego amoroso sería considerado por él como una adecuada compensación de los inconvenientes sufridos. Pero, por desgracia, lord St. Simon parecía decidido a resistir la seducción aunque, hasta el momento, no le había ido muy bien con tal resistencia.

Ese último pensamiento la reanimó un poco y se puso de pie para que la costurera le probara el vestido. Se dictaminó que el largo era satisfactorio y Tamsyn fue a mirarse otra vez en el espejo.

No tenía su aspecto acostumbrado, todo lo contrario; era una situación inquietante, como si alguien hubiese puesto su cabeza sobre un cuerpo ajeno. Pero ella no pensaba dar una satisfacción más al coronel. Ella encontraría alegremente dispuesta a usar su nueva indumentaria; si alguien se reía de ella, ella reiría con quien fuera.

Cuando Julian volvió trayendo un par de sandalias de cabritilla de color bronce, Tamsyn lo recibió con una sonrisa radiante y extendió de buena gana su pie para probarse el calzado comentando que lo encontraba muy bonito.

Julian la miró con suspicacia y sólo se encontró con su animosa sonrisa. Ella caminó por la tienda, afirmó que le calzaban a la perfección y pidió a la señora que le envolviese su ropa y sus botas desechadas.

–Conserva las botas –dijo el coronel–. Pero las otras cosas ya no las necesitarás.

–En tu compañía, quizá no, milord coronel –dijo ella con dulzura–. De todos modos, prefiero guardarlas.

El se alzó de hombros y sacó una billetera del bolsillo.

–Lleva una cuenta minuciosa, milord coronel –dijo Tamsyn, con la misma dulzura que antes–. No me gustaría nada tener una deuda contigo.

–Oh, no te aflijas, ranúnculo, yo me ocuparé de que no la tengas.

–No me llames así –dijo Tamsyn; su fachada amable comenzó a resquebrajarse.

–Entonces, tú no me llames "milord coronel" –replicó él, astuto, contando los billetes que ponía en la palma impaciente de la señora.

Mientras iba hacia la puerta a Tamsyn se le ocurrió que había dado con un oponente digno de ella. El sol poniente proyectaba largas sombras en la estrecha callejuela y había una leve frescura en el aire que le acariciaba los brazos desnudos. El fino vestido onduló sobre su piel, y ella se sintió casi desnuda. Era una situación desconcertante.

–Ten, necesitarás esto –Julian le echó una mantilla de seda sobre los hombros–. La señora estaba preocupada de que fueras a pillar un enfriamiento.

–Jamás en mi vida he tenido un enfriamiento.

–Pero tampoco habías estado vestida de manera tan poco práctica.

–Ah; de modo que estás de acuerdo –exclamó, indignada–. Este atuendo es el menos práctico, más ridículo y corto que se pueda imaginar.

Él rió entre dientes, y ella entendió que le había tendido una trampa para hacerle expresar sus verdaderos sentimientos. Fastidiada, continuó haciendo saltar los pliegues de la falda al ritmo de su vigoroso andar, moviéndose por la calle como si aún llevara los pantalones.

Julian, que la seguía un poco atrás, se encogió al ver que la falda quedaba enganchada en una piedra suelta y ella tiraba con fuerza para soltarla y daba una patada a la piedra con su delicada sandalia de cabritilla.

–¡Tamsyn! –la tomó del brazo frenando su avance–. Ese no es el modo de caminar. Debes sostener la falda de tu vestido y las enaguas con una mano, hacia un costado... mira, de este modo –le hizo una demostración tomando la tela del pantalón entre el índice y el pulgar, a la altura de la rodilla y dio un paso–. ¿Ves?

–Creo que no lo he entendido bien –contestó Tamsyn, muy seria–. ¿Podrías mostrármelo otra vez?

–Es muy simple –dijo él, impaciente–. Tomas la tela así, hacia un lado... *¡Diablillo!* –explotó él al ver que Tamsyn estallaba en carcajadas doblándose sobre sí misma, sacudida por convulsiones de risa.

El le dio un coscorrón poco caballeresco aunque dentro de él se debatían el enfado con la risa al imaginar lo ridículo que debía haber parecido.

Ella se enderezó de prisa y giró hacia él su rostro risueño. Se tomó la falda haciendo una exagerada imitación y dio un paso bien marcado, su nariz levantada en gesto altivo, sus ojos al cielo.

–¿Así, milord coronel?

–Si no miras por dónde andas, ranúnculo, acabarás con tu trasero en la zanja –dijo él.

Tamsyn hizo una mueca y abandonó su pose. Debía recordar no llamarlo de ese modo.

–Y ahora, tómate de mi brazo –indicó él, pasando la mano de ella por el hueco de su codo–. Y con la otra mano recoge tu falda para que no arrastre por el polvo. Y mira dónde pones los pies.

Avanzaron así por la calle Mayor, y Tamsyn miró alrededor esperando no ver ninguna cara conocida. Si a sus propios ojos estaba ridícula, no se le ocurría que a cualquier otro pudiera parecerle diferente.

–Por la gracia de Dios, ¿ése no es Gabriel? –dijo Julian, de pronto.

La inconfundible silueta gigante a lomos de su macizo caballo dio vuelta la esquina al final de la calle. Iba guiando dos mulas cargadas y, cerrando el desfile, otra mula jineteada por una mujer envuelta en chales y mantillas.

Tamsyn lanzó un grito de alegría, soltó el brazo del coronel y, olvidando su incomodidad, corrió por la calle alzándose la falda con ambas manos para no tropezar.

–¡Gabriel, qué pronto has venido!

–¿Qué esperabas, pequeña? –dijo Gabriel, desmontando–. Ay, muchacha, ¿qué te has puesto?

–Pues mira; forma parte de mi plan –dijo ella cuando, al fin, pudo emerger de su abrazo–. Ya sé que me da un aspecto tonto, pero el coronel insistió en que lo usara; después te explicaré.

–Bueno, bueno –dijo Julian, marcando las palabras–. De modo que Gabriel no forma parte de tu pequeño proyecto, por lo que veo. Estoy atónito.

Gabriel lo miró a los ojos:

–Ya veo que ha cuidado a la pequeña.

–Por supuesto. Y no podría decir que ella me haya facilitado el trabajo–agregó en tono cáustico.

Gabriel asintió.

–No es propio de ella facilitar las cosas; tampoco esperaba yo que lo hiciera.

Se volvió hacia sus mulas, donde Tamsyn se encontraba hablando animadamente en español con la mujer, aún montada sobre la mula. Gabriel ayudó a desmontar a la mujer sosteniéndola con sus brazos aunque, por lo que Julian podía ver bajo la montaña de chales, no era nada liviana.

Una vez que estuvo sobre sus pies, ella se quitó los chales y dejó ver una figura breve y maciza. Al quitarse la mantilla, reveló un rostro redondo, de rasgos bonachones y pequeños ojos oscuros que parecían pasas. Rodeó impulsivamente a Tamsyn con sus brazos y dijo un rosario de palabras de saludo cargadas de amor. Gabriel observaba la escena y cabeceaba, como aprobando.

–Ay, mujer, termina ya ese parloteo y deja en paz a la niña –dijo, cuando consideró que los saludos estaban prolongándose demasiado–.Quiero que estas cosas queden guardadas... no me gusta que estén aquí afuera, en plena calle; no es seguro.

–Oh, es bastante seguro –dijo Tamsyn, ocupándose otra vez de él–. Ten en cuenta que estamos en el cuartel general del ejército peninsular de Wellington. Nos hallamos protegidos por la palabra de un caballero inglés. ¿No es así, lord St. Simon?

–Desde luego que sí –dijo él sin inmutarse y sin tragar el anzuelo–. Le aconsejo que lleve los animales al establo junto a César y que averigüe si la señora Braganza tiene lugar para más inquilinos.

–¿Eso te parece bien, pequeña? –preguntó Gabriel, que todavía no estaba dispuesto a aceptar la palabra del coronel sin corroborarla.

–Sí –contestó Tamsyn–. Podemos descargar las mulas y almacenar las cosas en mi cuarto, en casa de la señora. Allí estarán seguras.

–Condúcenos, pues –Gabriel recogió las riendas e hizo un gesto despreocupado con la cabeza–. Mujer, conduce la mula.

Tamsyn abrió la marcha y Julian se apresuró a ponerse a la par.

–¿Quién es la señora?

–Es Josefa, la mujer de Gabriel – informó Tamsyn.

–¿Su esposa?

Tamsyn apretó los labios mientras lo pensaba.

–Supongo que eso depende de cómo definas esa posición. Ella comparte su cama desde que yo tengo memoria. Fue mi niñera. Ella vendrá con nosotros a Inglaterra como mi acompañante o dueña... como quieras llamarla. No tengo dudas de que la hija de un hidalgo debe tener una. Ya lo he pensado todo.

–Admiro tu previsión –murmuró Julian–. ¿De modo que Gabriel también nos acompaña?

–Claro que sí. No dejaría que me fuera sin él –respondió, como si fuera evidente.

–Deduzco que él todavía no sabe de esto.

–Todavía no –confirmó Tamsyn, alegremente–. Les explicaré todo esta noche. En este momento, él está demasiado preocupado por el tesoro para prestar atención a cualquier otra cosa. No se quedará tranquilo hasta que lo vea debidamente guardado.

–¿El tesoro?

–Sí; mi herencia. Servirá para financiar mi plan, coronel. Ya te había dicho que yo no sería una carga.

Julian clavó la vista en ella.

–¿En qué consiste este... tesoro?

–En los frutos de una vida entera dedicada al bandolerismo, señor –respondió ella con sequedad–. ¿Qué otra cosa podría ser? Oro, plata, joyas. Doblones, ducados, francos. Una verdadera fortuna.

–¡Buen Dios! –murmuró él, consternado–. ¿Acaso las bandas de desertores...?

El rostro de la muchacha se puso tenso.

–Por supuesto que andaban tras esto. Habían oído hablar de la fabulosa riqueza de El Barón, pero no la encontraron. El barón no era ningún tonto. Sólo él y Gabriel sabían dónde estaba. Tratándose de la tortura, él sabía que sólo podría confiar en sí mismo y en Gabriel.

–Entiendo.

No se le ocurría que pudiera haber otra respuesta.

–¿Piensas que deberíamos viajar por Portugal con protección del ejército?

–Todavía no lo había pensado. Pero, si llevamos ese equipaje, pienso que será necesaria.

Puso cara larga al pensar en la responsabilidad de conducir semejante carga a través de las montañas hasta Lisboa. Portugal era una nación amiga que estaba agradecida al ejército inglés por haberla liberado de Napoleón, pero aún quedaban bandoleros en algunos sitios.

–Gabriel elegirá a sus hombres –dijo Tamsyn–. Y no serán soldados. He preguntado por la escolta porque no creo que sea una buena idea. A Gabriel no le agradan los soldados... a mí tampoco... y, en ocasiones, él se pone... –hizo una pausa–. Bueno, a veces se vuelve un poco impredecible, en especial si ha bebido.

–¿Qué significa que se vuelve impredecible?

De pronto, Julian recordó el frío de la espada del gigante en su espalda desnuda, la expresión asustada de Tamsyn cuando hablaba a Gabriel, su desesperación por convencerlo de que ella había participado por su propia voluntad en ese lascivo encuentro a orillas del río.

–Que tiene un temperamento explosivo –respondió Tamsyn, pensando para sus adentros que era un modo suave de decirlo, y que la verdad desnuda podría alarmar al coronel.

–¡Dios mío! –musitó Julian.

La tarea de escoltar a una caravana de mulas cargadas con una fortuna incalculable, en compañía de la tentadora Violette se vería complicada por la presencia de un hombre con inclinación a los arranques violentos cuando estaba ebrio.

–No sucede muy a menudo – tranquilizó Tamsyn–. Y Josefa sabe cómo calmarlo.., si puede tomarlo a tiempo agregó, justo cuando llegaban a la casa de la señora Braganza.

Julian se abstuvo de hacer comentarios.

–Te dejaré aquí. Después de que haya hecho los arreglos del caso, te lo haré saber.

–Bueno –Tamsyn frunció el entrecejo.– ¿Cuándo será eso?

–Ya te informaré. Sugiero que te ocupes de tu guardarropa. Necesitarás un traje de montar y una silla de montar de mujer. Doy por cierto que podrás controlar a César usando una montura lateral. Si no, tendrás que conseguir otro caballo.

Se volvió de lado con un movimiento brusco.

–Gabriel, quisiera decirte una palabra... ¿has pensado en contratar a un hombre para vigilar eso? –indicó a las mulas con un ademán–. En el viaje a Lisboa, me refiero.

–¿Lisboa? ¿Allí vamos? –Gabriel hizo un flemático encogimiento de hombros–. En ese caso, conjeturo que necesitaremos un par de hombres útiles. Los encontraré en las cercanías.

–Podríamos viajar en un convoy del ejército. Constantemente están partiendo pues tienen que transportar a los heridos a Lisboa.

Gabriel negó con la cabeza y escupió en el polvo.

–No me entiendo con los soldados, coronel. Exceptuando lo presente, claro.

–Desde luego –coincidió Julian con sequedad–. Bueno, lo dejaré en sus manos. Cuenta con un par de días, tal vez menos.

Dirigió la vista hacia la casa, donde Tamsyn y Josefa estaban en animada conversación con la señora, con muchos ademanes y mucho alzar de hombros.

Gabriel siguió su mirada.

–No me extrañaría que las mujeres acomodaran todo perfectamente bien –afirmó–. Bueno, ya es hora de que me ocupe de descargar estas cosas. No me agrada que queden aquí, en la calle. Hasta luego, coronel.

Se volvió y puso manos a la obra con la primera mula, alzando un baúl con zunchos de hierro sobre un hombro.

Julian pensó en ofrecerle ayuda y luego desistió. Por más que tuviera insólitas responsabilidades, éstas no incluían sudar como un peón de granja. Se marchó hacia el cuartel.

Tamsyn lo vio y frunció el entrecejo: estaba impaciente por alejarse de ella. Y no le agradaba ser descartada con tanta ligereza.

Dejó a Josefa y la señora pasando revista a las limitadas comodidades de la casa, fue caminando hasta el portón y se hizo a un lado para dar paso a Gabriel que avanzaba por el sendero cargando otro baúl.

–¡Eh, muchacho! –gritó a un niño que iba pateando guijarros por la calle–. ¿Ves a ese coronel? –Señaló la ancha espalda de Julian, que se alejaba. El niño asintió–. Síguelo y luego dime dónde ha pasado la velada. Puede que vuelva al campamento o que se quede en el cuartel. Si vuelves a contármelo, habrá un escudo para ti.

El niño sonrió y salió corriendo para situarse fuera del cuartel cuando su presa hubo desaparecido en él.

Sin percatarse de la presencia de su joven perseguidor, Julian entró en el apartamento de Wellington. Éste estaba reunido con su equipo; saludó al coronel con energía.

–St. Simon, cenarás con nosotros. Estamos tratando de discernir qué será exactamente lo que pedirás en Westminster. ¿Deberíamos pedir el máximo o bajar nuestras exigencias? ¿O hacer pedidos razonables que no alarmen al ministerio?

Julian dejó de lado todo pensamiento acerca de Tamsyn, el tesoro y el impredecible Gabriel y tomó asiento. Aunque su misión diplomática le agradase bien poco, no por eso dejaba de comprender su importancia.

El niño aguardó hasta el anochecer. El coronel no volvió a aparecer, pero vio entrar en el edificio una procesión de criados que provenía de la cocina situada en la casa vecina; traían bandejas y fuentes con comida, y por la ventana abierta salía el tintineo de la porcelana y el cristal junto al sabroso aroma de la cena y las voces de los comensales.

El muchacho volvió corriendo a la casa de la viuda, llamó a la puerta de la cocina que estaba abierta para dejar entrar el suave aire primaveral. Asomó la cabeza en la cocina iluminada por velas, donde estaban sentados Tamsyn, Gabriel, Josefa y la señora Braganza dando cuenta de una cena mucho menos elegante que la que se había servido al duque y su equipo. Sin embargo, ninguno de los que estaban sentados alrededor de esta mesa se hubiesen molestado en hacer la comparación.

–Ah, buen muchacho –Tamsyn empujó su silla hacia atrás–. ¿Dónde está el coronel?

–Está comiendo en el cuartel, señorita. Ha ido allí y no ha salido hasta ahora. No quité la vista de la puerta ni un minuto.

–Muy bien. –Tamsyn aprobó con la cabeza.– Gabriel, ¿tienes un escudo?

Gabriel metió la mano en el bolsillo y arrojó una moneda de plata al niño que estaba en la puerta.

–¿En qué andas ahora, pequeña?

Tamsyn sonrió y se metió una oliva en la boca.

–Es que se me ha ocurrido una idea. Dentro de una media hora, ¿irás al cuartel y le dirás al coronel que necesito hablar con él acerca de una cuestión de suma urgencia?

Gabriel arrancó un muslo al pollo que tenía delante.

–Sí, si tú lo quieres –dijo, y mordió la carne.

Tamsyn asintió, se quitó de la boca el hueso de la oliva y lo arrojó al jardín.

–Tengo que hacer ciertos preparativos. Recuérdalo: en media hora. Para ese entonces estarán haciendo circular el oporto.

Se fue a la planta alta y dejó a los otros terminando su cena. A nadie le parecieron extrañas las instrucciones que ella dio antes de desaparecer; los tres siguieron comiendo con impasible aplicación.

Media hora después, en el cuartel, Gabriel subía la escalera y, al llegar al descanso saludó al brigadier mayor con un breve cabeceo.

–¿Está aquí el coronel St. Simon?

Señaló con un ademán la puerta que había detrás del teniente.

–Sí, pero está cenando –respondió Sanderson con altanería, mirando con fijeza la maciza y rufianesca figura del recién llegado, enfundado en pantalones y justillo de cuero, basta camisa de tela doméstica, un pañuelo no muy limpio en el cuello, el pelo gris recogido en una cola en la nuca.

–¿Y quién es usted?

–Eso no es de tu incumbencia, muchacho –dijo Gabriel en tono amable–. Iré a buscar al coronel.

–¡No! –Sanderson se levantó de un salto cuando el visitante se acercó a la puerta–. No puede entrar ahí.

–Claro que puedo, muchacho –Gabriel aferró al infortunado teniente por el cuello y lo levantó de modo que quedó de puntillas–. No discutamos eso, ahora. ¿Quieres entrar ahí corriendo y anunciarme o me anuncio yo solo?

Sanderson abrió la boca para pedir refuerzos y entonces Gabriel lo dejó caer en su silla y dijo con amabilidad:

–Me anunciaré yo mismo, entonces.

Cuando aparecieron dos infantes sin aliento en la escalera, Gabriel ya estaba dentro del alojamiento del comandante.

Los hombres sentados en torno de la mesa alzaron la vista, estupefactos, Julian cerró los ojos un instante y lanzó un suspiro de resignación. Sanderson y sus refuerzos entraron a los tumbos en la habitación, pisando los talones al gigante.

–Le ruego que me perdone, señor. No pude detenerlo.

Wellington alzó su copa, observó al recién llegado y dijo, en tono cáustico:

–No, ya veo que debe de ser difícil. ¿A quién tengo el honor de dirigirme?

Sin presentarse, Gabriel se limitó a decir:

–Lamento interrumpir vuestra cena, caballeros. He venido a buscar al coronel St. Simon. La niña lo necesita con urgencia.

–Se refiere a La Violette –dijo Julian remarcando las palabras. Se apoyó en el respaldo de su silla y jugueteó, distraído, con su copa de oporto–. ¿Qué quiere ella ahora, Gabriel?

Gabriel se encogió de hombros.

–No sé decírselo, coronel. Simplemente, me pidió que viniese a buscarlo.

Julian yació su copa y empujó su silla hacia atrás.

–Excusadme, caballeros. No se debe dejar esperando a una dama.

Su tono sarcástico hizo fruncir el entrecejo a Gabriel.

–No estará usted insultando a la niña, ¿eh, coronel?

–Esa criatura a la que usted insiste en llamar "niña" es un pequeño demonio malvado, Gabriel –declaró Julian sin rodeos–. Y si quiere luchar conmigo por esa descripción, le sugiero que salgamos.

Hubo un momento de tenso silencio, luego las carcajadas de Gabriel retumbaron en la habitación e hicieron retemblar la loza.

–Bueno; no creo que pelee con usted, hombre. ¿Nos marchamos?

Julian asintió, hizo una reverencia a sus compañeros y salió de la habitación siguiendo a Gabriel, a quien seguían Sanderson y su cohorte.

–¿Ya le ha explicado ella ese loco plan que ha urdido? –preguntó Julian mientras andaban por las calles de Elvas iluminadas por lámparas.

–Aún no –respondió Gabriel con su habitual placidez–. Me lo dirá cuando a ella le parezca conveniente.

–¿Y usted no siente curiosidad?

Gabriel negó con la cabeza.

–Yo voy adonde ella va.

Llegaron a la casa, entraron en el pequeño vestíbulo, y Julian vaciló al oír la charla de las dos mujeres mayores que llegaba desde la cocina.

–¿Dónde está ella, entonces?

–Arriba, según creo –contestó Gabriel–. Yo saldré al jardín a fumar mi pipa.

Desapareció por la puerta de la cocina y la cerró al salir.

Julian maldijo por lo bajo. Tamsyn empezaba otra vez con sus tretas, estaba seguro de ello. Tendió la mirada hacia la estrecha escalera y, después de una impaciente sacudida de su cabeza, subió; al llegar arriba, golpeó con energía en la puerta. Una voz baja lo invitó a entrar, y él empujó la puerta y entró.

En el umbral se detuvo en seco, atónito, sin poder creer lo que veía. Desde un pequeño tragaluz se derramaba la luz lechosa de las estrellas en lo que parecía la cueva de Aladino. Sobre el suelo había baúles abiertos que exhibían su contenido: sedas relucientes, suntuosos terciopelos, esmeraldas de intenso color verde, el resplandor blanco de los diamantes, el rojo luminoso y oscuro a la vez de los rubíes, el verde mar de las aguamarinas, las brillantes turquesas.

Julian permaneció allí, estupefacto, hasta que oyó una risa suave que llegaba desde el estrecho camastro. Giró lentamente la cabeza hacia la cama y, durante un instante, creyó haber caído en medio de un sueño alocado, propio de un manicomio.

El camastro estaba cubierto de oro; no sólo el camastro: todo el cuarto de La Violette. Monedas de oro de muchos países relucían a la luz de la luna y se movían sobre la piel clara de ella, al compás de su respiración.

–Jesús, María y José –susurró el hombre–. En el nombre de la Gracia, ¿qué estás haciendo?

–Elige algo –dijo ella sin moverse de la cama–. Tienes derecho a una compensación por la ardua tarea que te he impuesto.

Julian se sintió atravesado por la ira, como por una niebla roja.

–¿Estás ofreciéndome un pago? –quiso saber él, sin poder creer lo que estaba oyendo.

–Compensación –murmuró Tamsyn–. Mira alrededor. Mira si hay algo que te apetezca.

Movió, apenas, el cuerpo y las monedas de oro que la vestían tintinearon levemente.

–¿Tienes la audacia de ofrecerme el oro de los ladrones? –fue hasta la cama, con sus ojos ennegrecidos por la ira–. Nunca me habían insultado...

–No te precipites a sacar conclusiones –interrumpió ella, sonriendo, con sus ojos tan luminosos como cualquiera de las piedras preciosas que había en los cofres.

Sólo su rostro estaba descubierto, y él se sorprendió dejando vagar la mirada lentamente por su cuerpo, fascinado por los montículos de oro a la altura de sus pechos, las pequeñas cimas rosadas que asomaban a través de esa extraña cubierta. El oro se amontonaba en el hueco de su vientre, una esmeralda asomaba, tímida, desde su ombligo, los ducados se encimaban como tejas sobre sus muslos, y en cada uña de los pies había un bruñido doblón.

–No hay un solo tesoro en oferta –murmuró ella–. Rechaza el oro si quieres, pero mira qué hay debajo. Quizás encuentres algo que te atraiga.

Con mucha delicadeza, separó sus piernas y el fuego de un diamante brilló a la luz de las estrellas, reluciente contra el resplandor más tenue del oro.

–Tú... tú...

No encontró palabras. Clavó la vista en ese oscuro y suntuoso surco de su cuerpo, donde los diamantes parecían guiñarle en maliciosa, pícara invitación.

Julian se dejó caer lentamente sobre sus rodillas junto a la cama y apartó con cuidado las monedas de sus pechos, empujándolas con delicadeza con la yema de un dedo y dejando al descubierto esos suaves promontorios pálidos. Inclinó la cabeza y tocó con la lengua los pezones erguidos saboreando la tibia dulzura de la piel que se mezclaba con el residuo metálico del oro.

Tamsyn permaneció inmóvil mientras él, en silencio, iba descubriendo su cuerpo con movimientos lentos y deliberados, moneda a moneda, y las acomodaba en pulcras pilas en el suelo, a su lado. Y, a medida que desnudaba cada trozo de piel, sus labios iban marcando la carne a fuego.

A ella se le hacía cada vez más difícil permanecer quieta. Esperaba que él barriese las monedas que cubrían su cuerpo en un arrebato de pasión, a medias irritado, a medias anhelante. En cambio, esta exposición lenta, paulatina, le hacía cosquillear cada una de sus terminaciones nerviosas, cubrían su piel de un sonrojo que iba surgiendo tras la estela de sus besos ardientes, y aceleraba el ritmo de la sangre en sus venas.

Él dejó la esmeralda del ombligo y continuó por el vientre, encendiendo un rastro de fuego con su lengua sobre la piel húmeda de la mujer. Con lentitud, descubrió sus muslos, sus pantorrillas, desnudó sus pies y fue metiendo en su boca cada uno de los dedos pequeños y rosados, le acarició las plantas con la lengua hasta que al fin ella se retorció y exhaló un suave gemido de protesta no muy enérgica, por las cosquillas.

Julian la miró a todo lo largo, sosteniéndole los pies en ambas manos. Los diamantes parecieron guiñarle desde la hendidura oscura y húmeda de su cuerpo.

–Hechicera –dijo con suavidad.

Era la primera palabra que pronunciaba desde hacía muchos minutos en ese pequeño recinto tachonado de gemas.

Se levantó y ella giró la cabeza para verlo cuando se inclinaba sobre un cofre y pasaba los dedos por entre las piedras eligiendo y descartando. El regresó a la cama con un puñado de collares, brazaletes y piedras sueltas. Se arrodilló de nuevo junto a ella y comenzó a adornarle el cuerpo, con expresión intensa en sus ojos. Sujetó brazaletes en sus muñecas y tobillos y una sarta de perlas opalescentes en el cuello. Deslizó por debajo de ella una cadena de oro tachonada de esmeraldas, la sujetó en su cintura y puso otra en torno de los pechos.

Luego, se incorporó y contempló su obra con una breve sonrisa jugueteando en su boca. Miró el terso diamante que tenía en su palma y la sonrisa se comunicó a los ojos.

–Date vuelta –su voz tenía un rico palpitar sensual–. Pero hazlo con mucho cuidado.

Tamsyn se volvió sobre su estómago; cuando el cinturón de oro y esmeraldas se incrustó en el vientre, lo sintió frío y duro en su piel caliente.

Julian se inclinó sobre su cuerpo yacente y su piel resplandeció bajo el vértice tallado del diamante que él pasaba por su espalda, dibujando finas líneas en sus omóplatos, el contorno de las costillas, la columna vertebral. Cuando la piedra comenzó a trazar signos en la parte baja de su espalda y luego se trasladó a sus

nalgas contorneando lentamente sus curvas para luego separar las suaves redondeces de carne y plantó la piedra en el jardín de diamantes que ella tenía entre las piernas, Tamsyn clavó los dedos de los pies en el colchón.

Tamsyn exhaló un suspiro rápido, casi alarmado, luego sonrió para sí. Este era un amante que podía igualar y superar cualquiera de sus fantasías. Siguió en silencio. Cuando Julian se enderezó, ella se volvió otra vez de espaldas, cuidando de no desarreglar el jardín; sus ojos aún seguían rivalizando con la suntuosa decoración de su cuerpo.

Lo observó con avidez mientras él se desnudaba con la parsimonia de quien tiene todo el tiempo del mundo, como si no estuviera consumiéndose por ella del mismo modo que ella se consumía por él. Cuando quedó desnudo, ella contempló con desvergonzado deseo el poder que surgía del cuerpo excitado y alzó los brazos hacia él.

El se inclinó sobre ella y tomó su boca en la suya dando a ese beso una feroz afirmación, invadiendo con la lengua la dulce caverna tibia de su boca. Ella le rodeó el cuello con sus brazos, abrió los labios a esa impulsiva posesión, se abrió a él.

Por fin, él se echó atrás y en sus ojos vio un intenso deseo, acicateado por el instinto de un depredador. Pasó lentamente las manos por el cuerpo de ella, jugueteando con las cadenas y las piedras que la rodeaban. Por último, con lentitud, le separó los muslos y dejó al descubierto los sitios secretos de su cuerpo y los tesoros que guardaban.

–Y ahora, a la conquista del tesoro –dijo en voz baja.

11

LONDRES

–El rey está loco, Prinny es un cabeza de alcornoque y los demás son unos zoquetes.

Esta sucinta enumeración condenatoria de la familia real fue recibida con un silencio sombrío de aceptación. El que hablaba bebió un gran sorbo de vino y miró, ceñudo, en torno de la mesa, en la cámara cuadrada del palacio de Westminster, como desafiando a que alguien expresara un posible desacuerdo. Era un hombre de entre sesenta y setenta años, de ojos negros duros y penetrantes como pedernal, bajo unas cejas grises e hirsutas y con una melena del color del acero.

–Y, por añadidura, son endiabladamente caros, Penhallan –rezongó uno de sus tres acompañantes con voz cavernosa, arrellanándose en su silla y desabotonando uno de los botones de su chaleco –a rayas, tirante sobre su barriga prominente–. ¡El monstruoso pabellón de fantasía de Prinny en Brighton! Jamás había visto nada como eso, todo lleno de cúpulas y de dragones.

Cedric Penhallan resopló por la nariz.

–Es una monstruosidad repugnante. Y la alta sociedad asiente y se regocija y felicita al imbécil por su gusto y su imaginación y el Parlamento paga–la cuenta.

–Así es. –la coincidencia partió del primer ministro, muy erguido en su silla con aire resuelto, como si hubiese llegado a la conclusión de que era hora de tomar el control de la reunión–. Ésa es precisamente la cuestión, caballeros. Ahí tenemos a Wellington pidiendo dinero con cada correo que viene de la Península, el Almirantazgo necesita más barcos y en palacio están cada día más codiciosos. No podemos derrotar a Napoleón y, además, consentir cada uno de los insólitos caprichos de Prinny... por no hablar de las exigencias de sus hermanos que no tienen en cuenta e! presupuesto aprobado por el Parlamento.

Cedric Penhallan tomó una manzana de un cuenco de plata labrada y la peló con cuidado utilizando un pequeño cuchillo de postre y, con el ceño fruncido, miraba caer la peladura en una espiral perfecta. Esa conversación en la mesa con el primer ministro y sus más íntimos había adoptado el mismo giro de siempre: cómo equilibrar las necesidades controvertidas de un país en guerra con las exigencias financieras de un regente autocrático e indolente, que no entendía por qué éstas no podían ser satisfechas de inmediato por un Parlamento servil.

–Los Estuardo siempre han aprendido por las malas –dijo, con una mueca cínica–. Quizá deberíamos probar con la Casa de Hannover la misma medicina que dimos a los Estuardo.

Por un momento, se hizo un silencio de estupefacción; luego, una carcajada nerviosa recorrió la mesa. Si bien los individuos que solían cenar con lord Penhallan habían aprendido a no sorprenderse con la sardónica dureza de sus opiniones y de los remedios que proponía, oírlo proponer revolución y regicidio, aunque fuese de modo irónico, era demasiado hasta para sus íntimos.

–Tiene usted un peligroso sentido del humor, Penhallan –dijo el primer ministro, convencido de que era oportuno un leve reproche.

–¿Acaso creen que yo estaba bromeando? –lord Penhallan arqueó las cejas y en sus ojos apareció un brillo divertido y desdeñoso–. ¿Cuánto tiempo más piensa acceder el Parlamento a las vulgares extravagancias de ese palurdo alemán? –empujó su silla hacia atrás–. Tendrán que disculparme, caballeros. Milord –dijo, saludando al primer ministro–. Una cena excelente. Espero impaciente su presencia en Grosvenor Square, el próximo jueves. He recibido un borgoña en consignación y me gustaría que usted lo probase.

Después de haberse despedido, dejando a sus compañeros aún sentados a la mesa, Cedric Penhaflan salió al frío anochecer de marzo. La conversación lo había irritado y él no había dejado de manifestar su irritación, con la esperanza de haber sembrado una pequeña semilla que germinaría en los corrillos del poder y que, tal vez, diese sus frutos. Alguna vez, alguien tenía que poner coto a los despilfarros de la familia real. Ya era tiempo de que alguien recordase al gobierno que el rey y su familia no eran otra cosa que tontos mortales y que podían ser controlados por el Parlamento.

Sonrió para sí mientras caminaba con paso ágil por las calles, sorprendentemente ligero por ser un hombre tan corpulento. Había disfrutado asustándolos con su despreocupada mención de la ejecución de Carlos I. Por supuesto, jamás propondría en serio semejante acción, pero el poder de lord Penhallan tenía muchos tentáculos y un alcance bastante largo.

La puerta principal de su casa se abrió antes de que él pudiera posar su mano en el llamador, y el mayordomo le hizo una reverencia cuando él entró en el vestíbulo.

–Buenas noches, milord. Espero que haya tenido una velada agradable.

Cedric no respondió. Permaneció con el entrecejo fruncido en el vestíbulo alumbrado con velas. Desde la biblioteca llegó un agudo chillido seguido de una explosión de risotadas de hombres borrachos.

–Veo que mis sobrinos han vuelto a casa y ya no saldrán –comentó en tono agrio.

Esta vez, fue el mayordomo quien no respondió.

Cedric fue hasta la puerta de la biblioteca y la abrió de par en par. El vergonzoso espectáculo que se presentó ante sus ojos le arrancó una mueca. Tres mujeres, que sólo llevaban el maquillaje de sus rostros, estaban sobre la mesa bailando una danza lasciva para un grupo de cinco hombres arrellanados en sofás y sillas y con sendas copas en las manos.

–Señor, no esperábamos que regresara tan pronto.

Uno de los hombres se puso de pie, vacilante, y a su pronunciación torpe de borracho se sumó una nota de temor.

–Es evidente que no –exclamó su tío, disgustado–. Ya os he dicho antes que no toleraré que putañeen en mi casa. Sacad de la casa a estas rameras y continuad vuestros asuntos en los lupanares, donde corresponde.

Se hizo a un lado y contempló con ácido desprecio a los hombres que se ponían de pie, tambaleantes, farfullando disculpas y las mujeres se bajaban de la mesa y se apresuraban a vestirse, los ojos velados por el alcohol y, sin embargo, atormentados por el hambre animal de los desesperados.

Una de ellas se acercó a David Penhallan con sonrisa despectiva.

–Una guinea por cabeza, señor –dijo con acento plañidero–. Usted lo prometió, señor.

El sobrino de Cedric la empujó, haciéndola girar sobre sí.

–¿Acaso piensas que soy tan tonto que pagaría una guinea por una danza de borrachos, bailada por un saco de huesos? –preguntó, con acento brutal– ¡Salid todas de aquí!

Alzó otra vez la mano y la mujer se encogió, cubriéndose con la suya la marca que le había quedado en la mejilla.

–Oh, deberíamos darles algo por el baile, David –dijo su gemelo con una carcajada sorda, que sonaba más amenazadora que humorística.

Charles metió la mano en su bolsillo y arrojó un puñado de monedas a las mujeres, con puntería certera y cruel. Una de las monedas acertó a una mujer en el ojo y ella se echó atrás lanzando un grito de dolor, aunque después se agachó junto a las otras tanteando para recoger las monedas en medio de las risotadas de los hombres, que encontraron divertido el nuevo juego y las bombardearon con monedas... ellas no podían darse el lujo de resistir ese ataque.

Cedric lanzó una exclamación de disgusto, giró sobre sus talones y salió de la habitación. Despreciaba a sus sobrinos y no le interesaban sus pueriles crueldades. Las mujeres a las que estaban atormentando no significaban nada para lord Penhallan; lo único que le importaba era que no lo hicieran en su casa.

Subió la escalera y se detuvo un instante a mirar el retrato de una joven que colgaba en la pared, en un descansillo. Pelo rubio platinado, ojos violáceos; ella lo contemplaba con la misma sonrisa pícara y desafiante que él recordaba a través de la niebla que se había formado en más de veinte años. Su hermana. La única persona en la que creía y a la que había querido. La única persona que se había atrevido a desafiarlo, a burlarse de su ambición, a amenazar su posición y su poder.

Cedric aún podía oír su voz, su risa cantarina cuando le decía que ella había escuchado a escondidas su discusión con el duque de Cranford y que ella creía que William Pitt estaría muy interesado en saber que uno de sus consejeros más dignos de confianza estaba conspirando entre bambalinas para suplantarlo. El precio del silencio significó para ella la liberación de la autoridad de su hermano. Libertad para ir en pos de cualquier aventura que se le ocurriese y, cuando estuviese lista, la libertad de elegir a su propio esposo sin pensar ni una vez en las ventaja o desventajas que pudiera depararle a la ambición de su hermano.

La pequeña, la vivaz Celia se había tornado muy peligrosa.

Sacudió la cabeza y siguió subiendo, sin hacer caso de los renovados chillidos y las oleadas de risas ebrias que llegaban desde el vestíbulo, donde las mujeres estaban siendo expulsadas de su casa seguidas por los juerguistas que iban en procura de nuevos entretenimientos.

PORTUGAL

–Y bien, ¿qué esconde en este viaje, pequeña?

Tamsyn alzó la mirada al cielo siguiendo el vuelo de un águila que se cernía sobre ellos; sus magníficas alas desplegadas destacaban su color negro contra el luminoso cielo azul, sin nubes.

–Vamos a vengarnos de Cedric Penhallan, Gabriel –de repente, su boca se había puesto firme, sus ojos, duros. Iban cabalgando lado a lado, siguiendo un sendero de cabras cortado en la montaña; ella lo miró–: Y vamos a apoderarnos de los diamantes Penhallan. Pertenecían a mi madre; ahora, por derecho, son míos.

Gabriel sacó una bota de vino que llevaba colgada de su cinturón y echó en su boca un chorro de color rubí. Conocía la historia tan bien como Tamsyn. Le pasó la bota y dijo, pensativo:

–¿Crees que el barón hubiese querido que tú te vengaras, muchacha?

–Sé que lo habría hecho –afirmó ella con serena certidumbre–. El hermano de Cecile le arrebató su herencia con engaños. El planeó su muerte. –inclinó la bota y bebió, disfrutando del fresco reguero que corría por su garganta reseca–. El barón juró que sería vengado. Yo les oía hablar por las noches.

Guardó silencio un minuto recordando aquellas noches, cuando ella estaba en su cama, la puerta entreabierta, escuchando las voces bajas, la risa exuberante del barón y la musical de Cecile y, de vez en cuando, la helada ferocidad de su padre cuando se inflamaba su cólera por alguna actitud imbécil o una sospecha de deslealtad. Cecile era capaz de sofocar su ira pero jamás se metía en el trato con sus hombres, y jamás hubiese podido suavizar la helada furia que le producía lo que Cedric Penhallan había pagado para que hicieran daño al barón ladrón.

Gabriel frunció el entrecejo y su semblante, generalmente plácido, se turbó. No sabía qué postura adoptar con respecto a los planes de Tamsyn pues no estaba seguro de la que hubiese adoptado el barón.

–El barón abrigaba un fuerte resentimiento contra la familia de tu madre –dijo, tanteando su reacción. Pero no estoy seguro de que él quisiera que ese resentimiento te incluyese a ti. Y Cecile siempre decía que no había necesidad de vengarse puesto que por entonces los planes de su hermano se habían ido al demonio.

Tamsyn sacudió la cabeza, tapó la bota y la devolvió.

–Y tú sabes que el barón nunca estuvo de acuerdo con que los planes de Cedric hubiesen fracasado. Él quería deshacerse de su hermana, quería quitarle su herencia. Y lo logró. El barón siempre quiso reparar ese daño. Y como no está aquí para hacerlo, yo lo haré por él.

El ceño de Gabriel se hizo más hondo.

–Para Cecile, ese daño se convirtió en un beneficio –dijo—. No ha existido jamás un amor como el de ellos, y ella repetía que debían agradecer a Penhallan que les fuera permitido hallarlo.

–Cedric Penhallan pagó para que raptasen y asesinaran a Cecile –la voz de Tamsyn sonó despojada de toda expresión–. El hecho de que ella se haya topado con una felicidad que le duró toda la vida en lugar del hombre al que Cedric había pagado para hacer su trabajo sucio no fue gracias a él. Ya es hora de que pague el precio.

Gabriel chasqueó la lengua contra los dientes mientras lo pensaba. El Barón le había confiado su intención de urdir una apropiada venganza contra los Penhallan. Se hubiese dicho que esa confidencia había traspasado la carga a su antiguo amigo, para que éste cumpliese lo que él ya no podría hacer. No cabía duda de que Gabriel tenía la responsabilidad de proteger a la hija del barón, y si ella decidía poner en práctica la venganza en nombre de su padre, él no tenía otra alternativa.

Como él era más hombre de acción que de decisiones, la conclusión fue un alivio.

–¿Cómo piensas probar tu parentesco?

–Tengo el medallón, el retrato y otros documentos. Cecile me ha dado todo lo que podría necesitar para demostrar que soy su hija –Tamsyn se acomodó mejor en esa silla femenina con la que no estaba familiarizada–. También me dijo que su nombre verdadero era Celia. Empezó a llamarse Cecile cuando tenía catorce años porque le parecía más bonito.

Una sonrisa melancólica tocó sus labios al evocar de nuevo la graciosa descripción que hacía su madre de su juvenil romanticismo.

–Ella decía que tenía una idea romántica con respecto a ese nombre cuando era muchacha y que nada exasperaba más a su hermano que cuando ella se negaba a responder si no la llamaban Cecile –miró a Gabriel.– Me decía que si, alguna vez, yo necesitaba demostrar mi identidad a los Penhallan, contarle eso a Cedric sería la confirmación definitiva, pues era algo que sabían sólo los hermanos.

Gabriel silbó entre dientes y asintió.

–Después de todo, si ella te dio todo eso, pequeña, supongo que no sería del todo contraria a la idea de venganza.

–No –admitió Tamsyn–. Pero ella lo habría llamado restitución –rió entre dientes. La delicadeza de Cecile en la forma de decirlo siempre había divertido a su compañero barón y ladrón–. También me dio un relato escrito y firmado por testigos acerca de su rapto –continuó, poniéndose seria otra vez. Si esa historia llegara a un periódico londinense, avalado por su hija, podría causar considerable embarazo a su hermano, ¿no lo crees así?

–Si su hermano vive aún.

–Así es –admitió ella–. Si aún vive, yo sabré qué hacer. Si no... lo que yo haga dependerá de su sucesor... del resto de la familia, en realidad. Si no tenían nada que ver con el plan de Cedric, yo no podría atribuirles la responsabilidad. Ya veremos qué haremos, Gabriel.

–¿Estás hablando de chantaje, pequeña?

Tamsyn negó con la cabeza.

–No, pienso exponer la traición de Cedric Penhallan ante el mundo entero. Pero, para que resulte creíble, yo misma debo tener una buena reputación. Es ahí donde interviene el coronel. Una vez que yo sea reconocida como protegida de un aristócrata tan eminente, mi historia tendrá mucho más peso que si la contase una desconocida que apareciera de improviso quién sabe de dónde. Y cuando se sepa la verdad, los diamantes vendrán a mi poder sin discusiones, porque no habrá duda de que son míos por derecho.

–¿Cuánto sabe el coronel de todo esto?

Tamsyn dejó vagar la mirada por la ladera de la montaña por donde serpenteaba el sendero más ancho y frecuentado. Se veía la alta silueta del coronel lord Julian St. Simon que cabalgaba a la cabeza del tren de mulas, con seis jinetes provenientes de la aldea, armados hasta los dientes, haciendo las veces de escolta y la mula de carga que montaba Josefa cerrando la marcha.

–Nada –respondió–. No sabe nada de los Penhallan, de los diamantes ni del complot para asesinar a Cecile. Él y Wellington sólo saben que soy una huérfana con parientes en Cornwall, sola en el mundo, desesperada por hallar un hogar y una familia.

Gabriel echó atrás la cabeza y lanzó un resoplido desdeñoso.

–¡Y creyeron semejante historia! ¡Ah, pequeña! ¡Qué vergüenza! Eres capaz de hacer llorar a los soldados con tus cuentos.

–Cecile siempre decía que la caballerosidad inglesa era una debilidad muy útil –dijo ella con sonrisa complacida–. Necesito una base en Cornwall, también una introducción apropiada. Bajo la protección del coronel, instalada en su hogar familiar, contaré con ellas.

–Si yo estuviese en tu lugar, me andaría con cuidado con el coronel –aconsejó Gabriel–. No es hombre al que le agrade que jueguen con él... por muy caballeresco que pueda ser.

–Pero yo no estoy jugando con él –dijo Tamsyn con aire juicioso–. Sólo estoy usándolo.

–Tampoco le gustará eso.

Tamsyn estuvo de acuerdo.

–No podrá hacer nada al respecto. No tengo intenciones de quedarme en Inglaterra cuando haya hecho lo que me propongo hacer; además, el coronel se sentirá tan aliviado de poder reanudar su amada guerra que para entonces tal vez le importe un comino.

–Ojalá tengas razón, muchacha.

Tamsyn no hizo más que encogerse de hombros y alzó la mano para saludar cuando el coronel miró hacia el sendero más elevado, haciéndose sombra en los ojos con la mano.

Julian no devolvió el saludo. Le fastidiaba que ella prefiriese cabalgar aparte, como si ella y Gabriel todavía estuviesen con los guerrilleros. De ese modo, él quedaba solo, contando con la arropada Josefa como única compañía. Y no se podían considerar compañía a los jinetes de la escolta. Eran una banda de rufianes conducidos por un aldeano tuerto que no se esforzaba por disimular su suspicacia hacia el coronel inglés. De todos modos, daban la impresión de ser capaces de defender el tesoro de Tamsyn en caso de necesidad.

Él miró otra vez hacia arriba y vio que Tamsyn había dejado el sendero de cabras y que César enfilaba hacia abajo con paso seguro, entre las malezas y los cactos que crecían en la ladera de la montaña. Llegaron al sendero principal, un poco más adelante que los animales de carga, en medio de una lluvia de grava suelta.

Tamsyn no tenía dificultades para cabalgar con la silla de mujer; eso era lo que él había esperado. Se sentía tan a gusto en la silla como si hubiese nacido en ella. Con todo, sería interesante ver cómo se adaptaba a la dura silla inglesa sin espaldar. Por cierto, tendría que abandonar su exótica y mullida silla española para dar una vuelta por Hyde Park o, incluso, los tranquilos prados de Inglaterra si quería ser aceptada por los más ortodoxos.

–¿Te sientes solo? – saludó alegremente, haciendo girar diestramente su caballo para cabalgar junto a Julian.

–Me pareció que tú y Gabriel tenían una discusión muy animada –respondió él.

En su mejilla bronceada apareció una mancha de rubor; él se extrañó al verla.

–Bueno; sólo le daba algunos detalles del plan –dijo ella–. En realidad, antes no había tenido tiempo de hacerlo.

–Entiendo. ¿Y él ha aceptado tu plan con inmediato entusiasmo?

–¿Por qué no habría de aceptarlo? –preguntó a su vez Tamsyn, reaccionando con cierta crispación al tono densamente irónico del coronel.

–Por ningún motivo en especial –replicó Julian alzándose de hombros–. No me cabe duda de que él no ha tenido el menor inconveniente en abandonar la vida que llevaba y la tierra que consideró suya durante tantos años. Y aunque lo tuviera, tú todavía esperarías que él hiciera lo que tú deseas.

Su voz sonó tan seca como las hojas de otoño, y el sonrojo de Tamsyn se acentuó.

–No sé qué quieres decir.

–Mi querida muchacha, sabes exactamente qué quiero decir. Cuando tú quieres algo, no cejas hasta que lo consigues. La lealtad de Gabriel le impediría negarte su apoyo y tú no tienes escrúpulos en aprovecharte de eso.

–¡Oh, eres espantoso! –exclamó ella bajando la voz–. Es horrible lo que dices de mí.

–Tú olvidas que yo también he sido barrido por tu escoba –replicó él con la misma sequedad–. No pensaste ni una sola vez en mi parecer ni en lo que yo pudiera sentir al respecto.

Tamsyn se mordió el labio, asombrada al sentir que las lágrimas le escocían los ojos por la dureza de ese juicio que no sabía de dónde llegaba. Un juicio que, en el fondo, ella reconocía como bastante cierto. Desde aquel glorioso momento en la cueva de Aladino ellos casi no se habían visto. Ella había entendido que el coronel estaría muy ocupado con los preparativos de su viaje y con la entrega del mando de su brigada, entonces no volvió a intentar seducirlo y apartarlo de su trabajo. Pero en la mañana que salieron de Elvas, él había estado malhumorado y poco comunicativo. Con la esperanza de que su talante cambiase tras un lapso de tranquila reflexión, ella prefirió cabalgar aparte, con Gabriel. Sin duda, había sido una esperanza malograda. Su resentimiento seguía intacto.

Parpadeó rápidamente y espoleó a César para alejarse del coronel, primero al trote y luego al galope. César alzó la cabeza, olfateó el viento y luego se lanzó a galope tendido por el sendero estrecho y traicionero.

–¡Tamsyn! –gritó Julian con el corazón en la garganta, al ver a caballo y jinete tambalearse en una curva cerrada del camino, donde la montaña caía en abrupta pendiente.

Luego, los perdió de vista.

–Ha dicho algo que la perturbó, ¿verdad?

El caballo de Gabriel bajaba al trote ligero por la ladera.

–¡Ella es la bribona más maleducada e irritable que he conocido! –exclamó Julian–. Se romperá el cuello si es que no quiebra antes una de las patas del animal.

–No –Gabriel reforzó la negativa con la cabeza–. Dudo que sea así. Os conocéis demasiado bien. ¿Qué le ha dicho?

–Un par de verdades –dijo Julian–. Habría necesitado oírlas hace mucho.

–Siempre le sucede lo mismo –comentó Gabriel sin alterarse, ofreciéndole la bota de vino–. No le gusta que le digan que está equivocada. Lo mismo le pasaba al barón.., sobre todo si era él quien estaba equivocado –rió entre dientes y se volvió en la silla para observar el avance de la fila de mulas que iba detrás de ellos–. Propongo que paremos bastante antes de que caiga el sol. Más arriba hay algunos sitios traicioneros y no me atrae la posibilidad de que nos tiendan una emboscada al anochecer.

–Esos bribones que eligió parecen preparados para cualquier cosa –dijo Julian, devolviendo la bota con un gesto de agradecimiento.

–Puede ser... pero no tiene sentido correr riesgos innecesarios.

–De acuerdo. Nos detendremos en la próxima aldea donde encontremos algún hospedaje.

–En el mejor de los casos, no será gran cosa –dijo Gabriel–. Al menos en esta comarca.

Siguieron andando sin ver señales de Tamsyn durante otra media hora. Julian trató de disimular su ansiedad al ver que Gabriel estaba muy tranquilo. Se dijo que tenía derecho de reconvenirla con toda la severidad que quisiera. Ella lo había obligado a abandonar a su brigada en el momento más inoportuno, y ésa había sido una de las cosas más difíciles que él había hecho en su vida. Wellington había enviado un destacamento de soldados a Badajoz y hecho levantar una horca en la plaza central. Algunos hombres fueron acusados de pillaje y colgados. Gracias a eso, el resto de su desmoralizado ejército había salido a rastras de la ciudad, de regreso al campamento, donde sus oficiales habían logrado restaurar, de algún modo, la disciplina. Era el peor momento para que un oficial dejara a su brigada, aunque la dejase en las competentes manos del recién promovido Tim O'Connor que sería asistido por el resto de su estado mayor.

Por lo tanto, Julian había estado de un humor de perros aquella mañana cuando salían de Elvas y no había dejado pasar la oportunidad de regañar a la causante de su fastidio. Sin embargo, el enfado que sentía al saber que ella se había aprovechado de él no le impedía afligirse por la seguridad de ella y no pudo ocultar la sensación de alivio que tuvo al verla reaparecer galopando hacia ellos.

–Más adelante, a unos cinco kilómetros, hay un pueblo –dijo, ofreciendo los frutos de su exploración–. No es gran cosa pero hay establo para los animales y otro donde podemos poner las mercancías. Sería difícil lanzar un ataque por sorpresa sobre él y, tal vez, se pueda custodiar adecuadamente con sólo dos hombres; en consecuencia, si hacemos varias guardias, todos podremos tener unas horas de sueño.

Dirigía sus palabras a Gabriel, evitando mirar al coronel.

–¿Qué clase de albergue tiene para nosotros? –preguntó Julian en tono neutro.

Tamsyn se alzó de hombros.

–El granjero ha ofrecido su cuadra y su henil. Es probable que esté más limpio que su choza, que hierve de bichos.

El coronel asintió. Como tenían sus propias provisiones, sólo necesitaban un sitio donde refugiarse del frío de la noche en la montaña. La observó y notó que aún estaba un tanto abatida. Se sorprendió al ver que había tomado tan a pecho su reconvención; no concordaba mucho con la bandolera manipuladora que ella era en realidad, como él sabía. Aun así, ella se merecía cualquier tratamiento que él considerase oportuno.

–En adelante, me harás el favor de no desaparecer de este modo –dijo él.

–No me pareció ser recibida con mucho agrado aquí.

–¿Esperabas que te diese la bienvenida? –él clavó la vista en el camino, más adelante, con su boca apretada–. Gracias a ti, he tenido que dejar a mis hombres en las peores circunstancias posibles.

Con aire desdichado, Tamsyn se mordió el labio y dijo:

–Intentaré que el viaje y... y lo que venga.., sean placenteros para ti.

Julian le dirigió una mirada de completa incredulidad. La que ella le devolvió era cándida e ingenua. ¿Sería verdad que ella no comprendía lo que estaba haciéndole? ¿De dónde habría venido? ¿Cómo era posible que alguien llegase a la adultez tan ignorante con respecto al sentido de lo que era la responsabilidad social más elemental? Aspiró una gran bocanada de aire, intentando darle una lección aunque supiera que estaba condenada al fracaso.

–Mi querida Tamsyn, tus compensaciones son ciertamente placenteras pero ésa no es la cuestión. No puedes manipular a las personas y a los hechos para que se ajusten a tus propios fines y luego ofrecer, tranquilamente, tu cuerpo y sus múltiples encantos con la expectativa de que eso lo resuelva todo.

–Pero es sólo por seis meses.

¡Fracaso total! El meneó la cabeza y se declaró vencido.

–No tiene sentido hablar contigo. Estoy enredado en la situación y haré lo que me he comprometido a hacer. Si podemos pasar estos seis meses en un clima de simple urbanidad, lo consideraré como un logro fundamental.

Tamsyn se puso a la par y siguió cabalgando en reflexivo silencio hasta que llegaron a la aldea. Para ella, era obvio que seis meses de la vida del coronel... un simple paréntesis en su vida, no tendrían un efecto duradero en su futuro, mientras que en el de su propia vida esos seis meses podrían significarlo todo. Y si bien para ella era obvio, el coronel ni siquiera había empezado a entenderlo.

Los habitantes del pueblo salieron de sus chozas cuando entró el grupo. El pueblo estaba cortado en dos por el camino que constituía su única calle. Chiquillos harapientos corrían gritando y saludando con las manos, en los vanos de las puertas había mujeres vestidas de negro, con chales echados sobre la boca y la nariz y los ojos muy negros y atentos. Los hombres aparecieron junto a los portones de pequeñas cuadras malolientes donde unos pollos flacos rascaban la tierra buscando alimento junto a mugrientas cabras.

Un arroyuelo bajaba por la ladera de la montaña hacia el centro del pueblo, donde se había construido una rústica presa que formaba un profundo estanque para proveer de agua a las necesidades de la aldea.

Tamsyn detuvo a un hombre de aspecto más próspero que los otros, que estaba ante la entrada de una choza relativamente más sólida.

–Es el mayor de la aldea –explicó–. Él es quien nos deja usar su cuadra y su establo… a cambio de algo, por supuesto.

Gabriel desmontó y se acercó al hombre.

–Él no quiere negociar conmigo –explicó Tamsyn al coronel–, porque estoy vestida de mujer. Si hubiese estado vestida como un guerrillero, me habría tratado como a una igual.

Julian no hizo otra cosa que arquear una ceja y alzarse de hombros.

–Al menos, un traje de montar es más cómodo para usar que un vestido –insistió Tamsyn, intentando obtener una respuesta explícita–. Debajo llevo los pantalones, entonces lo siento casi normal. Aun así, sigue siendo una desventaja en una situación como ésta.

–Pues, más vale que te habitúes – aconsejó él, como había hecho antes, optando por responder a sus observaciones como si fueran quejas–. Las mujeres no se comportan como los hombres en la sociedad inglesa... al menos si desean ser aceptadas.

Tamsyn dejó de hacer intentos de conciliación.

–El barón consideraba a Cecile su igual en todo –dijo con vehemencia.

La expresión de Julian contenía una mezcla de cortesía y escepticismo.

–Eso significa que era un hombre muy poco común.

Saltó al suelo y ayudó a apearse a Tamsyn antes de que ella pudiese saltar con su habitual agilidad a pesar de la gran alzada de César. Cerró su mente a la sensación del cuerpo de ella en sus manos, al perfume de su piel, que le hacía dar vueltas la cabeza evocándole voluptuosos recuerdos.

–Las mujeres siempre permiten que los hombres les ayuden en ciertas acciones, por ejemplo, montar y desmontar, apearse de carruajes y tomar asiento –informó él con el aire de un tutor concienzudo, mientras la dejaba en el suelo.

–¡Bah! –dijo Tamsyn, desdeñosa–. Mis piernas están perfectamente bien.

–Ya lo sé, pero debes aprender a fingir que aceptas el mito del sexo débil y demostrar que aprecias esas menudas cortesías caballerescas.

La expresión de Tamsyn era de agudo desagrado y Julian empezó a divertirse.

–A menos que prefieras desistir de todo –concluyó, como al descuido.

Tamsyn le sacó la lengua en gesto infantil que de algún modo expresaba exactamente lo que sentía. El coronel se echó a reír enfadándola aún más y se encaminó a donde Gabriel y el granjero estaban concluyendo sus negociaciones. Permaneció de pie, golpeando sus guantes en la palma de la mano, mientras echaba una mirada al pueblo para evaluar sus ventajas estratégicas.

–Si apostamos guardias en cada extremo de la calle podremos estar a salvo de merodeadores que se aproximen de manera convencional.

–Sí, pero siempre podrían llegar desde arriba –observó Gabriel mirando hacia la montaña que se cernía sobre la aldea–. Tendremos que vigilar el establo mismo. Yo haré la primera guardia con tres hombres. Usted haga la segunda... si le parece bien –añadió, casi como si fuera una idea adicional.

–¿Quién podría saber qué es lo que llevamos?

–Nadie o cualquiera –Gabriel frunció el entrecejo–. En esta tierra, las noticias se difunden como el fuego, coronel. Y hay ojos por todas partes. Tal vez no sepan qué tenemos, pero a esta altura sabrán que llevamos algo que vale la pena defender y, ¿por qué no?, robar.

–Bien, acampemos como podamos.

Julian volvió junto a la caravana de mulas y vio que Josefa y Tamsyn ya estaban llevando bultos al patio del establo; ésta iba apartando la falda de su traje de montar con los pies y farfullando, irritada. De pronto, se detuvo, dejó caer su carga al suelo, y desabrochó rápidamente la falda quitándosela con visible alivio y dejando al descubierto sus miembros inferiores enfundados en pantalones de cuero blando. Lanzó una mirada a Julian con cierto atisbo de desafío mientras hacía un bulto con la falda y lo ponía bajo el brazo.

Él prefirió fingir que no lo había notado y volvió junto a la fila de mulas.

Tamsyn y Josefa se ocuparon de encender fuego en el patio de la granja y de preparar la comida. Julian, atareado con los hombres que se ocupaban del tesoro y organizaban la defensa, se sorprendió al ver la facilidad con que Tamsyn asumía las responsabilidades domésticas. Él habría esperado que ella trabajase con los hombres dejando la parte femenina de las operaciones a Josefa. Pero las dos mujeres parloteaban alegremente y pronto el grato aroma del café se elevó en el aire nocturno.

Julian se aproximó a ellas.

–Aquí hay algo que huele muy bien.

–*Polenta* –dijo Tamsyn, levantando la vista de la olla que estaba revolviendo con una gran cuchara de madera–. Hay un pequeño barril de vino que es preciso espitar. ¿Lo harías, por favor? Los hombres tendrán sed... Oh, está bien, lo hará Gabriel.

Josefa murmuró algo mientras salteaba una sartén con setas en el fuego; Tamsyn le echaba una rápida mirada.

–Oh, caramba.

–¿Qué pasa?

–Bueno, Josefa tiene miedo de que esta noche Gabriel se ponga alegre. Dice que ha pasado un mes, por lo menos, desde la última vez que se permitió descontrolarse con un barril de vino, y ahora tiene buena compañía para hacerlo.

–No se pondrá borracho perdido sabiendo que tiene que custodiar el tesoro, ¿no es verdad?

–Bueno; él jamás bebe tanto –dijo Tamsyn–. Sólo se pone agresivo, si uno le lleva la contraria. El tesoro estará tan a salvo con Gabriel borracho como sobrio, te lo aseguro.

–Él quiere hacer la primera guardia.

–Entonces, es que quiere emborracharse –dijo Tamsyn, convencida–. Lo ha planeado así para poder dormir después y levantarse como nuevo mañana. Revuelve esto, por favor. No tiene que pegarse. Yo tengo que ir al excusado.

Julian se encontró con que ella le había plantado la cuchara en la mano sin mucha ceremonia y se alejaba saltando sobre las piedras en dirección a la letrina del pueblo, detrás de las últimas casas.

Gabriel se acercó con dos jarras de vino tinto.

–¿Bebe, coronel? Santa María; qué sed tengo esta noche.

–Gracias –dijo Julian, aceptando la jarra–. Y supongo que tiene intenciones de saciarla.

Gabriel echó una mirada a Josefa, todavía murmurando y cortando cebollas en tajadas.

–La vieja ha estado hablando, ¿eh? Bueno, a uno le hace bien, de vez en cuando. Lo invitaría a que se una a mí, pero usted necesita dormir mientras hago la primera guardia y yo lo haré en la segunda, coronel.

Rió con gran fuerza y yació su jarra de un solo e interminable trago.

–A decir verdad, no es mi estilo –dijo Julian–. Si esos aldeanos que ha traído perdieran la conciencia, estaríamos en malas condiciones para defendernos.

–Oh, yo no beberé con ellos –dijo Gabriel–. Beberán uno o dos vasos con la cena pero se mantendrán sobrios, a menos que quieran sentir mi látigo en sus espaldas; ellos lo saben. No –dijo, dichoso–. He descubierto a ciertos amigos en la aldea. Un poco de dados, otro poco de naipes... eso relaja a un hombre.

Julian alzó una ceja pero no lo contradijo. El aceptaría lo que la noche trajera.

Después de la cena, un grupo de hombres llegó desde la aldea trayendo otra barrica de vino. Saludaron a Gabriel con muchas palmadas en la espalda y puñetazos en los hombros y se instalaron en un rincón del patio a jugar a los dados sobre un barril dado vuelta.

Tamsyn volvió desde el arroyo con Josefa, donde habían estado limpiando los tazones y fuentes de la cena.

–Ya está bien adelantado –comentó, mientras guardaba los cacharros en una alforja con hábil eficiencia doméstica que, una vez más, sorprendió a Julian.

Josefa seguía murmurando, lanzando turbias miradas a los hombres que jugaban en un rincón del patio. Por fin, sacó una manta y la extendió sobre las piedras, puso encima la alforja a modo de almohada y se acostó enseguida envolviéndose con sus varios chales, mantillas y capa.

Tamsyn se echó a reír y susurró:

–Cuando él empieza así, ella no lo pierde de vista. Y no se podría decir que él se lo agradezca. Si llegara a entremeterse, la insultaría de arriba abajo.

Julian alzó la vista hacia el cielo de terciopelo negro con su mágico panorama de estrellas. Ya se sentía el frescor del aire y una brisa fría bajaba desde la montaña.

–Sería conveniente que fueras a dormir un poco en el henil.

–¿Y tú?

Tamsyn cargó un rollo de mantas sobre su hombro. Y aunque daba la impresión de aplastar su figura diminuta, ella las llevaba con elegancia.

–Me acostaré en cualquier sitio –respondió él, restándole importancia.

–Pero yo podría tender la cama para nosotros dos, en el altillo –dijo ella; sus dientes brillaron en la oscuridad cuando sonrió para incitarlo–. En el heno será agradable.

–Por el amor de Dios, muchacha, ¿qué debo hacer para que lo entiendas? –preguntó por lo bajo, en tono furibundo–. Sube al pajar y duerme un poco. Yo voy a hablar con Gabriel.

Julian se volvió para no ver la expresión herida de la muchacha, que le recordó a un cachorrillo apaleado, y se encaminó hacia el bullicioso grupo. Gabriel levantó la vista; ya tenía los ojos inyectados en sangre pero su expresión era jovial.

–¿Hay algo que pueda hacer por usted, coronel?

Julian negó con la cabeza y sacó su reloj.

–Lo relevaré a las dos.

–Ah; me parece muy bien –dijo el gigante con serenidad, intentando guiñar y logrando entornar los ojos– Mucho antes de eso, seré un hombre rico –arrojó los dados y rió al ver que había sacado tres seis–. Esta noche no puedo hacer nada malo.

Los hombres que lo rodeaban estallaron en carcajadas, y el mayor de la aldea volvió a llenar el jarro de Gabriel en una tinaja de barro que tenía entre las piernas. Julian dedujo que el vino estaría fortificado con el áspero coñac de la región, que quemaba el estómago. Esa mezcla era capaz de hacer caer bajo la mesa a un hombre normal después de un par de tragos.

Echó una mirada en derredor, por el patio. Gabriel había apostado a sus centinelas demostrando bastante sensatez. Uno de ellos estaba en la retaguardia, al pie del sendero de cabras que descendía como una serpiente desde las alturas. Tenía una antorcha clavada a sus pies, un rifle entre las rodillas, y fumaba una apestosa pipa. Los otros dos estaban apostados en cada extremo de la aldea custodiando la calle principal. Gabriel se había sentado de modo que veía las entradas del patio y del establo donde estaba guardado el tesoro.

¡Pero si ese hombre no podía ver bien, de tan ebrio!

Julian decidió que vigilaría también durante el turno de Gabriel. En los cuatro años que llevaba la campaña en la Península había pasado muchas noches sin dormir: una más no le haría daño. Se volvió hacia la cuadra.

–Mantenga a la niña cerca de usted –gritó Gabriel a su espalda en una voz menos espesa de lo que hubiese esperado.

Julian miró hacia atrás. Gabriel le dirigió un significativo gesto con la cabeza. Ebrio o sobrio, la seguridad de su pequeña era lo más importante para él.

Julian levantó una mano indicando que había oído y entró en la cuadra. Los otros tres jinetes estaban durmiendo en el suelo, roncando en medio de la paja hasta que fuese la hora de su guardia. Él se sentó en un rincón, cerca de la escalera que subía al pajar, se envolvió apretadamente en la capa y se preparó a esperar que Tamsyn estuviese profundamente dormida.

Después de media hora, supuso que ya no correría riesgos si subía al henil. La tentación estaría bien dormida. Trepó sigilosamente la escalera. Tamsyn había extendido las mantas y estaba acurrucada en un cómodo nido de heno. La luz de la luna que se derramaba por el tragaluz plateaba su pelo, y su respiración profunda y regular llenaba el fragante espacio.

Julian fue de puntillas hasta la ventana que daba al patio. Pudo ver con claridad a Gabriel y a sus compañeros de juerga: parecía una escena pacífica y jovial.

Volvió a mirar a la durmiente: lo único visible en ese nido formado por el heno y las mantas era su pelo platinado. ¿Cómo era posible que una muchacha tan alocada y poco común tuviese la esperanza de abrirse camino en la sociedad inglesa; que esperase convencer a cierta altiva familia oriunda de Cornwall, tan puntillosa en lo tocante al linaje y a la posición, de que la admitiesen en su seno? Siempre persistía la posibilidad de que ella se hubiese equivocado con respecto a la posición social de su madre y que su familia fuese, simplemente, de terratenientes nobles o hacendados. Si así fuera, ella podría tener más posibilidades de conquistarlos. Pero convertir a esta bastarda de un bandido en una aristócrata inglesa era el delirio de un lunático. Harían falta mucho más que seis meses para lograr semejante milagro. Y sería preciso contar con un hacedor de milagros mejor de lo que él creía ser. Se tranquilizó recordando que no había asegurado el éxito. Sin embargo, él no podía tolerar el fracaso: nunca había podido.

Pesaroso, reanudó su observación del patio. Perdió noción del tiempo contemplando las ascuas relucientes de la hoguera y el parpadeo de la antorcha que iluminaba a los jugadores de dados pero de pronto atisbó una silueta oscura que se escurría detrás del establo de las mercancías. Parpadeó, pensando si no sería un truco de la luz cambiante, hasta que oyó vociferar a Gabriel que se puso de pie con un salto haciendo caer el barril que rodó sobre las piedras. En su mano, salido quién sabe de dónde, apareció una porra, que él hacía girar en un arco mortífero.

Julian ya se deslizaba escalera abajo con una pistola en la mano cuando Tamsyn se incorporó, completamente despierta, y escuchó atentamente la conmoción que llegaba desde abajo.

Los tres jinetes seguían durmiendo en el heno, al pie de la escalera; Julian, impaciente, los pateó intentando despertarlos. Pero su pie dio con algo y vio una vasija de barro similar a la que había visto en el

patio. La levantó y la olió. En ella había habido coñac y algo más: el fondo estaba cubierto de un residuo pulvurulento. Gabriel les había prohibido beber después de la cena pero era evidente que alguien los había provisto de licor al que habían echado un narcótico.

Corrió hacia el patio. Gabriel estaba rodeado por los hombres con quienes habían estado bebiendo y blandía su porra lanzando un sanguinario grito de guerra de las Highlands, rechazando a los sujetos que lo atacaban; se veía la luz de la luna brillando en los aceros.

Julian sacó su curva espada de caballería y se lanzó a la refriega. No cabía duda de que la amenaza que debía preocuparles provenía de la propia aldea. Pudo ver en el suelo la silueta oscura del otro centinela y supuso que lo habría despachado aquella sombra que él había entrevisto desde el altillo y que las otras dos entradas a la aldea también habrían sido copadas desde la retaguardia. Pero si habían tenido la intención de poner fuera de combate a Gabriel con la misma sustancia que habían dado a los jinetes de la escolta, habían calculado mal.

Ese hombre era un león; seguía lanzando su grito de guerra. Sus ojos brillaban, enrojecidos, a la luz de las antorchas que habían usado para jugar, y recibió la llegada de Julian con una mueca feroz que desnudó sus dientes y que Julian interpretó como: "Bienvenido a la pelea".

Cuando los dos combinaron la porra y la espada, los atacantes comenzaron a retroceder; entonces, de pronto, también apareció Tamsyn en medio de ellos. Se apoderó de una de las antorchas encendidas y la incrustó en la cara de un hombre que blandía un terrible cuchillo serrado. El sujeto se cubrió la cara dando un grito y el cuchillo cayó con estrépito sobre las piedras. Ella se arrojó al suelo y arrebató el cuchillo. Ya los hombres salían corriendo del patio perseguidos por Gabriel y Julian y por la airada Josefa que, para asombro de Julian, tenía en sus manos una escoba que usaba como un arma letal.

–¡*Madre de Dios*! –dijo Gabriel mientras cerraban los portones del patio. Se enjugó el sudor de la frente con su antebrazo y sonrió–. Ahora estoy convencido de que pensaron en emborracharme.

Echó a reír estrepitosamente y sus hombros macizos se sacudieron de risa.

–Han aderezado el vino con algo más que coñac –dijo Julian–. Aquellos tres –agregó, señalando con la cabeza hacia el cobertizo–, están fuera de combate.

–Pedro tiene en la cabeza un chichón del tamaño de una manzana, pero está vivo –Tamsyn corrió con Josefa a examinar al centinela golpeado–. ¿Qué pasó con los dos de la aldea?

–Ojalá que no estén peor –dijo Julian, mirándola con el entrecejo fruncido–. Qué truco peligroso, el de la antorcha. Podrías haber incendiado el cobertizo.

–Tuve cuidado –replicó ella–. Y resultó.

–Sí; eso lo admito. Pero sigo pensando que fue una tontería.

Tamsyn se encogió de hombros.

–En una emergencia, uno usa las armas que tiene a mano.

Julian no pudo contradecir esa lógica. Sabía que él hubiese hecho lo mismo. Se volvió hacia Gabriel, cambiando abruptamente de tema.

–Será mejor que nos quedemos aquí hasta el amanecer y luego levantemos campamento.

–Sí –Gabriel hizo un gesto afirmativo–. Recogeremos a los otros dos cuando salgamos. Dejemos que los otros se recuperen. Será conveniente que, cuando salgamos, hagamos alarde de toda la fuerza posible, aunque dudo de que estén demasiado impacientes por repetir el encuentro. Mujer, haz más café.

Sin decir palabra, Josefa dejó la escoba y fue hacia la hoguera, donde aún ardían los rescoldos.

–Ayúdame a cargar las mulas – pidió Julian a Tamsyn, que se acercaba con vivacidad, sus ojos echando chispas a la luz del fuego, su cuerpo vibrante de energía como consecuencia de la excitación–. Quiero estar listo para partir en cuanto el cielo empiece a aclarar,

–No nos causarán más problemas –dijo Tamsyn, confiada–. Es una banda de lamentables incompetentes –sonrió–. El barón jamás los habría aceptado en su banda. Sus ataques jamás fracasaban.

Julian prefirió abstenerse de hacer un comentario.

Dos horas después, salieron como trombas al patio, Julian con su espada lista, a la cabeza de la columna, Gabriel a la retaguardia con su caballo de guerra, blandiendo su espada de dos filos y lanzando su grito de pelea. Entre ellos dos, Tamsyn guiaba las mulas cargadas haciendo restallar una fusta para mulas con

alegre ferocidad y los tres jinetes de escolta, no demasiado conscientes, balanceándose sobre sus monturas pero blandiendo sus armas, también.

Los aldeanos permanecieron detrás de las persianas cerradas, como reconociendo que se habían topado con la horma de su zapato. Encontraron a los otros dos escoltas sentados a un costado del camino, curándose sus cabezas heridas pero en condiciones de montar sus caballos; así, la comitiva reanudó la marcha hacia Lisboa.

12

–No sé si puedo dejarlo llevar tres cañones de cuatro libras, capitán Lattimer –dijo el encargado de los pertrechos con lúgubre satisfacción–. Ayer, el *Isolde* llevó seis.

Al capitán Hugo Lattimer, de la Armada Real, le costó controlar su irritación. Se pasó una mano por el espeso pelo color caoba y miró de arriba abajo a ese encargado con aspecto de duende. Esa mañana, había sido el tercero en la fila y había otros seis capitanes tan desesperados como él por pertrechar las naves que mandaban; todos esperaban su turno para lisonjear y engatusar al encargado del almacén.

–Si pudiera encontrar el modo de dejarme tener dos, le quedaría reconocido –dijo sonriendo con lo que, esperaba, fuese la suficiente obsequiosidad–. ¿Cómo está la señora Houston? La última vez que estuve en Lisboa no se encontraba demasiado bien.

El semblante del otro se suavizó un tanto.

–Oh, está bastante bien, capitán, gracias. En estado interesante.

–Bueno, felicitaciones –el capitán Lattimer le dirigió una sonrisa tan amplia como si su propia esposa fuese a ofrecerle un heredero–. Envíele mis mejores deseos.

–Sí, sí; ya lo creo, le agradezco mucho. Muy bien, ¿tres de cuatro libras quería usted?

–Exacto –dijo Hugo, sin dejar que una chispa, siquiera, de triunfo apareciera en sus ojos verdes–. Y le quedaré muy agradecido, señor.

El encargado de los pertrechos lo inscribió en su registro con una expresión tan dolorida como si estuviese desangrándose, y le entregó la preciosa orden de provisión. Hugo llevó la mano a su sombrero bordado de oro y se alejó de allí, exultante con su éxito.

La mañana lisboeta era calurosa pero todavía quedaba en el aire cierto aliento primaveral que suavizaba el ardor del clima portugués, capaz de chamuscar toda la zona costera. El puerto bullía de vida y se veían falúas, chalupas y barcas de pesca que parecían volar entre los pesados barcos mercantes. Cuatro buques de guerra estaban fondeados en el puerto, tres barcos de línea y una elegante fragata de treinta y seis cañones.

La mirada del capitán Lattimer recorrió con orgullo las finas líneas de la *Isabelle*, que se balanceaba al anda. Alzó sus gafas y examinó su orden. Su bandera de partida estaba enrollada al tope del palo trinquete, lista para ser desplegada cuando zarpara la nave, y sus cubiertas eran un torbellino de actividad. Hizo un gesto afirmativo de satisfacción. A la mañana del día siguiente estaría en el mar dejando atrás la irritante burocracia del puerto.

–Le ruego me perdone pero, ¿acaso tengo el honor de dirigirme al capitán Lattimer?

–Así es, señor.

Al volverse, el capitán se encontró ante un hombre alto, de una edad similar a la suya, embutido en un uniforme de coronel de caballería.

–Soy el coronel St. Simon –Julian le tendió su mano a guisa de saludo–. El almirante Moreton me indicó dónde podría encontrarlo.

El almirante del puerto era un fastidio infernal, siempre entrometiéndose en los mejor trazados planes de sus capitanes.

–En efecto. –Hugo se mantuvo impasible mientras estrechaba la mano del coronel–. ¿En qué puedo servirlo, coronel?

–Necesito viajar en su barco –Julian no se anduvo con rodeos–. Tengo entendido que zarpa usted mañana para Portsmouth.

Era habitual que un barco de guerra llevara pasajeros que sirvieran en la diplomacia o en el ejército.

–No habrá ninguna dificultad –dijo Hugo, sonriendo con alivio ante un pedido tan sencillo.

El coronel St. Simon se rascó la cabeza manifestando cierta incomodidad y dijo:

–Bueno; esto es un poco más complicado de lo que parece, capitán. Si tiene tiempo de beber un vaso de vino conmigo, se lo explicaré.

–Dígame una cosa –dijo Hugo en tono coloquial–. ¿Tendré elección posible o trae usted una orden escrita del almirante Moreton?

–El almirante accedió a los deseos del duque de Wellington –respondió Julian con delicadeza.

Según la tradición, la armada era el servicio más importante; hasta el comandante en jefe del ejército pedía –más que ordenar– lo que necesitaba a un oficial naval de alto rango.

–Entiendo. En ese caso, será mejor que me invite primero a un vaso de vino para suavizar el golpe –dijo Hugo con ironía.

–Estoy... –Julian se aclaró la voz–. Estamos alojados en la Rose. Su taberna es bastante agradable.

–Claro que sí.

A Hugo no se le escapó el cambio de pronombre.

Juntos, torcieron hacia la salida del muelle en el preciso momento en que alguien se acercaba a toda velocidad hacia ellos, enfundado en pantalones de rayas anchas y con el chaleco rojo de los marineros, dos pendientes colgando de sus orejas y un pañuelo de mano manchado atado sobre su larga cola marinera embadurnada de alquitrán.

–Eh, capitán, señor. He encontrado dos cerdos gordos y tres cabras lecheras que les revientan las ubres.

El marino resplandecía de orgullo.

–Muy bien, Samuel. Escucha, toma esta orden y hazla cumplir. Tres cañones de cuatro libras y toda la munición que puedas arrancarles.

–Sí, señor.

El marinero tomó el pergamino, echó una mirada despojada de curiosidad al acompañante del capitán, y se alejó con el característico balanceo de la gente de mar.

–Samuel sería capaz de encontrar un tonel lleno de agua en el desierto –comentó Hugo mientras entraban en el interior fresco y penumbroso de la Rose–. Es invalorable.

–Sé cómo son –dijo Julian, indicando una mesa junto a la ventana y ordenando al camarero–: Muchacho, trae una botella de oporto.

El capitán se sentó y apartó los faldones de su chaqueta azul para aflojar su espada. Aparecieron una polvorienta botella y dos vasos; les sirvieron el vino. El capitán dio cuenta del primer vaso casi sin saborearlo.

–El primero, rápido, el segundo, lento –dijo, sin humor aparente mientras volvía a llenar su vaso–. Oigamos lo peor, coronel.

–Cuatro pasajeros, tres caballos y una montaña de equipaje –informó secamente el coronel St. Simon.

–¡Dios mío! –el capitán lo miró fijo–. ¿Cómo voy a hacer lugar en una fragata? La *Isabelle* no es un buque de línea, señor.

Julian hizo un ademán que combinaba la comprensión con la impotencia.

–El almirante creía que...

–El almirante es un viejo entremetido que no entiende ni jota qué es comandar un barco de guerra. Durante toda su carrera sólo ha navegado con su escritorio –dijo Hugo, furioso.

Llenó de nuevo su vaso y se echó el contenido al gaznate con un leve giro de su muñeca.

Julian estaba habituado a ver hombres que bebían en abundancia; llenó otra vez el vaso del capitán sin pensarlo dos veces.

–Ah, aquí estás. He estado buscándote. Te alegrará saber que tendremos dos baúles menos... Oh, disculpe Tamsyn se interrumpió en mitad de su parloteo y miró, interrogante, al caballero de chaqueta azul de solapas blancas, de anchos puños, también blancos, y botones dorados en las mangas.

–El capitán Lattimer. Y una taberna no es lugar para una dama.

Julian no intentó disimular su ira. Había abrigado la esperanza de dejar todo acordado con el capitán antes de exponerlo al efecto pleno de la presencia de Tamsyn.

–Bueno; yo no soy una dama, como tú repites incansablemente –replicó Tamsyn, alegre, apoyando un pie en una silla libre y su brazo en la rodilla–. Buenos días, capitán. ¿Entonces viajaremos en su barco?

Hugo parpadeó al ver a la diminuta muchacha con sus vibrantes ojos violeta y su casco de corto pelo platinado. Ella llevaba un traje de montar y la falda levantada por la poco elegante postura revelaba unos pantalones de cuero. *No, si consigo impedirlo, muchacha*, respondió para su coleto al pensar en los estragos que podría causar entre su tripulación una persona tan asombrosa y poco convencional.

–Por piedad, quita tu pie de ahí –dijo Julian, retirando la silla–. Siéntate, si no hay más remedio.

Tamsyn apoyó su trasero donde había antes estado su pie y sonrió con calidez al capitán.

–No haga caso al coronel. Esta mañana está malhumorado como una avispa. Tal vez sea por el calor. Mi nombre es Tamsyn.

Le tendió la mano con gesto amistoso, y Hugo, perplejo, la tomó. ¿Tamsyn qué? ¿Acaso no tiene apellido?

–Encantado, señorita Tamsyn –murmuró.

–Le prometo que no seremos ninguna molestia en su nave –continuó diciendo Tamsyn con vivacidad–. Josefa y yo podemos compartir el sitio para dormir. Estamos muy acostumbradas a la incomodidad y a los lugares atestados, ¿sabe? Y descubrirá que Gabriel es una persona a quien resulta muy útil tener cerca... ¿no es así, coronel?

–Es muy posible –respondió Julian, recuperándose aún de lo que podría pasar como un golpe de calor–. ¿Dónde está él?

–Está acabando las negociaciones que hemos hecho con los comerciantes –dijo ella–. Yo te decía que tendremos dos baúles menos en el resto del viaje. Hemos vendido todas las piezas de tela y el cofre de joyas más pequeño. De este modo, sólo quedan el del oro y los dos cofres grandes. ¿Tiene espacio para transportar cosas así, capitán?

–¡Por todos los diablos! –musitó Hugo, llegando a la firme conclusión de que estaba tan atrapado como un pez en el anzuelo–. Será conveniente que me muestre su equipaje.

–Venga arriba, entonces. –con su acostumbrada energía, Tamsyn se puso de pie–. De paso, podrá conocer a Josefa. En este momento, ella está haciendo guardia.

Hugo dirigió una mirada desesperada de incomprensión al coronel, que había adquirido un aire más hosco que nunca.

–Yo hubiese preferido introducirlo en esto con más suavidad –dijo éste–. Pero, con Violette, no existe nada semejante a la suavidad. Tiene tanta finura como una estampida de elefantes.

–¿Violette? –el desconcierto del capitán Lattimer estaba convirtiéndose en locura–. Me haber oído que su nombre era Tamsyn.

–Sí –dijo Julian–. Yo le explicaré toda la situación –se volvió hacia Tamsyn–. ¿Podrías desaparecer durante una media hora... si no es mucho pedir? Cuando regrese Gabriel dile que se reúna con nosotros aquí.

–¡Vas a decirle todo al capitán? Si es así, estoy segura de que yo debo estar presente –las cejas de la muchacha se unieron en un ceño de perplejidad–. Después de todo, el plan es mío; sin duda, yo podría explicarle mejor cómo...

–No– cortó Julian–. Yo daré la información al capitán Lattimer con mis propias palabras. Él y yo hablamos un lenguaje que tú desconoces. Ahora; vete.

Tamsyn se mordió el labio, muy compungida. Esta empresa era suya; no tenía dudas de que debía estar presente en las conversaciones relacionadas con ella. En ese momento se le ocurrió que, si bien durante el trayecto por el país todo se había hecho de acuerdo con sus deseos, de ahora en adelante ella sería huésped de la armada de Su Majestad y estaría escoltada por el ejército. Ella no sabía nada de un viaje así y, por

cierto, no tenía derecho de adoptar decisiones ni de ofrecer su opinión. Y el coronel lord Julian St. Simon no iba a perder la oportunidad de hacérselo saber, aun en público.

Era una idea exasperante. Sin decir nada más, se volvió y salió de la taberna.

Julian contempló su desanimada partida. Lo sorprendía que una persona tan vehemente pudiera sentirse abatida por un brusco desaire. Sería mejor que se acostumbrase. Se volvió de nuevo hacia su confuso acompañante.

–Permítame que le explique, Lattimer.

Tamsyn permaneció escuchando el rítmico raspar de la piedra arenisca en la cubierta del alcázar, a pocos centímetros de su cara. A juzgar por el ruido, también estarían usando esos enormes trozos de granito tachonados de clavos a los que llamaban osos. Faltaba poco para el amanecer, y una tenue luz grisácea se filtraba por la pequeña ventana en la cámara del capitán.

Se estiró y se volvió de lado, y la hamaca se balanceó al compás de sus movimientos. Era como estar en una cuna que se meciera constantemente, y resultaba muy sedante combinado con el balanceo suave de la fragata sobre las olas, ahora suaves, del Atlántico. Josefa, acostada en otra hamaca al otro lado del pequeño recinto, empezaba a despertarse y murmuraba algo.

El agudo silbido de los silbatos del contramaestre para despertar a los relevos de las guardias que en ese mor1iento dormían bajo cubierta, quebró la paz de la mañana. Se oyeron pasos sobre cubierta, voces que gritaban por las escotillas:

–¡Arriba... arriba!

Y pasos a la carrera que retumbaban como una sucesión de truenos: eran los hombres que subían a cubierta con sus hamacas enrolladas para guardarlas en las redes que había, a tal propósito, en los costados de la fragata.

Después de tres días en alta mar, Tamsyn se había acostumbrado al ruido de este rito matinal. Josefa, en cambio, seguía rezongando por ser despertada con tanta violencia. Sentada en su hamaca que se balanceaba locamente con sus movimientos, se aferraba a sus costados de madera.

–¡*Ay de mi*! –suspiró, como lo hacía cada mañana al pensar en las maniobras necesarias para sacar su voluminoso cuerpo de allí y ponerse de pie sobre las movedizas tablas del suelo del camarote.

–*Buenos días*, Josefa.

Tamsyn se sentó y su cuerpo ligero casi no movió las cuerdas de suspensión.

Se oyó un fuerte golpe en la puerta y a través de la madera de roble se oyó la voz varonil de Samuel:

–Agua caliente, señoras.

–*Gracias, señor*.

Josefa fue hasta la puerta arrastrando los pies y envolviéndose recatadamente en sus chales. Abrió apenas y se encontró con el rostro sonriente de Samuel; tomó la jarra de cobre y la entró. A Josefa no le agradaban los viajes por mar y no confiaba en los marinos.

Tamsyn estaba sentada, abrazándose las rodillas, y un leve ceño unía sus cejas de delicado arco.

–Hoy es lunes, ¿no es cierto, Josefa?

–Eso creo –dijo la aludida vertiendo agua en un cuenco.

–El último lunes de abril.

El estómago de Tamsyn dio un pequeño vuelco. La emboscada de Cornichet había sido el 28 de marzo. Su regla había terminado, casi; recordaba que había estado acurrucada en la cabaña de él con la soga alrededor del cuello agradeciendo, irónicamente, a las pequeñas mercedes del destino.

Si no se equivocaba, la regla siguiente tendría que haber comenzado hacía cinco días. Se tocó sus pechos para ver si los. tenía hinchados: nada. Aquellos tres gloriosos encuentros habían sido un riesgo. En la primera ocasión, el estallido de pasión no había dejado tiempo para pensar en las consecuencias. Las otras veces, ella no había querido echar a perder el ritmo y la espontaneidad con las consideraciones debidas a las cuestiones prácticas. Nunca, hasta entonces, había tenido ese problema, pero lord St. Simon no era un amante común.

Ella se había convencido a sí misma de que el momento de su ciclo mensual era relativamente seguro. Las mujeres aldeanas sostenían que la preñez solía coincidir con los encuentros amorosos ocurridos en mitad del ciclo. A juicio de Tamsyn, era una idea azarosa y, sin embargo, había decidido creerla.

–¡Maldición! –exclamó por lo bajo.

Apesadumbrada, bajó de su cama y desapareció por la puerta del camarote, con la tenue esperanza de que una excursión a la letrina le revelara lo que ella sabía que no había sucedido.

Fue una esperanza vana, como ella supo que sería; al regresar al camarote se quitó el camisón por la cabeza. Podría ser que empezara ese día. Ella no siempre era regular y cinco días no constituían un retraso tan grande. Se frotó vigorosamente el cuerpo como si pudiera conminarlo a que se comportase como era debido, luego se puso los pantalones y el traje de montar que le concedía cierta libertad de movimientos, sin quebrar las reglas de vestimenta del coronel.

Oyó a Lattimer conversando con St. Simon en la cámara de día del capitán en la popa de la nave. Lattimer había cedido su dormitorio a las mujeres y había colgado dos hamacas en su cámara de día y la compartía con el coronel. Gabriel, por su parte, había colgado su hamaca en el pañol de armas y pasaba buena parte de su tiempo en compañía del jefe artillero y de Samuel, con quien había entablado una fácil amistad.

El olor del desayuno atrajo a Tamsyn a la cabina. La inundaba la luz del sol matinal que entraba por unas ventanas magníficamente montadas en la popa, y que se inclinaban hacia dentro. Debajo de ellas se extendían unos cajones con almohadones para sentarse, y sobre los tabiques cubiertos de madera se alineaban estantes con libros. El capitán y su pasajero estaban sentados ante una mesa atiborrada, en el centro del camarote de día. Si no hubiera sido por los dos cañones montados a cada extremo de las ventanas de popa, podna haberse tratado de un pacífico desayuno en el comedor de una casa de campo.

–Buenos días, señorita Tamsyn –saludó el capitán Lattimer indicándole una silla.

Tenía un jarro de grog en la mano y estaba dando cuenta de una costilla de cordero con huevos fritos.

El coronel levantó la vista de su plato y la saludó con un breve movimiento de cabeza: el saludo apropiado para una persona poco conocida y no muy querida. Empujó su silla hacia atrás y se puso de pie.

–Daré una vuelta por cubierta. Si me disculpan...

Tamsyn frunció el entrecejo. Él siempre encontraba algo para hacer cada vez que ella aparecía. Salvo durante la cena, cuando ambos se sentaban con el capitán... y entonces, casi no le dirigía la palabra. Se sentó a la mesa y Samuel puso ante ella un huevo pasado por agua.

–Ahora le llevaré la bandeja a su dueña, si ella está dispuesta, señorita.

–Sí, gracias, Samuel.

Tamsyn le dedicó una breve sonrisa. Josefa había insistido en tomar sus comidas sola, en el lugar donde ambas dormían. Gabriel hacía las suyas en el pañol de armas, con los oficiales de guardia.

–¿Cuándo pasaremos el golfo de Vizcaya, capitán?

Tamsyn retiró la parte superior del huevo y, para diversión del capitán, sumergió un trozo de tostada en la yema.

–Esta noche, si tenemos suerte. ¿Cómo se siente en mar gruesa, muchacha?

–Por Dios; no lo sé –respondió Tamsyn, hundiendo otro pedazo de tostada en su huevo–Nunca había navegado pero no soy de esa clase de personas enfermizas.

–Me imagino que no.

Hugo sonrió. St. Simon le había hecho una breve enumeración de los antecedentes de la muchacha; él no tuvo dificultades en completarlos por sí mismo. Sabía que el coronel la acompañaba a ver a la familia de su madre en Cornwall, pero tenía la sensación de que había algo más que eso. Era obvio que el coronel St. Simon no se sentía muy feliz con esa misión pero Hugo estaba convencido de que la tensión entre el coronel y la muchacha tenía raíces más profundas.

–Bueno; si nos topamos con una tempestad, descubrirá usted qué clase de marinera es –dijo él en tono alegre, empujando su silla hacia atrás–. Aunque no se desate una tormenta en regla, el mar por aquí se mueve bastante.

–Me doy por advertida, capitán.

Le sonrió y bebió su café con deleite. Se suponía que la preñez provocaba asco por la comida... al menos por la mañana. Hasta ese momento, el apetito de Tamsyn seguía siendo el de siempre.

El capitán salió y volvió al puente; Tamsyn terminó su desayuno mientras Samuel recogía la mesa.

–Samuel, ¿sabe dónde está Gabriel esta mañana?

–Vigilando su tesoro, como de costumbre –opinó Samuel, recogiendo las migas en la palma de la mano–. No le gusta perderlo de vista, aunque esté bien guardado en la bodega.

–Quizá tema que alguien se apodere de uno o dos ducados –dijo Tamsyn, riendo, aunque ella sabía bien qué era lo que temía Gabriel.

–En este barco, no –afirmó Samuel; un matiz de vehemencia animó su semblante que normalmente era más bien impasible–. No hay ladrones en el barco del capitán Lattimer. Hasta el último marinero sabe que el capitán entrega los ladrones a sus camaradas a sabiendas de que los compañeros serán muy duros con los suyos. Mucho más duros que el propio capitán.

Como Tamsyn ya había arribado a la conclusión de que la vida en torno al mástil de un buque de guerra de Su Majestad sería muy tétrica, se limitó a asentir, indicando que comprendía, terminó su café y subió al alcázar.

Desde el principio mismo había aprendido que la banda de estribor del alcázar era tierra prohibida, territorio del capitán, y que sólo se podía entrar allí habiendo sido invitado. Lord St. Simon, en cambio, tenía acceso irrestricto. En la ordenada quietud de la media mañana, los dos hombres conversaban junto a la borda de estribor; el marinero de guardia dio vuelta el reloj de arena a la media hora y tocó tres campanadas para indicar la tercera media hora de la guardia. Se oyó el agudo silbato del contramaestre, y un trío de guardiamarinas saltaron al aparejo trepando por los obenques y persiguiéndose por los flechastes hasta el mastelero, que estaba a unos treinta metros de altura.

Tamsyn se sintió llena de envidia y estiró el cuello hacia atrás para observarlos. Se vería un panorama espectacular desde la cofa, y no parecía tan difícil. Si se quitara la falda...

–Ni se te ocurra.

–¡Oh!

Se volvió y se encontró con Julian que estaba mirándola, los ojos de pesados párpados entornados y, por una vez, su expresión era divertida. No era la primera vez que él adivinaba su pensamiento.

–¿Cómo es posible que supieras lo que estaba pensando?

Elle dedicó una lánguida sonrisa:

–Créeme, ranúnculo, hay veces que puedo leer en ti como si fueras un libro abierto.

–¡Oh, no me llames de ese modo! –dijo, malhumorada.

Él se echó a reír. Algo, en la belleza de la mañana, aliviaba su amargura. Ni siquiera intentó analizar si la particular belleza de Tamsyn o el día tan espléndido contribuirían a su sensación de bienestar general.

–Es difícil resistirse cuando el sol brilla sobre tu pelo. –le pasó la mano por la coronilla–. Cuando yo era niño, las muchachas de la aldea solían llevar flores de ranúnculo debajo del, mentón el primero de mayo. Y si había un resplandor dorado en ellas, se decía que encontrarían un amante antes de que acabara el día.

Tamsyn se preguntó por qué habría perdido él repentinamente su rigidez. Estaba apoyado en la borda a su lado, contemplando el mar, y su semblante era relajado y amistoso. Tamsyn siguió observando a los muchachos que trepaban por los aparejos balanceándose como monos de cuerda en cuerda, pero su pensamiento estaba fijo en su cuerpo rebelde. No se sentía diferente, en modo alguno, pero eso no significaba nada. Y si llegaba a estar preñada, ¿qué haría, en el nombre de Dios?

Julian la miró de soslayo y percibió la tensión que transmitía su cuerpo esbelto.

–¿Qué te preocupa?

Mientras hacía la pregunta, él se dijo que, en realidad, le importaba muy poco.

Tamsyn lo miró a los ojos un instante y luego volvió a observar el juego en el aparejo.

–Es sólo que estoy aburrida de hacer girar mis pulgares cuando podría estar allí arriba o haciendo algo útil.

La mentirilla lo convenció, tal como ella esperaba. De cualquier modo, sólo era una mentira a medias.

–Amiga mía, con que pongas uno solo de tus pequeños pies sobre ese cordaje, nuestro contrato queda sin efecto... terminado para siempre. ¿Entendido?

–Como de costumbre, has sido perfectamente claro –dijo ella, contenta por una vez de que estuvieran discutiendo.

–Hago lo que puedo –repuso él con ironía.

Él estaba por volver junto al capitán cuando una voz gritó desde el mastelero:

–Vela a proa, señor. Tres puntos a estribor.

Hugo alzó su anteojo y recorrió la llana extensión del mar. A duras penas pudo divisar los sobrejuanetes de un barco en el horizonte.

–Señor Connaught, envíe al guardiamarina señalero al mastelero –su voz era tranquila y no tenía la menor inflexión de júbilo que crecía en él–. Quiero una identificación.

–Sí, señor.

La agitación en el barco era palpable; sin embargo, no trajo consigo movimientos ni sonidos precipitados sino sólo un silencio alerta. Los marinos rasos de cubierta se habían acercado a las bordas, el contramaestre tenía su silbato preparado, todas las miradas en el horizonte, cada oído esperando que el guardiamarina identificara la bandera del barco.

Llegó flotando la voz del muchacho, trémula de excitación.

–Lleva bandera francesa, señor. Es probable que...

–No quiero probabilidades, señor Grantly, sólo hechos –la voz del capitán parecía un diamante cortando cristal–. Ponga más vela, señor Connaught. A ver si acercándonos podemos ayudar a que el joven vea de qué se trata.

El contramaestre hizo sonar el silbato y, de repente, la nave entera se puso en movimiento. Tamsyn observaba, fascinada, a los hombres que bullían como moscas en el cordaje y desplegaban una vela tras otra hasta que la *Isabelle* se precipitó hacia delante a toda vela.

–Es francés, señor. Tiene la bandera francesa –vociferó el muchacho que estaba en el mastelero, tan excitado que estuvo a punto de caer.

–Muy bien. Ice la bandera norteamericana, señor Connaught. Los confundiremos un poco. –se volvió hacia Julian y le habló en voz baja–. St. Simon, ¿qué le parece la perspectiva de una batalla?

La sonrisa de Julian fue suficiente respuesta. Vio cómo bajaban la bandera inglesa y en su lugar izaban la norteamericana. Era un engaño habitual; la única bandera sagrada era la de pedido de auxilio. Demorarían el izamiento de la bandera inglesa hasta el último momento posible, como declaración de batalla.

–Todos a sus puestos, señor Harris.

Sonó el silbato del contramaestre y se oyó la orden correspondiente.

Tamsyn sintió que le hervía la sangre de excitación cuando la gente que estaba descasando llegó a cubierta borrando de sus ojos los últimos rastros de sueño. La masa de hombres demasiado numerosa en algunos momentos para un espacio tan reducido, formó una oleada que, para un observador ajeno, resultaba una gran confusión aunque pronto adquirió una apariencia de orden cuando cada uno ocupó el lugar que le correspondía. A continuación, en la nave reinó un gran silencio; sólo se oían los crujidos del aparejo mientras la *Isabelle* surcaba las aguas a buena velocidad.

Junto a Tamsyn apareció Gabriel, con semblante sombrío.

–Si esos franceses echaran un solo vistazo al tesoro, sería la última vez que lo viésemos, pequeña.

–Antes deben ganar, Gabriel; por alguna razón, no creo que el capitán Lattimer quiera perder esta batalla –replicó Tamsyn, incapaz de disimular su entusiasmo.

Gabriel refunfuñó y blandió su espada de dos filos, alzándola a la luz. Escupió sobre la hoja, la lustró con su pañuelo y la volvió a su vaina.

–Preparados para la acción, señor Connaught –la voz del capitán Lattimer era tan serena y controlada como siempre pero había un brillo especial en sus intensos ojos verdes, una luminosidad que se repetía en los ojos azules, igualmente intensos, del coronel–. Pero, por el momento, mantenga a los fusileros fuera de la vista. Sus chaquetas escarlatas revelan nuestra nacionalidad.

El capitán miró de reojo al coronel que sonrió y se alzó de hombros; el capitán hablaba de su chaqueta escarlata.

Las cubiertas fueron barridas y se echó sobre ellas una gruesa capa de arena. Los cañones fueron alistados en silencio, con movimientos suaves como la seda. Se aprestaron las balas de cañón, las balas encadenadas y los botes de metralla. Los equipos de seis artilleros rodearon sus respectivos cañones, el cirujano y sus compañeros se retiraron al sollado y alistaron sus instrumentos sobre los baúles de los guardiamarinas, que servirían de improvisadas mesas de operaciones.

–Será mejor que la muchacha baje – dijo Hugo al coronel señalando a Tamsyn, que aún estaba junto a la borda, contemplando embelesada los preparativos.

–En ese caso, dejaré que usted dé la orden –repuso Julian con sonrisa torcida–. Es una guerrera y no se marchará de buena gana.

Hugo se puso ceñudo y clavó la vista en la silueta apoyada en la parte más lejana de la borda, los pies separados, firme en el movimiento de cubierta, su cabeza alta, su pelo corto sacudido por el viento. Daba la impresión de que emanaban de ella corrientes de energía.

Tamsyn sintió la mirada posada en ella y traspuso con audacia el breve espacio que los separaba.

–Usted quería hablar conmigo, capitán.

–Estaba pensando en enviarla abajo. La cubierta de una fragata durante una batalla no es lugar para una muchacha.

–Quizá no, señor.

Lo miró con firmeza, sabiendo que la palabra del capitán era ley en un barco. Si él le ordenaba que bajara, ella no tendría más alternativa que obedecer. Al menos al principio. En cuanto empezara la acción, podría volver y nadie lo notaría.

–Pero dudo de que usted se quede abajo –continuó él, pensativo, y se echó a reír al ver la sorpresa reflejaba en los ojos de ella–. ¿Era eso que estaba pensando?

–Sí –admitió ella, arrepentida.

–Supongo que yo podría hacerla encerrar en la bodega hasta que termine la batalla –aventuró–. ¿Qué opina usted, coronel?

–Usted manda, capitán –dijo Julian con aire formal–. No tendría la presunción de opinar.

Tamsyn tuvo la inconfundible sensación de que esos dos hombres estaban burlándose de ella aunque se mostraban solemnes como diáconos.

–Bueno, la responsabilidad es suya –dijo el capitán Lattimer–. Pero, si llega a interponerse, muchacha, haré que un marinero la lleve abajo por la fuerza.

–No tendrá por qué preocuparse por eso –dijo Tamsyn con toda la dignidad que pudo reunir, y volvió a su puesto.

El barco francés creció en el horizonte y fue definiéndose como una fragata. Hugo sabía que la *Isabelle* estaba siendo observada desde el alcázar francés. Habían visto la bandera norteamericana y eso los confundiría por un tiempo. Norteamérica estaba a punto de declarar la guerra a Inglaterra y no era enemiga de Francia. Pero también verían que estaban preparados para la acción. Eso los desconcertaría pero, ¿cuánto tiempo? ¿Bastaría para permitir que la *Isabelle* se acercara lo suficiente para disparar la primera andanada?

Ya estaban a una milla.

–Caiga seis puntos a estribor, señor Harris –ordenó al piloto que estaba al timón.

Su voz resonó con fuerza en medio de ese silencio expectante. La *Isabelle* viró lentamente y su borda de estribor quedó de frente a la nave francesa.

En ese momento, los franceses entendieron, Una actividad frenética se desató en la cubierta del otro navío preparándolo para la acción; sus cañones de negra boca aparecieron por las portas.

–Muy bien, señor Connaught dijo Hugo en voz baja.

La bandera inglesa flameó en el mástil principal de la *Isabelle*.

–Fuego, señor Connaught.

13

Toda la potencia de los cañones de estribor de la *Isabelle* exploto con un ruido más aterrador del que Tamsyn pudo haber imaginado jamás. La andanada barrió el buque francés a todo lo largo; cuando se despejó el humo, vio que parte de la jarcia colgaba rota y que había un gran agujero sobre la línea de flotación. El aire resonaba con los gritos y luego hubo otro alarido masivo cuando los franceses devolvieron la descarga. Horrorizada, Tamsyn miró hacia el combés del barco, donde había estallado una bala de cañón que había lanzado una lluvia mortal de astillas sobre los artilleros que estaban cerca. Corrió por la pasarela mientras se desabrochaba la falda y se precipitó en medio de la confusión.

Los tenientes que servían los cañones vociferaban órdenes a los artilleros, y se esforzaban por hacerse oír por encima de los gritos de los heridos. Los cañones de estribor de la *Isabelle* dispararon otra vez y la nave viró lentamente para usar sus cañones de babor mientras en estribor se apresuraban a volver a cargar.

Uno de los muchachos encargados de acarrear pólvora pasó corriendo junto a ella con sus brazos cargados de letales cartuchos de pólvora que tenían que ser traídos desde la santabárbara, bien alejados de los cañones hasta que eran necesitados. Una astilla hirió en la mejilla al muchacho, y él dejó caer su precaria carga sobre cubierta.

Un marinero corrió hacia él balanceando su extremo de la cuerda, gritando como un poseído. El muchacho se acurrucó sobre cubierta, gimiendo, y con un ojo manando sangre. Tamsyn se arrodilló, recogió los cartuchos, corrió hasta el cañón más próximo y entregó la pólvora al quinto artillero, que ya tenía el rostro ennegrecido por el humo. El teniente a cargo del cañón le lanzó una sola mirada perpleja y luego olvidó que el muchacho portador de pólvora tenía un aspecto tan poco ortodoxo y dio la orden de apuntar el cañón de tal modo que pudiesen disparar en cadena hacia el aparejo del barco enemigo.

Tamsyn comprendió, no muy alborozada, que podía cumplir una tarea útil y corrió de nuevo hacia las entrañas del barco, pasó por las estrechas escotillas, bajó por los pasadizos que iban de una cubierta a otra y llegó al recinto donde se guardaba la pólvora, recogió más y repitió su trayectoria.

El ruido ya era ensordecedor, hasta el punto que parecía resonar en su cabeza. No podía discriminar sus componentes pero, en ocasiones, diferenciaba los gritos. En un momento dado, un hombre estaba junto a ella y, al siguiente, estaba retorciéndose a sus pies, y sus dos piernas habían desaparecido, convertidas en un amasijo de carne y tendones y los gritos de su agonía la traspasaban.

Se arrodilló junto a él sintiéndose impotente y, al mismo tiempo, incapaz de abandonarlo en medio de un dolor tan espantoso, hasta que alguien le dijo con rudeza:

–¡Por el amor de Dios, lleve esa maldita munición al cañón número seis!

Y ella se puso de pie y corrió, tratando de no percibir el hedor nauseabundo a quemado que llegaba desde el sollado donde el cirujano amputaba con la velocidad de un carnicero, cauterizando cada muñón con brea para luego pasar a la próxima víctima.

Tamsyn resbaló en un charco de sangre cuando entregaba su carga y manoteó locamente aferrándose al faldón de la chaqueta del teniente. El le echó una mirada fugaz y luego ordenó, cortante:

–¡Arena!

Ella entendió y corrió hacia el barril de arena que había en un rincón y la esparció sobre la cubierta en grandes puñados para que absorbiese la sangre. Los cañones hablaban una y otra vez y ella iba agazapada, doblando y agachándose mientras corría. Cada vez que tenía ocasión de echar un vistazo al barco francés le daba la impresión de que estaba más dañado; sin embargo, seguían combatiendo y sus cañones provocaban muerte y horrorosas heridas entre la tripulación de la *Isabelle*.

Hugo Lattimer cerró su mente a la destrucción sufrida en la línea de flotación de su nave.

–Señor Connaught, redes de abordaje.

Buscó con la vista al coronel y lo vio con los fusileros que se alineaban junto a la borda. Se había procurado un mosquete y se dedicaba a bajar franceses de la arboladura, junto con e! gigante Gabriel, que estaba a su lado.

–Coronel, ¿lo abordamos? –invitó Hugo alzando la voz.

Julian vio las redes de abordaje que se balanceaban en el estrecho espacio que había entre los dos cascos y dibujó un floreo en el aire con su espada.

–Será un placer, capitán.

Saltó al alcázar y Gabriel lo siguió. En el fragor de la batalla, no había dedicado un solo pensamiento a Tamsyn; en ese momento, recorrió con sus ojos todo el alcázar.

–¿Me buscabas? –preguntó ella, sin aliento, a sus espaldas.

Él giró en redondo y la miró fijamente: tenía las ropas ensangrentadas, estaba ennegrecida de la cabeza a los pies, sus ojos parecían inmensos estanques violáceos en medio de la negrura, donde también se destacaban sus dientes cuando ella le dirigió una sonrisa fatigada.

–Como ya no disparan los cañones, no me necesitan abajo.

–Por todos los diablos, ¿qué has estado haciendo? –preguntó él.

–Transportando cargas de pólvora para los artilleros –respondió ella en tono práctico–. ¿Qué creías que estaría haciendo?

Julian sacudió la cabeza.

–No sé qué pensaba pero debería saber que estarías en lo más denso de la refriega.

Sin duda, Tamsyn estaría donde fuera más útil. En semejante situación, no habría pensado ni una vez en su seguridad personal. Julian sintió una súbita urgencia por apartarle el pelo pegoteado de la frente, de limpiarle una mancha de sangre que tenía en la mejilla. De compartir con ella la satisfacción por una batalla en la que se había peleado bien.

–Su ayuda vendría bien al cirujano – dijo con brusquedad el capitán Lattimer a Tamsyn, rompiendo la intensidad de ese instante entre los dos y permitiendo así que Julian se apartase del borde del precipicio.

En lo que a Hugo concernía, su pasajera estaba ocupando el lugar de un miembro más de su tripulación, por lo tanto, era lógico que la tratase como tal.

Sacó su espada y dijo:

–Vamos, caballeros.

Tamsyn observó con cierta envidia a los integrantes del grupo de abordaje mientras cruzaban por la red blandiendo sus espadas. Concebía mucho más esa lucha cuerpo a cuerpo que la carnicería de la artillería. Y si bien no era una cosa tan masiva como el ataque a Badajoz, de todos modos era terrible.

Por otra parte, ya que había acabado el fuego de los cañones, tenía que ocuparse de los heridos. Resuelta, volvió al combés.

Julian saltó sobre la cubierta del *Delphine*. Los hombres de la *Isabelle* habían iniciado una dura lucha cuerpo a cuerpo entre los dos barcos; el coronel vio a Hugo Lattimer mientras se abría camino entre ellos hacia el alcázar, donde hallaría a los oficiales franceses.

El coronel estaría custodiado por el ángel de la guarda pues, en el preciso momento en que se volvía, un oficial de mirada enloquecida saltó hacia él desde el castillo de proa. Julian paró los golpes, retrocedió bailoteando, se lanzó al ataque, pero su oponente era un esgrimista diestro y, con una mezcla de euforia y temor, comprendió que tenía una pelea entre manos.

Entre tanto, Gabriel hacía retroceder a un grupo armado de cuchillos y pértigas. La espada del gigante relucía al sol, su grito de guerra asustaba, y él iba empujando a sus oponentes hacia un rincón de cubierta, donde dejaron caer sus armas y se rindieron, reconociendo con prudente actitud que la batalla estaba perdida y que no tenía sentido exponerse a recibir más heridas.

Cuando Gabriel constató que su parte de la lucha estaba terminada, miró en derredor y vio al coronel luchando con el teniente francés. Julian estaba sufriendo una dura presión, pero su boca tenía una expresión decidida; en un momento dado, su rival resbaló en un charco de sangre y cayó sobre una rodilla.

Julian apartó la punta de su espada esperando que el otro se pusiera de pie. Los dos se miraron, y el francés alzó los hombros, saludó y entregó su espada por la empuñadura al coronel inglés.

Según indicaba la tradición, Julian tocó el arma y luego hizo un cortés gesto a su oponente, indicándole que la guardara. El hombre hizo una reverencia, envainó su espada, y los dos miraron alrededor: ya no eran enemigos sino dos guerreros fatigados por la batalla.

En el alcázar, Hugo Lattimer estaba aceptando la rendición del capitán del *Delphine* con la misma cortesía; insistiendo en que conservara su espada. No se humillaba a un enemigo que había luchado con valor, teniendo en cuenta que nunca se sabe qué giros puede dar la fortuna de la guerra si la situación se invierte.

Julian se dirigió al alcázar y Hugo lo saludó con sonrisa fatigada.

–Coronel St. Simon, permítame presentarle a *monsieur le Capitaine* Delors.

Los aludidos se estrecharon las manos y el capitán presentó a los demás oficiales. Todo fue muy cortés y civilizado, como si la infernal matanza de la hora anterior no hubiese acaecido jamás... siempre que ignorasen el olor a sangre, los constantes gemidos y gritos de los heridos, las perchas rotas y la jarcia destrozada esparcidos por las cubiertas manchadas de sangre.

–Pondré una tripulación de presa en este barco, al mando de Will Connaught –dijo Hugo–. Aquí traeremos también a nuestros heridos. Con unas pocas reparaciones, él podrá llevarlo de regreso a Lisboa.

Cuando recorrió con la vista el navío capturado no pudo ocultar su satisfacción. Había sido una jornada fructífera. La fragata francesa era un rico botín, le brindaría una inyección de fondos muy necesaria, y la tripulación de la *Isabelle* tendría su participación en él, algo que a su vez aseguraría un ambiente de júbilo en el barco para el resto del viaje.

Julian lo dejó para que hiciera todos los arreglos necesarios y regresó a la *Isabelle* utilizando las redes de abordaje.

–Este capitán Lattimer sabe lo que hace –comentó Gabriel, dejándose caer junto a él sobre la cubierta–. ¿Dónde está la niña?

–Imagino que todavía estará en el centro mismo de algo que se cueza.

Se abrieron paso hacia el sollado donde, milagrosamente el orden iba surgiendo en medio del caos. Tamsyn estaba de rodillas junto a un hombre herido, que esperaba a ser atendido por el cirujano. Había perdido un dedo y, al parecer, estaba bastante tranquilo: se lamentaba de que su herida no fuera suficiente para que lo enviaran a su hogar.

–¿Ya acabó todo?

Tamsyn alzó la vista hacia Julian y Gabriel, que iban atravesando la cubierta.

–Así parece –Julian le escrutó el rostro ennegrecido–. ¿Estás bien?

–Sí –se puso de pie y se estiró, cansada–. Aunque no sé cómo. No sé cómo es posible sobrevivir a semejante infierno. Ha sido horrible. Peor que cualquier otra cosa que yo haya presenciado.

Julian no respondió. No podía discutir esas palabras pero ambos eran soldados y las batallas formaban parte intrínseca de la vida, para ellos.

–Josefa está ayudando al cirujano –dijo Tamsyn a Gabriel–. Él afirma que ella es mucho más hábil que sus asistentes.

Se volvió hacia la popa, tropezó con un rollo de cuerda y cayó cuan larga era sobre cubierta.

Julian supuso que estaría agotada; le extendió una mano para ayudarla a ponerse en pie. Al ver que ella no la tomaba de inmediato, se inclinó y la levantó; para disimular su preocupación dijo con vivacidad:

–Estás acabada, muchacha.

Tamsyn no dio señales de haberlo oído. Tenía la vista fija en su muslo, de donde sobresalía una astilla que también había roto sus pantalones. De la herida donde estaba la astilla manaba sangre.

–¡Mira, me he cortado! Está sangrando.

Alzó los ojos y él vio que desbordaban de un horror enfermizo y que su rostro, bajo la capa de suciedad, se había puesto mortalmente pálido.

–¡Coronel, sujétela! –apremió Gabriel, que estaba detrás de él.

Tamsyn se tambaleó y le flaquearon las rodillas. Julian se movió justo a tiempo para recibir el ligero cuerpo que caía, inerte, sobre cubierta.

–¿Qué diablos...? –miró a la muchacha que estaba inconsciente en sus brazos y luego a Gabriel, con expresión incrédula–. Se habrá caído sobre la astilla pero no me parece que sea grave.

–Es por la sangre –dijo Gabriel sin alterarse–. Siempre se desmaya.

–Pero si ya estaba cubierta de sangre –dijo Julian sin poder creerlo.

–Sí, pero no es la suya –explicó Gabriel–. La pequeña no puede soportar cuando se corta. Cuando era niña, alborotaba toda la casa con sus gritos cuando se pinchaba con un alfiler… y si se trata de algo peor que eso, se desmaya. El barón lo intentó todo para corregirla pero, a la larga, se dio por vencido.

–¡Dios mío! –musitó Julian.

Qué absurdo. Cabalgaba como un cosaco, luchaba como un león de montaña, no se inmutaba ante incomodidades y privaciones, pero se había desmayado al ver su sangre. Recordó el cuchillo de Cornichet y se asombró al pensar en lo que le habría costado enfrentar la mera idea sin quebrarse.

–Convendrá que extraigamos rápido esta astilla –dijo él–. Cuando lo hagamos, sangrará más que ahora.

–Traeré a Josefa.

Julian llevó en brazos a Tamsyn hasta el camarote de día y, cuando la depositó sobre uno de los bancos acolchados, sus párpados aletearon y se abrieron.

–¿Qué ha pasado? ¡Oh, Dios mío, mi pierna! ¡Aún está eso clavado!

En su voz se detectaba un matiz de desesperación.

–Vamos a sacarla –dijo él con calma–. Sólo es una astilla. Te habrás caído sobre ella cuando tropezaste.

–¡La veo! ¡Voy a perder toda la sangre!

–¡Tamsyn, no seas ridícula!

Era tan ridículo que él tuvo ganas de reír, aunque la aflicción de la muchacha era aguda y muy auténtica. Sacó su daga del cinturón y cortó el cuero de los pantalones para despejar la herida.

–Y ahora, no mires –ordenó Julian al oír su gemido de horror cuando vio la astilla y la sangre que ahora corría en abundancia.

–Me han dicho que necesita de mis servicios –se oyó la voz del cirujano, asombrosamente alegre, entrando en el camarote, todavía con su delantal manchado de sangre, acompañado por Josefa y Gabriel–. Oh, caramba, qué grande es ésta –dijo, con el mismo alborozo–. La sacaremos de inmediato.

–¡No! –chilló Tamsyn–. Yo lo haré.

Se incorporó con esfuerzo y extendió la mano hacia el muslo.

–No, no lo harás. ¡Y deja ya de comportarte como una tonta! –Julian se sentó tras ella, apoyó la cabeza de Tamsyn en su regazo y la aferró con firmeza por los hombros–. Quédate quieta. Terminará en un instante.

Se acercó Josefa de prisa, tomó las manos de su niña y las oprimió hablándole con suavidad mientras el cirujano le extraía hábilmente la astilla. Brotó sangre; Tamsyn lanzó un gemido y volvió a desmayarse.

–Por Dios, ¿qué está pasando?

El capitán Lattimer entró en su cabina y la vio llena de personas que, por lo general, no eran bienvenidas en sus aposentos particulares.

–Tenemos un pequeño problema –respondió Julian con entonación risueña. Sacudió la cabeza, renovada su incredulidad, pero sin soltar los hombros de Tamsyn–. Esta absurda muchacha se está comportando como una débil señorita sólo porque una astilla se clavó en su pierna.

–¡Por Dios! –repitió Hugo–. ¡Y después de lo que ha estado haciendo durante la batalla! Según el teniente Godfrey, no se detuvo ante nada.

–Nada más extraño que las personas –declaró Samuel con su acento de Yorkshire, trayendo un tazón con agua caliente para el cirujano–. Iré a buscar un rollo de vendas.

Tamsyn recuperó el sentido cuando el cirujano estaba lavando su herida. Miró a la cara de Julian.

–¿Ya paró?

Tenía el rostro mortalmente pálido y una expresión tan temerosa y vulnerable como la de una niña aterrorizada. Habían desaparecido toda la elasticidad, la fuerza de su personalidad; buscaba consuelo y seguridad en él con una confianza que él no se atrevería a destruir.

Le sonrió y le apartó el pelo de la frente, tal como había querido hacer antes.

–Ya casi ha parado. El cirujano la vendará y, en un día o dos, estarás otra vez como nueva.

–No estaba muy profunda, señorita Tamsyn –dijo el cirujano esparciendo un poco de polvo de basilicón sobre la herida–. Así no habrá peligro de infección –enrolló las gasas y las vendas sobre el muslo y la paciente permaneció muy quieta mientras iba recobrando poco a poco el color–. Pero es probable que duela un poco. ¿Quiere tomar un poco de láudano?

–No me importa que duela –dijo Tamsyn–. No soporto la sangre.

–Bueno, la hemorragia parará pronto –se sacudió las manos y se incorporó–. Le recomiendo que no ande mucho por ahí, durante uno o dos días. Permita que eso se cure.

–Lo lamento –dijo Tamsyn con voz débil–. ¿Me comporté muy mal? –preguntó a Julian, con una evidente expresión de vergüenza y ansiedad en la mirada.

Si él hubiese querido tomarse venganza, ésa era la oportunidad perfecta. Pero no podía. Con la misma naturalidad con que había ofrecido su cuerpo invitándolo a los juegos amorosos, ahora confiaba en que él la ayudaría.

–Yo lo resumiría diciendo que tu comportamiento fue "inesperado" –la levantó y la hizo sentar sobre su regazo. Pero todos tenemos derecho a algunas debilidades.

–Me siento muy rara –dijo Tamsyn, apoyándose sobre él con la mayor naturalidad–. Toda débil y temblorosa.

–Yo diría que le vendría bien un baño –sugirió Samuel–. Y un poco de leche caliente con ron.

–Samuel, ocúpese del agua caliente, entonces–dijo Hugo–. Tráigala aquí, que hay más lugar. Y use mis cosas si las necesita. Dejaremos solas a las mujeres.

Después de haber tenido el noble gesto de ceder su refugio, se fue a reanudar su tarea aunque al llegar al alcázar cayó en la cuenta de que todos lo habían seguido menos el coronel, que se había quedado con ella.

Arqueó una ceja y echó una mirada a la puerta cerrada de su camarote, donde un centinela había ocupado su puesto de costumbre ahora que la rutina del barco iba recuperando su ritmo normal. "Qué interesante, –pensó el capitán–, aunque no me sorprende." Se volvió hacia su segundo, que había remplazado a Will Connaught, ahora al comando de la tripulación de presa del *Delphine*.

–Ayustaremos la braza de la gavia, señor Denny. Sirva una ronda de ginebra a la tripulación; se lo ha ganado.

Al oír la orden, los marineros prorrumpieron en hurras, y Hugo se sintió satisfecho; de momento, en su nave reinaba la alegría.

En el camarote de día, Tamsyn se refugiaba en el abrazo consolador de Julian mientras Samuel calentaba agua de lluvia de un barril que había en cubierta y llenaba una bañera de asiento. En ocasiones, el barón la abrazaba de una forma muy parecida y la sensación era tan natural como reconfortante. Aún estaba avergonzada por lo que ella lo reconocía– había sido una exhibición ridícula aunque no podía recordar mucho de lo que había dicho sino sólo el espantoso pánico que la había embargado al ver su carne desgarrada. Aunque supiera que era irracional, no era capaz de controlarlo como tampoco hubiese podido separar las aguas del Atlántico.

Josefa se atareaba en el camarote dando órdenes a Samuel en español; éste, por su parte, no le hacía caso y seguía haciendo las cosas a su manera.

Después que Samuel se hubo marchado, Julian ordenó a la española:

–Josefa, traiga un camisón y una bata para Tamsyn, después puede marcharse.

Él no había tenido intención de decir nada semejante. Había pensado en depositar su carga sobre los almohadones y marcharse, dejándola en las competentes manos de su ama. Sin embargo, lo había dicho.

La expresión de Josefa dio a entender que no le había gustado la orden pero, como el aire de autoridad que emanaba del coronel la intimidaba, no puso objeciones. A decir verdad, Tamsyn tenía los ojos cerrados y parecía dormitar.

–Ay de mí–murmuró Josefa como solía hacer, fue hasta el cuarto contiguo a buscar las prendas solicitadas y las dejó con cuidado sobre una silla.

A continuación, estuvo sin saber qué hacer durante un minuto y por fin salió después de hacer un expresivo encogimiento de hombros.

–Cortaré esos pantalones para poder quitártelos –dijo Julian en tono práctico.

El pensamiento racional le decía que estaba loco si seguía por ese camino, pero Tamsyn se había abandonado de tal manera a su cuidado que le pareció lógico completar la tarea. Lógica, grata y hondamente atractiva.

En el círculo de sus brazos sintió a Tamsyn ligera y frágil como una hoja. Había desaparecido la vibrante sensualidad que él era incapaz de resistir; en su lugar había una tierna vulnerabilidad igualmente irresistible.

La depositó a su lado sobre la colchoneta y le quitó las botas.

–Yo puedo quitarme la ropa –dijo Tamsyn con voz que sonaba más fuerte–. He dejado de portarme como una tonta.

–Bueno. Pero, ya que estamos, podrías dejarme terminar. No querrás abrir la herida.

Un breve estremecimiento la recorrió y se quedó quieta de inmediato dejando que él le quitara las medias y le cortase los pantalones con su daga para quitarlos. Ella se sentía soñolienta, como al borde de un tibio y oscuro abismo que la llamara, y la sensación de las manos masculinas que tocaban su cuerpo quitando lo que quedaba de ropa era sedante. En el fondo de su mente flotó la idea de que ella estaba perdiendo una oportunidad. Por algún motivo, St. Simon se había ablandado y, aun así, ella no podía hacer más que rendirse a sus atenciones. La sombría idea del embarazo reptó hasta la superficie de su mente pero, como no podía concentrarse, la apartó.

Se metió en el agua caliente y dejó el muslo herido colgando sobre el borde de la bañera mientras las manos de él se movían con pragmática familiaridad sobre su piel, en una actitud más propia de una niñera que de un amante. La idea le hizo sonreír, soñadora; se renovó en ella el deseo de apelar a su voluntad para llegar a mayores intimidades pero luego llegó a la conclusión de que estaba disfrutando demasiado con el baño como para cambiar la situación, aun en el caso de que hubiese podido.

–¿Por qué sonríes?

Julian tomó la toalla, consciente de que había estado engañándose. No había nada platónico en sus cuidados; como consecuencia de ello, él estaba ardiendo.

–Nada en particular –Tamsyn lo miró con los ojos semicerrados y vio la tensión de su rostro, la rigidez de su boca. Sólo podía haber un motivo; eso hizo que parte de la languidez se disipara–. Me siento muy débil –dijo–. No creo que pueda tenerme en pie.

Julian maldijo por lo bajo, pero había empezado y tenía que terminar. La sacó en brazos del baño, sosteniendo su cuerpo apretado contra el de él, y ella acurrucó su cabeza en el hombro de él ronroneando de placer. ¿Lo haría adrede? Sus sospechas aumentaron.

La sentó con firmeza sobre el cajón y la envolvió con la toalla.

–Puedes secarte sentada. Yo me ocuparé de las piernas y los pies.

"Oh, bueno, pensó Tamsyn, fue un buen intento." Se secó lo mejor que pudo; Julian le entregó su camisón y disimuló su alivio cuando el cuerpo de ella desapareció bajo los pliegues de la tela. Le entregó la bata.

–Ponte esto también; después podrás levantar las piernas y apoyarlas en los almohadones –le indicó, esperando haber logrado el tono neutral y eficiente de un enfermero–. Iré a ver cómo va Samuel con la leche caliente.

Tamsyn se acomodó. Si bien se sentía mucho mejor, aún estaba temblorosa y con un poco de náuseas. Cerró los ojos; de repente, los abrió de nuevo conteniendo el aliento y prestando atención a su cuerpo. Sentía un tenue calambre en la parte baja del vientre que, si bien era débil, resultaba inconfundible. ¿La herida habría hecho reaccionar a su organismo? ¡Ojalá que no se calme el calambre! Parecía una plegaria que repitió una y otra vez en su cabeza, procurando dejar fuera todo lo demás: "Por favor, que empeore!"

Samuel entró con una bandeja en la que traía un vaso de leche hirviendo. Lo dejó sobre la mesa y echó un generoso chorro de ron de una botella de las varias que el capitán guardaba en un armario.

–Eso le sentará bien, muchacha –afirmó.

Julian se había servido un vaso del clarete de Hugo y ahora se sentó junto a la mesa observando a Tamsyn, que bebía su leche preocupada y en silencio. Tenía la misma apariencia suave e inocente de un gatito, con su camisón y su bata blancos y su pelo platinado. Pero él no se engañaba en absoluto. Se había mentido a sí mismo y, como consecuencia, su cuerpo se lo hacía saber de un modo inconfundible.

De repente, Tamsyn dejó su vaso y dijo:

–Necesito ir a cubierta.

Bajó las piernas con un vigor que desmentía su anterior debilidad, pero enseguida se aferró del costado de la mesa y sofocó una queja cuando su pierna palpitó dolorosamente.

Con una mueca torva, Julian la alzó, la llevó al camarote contiguo y la dejó ante la puerta del excusado.

–Gracias. No es necesario que me esperes. Josefa me ayudará –ella sonrió con dulzura.

–Voy a cubierta –dijo él con brusquedad–. No te apoyes en esa pierna.

La dejó y se apresuró a subir al alcázar, con la esperanza de que el aire le refrescaría el cerebro y la sangre recalentada.

Cuando salió del excusado, Tamsyn comprendió que, hasta el momento, nunca había comprendido bien qué era el alivio. Su corazón cantaba contento cuando pidió a Josefa que buscara los elementos necesarios en su equipaje. Nunca más… nunca, jamás volvería a tentar al destino.

Se arrebujó en su bata y volvió saltando al camarote del capitán para acomodarse otra vez bajo las ventanas, y contemplar la extensión del mar hasta el horizonte gris. Dejó que su cuerpo se relajara y recibió con alegría los fuertes espasmos sintiendo que un dulce alivio bailoteaba en sus venas.

Julian entró en el camarote media hora después a buscar su capa encerada. El viento arreciaba y se notaba que habían dejado atrás la tibieza de Portugal.

–¿Cómo estás? –preguntó él distante y cortés.

–Maravillosamente bien –respondió ella con una vehemencia que lo asombro–. Ha vuelto mi menstruación –dijo–. Tenía un retraso y me preocupaba...

–He estado esperando que dijeras algo –dijo él.

–Bueno, está bien –agregó Tamsyn con sonrisa torcida, apartándose el pelo de la frente–. En el futuro, no correremos más riesgos.

La boca del coronel se tensó, sus ojos adquirieron un brillo acerado y un filo de espada, y se acercó a ella.

–Debes entender esto, Tamsyn: no habrá futuro. Yo cumpliré con este maldito contrato porque debo hacerlo, pero nada más. ¿Está claro?

Tamsyn apartó su mirada de los penetrantes ojos azules y fijó su vista en el mar, que ahora estaba rizado y gris.

–Si usted lo dice, milord coronel...

14

–El mensajero acaba de dejar una carta, querida. Me parece que es la escritura de St. Simon, ¿no? –sir Gareth Fortescue entró en la sala del desayuno examinando con inusual interés la carta que llevaba en la mano–. Despachada en Londres, ¡por Dios! Yo creía que tu hermano estaría en la Península hasta que acabara la guerra.

Dejó la carta junto al plato de su esposa y observó con desazón las fuentes dispuestas sobre el trinchante.

–Ya no sé cuántas veces he dicho a la maldita cocinera que quiero que mi tocino esté crujiente. Mira esto levantó una tajada con el tenedor de servir–. Está blanco y correoso como la panza de un puerco.

Lucy Fortescue se sonrojó y desplazó su silla hacia atrás entre murmullos de consternación.

–Siento mucho no haberlo notado, Gareth. ¿Quieres que llame a Webster y le diga que traiga más?

–No, no te molestes –Su esposo se lanzó sobre su silla, a la cabecera de la mesa, luciendo una mueca de irritación. Me las arreglaré con el solomillo.

Lucy vaciló; estaba ansiosa por leer la carta de su hermano pero tampoco quería descuidar a su marido en este difícil momento de la mañana. A juzgar por lo apagado de sus ojos y de su cutis, era obvio que Gareth no se sentía bien esa mañana. No sabía con certeza dónde había pasado él la velada anterior, menos aún la noche. No la había pasado en su propia cama y, por cierto, tampoco en la de ella. Lucy no disfrutaba con lo que sucedía en el lecho conyugal pero era esencial para sostener un matrimonio, y algo no funcionaría bien para que su marido se conformara tan a menudo con dejarla dormir sola.

Suspiró y se sonrojó de nuevo, temerosa de que él hubiese oído el suspiro. Gareth aborrecía que ella diera muestras de aflicción. Interpretaba la desdicha de ella como una crítica y una callada insatisfacción de lo que le había tocado en suerte.

Ambas cosas eran ciertas. Lucy ahogó rápidamente esa idea rebelde; su madre le había dicho, más veces de las que podía recordar que el deber de una esposa era no manifestar ante su marido nada que no fuera apoyo y obediencia, y aceptar con alegría la clase de vida que él dispusiera para ella. Y Julian, que después de la muerte de su padre era el único hombre cuyas opiniones ella tenía presentes compartía el punto de vista de su madre, sin lugar a dudas. Además, él se había opuesto a esa unión desde el principio; en consecuencia, ella no podía pedir la solidaridad de su hermano porque el matrimonio con sir Gareth Fortescue no fuese como ella había soñado.

Pero era muy arduo. Se le escapó otro breve suspiro. Era muy duro que, a sus dieciocho años y después de diez escasos meses de matrimonio, él la dejase sola día y noche mientras continuaba sus antiguas actividades y relaciones como si nunca hubiese estado junto a ella ante el altar.

–¿Y bien?

La brusca pregunta le hizo levantar la vista y mirarlo con aire culpable. Gareth estaba ceñudo; sostenía en su mano un jarro de cerveza.

–¿Sí, Gareth?

–Bueno, ¿qué dice tu hermano? –preguntó, impaciente.

–Oh, aún no he leído la carta.

Esbozó una sonrisa tímida y arrancó la oblea que sellaba la carta.

–¡Oh! –volvió a exclamar Lucy.

La carta era tan breve y sucinta como todas las de su hermano; en medio minuto conoció su contenido.

–¿Y bien?

–Julian dice que pasará en Inglaterra algunos meses. El duque de Wellington le ha encomendado una misión en el regimiento de caballería de la Guardia Real y en Westminster, y después irá a pasar el verano a Tregarthan.

–¡Buen Dios! ¿Para qué? ¿Acaso se ha licenciado del ejército o algo así?

–No, no lo creo –dijo Lucy frunciendo el entrecejo–. Dice que trae con él a alguien... a una.., una dama española levantó la vista, confundida–. Dice que le debía un favor al padre de ella y que, cuando éste estaba muriendo, le pidió a Julian que tomara a su hija bajo su protección y que dispusiera su presentación en la sociedad inglesa. Parece que ella tiene parientes en Cornwall y espera que la reconozcan.

Sus ojos, de un azul de porcelana, se agrandaron expresando su confusión cada vez mayor.

–No es muy típico de Julian, ¿verdad?

Gareth lanzó un resoplido de risa.

–Si se tratase de cualquier otro que no fuese St. Simon, yo juraría que se ha traído de la guerra una mujer ligera de cascos, pero él es tan estricto en lo que atañe a la corrección que jamás mancillaría el precioso terreno de Tregarthan con una relación impropia.

Lucy se sonrojó intensamente y sorbió precipitadamente su té, ahogándose cuando el líquido le quemó la garganta.

–No seas tan boba, Lucy –dijo Gareth con cierta delicadeza–. Ya conoces algunos hechos de la vida: eres una mujer casada, no eres una muchachita virginal. Por las venas de St. Simon corre la misma sangre roja que corre por las de cualquier otro hombre; la única diferencia consiste en que él es condenadamente apegado respecto del lugar y el momento en que se permitiría satisfacer las necesidades que tiene un hombre.

–Sí... sí, supongo que sí –Lucy empujó su silla hacia atrás y se puso de pie rápidamente–. Excúsame, Gareth, debo hablar con la cocinera sobre los menús.

Salió de prisa de la sala, y su marido se quedó pensando que, si St. Simon no hubiese sido tan estricto, Lucy podría haber tenido un compañero más animado, tanto en la cama como fuera de ella. Su hermano, diez años mayor que ella, había sido su tutor durante siete años, antes de que ella se casara, y sus ideas con respecto a lo que era correcto en relación a un St. Simon eran endiabladamente rígidas.

En realidad, era una pena. Gareth volvió a llenar su jarro de cerveza y notó, con alivio que con cada trago que bebía su resaca iba desapareciendo. Lucy era una muchacha guapa y sus suaves y femeninas curvas

eran muy atractivas para Gareth, aunque ella lo ignoraba todo acerca del modo de complacer a un hombre. Así, no era de extrañar que él siguiera buscando sus placeres donde siempre los había satisfecho.

Otra vez se le arrugó el ceño al recordar algo que había sucedido la noche anterior y que ahora surgía de entre la niebla de coñac en la que había pasado la mayor parte de la velada. Marjorie había estado fastidiándolo de nuevo. Siempre quería algo más. Que el brazalete de diamantes que él le había regalado no era de primera agua... que la nueva modista no sabía lo que hacía, que era imperioso que ella se, hiciera cliente de Lutece. El dinero no significaba nada... nada, si ella de verdad le importaba. ¿Acaso ella no lo hacía feliz? ¿Incluso más de lo que un hombre merecía?

Gareth se removió en su silla al recordar con las mismas ansias de siempre lo feliz que podía hacer Marjorie a un hombre. Aun así, su precio era demasiado alto... y cada día crecía más.

Paseó su mirada por la elegante sala de la graciosa mansión de Sussex, miró por la ventana hacia la tersa extensión del prado, de un verde lozano. Su hogar paterno estaba en ruinas cuando él se casó con Lucy St. Simon. La dote de ella había servido para repararlo y también servía ahora para financiar los costosos gustos de Marjorie .... o, mejor dicho, los costosos hábitos del propio Gareth.

Una tenue oleada de disgusto perturbó la superficie, generalmente imperturbable, de su confianza en sí mismo al hacerse presente el asombroso pensamiento de que tal vez tuviese que interrumpir algunos de esos hábitos. Si se atenía a los hechos él era, en efecto, un hombre casado.

La montaña de facturas de sus acreedores crecía cada vez más: sastres, proveedores de vino, fabricantes de zapatos, sombrereros. Por supuesto, había que cancelar su cuenta en Tattersall en la fecha correspondiente, y sus deudas de honor tampoco podían esperar. Por fortuna, los comerciantes aún no se habían puesto demasiado insistentes con los pagos; su matrimonio todavía era lo bastante reciente como para extender su crédito aunque no le agradaba la idea de pedir un préstamo a su cuñado para liquidar sus deudas. Como parte del acuerdo matrimonial, St. Simon ya había liquidado muchas.

No lo preocupaba la perspectiva de que St. Simon fuese a negárselo o pudiese hacer algún comentario sobre la prodigalidad de su cuñado, pero sí sabía que alzaría una de sus hirsutas cejas dorado rojizas y mostraría su incredulidad tanto como su buena crianza se lo permitiese.

No, no tenía por qué soportarlo si podía evitarlo. Gareth apartó su silla, se estiró y frunció el entrecejo cuando una idea se coló a través de la niebla cada vez más tenue de su resaca. ¿Por qué no hacer una visita a St. Simon en el hogar ancestral? Claro que una temporada en el campo sería tediosa pero lo mantendría alejado de la tentación de Marjorie, de las pistas de carreras, de las mesas de juego y, por añadidura, tendría un respiro con las amables notas de sus acreedores. Y quizá no fuese tan tedioso. Tal vez fuese divertido conocer a esa dama española que St. Simon había cobijado bajo su ala. Ahí había algo raro... muy raro.

Por otra parte, a Lucy le haría un bien inmenso el aire de Cornwall. En los últimos tiempos, estaba muy nerviosa. Ella amaba Cornwall, su tierra; recibiría con alborozo la perspectiva de pasar allí unas semanas veraniegas con sus amigas de la infancia.

Convencido de que actuaría en beneficio de los intereses de su esposa, Gareth Fortescue salió de la sala de desayuno para informar a Lucy sobre su brillante y noble decisión.

–Pero, Gareth, Julian no nos ha invitado –Lucy, que estaba ante su *secretaire*, giró hacia él y, en su consternación, dejó caer la pluma sobre la alfombra–. No podemos llegar sin ser invitados.

–¡Oh, tonterías! –Gareth desechó el argumento con un ademán altivo–. Es tu hermano y estará encantado de verte. ¡Pero si no se ven desde nuestra boda; incluso aquélla fue una visita fugaz porque él tenía prisa de volver con su regimiento!

–Sí... pero... pero, Gareth, ¿qué me dices de la dama española? Si él quisiera que yo fuese, lo habría dicho.

–No quiso pedirte que renunciaras a tu veraneo para ayudarlo en esta obligación, puedes estar segura –replicó Gareth, muy tranquilo–. Ten en cuenta que hace muy poco que hemos regresado de nuestra luna de miel.

El hombre sonrió y la pellizcó debajo del mentón.

–Puedes estar segura, Lucy: él estará agradecido de contar con tu ayuda para atender a esta dama. Además, si ella es soltera, necesitará tener una anfitriona aunque sea una especie de tutor para ella. Tu llegada hará que todo sea perfectamente correcto.

Él se inclinó y le dio un beso ligero.

–Y ahora, sé buena y arréglalo todo de modo que podamos marcharnos el fin de semana siguiente. Viajaremos en etapas breves para que no te fatigues.

–Caramba –murmuró Lucy cuando la puerta se cerró tras la partida de su marido.

Era maravilloso que Gareth estuviese tan alegre y atento, pero ella conocía a su hermano y sabía que no le gustaría esa visita inesperada. Él no aprobaba a Gareth y tampoco le agradaba demasiado. Los intensos ojos azules de su hermano se volvían fríos e inexpresivos cada vez que hablaba con Gareth e incluso cuando lo mencionaba en una conversación. Siempre era inobjetablemente cortés con él, como si fuese un pariente lejano.

Lucy había visto y oído a su hermano con sus amigos y sabía cuánto despreciaba él a quienes llamaba frívolos de sociedad: hombres que desperdiciaban su tiempo y sus energías en los clubes de St. James y que revoloteaban en torno de las beldades y las herederas de cada temporada social. Incluso si aplicaba su propio punto de vista, que era prejuicioso, debía admitir que Gareth entraba en esa categoría. A diferencia de Julian, no era hombre de acción ni de opiniones firmes. Como casi todos los demás. En cambio, Julian tenía un comportamiento extraño, según la mirada de la sociedad.

Lucy suspiró, se volvió de nuevo hacia su *secretaire*, acercó una hoja de papel de color azul claro, su preferido y, mordiendo la punta de su pluma, se esforzó por pensar en una manera delicada de anunciar a su hermano su inminente llegada a Tregarthan.

¿Y qué pasaría con esa dama española? ¿Cómo sería? ¿Sería joven? Era de suponer, si su padre la había dejado bajo la protección de Julian. No condecía en absoluto con la personalidad de Julian asumir semejante tarea pero, por otra parte, tenía un sentido del deber y de la obligación muy acendrado. Tal vez el padre de la dama le hubiese salvado la vida o algo de parecido dramatismo.

¿Sería hermosa?

¿Y qué podría hacer la sociedad de Cornwall con una persona que parecía ser tan exótica? Los integrantes de esa sociedad eran personas ordinarias, intolerantes, que tenían poco trato con el mundo más allá de Cornwall. Hasta era posible que esa huérfana española ni siquiera hablara inglés.

Todo aquello era muy fuera de lo común. Ya impulsada por la curiosidad, Lucy comenzó a escribir de prisa, aceptando el argumento de Gareth de que tal vez su hermano necesitara una anfitriona si él recibía huéspedes. Para ella sería una dicha asumir esa responsabilidad para ayudar a su querido hermano y estaba impaciente por volver a verlo después de tanto tiempo. Confiaba en que él estuviese bien y le enviaba sus...

Al llegar a este punto hizo una pausa. ¿Qué le enviaba? ¿Su amor? No, eso sonaba artificial. Julian siempre era amable con ella aunque, a la vez, un poco remoto, y no había vacilado en ejercer su autoridad como su hermano y su tutor en las raras ocasiones en que ella se había sentido tentada de rebelarse contra las restricciones que él y su madre consideraban necesarias para una hija de la casa St. Simon.

Se limitó a enviarle cálidos saludos, echó arenilla sobre la hoja, la plegó, la selló y fue a buscar a Gareth para que la enviase. Para entonces, Julian ya estaría por llegar a Cornwall puesto que su nota estaba fechada la semana anterior, de modo que la carta de ella llegaría a Tregarthan pocos días después que él. No quedaría tiempo para que elle respondiese diciéndole que no fuera, y él era demasiado cortés para hacerles volverse cuando ya hubiesen llegado.

Pese a todo, podía mostrarse frío. Lucy apartó esa idea y comprendió que estaba ansiosa por experimentar el cambio que prometía este viaje. Y Gareth estaría con ella durante las siguientes semanas. No habría más noches pasadas con... vaya a saber con quién. Quizás ella pudiera aprender a complacerlo un poco... o, al menos, fingir que ese desagradable embrollo de los cuerpos no era algo que la causara tanto disgusto.

Mucho más reanimada, fue a su dormitorio a revisar su guardarropa para elegir qué llevaría a su veraneo en Cornwall.

¿Alguna vez dejaría de llover en esa odiosa comarca gris? Tamsyn se asomó por la ventana de la posada en Launceston, y extendió su mirada por ese amontonamiento de tejados de pizarra que brillaban mojados por la lluvia que no paraba desde que habían llegado a Portsmouth, hacía dos semanas. No era intensa y tumultuosa como la lluvia española; era una llovizna continua que daba a la atmósfera un frío tan húmedo que se sentía hasta en la médula de los huesos.

A sus espaldas, en el pequeño dormitorio, Josefa murmuraba para sí mientras guardaba lo que habían usado durante la noche. Ella no disfrutaba del viaje por este país frío y gris donde el sol nunca brillaba pero, como la hija de El Barón había dicho que debían hacerlo, era para ella un mandato tan poderoso como si hubiese salido de los labios del propio barón.

Se oyó un breve llamado a la puerta y entró Gabriel, inclinándose para pasar debajo del dintel. De su pesada capa goteaba el agua de lluvia.

–¿Has terminado con esa maleta, mujer?

–¡*Ay de mí*! –murmuró Josefa, forcejeando con las duras correas y sus hebillas–. Estaré contenta cuando lleguemos al sitio adonde vamos.

–¿No lo estaremos todos, acaso? –dijo Gabriel con acritud.

Posó un momento su gran mano sobre el brazo de su mujer en uno de sus raros gestos de simpatía. El, al menos, había nacido en esta tierra, pero para una campesina proveniente de las áridas regiones castellanas, era un país extraño. Ella le sonrió con cierta timidez y balanceó la cabeza, regodeándose con la sorprendente ternura de la súbita sonrisa de él. Gabriel era su hombre, el sol de su vida; siempre caminaba dos pasos detrás de él y su Palabra era ley.

Gabriel levantó la maleta.

–Pequeña, hoy viajarás dentro del carruaje: órdenes del coronel.

–¿Desde cuándo da órdenes? –replicó Tamsyn, irritada, dirigiéndose a Gabriel, que ya se alejaba. Era la gota que colmaba la copa de esa mañana desconsoladora–. No tengo intenciones de dejarme balancear y sacudir en esa calesa. Me descompone.

Bajó tras de Gabriel por la crujiente escalera de madera, atravesaron el vestíbulo con suelo de lajas iluminado por lámparas y salieron al sombrío patio de la posada, donde estaba la silla de postas que los había llevado desde Londres a la que los palafreneros estaban enganchando los caballos; uno–de ellos ataba a César en la parte de atrás.

El coronel lord St. Simon los observaba. La llovizna hacía que su capa pareciera negra, y del ala de su sombrero de castor caía un chorro continuo, pero él no prestaba atención al clima.

–Buenos días –saludó animadamente a Tamsyn.–. ¿Has dormido bien?

–Siempre duermo bien –respondió ella–. Incluso cuando las sábanas están húmedas. ¿Alguna vez dejará de llover?

Él lanzó una carcajada.

–Sí, un día parará. Una mañana, te levantarás, el cielo estará muy azul, brillará el sol, cantarán los pájaros y te olvidarás de la lluvia. Es una de las trampas de Inglaterra.

Tamsyn hizo una mueca que expresaba su escepticismo y se arrebujó en su capa. con el pelo pegoteado en la cabeza.

Julian se sorprendió pensando, divertido, que ése no era clima para un ranúnculo. Ella tenía una apariencia abatida y melancólica, con su brillante pelo oscurecido por la lluvia, su cuerpo menudo acurrucado dentro de la pesada capa y su habitual chisporroteo desafiante y desvergonzado ahora apagado por el clima deprimente. Entonces, comenzó a pensar qué estaría haciendo su brigada y su buen humor se esfumó. Si a ella no le agradaba el clima de su patria de adopción, suya era la culpa.

¿Cuánto tiempo habría necesitado Tim para volver a los hombres a la disciplina después de los excesos de Badajoz? ¿En qué punto de la larga marcha a Campo Mayor estarían? ¿Quienes estarían vivos aun? Como de costumbre, las preguntas rondaban por su cerebro y tuvo que hacer un esfuerzo para volver al patio de la posada en Launceston mojado por la lluvia y a sus actuales preocupaciones.

–Quiero que esta mañana viajes dentro de la calesa con Josefa –dijo, cortante.

–Gabriel ya me lo ha dicho, pero yo no quiero. Prefiero mojarme antes que ir dentro de esa nauseabunda caja que se sacude todo el tiempo.

Se volvió para desatar su caballo de la trasera del carruaje.

Julian la tomó del brazo.

–Necesito que vayas dentro del coche, Tamsyn.

–¿Por qué?

–Porque vamos a atravesar Bodmin Moor –contestó él, como fuera suficiente respuesta.

Tamsyn frunció el entrecejo. Habían llegado a Launceston a primeras horas de la tarde del día anterior, y el coronel se había empecinado en que ese día no siguieran adelante en un tono bastante parecido al que ahora usaba con respecto al cruce de Bodmin Moor.

–¿Y entonces, milord coronel?

Se enjugó la lluvia de la cara mientras lo miraba con expresión interrogante.

–Entonces, ranúnculo–respondió él marcando las palabras–, necesito que viajes junto con tu malhadado tesoro. Gabriel y yo iremos a la cabeza, como primera defensa, y tú irás dentro, armada y preparada.

–Ah. ¿Eso significa que en ese Bodmin Moor hay bandidos?

Su expresión se animó de manera notable.

–Nosotros los llamamos ladrones de caminos –dijo él con seca sonrisa–. Son una gente salvaje y sin piedad como cualquier bandolero de montaña o barón ladrón.

Tamsyn prefirió dejarlo pasar.

–Gabriel tiene mis armas. Iré a buscarlas.

Se marchó con paso bastante más vivaz ante la perspectiva de que un poco de acción animase ese pesado viaje.

Julian golpeó con los pies sobre las piedras y se subió el cuello de la capa, repasando mentalmente sus propias armas. "Dentro de Bodmin y fuera del mundo", decían los habitantes de la región cuando se disponían a cruzar ese páramo lúgubre barrido por el viento. Sin contar sus años de escolar, él había crecido en Tregarthan, la propiedad de la familia St. Simon que daba al río Fowey y se consideraba tan cornualles como el propietario de esa posada de Launceston, impregnado de las tradiciones y las costumbres de la comarca. El amaba cada hoja de la hierba, cada flor de los arbustos y los setos. Le alegraba la perspectiva de tomar otra vez en sus manos las riendas de su propiedad, de recorrer su casa, de cabalgar en sus tierras. Si quería ser del todo sincero, reconocía que habría compensaciones en esta obligada temporada en el campo.

Había expuesto ante los lores de Westminster la urgente necesidad que tenía el duque de recibir refuerzos de fondos y hombres, y había obtenido ciertos progresos en Londres, con respecto a la misión encomendada por Wellington. Lo habían escuchado con halagadora atención y le sugirieron que regresara un mes después para responder algunas preguntas y, de ese modo, les diera tiempo para reflexionar con respecto a la solicitud del duque. Las ruedas del gobierno giraban con suma lentitud; Julian ya sabía que no debía esperar respuestas inmediatas. Había escrito a Wellington informándole todas las novedades y ya se había resignado a volver a Londres en julio, cuando suponía que habría resultados más concretos sobre los cuales podría informar. Si bien admitía que ese trabajo político era de vital importancia, resultaba aburrido a un hombre que como él florecía con el olor y el ruido de la pólvora, los desafíos y las privaciones de las marchas forzadas, las argucias y vulgaridades de los soldados rasos. Ni siquiera la idea de disfrutar en su casa y su tierra podría compensarlo, realmente, por una pérdida de esa clase.

De no haber sido por la descendiente bastarda de un ladrón español, él aún estaría con el ejército. Wellington jamás lo hubiese enviado en misión diplomática si no se hubiese presentado una oportunidad tan forzada.

Tamsyn no tenía conciencia de las reflexiones de Julian; se instaló en el interior del carruaje con la aterida Josefa y pasó revista a los cofres con oro y joyas metidos debajo de los asientos. Su presencia hacía que el interior del vehículo estuviera más atiborrado aun. Por lo general, eso no preocupaba a nadie porque la única que solía viajar dentro era Josefa. Pero Tamsyn no podía discutir las medidas de defensa del coronel cuando tenían que atravesar una región salvaje y peligrosa; se acurrucó en un rincón dejando todo el espacio posible para la voluminosa Josefa y controló que sus dos pistolas estuviesen preparadas para disparar. Josefa las recargaría en caso de que fuesen atacados.

Gabriel metió la cabeza por la ventanilla.

–Ya partimos. ¿Están bien ahí dentro?

–¿Es muy largo el trayecto por el páramo? –preguntó Tamsyn.

–No lo sé –sacó su cabeza–. Coronel, la pequeña quiere saber cuánto tiempo tendrá que viajar dentro del coche.

–Bodmin tiene unos treinta y tres kilómetros –respondió Julian, montando a caballo–. Después, puedes cabalgar, si quieres. Desde allí hasta Tregarthan sólo hay diecinueve kilómetros.

Satisfecha, Tamsyn hizo un gesto afirmativo. Apenas había amanecido y hacia el anochecer sin duda habrían cubierto los treinta y tres kilómetros; habían estado haciendo un promedio de sesenta y cuatro por día desde que salieron de Londres, viajando por los caminos empedrados que utilizaban las diligencias haciendo frecuentes cambios.

De todos modos, cuando se marcharon dejando atrás el ruinoso castillo de Launceston y su torre, se hizo evidente que la huella estrecha e irregular que atravesaba Bodmin Moor no era precisamente un camino de diligencias. Era un camino viejo conocido como Tinners Way, que se empleaba para transportar estaño y arcilla desde las minas de Fowey a través de Bodmin, atravesando el páramo en dirección al sur de Inglaterra. A ambos lados, hasta el horizonte, se extendía un territorio oscuro y lluvioso, con árboles esqueléticos doblados por la fuerza del viento y enredadas matas de retama y aulaga que se aferraban a la tierra de turba. El cochero imprimía a sus caballos un trote cómodo y el camino trepaba abruptas lomas y se sumía otra vez en el llano páramo. Las ruedas de hierro batían la tierra mojada convirtiéndola en un mar de cieno y, cada tanto, la calesa daba una sacudida hasta casi detenerse mientras las ruedas zafaban del lodo.

Cada vez que esto sucedía, el cochero maldecía y descargaba su látigo sobre los caballos, echando ansiosas miradas en derredor, con su trabuco sobre las rodillas. Gabriel y Julian cabalgaban uno a cada lado del coche, con sus mosquetes atravesados en los pomos de sus monturas, pistolas a la cintura, bajas las alas de los sombreros, y los cuellos vueltos hacia arriba para poder enfrentar la lluvia punzante que el viento arremolinaba.

Viajaban en torvo silencio, siempre vigilantes, hasta que, por fin, llegaron al final del páramo después de cinco tensas horas sin haber divisado ni la sombra de posibles asaltantes de caminos ni a otros viajeros, en ese crudo día de comienzos del verano.

Fatigados, los caballos bajaban al trote la abrupta cuesta de la colina hacia el centro de Bodmin. Tamsyn saltó del coche con un suspiro de alivio cuando se detuvieron en el patio de la posada. El movimiento le había provocado náuseas y sentía una ominosa tensión en las sienes. Echó una mirada alrededor, a través de la continua llovizna, observando la ciudad que era un conjunto de tejados de pizarra gris y piedra igualmente gris trepando la ladera.

El coronel desmontó y se acercó a ella. Con ojos penetrantes, observó su rostro y notó la palidez que se distinguía debajo del bronceado y las sombras bajo los ojos almendrados.

–¿Cansada?

–No mucho. Tengo la sensación de que voy a vomitar. Es por culpa de ese coche: no tolero viajar de ese modo.

–Era necesario.

Ella se alzó de hombros.

–Yo no he visto a ninguno de sus salteadores de caminos, coronel.

–Era una precaución necesaria –respondió él con indiferencia–. Entra en la posada y reserva un salón privado y una comida para nosotros. Yo me ocuparé de los caballos de refresco.

–Sí, milord coronel –dijo ella, tocándose la frente con aire burlón.

–Debes aprender a hacer una reverencia, ranúnculo –dijo él, con la misma despreocupación que antes–. El saludo que has hecho sólo lo hacen los mozos, los palafreneros y los peones de granja. Las doncellas hacen reverencias.

–Yo no soy una doncella.

–No –acordó él–. No lo eres, en ningún sentido de la palabra.

Él dio media vuelta, sin hacer caso del brillo amenazador de los ojos de la muchacha.

Irritada, Tamsyn se mordió el labio y se quedó mirando cómo él se alejaba, para luego entrar en la reconfortante tibieza y la luz de lámpara del interior de la posada.

El posadero no intentó disimular su estupefacción ante los recién llegados. La rotunda dama española envuelta en sus chales y mantillas que soltó una retahíla de lamentos incomprensibles a los que respondió un hombrón grande como un roble que cargaba una maciza espada escocesa metida dentro de una faja escarlata en la cintura. La pequeña acompañante que, para su alivio, hablaba un correcto inglés y que hacía un ordinario pedido de un salón y un refrigerio. Sin embargo, ella también tenía algo de exótico. El sujeto no sabía si se debía a su pelo corto, al modo en que caminaba, con paso decidido y llano, tan diferente al modo

de caminar de las mujeres. Su traje de montar parecía convencional, pero había algo en el modo en que lo llevaba que se salía de lo común aunque, por su vida, él no hubiese podido discernir de qué se trataba.

A continuación, entró lord St. Simon en la posada y el patrón dio por terminadas todas sus especulaciones. Corrió a saludar a uno de los mayores propietarios del condado, haciendo reverencias y dándole una efusiva bienvenida.

Julian se quitó los guantes y respondió al saludo del posadero con paciente cortesía.

–Condúzcanos a la sala, Sawyer –interrumpió, al fin–. El cruce del páramo ha sido algo infernal, y estamos hambrientos.

–Sí, por supuesto, milord –el posadero abrió la marcha–. Y haré traer de inmediato una botella de borgoña. Tengo un Aloxe Corton de la última cosecha de los Gentleman. ¿Las damas... –vaciló–... querrán un poco de té, tal vez?

–Yo beberé un pichel de ron –afirmó Gabriel, antes de que Julian pudiese responder–. Y las mujeres también. Tengo en el garguero un agujero del tamaño de una bala de cañón. ¿Y tú, niña?

–Té –respondió Tamsyn–. Y tal vez beba un vaso del vino del coronel, si él no tiene inconvenientes –Sonrió con dulzura al confuso posadero, que ya abría la puerta franqueando la entrada a una alegre sala que daba a la calle–. Puede que así se me asiente el estómago. Me siento descompuesta. Qué camino tan malo el que cruza su páramo olvidado de Dios.

El posadero se quedó boquiabierto y su mirada escandalizada se dirigió a lord St. Simon, quien dijo con brusquedad:

–Somos un grupo recio, Sawyer. Tráiganos una fuente con pasteles para acompañar la bebida.

–Sí, milord, de inmediato.

El patrón hizo una reverencia mientras salía de la sala; sus ojos estaban redondos como platos entre los pliegues rosados de su cara.

–Felicitaciones, Tamsyn. No cabe duda de que has logrado que Sawyer se mueva –comentó Julian con mueca irónica–. Si querías destacarte y dar pábulo a una oleada de rumores, has tenido un éxito que supera el más alocado de tus sueños.

–Deduzco que las damas inglesas no dicen cosas semejantes –admitió Tamsyn, arrepentida.

–En general, no –convino Julian, al tiempo que arrojaba sus guantes sobre un banco de madera junto al fuego y se quitaba la capa–. Pero, como solía decir mi madre, no se puede hacer un bolso de seda con una oreja de puerco.

–¡Oh! –exclamó Tamsyn, ahora más indignada que arrepentida–. Yo no soy una oreja de puerco.

Gabriel, que se calentaba la espalda ante el fuego, asistía a esa discusión con expresión de moderado interés. Ya hacía mucho que había llegado a la conclusión de que no era necesario saltar a la defensa de la pequeña en relación a la lengua frecuentemente aguzada del coronel. Además, comprendía el punto de vista de éste. Si él no estaba ligado en cuerpo y alma a la familia de El Barón, tenía legítimo derecho a presentar objeciones cuando se quería obligarlo a formar parte de esta aventura.

–También estás muy lejos de ser un bolso de seda –replicó Julian con frialdad.

–Bueno; ésa es tu tarea, ¿no? –replicó ella.

El asintió:

–Mi tarea consiste en intentarlo. No olvides que jamás di garantías de éxito.

En ese instante llegó el paradero; Tamsyn se ahorró la réplica. Retrocedió hasta el asiento de la ventana, se sentó y se puso a mirar a través del cristal empañado de la ventana, observando a las personas que circulaban por la estrecha calle, más abajo. Daba la impresión de que la .lluvia no les afectaba; dedujo que uno terminaría por acostumbrarse a ella ya que ésta parecía formar parte de la vida.

Aún estaba mirando cuando un jinete se detuvo ante la puerta del frente de la posada, un hombre corpulento envuelto en una pesada capa. Sin duda, en la posada lo conocían bien, porque dos lacayos de librea salieron a la lluvia para sujetar su caballo antes aún de que él tuviera tiempo de desmontar. Por un instante, el sujeto permaneció bajo la lluvia mirando a uno y otro lado de la calle y Tamsyn sintió un extraño cosquilleo en la nuca. Del hombre emanaba un aura inconfundible de poder y autoridad. Se volvió y entró en la posada quitándose el chorreante sombrero y revelando durante un instante una abundante melena de color acero; luego desapareció de la vista.

El extraño cosquilleo aumentó, y Tamsyn supuso que sería de frío. Se volvió instintivamente hacia la acogedora habitación y dio la espalda al día húmedo y oscuro que se veía fuera. El señor Sawyer descorchó la botella de vino mientras una criada se apresuraba a preparar la mesa redonda que había ante el fuego. Gabriel metió la nariz en su pichel de ron exhalando un gruñido de satisfacción. Si bien no era tan bueno como el grog que se había acostumbrado a beber en la *Isabelle*, le calentaba el estómago y eso era bueno para un hombre. Echó un vistazo a Josefa, que estaba sentada en el banco de madera y rodeaba con sus manos su propio jarro. Parecía un poco más contenta, ahora que ya no se veía obligada a andar bajo la lluvia; su mirada se posaba, ansiosa, sobre la fuente de dorados pasteles cornualleses que se mantenían calientes sobre una repisa frente al fuego.

En líneas generales, fue una comida silenciosa. El único intento de Tamsyn de iniciar una conversación no logró más que un monosílabo por respuesta; entonces, ella se sumió en sus propios pensamientos. Tenía que encontrar el modo de suavizar la irritación del coronel, que había aumentado al pisar suelo inglés como si a la larga se hubiera convencido de que no tenía modo de escapar de una situación que detestaba. Pero él no tenía por qué detestarla. Seguramente, ella podría encontrar la forma de que fuera grata para él. Posó su mirada en él, que estaba al otro lado de la mesa. La luz del fuego titilaba sobre sus facciones fuertes pero no hacía nada por suavizar la dura expresión de su boca y la tensión de su mandíbula. Evocó cómo era él cuando reía con auténtico humor y no con esa sonrisa sardónica que era lo único que le mostraba últimamente. Recordó su asombrosa ternura cuando la había cuidado en la *Isabelle*; allí tenía que haber algo que ella podía aprovechar.

–Si habeis terminado, me gustaría ponerme en camino otra vez –la voz del coronel, dura y abrupta, rompió el silencio; Tamsyn se sobresaltó, preguntándose si él habría notado que ella lo observaba–. Ordenaré que enganchen los caballos –movió su silla hacia atrás y se puso de pie–. Bajad en cuanto estéis listos.

Al salir, cerró de un portazo, todos oyeron resonar sus botas sobre los peldaños con la energía que caracterizaba sus movimientos. Gabriel y Josefa lo siguieron, mientras que Tamsyn fue en busca del excusado. Cinco minutos después, mientras ella bajaba la escalera, oyó la voz de Julian que llegaba desde abajo.

Tamsyn se detuvo en mitad del descenso y presto oídos. Captó en la voz de él una veta que no había oído antes. Una helada cortesía que le hizo pensar en la helada tundra. Bajó otro escalón y advirtió que estaba andando de puntillas, casi reteniendo el aliento aunque no sabía por qué. Se detuvo otra vez en el rellano, desde donde tenía una clara visión del vestíbulo de abajo. Era una habitación oscura, decorada con paneles de madera y alumbrada por una única lámpara de aceite que colgaba de una viga del techo.

Julian estaba hablando con el individuo que ella había visto desde la ventana. Sin su capa, parecía más macizo aún. Su vientre tensaba el chaleco, sus muslos, los pantalones de piel de cuero blando, sus hombros abultaban su chaqueta de montar. Sin embargo, no daba la impresión de ser un hombre grueso sino una masa corpulenta que rezumaba poder. Hasta el mismo St. Simon parecía disminuido junto a él, y Julian no era ningún peso ligero. Pero era esbelto y musculoso y no le sobraba un gramo de carne...

La muchacha reprimió las imágenes que había evocado esa observación y se inclinó hacia delante para captar lo que decían. Entonces, el hombre de pelo gris levantó la mirada y la vio.

Sus ojos negros se empequeñecieron hasta convertirse en puntas de alfiler y Tamsyn volvió a sentir ese extraño escozor en la nuca. Permaneció inmóvil como una mosca atrapada en una tela de una araña, mientras la araña la miraba fijamente.

Cedric Penhallan vio a Celia en la penumbra de la escalera. Cabello platinado, grandes ojos oscuros, la boca sensual y llena, labios entreabiertos, cuerpo esbelto y gracioso. Pero Celia había muerto. Hacía veinte años que Celia había muerto.

Julian se volvió hacia la escalera y sus ojos siguieron involuntariamente la mirada extática de Cedric. Tamsyn estaba en el rellano de la escalera, con una mano sobre la baranda y la otra levantando su falda y un pie en el aire como para continuar el descenso. El aire pareció restallar y Julian tuvo la absurda fantasía de que entre Tamsyn y el hombre con quien hablaba había habido un relámpago.

Por supuesto que eso era absurdo. Tamsyn, con su pelo corto y aire exótico, era una persona poco común en ese rincón apartado en medio del campo, y eso había despertado el interés de lord Penhallan. Julian decidió que no era necesario hacer las presentaciones.

–A servidor, Penhallan –dijo, haciendo una fría reverencia para luego girar hacia la puerta abierta que daba al patio.

–St. Simon –con esfuerzo, Cedric apartó su mirada de la aparición que había visto en la escalera. Su rostro había perdido parte de su rubicundez–. Yo diría que nos encontraremos otra vez si es que piensa quedarse un tiempo en Tregarthan.

–Yo también diría lo mismo –dijo Julian en el mismo tono helado. Hizo una pausa y luego agregó, en voz baja, por encima del hombro–: Mantenga a sus sobrinos lejos de mis tierras, Penhallan. Si llegan a poner un pie, no respondo de las consecuencias.

Y se marchó sin aguardar respuesta.

En realidad, Cedric casi no lo había oído. Su mirada había vuelto a la figura de la escalera. Entonces, ella se movió, avanzó saltando ligeramente hacia el vestíbulo, ignorando los dos últimos peldaños. Pasó junto a el y salió al patio tras St. Simon.

Cedric fue hacia la puerta. Vio cómo St. Simon la sentaba sobre un magnífico potro árabe de un blanco cremoso, después se volvió y regresó a la posada.

Celia había regresado a Cornwall. O el fantasma de Celia.

Tamsyn dio vuelta la cabeza para mirar hacia la posada mientras salían del patio. No había señales de su tío pero su sangre se agitó. Cedric Penhallan aún estaba vivo, y las líneas de la batalla estaban trazadas.

15

A la mañana siguiente, Tamsyn despertó temprano y permaneció acostada bajo una montaña de mantas, confusa. Con los ojos cerrados, su cuerpo todavía sumido a medias en el sueño, todos sus sentidos le decían que el mundo había cambiado. Sentía una blanda tibieza en sus párpados; casi tenía miedo de creer lo que sus sentidos le decían, pero abrió los ojos.

Brillaba el sol. Y no era un rayo indeciso: el dormitorio estaba inundado de una luz dorada. Las motas de polvo bailoteaban en los rayos que entraban por las ventanas divididas con parteluces, y los cristales tallados de los frascos que había sobre el tocador resplandecían como diamantes rojos y azules.

Tamsyn apartó las mantas con los pies y saltó al suelo. Se quitó el camisón y se estiró, gozando de la tibieza del día sobre su cuerpo desnudo. Su piel se abría a los rayos como a una caricia; tenía la sensación de haber estado hibernando en una cueva fría y húmeda durante meses.

Corrió hacia la ventana, la abrió de par en par y se quedó sin aliento, maravillada, ante el panorama que se extendía debajo de ella. Habían llegado al anochecer del día anterior, y ella no había visto nada de lo que había en el exterior de la casa. Habían tenido prisa por salir de la lluvia y ella había visto la luz de las velas que proyectaba sombras sobre oscuros paneles de madera y cielo rasos de yeso y madera, fuego encendido en inmensos hogares, una escalinata doble de elegante diseño que subía desde el vasto vestíbulo.

St. Simon se había retirado de inmediato después de presentar a su huésped y sus asistentes al ama de llaves, y Tamsyn se había encontrado instalada en un gran apartamento situado en una esquina del edificio, donde había una gran cama con baldaquino tapices colgados de las paredes, alfombras bordadas sobre el reluciente suelo de roble. Una sucesión de criados curiosos pero nada comunicativos le habían llevado agua caliente y una bandeja con la cena, mientras Josefa se atareaba sacando de las maletas la ropa que habían comprado en Londres. Y ella se había metido temprano en la cama, disfrutando de las sábanas crujientes y limpias que olían a lavanda seca, del parpadeo del fuego en las molduras del cielo raso, de la comodidad del espeso colchón de plumas, después de tantas noches en mal atendidos mesones.

Y ahora descubría otro mundo. Ante ella se extendían prados ondulantes y verdes, separados por arriates salpicados de flores, y más allá se veía el mar azul que chispeaba bajo el sol de la mañana. Hacia ambos lados seguía la accidentada línea de la costa, y el blanco de los gredosos acantilados contrastaba con el intenso color del mar y del cielo.

Corrió hacia la ventana que daba al este y también la abrió de par en par, y se asomó apoyando los codos sobre el ancho alféizar de piedra. La vista desde ese ángulo era espectacular, con el sol encendiendo las aguas del río Fowey, arrancando chispas a los barcos anclados en el estuario que se mecían suavemente, resplandeciendo sobre los tejados de la pequeña aldea de pescadores de Polruan, en la otra orilla.

–¡Qué hermoso! –murmuró con deleite.

Aspiró profundamente la fragancia de las rosas que llegaba hasta ella, mezclada con el intenso perfume de los alelíes amarillos plantados en un ancho cantero bajo su ventana. Era la patria de su madre, la campiña suave, verde que ella había descrito tan amorosamente a su hija bajo el impiadoso sol español.

Se puso los pantalones y una camisa y salió corriendo descalza de la habitación. La casa estaba muy silenciosa y, a juzgar por la luz que entraba a raudales por las numerosas ventanas divididas por barras transversales, calculó que serían las cinco. Pero, siendo domingo, quizá los habitantes de la casa durmieran hasta tarde.

Los cerrojos de la maciza puerta del frente eran pesados y le costó esfuerzo retirarlos. La puerta se abrió y Tamsyn permaneció un instante parpadeando, en la mañana luminosa, sintiendo que su espíritu se desplegaba con la tibieza y la luz. El prado delantero miraba al este, hacia Fowey; Tamsyn traspuso una pequeña arcada que se abría en el muro de piedra que rodeaba el patio y lo separaba del jardín principal, que bajaba hasta el mar. Alzó la vista hacia su ventana y vio, por primera vez, que estaba en una torre cuadrada cubierta de hiedra.

Pensó que la casa del coronel lord St. Simon era espléndida. Debía representar un grado importante de riqueza y de poder. En la vida vagabunda de una banda de montañeses la riqueza y el poder no se demostraban por medio de la posesión de una cantidad de ladrillos, argamasa y tierras, pero Cecile le había explicado que los ingleses concedían mucha importancia a tales posesiones.

Cedric Penhallan era un individuo influyente ante los reyes, un intermediario del poder, y Cecile le había explicado que su vasta fortuna, sostenida por sus posesiones, le daba la posibilidad de ejercer una influencia de largo alcance. Sin ella, ni siquiera un sujeto tan ambicioso e implacable como lord Penhallan podría haber llegado a tan secreto pináculo del poder. Y el orgullo por su linaje le otorgaba el poder que ejercía sobre todo aquél que pudiese reclamar tener sangre Penhallan, por diluida que estuviese. Era un poder que había arrollado a su rebelde hermana con fuerza inexorable.

Mas no iba a arrollar a esta Penhallan, pensó Tamsyn con una pequeña sonrisa torcida, mientras cruzaba el prado hacia el mar que la atraía; desdeñó el pulcro sendero de grava y prefirió sentir en sus pies la frescura de la hierba, todavía mojada por la lluvia. Esta Penhallan derrotaría al hacedor de reyes, lo haría saltar en el aire con su propio petardo. Mientras elaboraba este pensamiento, surgió en su mente la imagen de su tío: la extraordinaria fuerza que emanaba de su tío y que ella había sentido era como una amenazadora avalancha de energía que arrasaría todo a su paso. Él la había visto en la escalera. Y esa visión lo había paralizado un instante. En sus ojos había relampagueado el reconocimiento y, al mismo tiempo, la estupefacción, la incredulidad.., el reconocimiento y, durante un fugaz instante, algo que ella habría jurado que era miedo.

Sin embargo, él no sabía quién era ella. Y no sabría la verdad hasta que ella misma decidiera anunciarse, en forma pública: sería el fantasma de Cecile que había vuelto en pos de la restitución y la venganza; su llegada sería repentina y firme como una puñalada. Hasta que llegara ese momento, lo atormentaría con una familiaridad vaga cada vez que él la viese, en tanto que ella, en apariencia, sólo sería una inocente joven de visita en un país extranjero.

¿Qué grado de contacto podría tener con los Penhallan mientras estuviese bajo el techo de los St. Simon? Tamsyn interrumpió su alegre marcha por el ondulante prado. Había percibido la animosidad entre St. Simon y Cedric Penhallan. Si juzgaba por el tono helado de Julian, se trataba de una profunda animosidad. ¿Qué habría querido decir aquella advertencia relacionada con los sobrinos de Cedric? "Mantenga a sus sobrinos lejos de mi tierra, Penhallan, o no respondo por las consecuencias." ¿Quiénes serían estos sobrinos? Probablemente, sus primos.

Eran muchos acertijos, pero los resolvería. Gabriel investigaría un poco en las tabernas de la zona. Él siempre se sentía cómodo en esa clase de sitios y era tan hábil para recoger información verdadera como para dar información falsa. Lo principal era que el juego había comenzado.

Tamsyn hizo un gesto afirmativo y, haciendo unas ligeras cabriolas sobre la hierba, fue hasta un muro bajo de piedra que había en el linde del prado. Allí se detuvo, y su boca formó una O de deleite. El suelo bajaba en una larga pendiente curva hacia los riscos que se erguían a cada lado y caían en picado sobre una pequeña caleta arenosa; pero lo que más maravilló a Tamsyn fue la brillante masa de color que le llenó los ojos cuando la contempló. Después de una breve pausa, lanzó un grito de placer y se precipitó por ese glorioso campo ondulante.

Desde una ventana de sus aposentos, Julian la observaba avanzar, bailoteando sobre la hierba mojada. Había empezado a vestirse cuando un impulso vago lo atrajo hasta la ventana, y ahí estaba, sin camisa, los pulgares en la cintura de los pantalones, contemplando, ceñudo, a esa especie de duende. Al salir así vestida, ella había violado las reglas. Una cosa era despojarse del atuendo femenino en la cubierta de un barco de guerra en medio de una batalla y otra muy diferente era hacerlo en la apacible y convencional campiña cornuallesa.

Ya sin eso habría abundantes habladurías con respecto a su presencia allí, sin necesidad de dar a los criados combustible para sus hogueras. Por cierto, si llamaba la atención ataviada de esa manera tan desvergonzada, no lograría ser aceptada por la sociedad local, y mucho menos por los estratos más elevados de la alta sociedad.

Y, si ella no cooperaba, él tenía todo el derecho de dar por terminada su misión.

Salió del dormitorio, pasó ante una adormilada sirvienta que bajaba de su cuarto en el ático para avivar el fuego en la cocina antes de que aparecieran la –cocinera y las criadas de rango superior. Hizo una reverencia y se ruborizó al ver el pecho desnudo de su señoría; Julian retribuyó brevemente el saludo. No la conocía; tomó nota de ello para hablar con el ama de llaves acerca del personal que había sido contratado en su ausencia.

Salió por una puerta lateral y, siguiendo las huellas de Tamsyn todavía visibles sobre la hierba húmeda, atravesó el prado. El suave aire matinal aligeró un poco su irritación, a la vista de la alfombra de gotas de lluvia que chisporroteaba al sol, las limpias fragancias que se elevaban desde los arriates y llegaban a él a su paso hacia el muro de piedra.

Al llegar a él, se detuvo y miró hacia la caleta. Durante un momento, no pudo ver a Tamsyn por ningún lado, aunque sabía que tenía que estar allí, a menos que hubiese trepado por uno de los abruptos acantilados que había a los lados de la pequeña cala. Entonces, divisó una cabellera plateada a medio camino por la cuesta, pero el resto de su persona se perdía entre una masa de dedaleras purpúreas y de rododendros liliáceos.

Saltó con ligereza sobre el muro y enfiló hacia esa cabeza que se balanceaba.

–¡Tamsyn!

Ella se volvió y lo saludó agitando la mano, el rostro encendido de placer y sus ojos violetas mezclando su color con el de las flores que ella abrazaba.

–¿No son bellísimas? Jamás había visto un paisaje tan increíble –gritó, y comenzó a subir hacia él con dificultad en medio de ese campo de colores que le llegaba a la cintura.

–A juzgar por tu ropa, supongo que ya no estás interesada en ese contrato que insistías tanto en que acordásemos –declaró él con la boca apretada, cuando ella llegó junto a él.

Si Tamsyn lo había oído, no dio señales de ello. Hundió la nariz en las flores que llevaba.

–¿Cómo se llaman? Nunca había visto nada parecido que creciera así, silvestre.

–Dedaleras –contestó Julian.

–Y el sol brilla y el mar chisporrotea. Todo es encantador: yo jamás habría creído que Inglaterra fuese así –continuó Tamsyn, con la cabeza echada hacia atrás para recibir el sol, su cuello formando una graciosa curva desde el cuello abierto de la camisa, sus pestañas, espesas medias lunas sobre sus pómulos dorados por el sol–. Cecile solía describir los veranos de Cornwall, pero después de los últimos días, llegué a la conclusión de que el tiempo de ausencia habría distorsionado su recuerdo.

Lanzó una carcajada dichosa y musical.

Irradiaba tal deleite sensual que Julian se conmovió, a pesar de los esfuerzos que hizo para resistirse: un ranúnculo que alzaba su dorada cabeza al sol. Rechazó con vehemencia semejante fantasía y dijo con aspereza:

–¿Tienes una idea de las habladurías que provocarás vestida de ese modo? Dame una sola buena razón para que yo continúe cumpliendo mi parte de este ridículo proyecto tuyo cuando tú no cumples las reglas más elementales.

–¡Oh! –alzó las pestañas y sus ojos almendrados lo miraron con su habitual expresión interrogante–. En última instancia, milord coronel, me importa un rábano cómo estoy vestida.

Antes de que él pudiese reaccionar, le echó encima la brazada de flores rojas y purpúreas y, con un diestro movimiento, se quitó la camisa, luego los pantalones sacudiendo los pies y se quedó desnuda en medio de ese mar violáceo, sonriendo con malicia.

–¿Está mejor así, señor?

–Por todos los cielos –murmuró el hombre, con todos sus sentidos revolucionados en un torbellino, su razón y su resistencia alejándose de él como un barco que ha perdido el anda y es arrastrado por la corriente.

Ella era una criatura del sol, de la brisa marina, de las intensas fragancias de las flores silvestres. Puso sus manos en la cintura de él y se concentró en los botones con dedos ágiles, la punta de su lengua asomando entre los labios, sus ojos atentos mientras lo desnudaba, recorriendo la línea oscura y fina de vello que bajaba desde su ombligo por la musculosa concavidad, para desaparecer en las sombras de su cuerpo. Le bajó lentamente los pantalones y liberó así su erguida estaca de carne. Se acercó y apretó su vientre contra ese miembro duro, tibio, palpitante, deslizando una mano entre los muslos del hombre; luego, levantó la vista y se rió de él, rozándole el pecho con una aterciopelada y algo ajada dedalera púrpura.

–¿Está mejor así, milord coronel?

Julian no entendía por qué no era capaz de detenerla. Por qué no podía apartarla de él, levantarse los pantalones, someter su carne rebelde y alejarse de ella, regresar a la casa. Ella había quebrantado las reglas, y él tenía el legítimo derecho a negarse a seguir siendo manipulado.

Sin embargo, permaneció inmóvil mirándola, perdido en sus ojos, sintiendo palpitar sus genitales de deseo bajo la presión de su vientre desnudo, suave, apretado contra el de él. Sus manos fueron a la cintura de ella, los pechos le temblaron y los pezones se irguieron, duros, contra el torso de él.

Ella se dejó caer lentamente sobre ese colchón de flores deslizando las manos por las caderas del hombre, por sus muslos, mientras se apoyaba sobre las rodillas. Inclinó la cabeza para tomar en su boca el miembro dolorido, rozándolo delicadamente con los dientes, acariciándolo con la lengua en largas pasadas que hicieron brotar un ronco gemido de gozo. Los dedos de Julian se retorcieron en el sedoso casco de su pelo; contempló su cabeza inclinada, la nuca expuesta, los afilados omóplatos, la curva de su columna, el contorno de sus nalgas, las plantas de sus pies manchadas por la hierba, toda ella de rodillas para complacerlo.

Al llegar al borde del abismo, él exhaló un suspiro trémulo, se retiró y se arrodilló junto a ella, tomándole la cara entre las manos, apoderándose de su tibia boca atareada con la suya; sintió el sabor salado de su carne en la lengua de ella, en su piel los olores de su propia excitación.

La tendió de espaldas entre las ondas purpúreas, y su cuerpo resaltó, rosado y cremoso en el lecho de flores. Los muslos femeninos se abrieron a la exploración masculina, y brotaron de ella leves y quedos gritos de placer, al tiempo que sus dedos se enredaban en el pelo de él, sus caderas se alzaron en éxtasis al sentir el aliento de él, primero cálido y luego fresco sobre sus pétalos de carne, y la lengua de él como una marca al rojo vivo en su interior.

Con una sonrisa y sus ojos entornados, fundidos de pasión, él recorrió el cuerpo de la mujer arrastrando su lengua entre los pechos de ella, hincándola en el hueco de su garganta, lamiendo una pequeña gota de sudor en su piel, apoderándose otra vez de sus labios y, al mismo tiempo, aferrando sus nalgas con las manos para alzarla hacia él, al encuentro de su penetración en esa vaina sedosa que se apretaba a su alrededor, provocándole olas de deleite que recorrían su carne y lo hacían moverse en un mundo de sensaciones exquisitas, ligado a él por esa dulce carne que lo sostenía y lo rodeaba.

Como si llegara de muy lejos, oyó las jubilosas exclamaciones de ella cuando se acercaba a ese glorioso remanso de extinción, donde se perdería, donde sus contornos se disolverían en el fresco vacío de la sensación pura. Con un esfuerzo supremo, él se aferró a la realidad justo a tiempo para retirarse de su cuerpo en el preciso instante en que iba a, derramarse en ella, sumiéndose en un espacio de placer eterno que se expandía indefinidamente.

Julian volvió de allí sintiendo el calor del sol sobre su espalda. Seguía apretando ese cuerpo pequeño contra el suyo y, dando un gemido, rodó sobre las flores atrayéndola consigo, de manera que ella quedó tendida sobre él, con la cabeza apoyada en la curva de su hombro. Ella se sentía sin forma ni peso, su piel húmeda fundida con la de él, y él se sentía colmado por una euforia que no había conocido hasta entonces. Ninguna de sus aventuras sexuales le había brindado esta gloriosa saciedad, esta sensación de fusión y de paz.

La palmeó con ternura en el trasero, y Tamsyn levantó la cabeza con evidente esfuerzo.

–¿Cómo ha pasado esto? –preguntó ella, soñadora, y lo besó en la comisura de la boca.

–No sé –dijo él, acariciando la curva de las nalgas de Tamsyn–. Tú no eres real.

Ella rió sin fuerzas.

–Ya lo creo que soy real, milord coronel. Soy de carne y hueso hasta la punta de los pies –se incorporó sobre el pecho de él y se sentó a horcajadas sobre sus muslos–. Y para demostrarte que soy real, voy a nadar.

–El agua está helada –advirtió él–. Aunque tal vez no tan fría como la del Guadiana en primavera.

–Por eso mismo –se incorporó con una agilidad que desmentía su anterior lasitud–. ¿Vienes?

–Puede ser... dentro de un minuto.

Tamsyn se alejó corriendo y Julian se quedó tendido de espaldas, con un brazo sobre la frente para proteger los ojos del sol, y enfrentó los hechos: había vuelto a sucumbir. Y durante todo el tiempo que este duende estuviera cerca de él, seguiría sucumbiendo... sobre todo si ella persistía en esa costumbre de desnudarse en los sitios más inesperados, sin una palabra de advertencia. Quizá debería aceptar –sin complicarse la vida– los placeres que le brindaba su cuerpo como justa y merecida recompensa. Como ella estaba usándolo, bien podría él obtener una paga a cambio. Por otra parte, ella estaba completamente dispuesta a pagar.

Se puso de pie y observó a Tamsyn que corría hacia las olas que morían suavemente en la pequeña playa arenosa. Sólo se detuvo para zambullirse en el agua que, como Julian sabía, estaría helada, luego emergió para respirar y atravesó la caleta con enérgicas brazadas, probando la fuerza de la corriente que iba por debajo.

Parecía estar tan a gusto en el agua como cuando montaba su caballo, algo que a él no le extrañó, teniendo en cuenta cómo había sido criada ella. Recorrió a grandes pasos la distancia que lo separaba de la caleta, entró en el agua y se puso a temblar cuando el agua helada mojó sus muslos. Una ola avanzó hacia él y se zambulló en ella sintiendo ese intenso frío como un cuchillo que limpiaba su piel sudada. Cuando volvió a la superficie, vio la bruñida cabeza de Tamsyn a su derecha. Ella lo saludó levantando una mano y luego se tendió de espaldas flotando sobre las olas que se hinchaban debajo de ella.

El sol calentaba su piel y el suave movimiento del agua le recordaba los momentos de éxtasis vividos hacía poco rato. Ya casi no sentía el frío del agua; tenía los ojos cerrados, el sol estaba cada vez más cálido y formaba una especie de tibio resplandor rojizo detrás de sus párpados.

Julian nadó con vigor hacia ella y luego pedaleó en el agua a su lado.

–Vamos ya, Tamsyn: el agua está más fría de lo que tú crees.

Ella ronroneó un murmullo de aceptación pero no se movió. El giró y nadó hacia la playa, corrió por ella sacudiéndose el agua de la piel y golpeándose el pecho con los brazos mientras saltaba sobre la arena, sin dejar de observar a la muchacha. Ella se había dado vuelta y braceaba hacia la playa aprovechando las olas para que la llevaran a la orilla.

Sí, por cierto; el juego amoroso era una compensación por los meses de inacción que le esperaban, pensó Julian, mientras buscaba y se ponía los pantalones. Aunque, en realidad, no era precisamente inacción la palabra exacta para definir la tarea que tenía por delante. Ni siquiera podía imaginar cómo reaccionaría la sociedad del lugar ante esta recién llegada tan fuera de lo común. Era inevitable que ella cometiese algunos desaguisados sociales hasta que él lograse pulir sus aristas más toscas; la imagen de Tamsyn bebiendo el té en la casa parroquial, bajo el ojo de águila de la señora Thornton le hizo estremecerse. Por desgracia, también le hizo reír. Claro que, cuanto antes descubriesen a los ancestros cornuallenses de Tamsyn, más fácil sería su propio camino, pero persistía el hecho de que ella no podía presentarse ante su familia perdida hacía tanto tiempo hasta que no estuviese más pulida.

Suspiró. Tenía ante sí un escollo, y ella debía cooperar con él para sortearlo. Julian no creía que ella tuviese conciencia del tamaño del bocado que había mordido, pero tendría que tragarlo.

Tamsyn corrió por la playa hacia él, temblando y riendo al mismo tiempo.

–Maravilloso. Me gusta nadar en el mar.

Recogió su camisa y la usó para secarse, frotándose con vigor mientras le castañeaban los dientes; tenía azulados los labios, pero los ojos estaban resplandecientes.

Julian la observaba con sus manos apoyadas apenas en las caderas. En voz deliberadamente fría y cortante, disimulando el placer que le proporcionaba contemplar su cuerpo y sus movimientos desinhibidos mientras se secaba las piernas, dijo:

–Hay algo que debes entender. Si quieres seguir con esta comedia, esta vez será la última que te comportas así mientras estés bajo mi techo. ¿He sido claro?

–No estoy segura –dijo Tamsyn en tono pensativo, mientras se subía los pantalones–. ¿A cuál comportamiento te refieres exactamente, milord coronel? –se puso la camisa empapada y se estremeció cuando la tela se le pegó a la piel–. ¿A llevar esta ropa, a nadar o a lo que hemos hecho entre las flores?

Se abotonó la camisa mientras lo miraba con la cabeza ladeada, un brillo levemente irónico en sus ojos, tras haberle formulado una pregunta que lo obligaría a admitir que él quería continuar con su juego amoroso.

–A la indiscreción en público, ranúnculo –respondió, marcando las palabras–. A eso me refiero.

Él se volvió y empezó a subir la cuesta hacia el jardín, silbando despreocupadamente con las manos en los bolsillos.

Tamsyn sonrió: él se las había ingeniado para esquivar esa trampa sin admitir nada y dejando, al mismo tiempo, el tema de la indiscreción privada abierto a futuras interpretaciones. Echó a andar tras él.

Julian se detuvo al llegar al muro y esperó a que ella lo alcanzara. La curva firme de sus pechos pequeños se delineaba con claridad bajo la camisa mojada y los pezones eran dos puntos oscuros.

–Será mejor que te quedes aquí y esperes a que yo traiga una capa –dijo él–. No puedes entrar en la casa con ese aspecto pues, silo hicieras, antes de una hora se hablaría de eso en toda la comarca. Pero te advierto que esta vez será la última que cubra tu... tu... –sus ojos se posaron, lánguidos, sobre sus pechos; apoyó una mano sobre su cabeza y la hizo girar como una peonza. Con su mano libre, acarició el hueco de su cintura y la curva de su trasero–. No tengo dudas de que tú me entiendes. .

–Sería difícil no entenderlo, señor –esas caricias habían tenido algo de insultante, algo levemente vengativo. Tamsyn se apartó de él, cruzó los brazos sobre el pecho y se sentó sobre el muro–. Te esperaré aquí.

Se sentó de cara al mar, golpeando la piedra con sus pies. Tal vez hubiese vencido la resistencia de él al amor pero no lo había hecho cambiar de actitud.

Se encogió de hombros tratando de convencerse de que esa actitud no importaba mientras obtuviese su cooperación. Pero no quería estar en malos términos con él. Eran demasiado similares; habían compartido tantas experiencias, la brutalidad y los triunfos de la guerra; habían disfrutado demasiado uno del otro, y no sólo en el juego erótico. Tamsyn tenía la sensación de que había todo un mundo de placer, de charla y risas, de opiniones compartidas a la vuelta de la esquina, pero la frontera estaba patrullada por el resentimiento de él y por el propósito que la movía.

Tendió la mirada al azar hacia la cima del promontorio, hacia Fowey, y frunció el entrecejo guiñando los ojos por el sol. Dos figuras a caballo se recortaban contra el cielo azul, sin nubes. Estaban demasiado lejos para poder verlos con claridad, aunque se veía que eran hombres, que sus caballos tenían las líneas elegantes de los animales de raza; le pareció ver que iban armados. Se preguntó, sin mucha preocupación, cuánto haría que estaban allí, y cuánto pudieron haber visto de lo sucedido en la caleta. No habrían visto su lujurioso retozar entre las dedaleras porque las flores habían protegido su intimidad mejor que un biombo pero habría sido difícil no ver dos siluetas desnudas entrando al mar y saliendo de él.

Mientras ella los miraba, ellos hicieron girar sus caballos y se alejaron galopando por el risco hasta perderse de vista; cuando Julian regresó con la capa, ella no mencionó el asunto suponiendo que echaría más leña al fuego de su ira.

–Envuélvete con esto y no hables con nadie hasta llegar a tu cuarto –ordenó Julian con rigidez. Se había puesto una camisa y botas y tenía una apariencia de perfecta respetabilidad–. La casa recién comienza a despertar de modo que, si tenemos suerte, lo más probable es que nadie te vea. Después del desayuno, ve a la biblioteca; entonces comenzaremos. Ponte uno de los vestidos para la mañana que compraste en Londres: quiero que practiquemos tu postura.

–¿Mi postura? –preguntó Tamsyn con considerable indignación, pero él ya había iniciado la marcha hacia la casa andando con rapidez, como diciendo que no deseaba la compañía de ella.

¿Postura? ¿A qué diablos se refería? Tamsyn trepó tras él, entró en la casa siguiéndolo por la puerta lateral, pero él se apartó al llegar a la sala de desayuno y dejó que subiera sola la escalera, confusa y disgustada.

La puerta de la habitación de Tamsyn estaba entreabierta; oyó a Josefa diciendo una especie de monólogo con una criada que había llevado una bandeja con chocolate y bizcochos dulces para la invitada de su señoría.

Tamsyn se envolvió bien con la capa de modo que su incorrecta vestimenta quedara por completo oculta a la vista y entró en la habitación con un alegre:

–*Buenos días*, Josefa.

–Oh, señorita –la muchacha se volvió con evidente alivio y, antes de que Josefa pudiese responder al saludo, dijo: Estaba intentando explicar a su doncella que aquí el desayuno se sirve en la pequeña sala que está detrás de la biblioteca pero ella no me entiende.

–No, me temo que no –dijo Tamsyn, sonriendo–. Pero yo podré traducir y, si el problema surgiera abajo, Gabriel lo hará.

–Quiere decir ese hombre tan corpulento, ¿no es así, señorita?

La muchacha tenía ojos redondos en una cara también redonda.

–Ésa es una descripción muy ajustada –admitió Tamsyn sonriendo burlona–. Es su marido.

Era más sencillo recurrir a la mentira convencional.

–Está bien. Entonces, diré esto al señor y a la señora Hibbert, es decir, el mayordomo y el ama de llaves –agregó la criada–. No sabíamos bien cómo serían las cosas, señorita. Habéis llegado tan de improviso; su señoría no acostumbra a dar grandes explicaciones.

Se sonrojó, confundida, temiendo haber hablado de más, hizo una rápida reverencia, y salió retrocediendo de la habitación mientras murmuraba algo referido a traer agua caliente.

–*¡Ay.. ay!* jamás entenderé la lengua de mi hombre –confesó Josefa–. Es una jerigonza. Tres veces he dicho a esa chica que tú querrías agua caliente y no paraba de mirarme como si yo fuera una idiota.

–No te entiende *querida*, igual que tú no la entiendes a ella –dijo Tamsyn riendo entre dientes mientras se quitaba la capa, los pantalones y la camisa que llevaba debajo–. Pero Gabriel, el coronel o yo haremos la traducción para ti. Y ahora, ¿cuál de esos estúpidos vestidos me pondré?

Fue desnuda hasta el armario llevando consigo la taza de chocolate. Con el entrecejo fruncido ante el contenido del armario, bebió el chocolate y mordisqueó un bizcocho.

Habían pasado cinco días en Londres, parando en el hotel Grillon. El coronel había desaparecido una vez que todos estuvieron acomodados y no reapareció hasta que llegó el momento de iniciar el viaje a Cornwall. Le había dado una lista de modistas y costureras y, junto con ella, lo que él consideraba como requisitos mínimos para el guardarropa de una futura debutante, y luego se fue dejando que se las compusiese como pudiera.

Para Tamsyn había sido una tarea aburrida componer un guardarropa como el exigido, pero la había acometido con la misma torva determinación con que habría emprendido los preparativos de cualquier proyecto serio. El coronel había inspeccionado los frutos de sus excursiones de compras la noche anterior a la partida y se había declarado satisfecho. En caso de que surgiera alguna otra necesidad o hubiese olvidado algún accesorio, podrían adquirirlos en St. Austell o en Lostwithiel.

Tamsyn oyó el movimiento tras ella cuando reapareció Mary con una pesada jarra de cobre con agua hirviendo, pero no se volvió y siguió examinando los vestidos. Le disgustaban todos y, en particular, uno de muselina bordada con ramitas, que el coronel había aprobado. Sacó el vestido y lo levantó para verlo a la luz. Era muy bonito, de color lila con un dibujo de flores de color más fuerte y una faja de color crema.

Lanzó una exclamación de desagrado y arrojó el horrible vestido sobre la cama.

–Tendrá que ser éste.

–Es muy bonito, señorita –dijo Mary, palpando la tela con admiración–. Armoniza con sus colores.

–Supongo que sí –admitió Tamsyn sin mucho entusiasmo, volviéndose hacia el lavatorio donde Josefa estaba llenando la tina con agua caliente.

Se frotó con una manopla enjabonada para quitarse la sal de la piel, disfrutando del brillo que le dejaban las fricciones; luego se dispuso a la pesada tarea de ponerse medias, calzones y camisa. ¡Tantas prendas y tan innecesarias cuando el sol era tan cálido como el de ese día! Introdujo los pies en unas enaguas de linón y pateó los pliegues haciendo muecas.

Josefa le pasó el vestido por la cabeza y, con movimientos impacientes, metió los brazos en las pequeñas mangas abullonadas, haciendo que Josefa la mirase con expresión de reproche ante el riesgo de rasgar la delicada tela. El vestido fue abrochado, la faja atada bajo su busto, y entonces se contempló en el espejo. A decir verdad, no parecía ella misma.

–Tengo el pelo largo, Josefa, tienes que cortármelo –se pasó los dedos por entre el suave pelo rubio–. Me cuelga por el cuello y el flequillo se me mete en los ojos.

Una vez que se sintió todo lo satisfecha que podía estar con semejante atuendo, Tamsyn bajó a la sala de desayunar. Era evidente que el coronel había estado y se había marchado; sólo quedaba un lugar preparado sobre la mesa redonda junto a la ventana que miraba a un jardín lateral. Las actividades matinales le habían despertado el apetito y recibió con entusiasmo la llegada de un lacayo con una fuente de huevos, tocino y setas.

–¿Café o té, señorita?

–Café, por favor.

–Su criado quiere hablar una palabra con usted, señorita. ¿Quiere que le diga que aguarde a que usted haya desayunado?

–No me dirás nada, muchacho –dijo Gabriel desde la entrada–. Y te agradeceré que me traigas una fuente de lo mismo. Buenos días, niña.

Sin hacer caso de la ahogada exclamación de protesta del lacayo, retiró una silla y se sentó. Como el lacayo bufaba, indignado, Tamsyn le explicó:

–Gabriel no es mi criado. Más bien es mi guardaespaldas. Estoy segura de que lord St. Simon le explicará la situación.

–Sí, señorita.

El hombre inhaló y lanzó a Gabriel una mirada fulminante.

La expresión benévola de Gabriel no se alteró pero apartó un poco su silla y apoyó sus manazas en el borde de la mesa.

–Además beberé una jarra de cerveza, por favor.

El lacayo se detuvo y luego se retiró de prisa, con toda la dignidad que pudo. La risa retumbante de Gabriel colmó la pequeña sala, mientras tomaba un crujiente bollo y lo untaba con una sabrosa mantequilla dorada.

–Tendré que dejar en claro algunas cosas –observó Gabriel–. En esta casa parecen no saber muy bien qué hacer conmigo. Será conveniente que hable con el coronel al respecto.

–Sí–coincidió Tamsyn, distraída–. Ayer vi a Cedric Penhallan.

La expresión de Gabriel se tomó alerta.

–¿Dónde?

–En la posada de Bodmin. En el viaje hasta aquí no podía decirte nada, por la presencia del coronel.

–Sí –admitió Gabriel, guardando silencio al ver que el lacayo regresaba con un pichel de cerveza, lo depositaba junto a él con un golpe sordo, y luego se volvía para tomar una bandeja de manos de un ayudante de cocina que lo había seguido.

–Le agradezco, muchacho –dijo Gabriel con calma, metiendo su nariz en el jarro.

El lacayo parecía a punto de explotar, y el aprendiz ahogó una sonrisa y se escurrió de la sala antes de que Tom descargase su furia sobre él, dándole un pescozón en la oreja.

–¿No has hablado con él? –preguntó Gabriel ensartando una seta y mojándola en la yema del huevo.

–No, pero el coronel sí. Creo que se conocen.

–En sitios como éste, la mayoría de las personas se conocen.

–Yo diría que sí, pero no simpatizan, Gabriel. Más aun, sospecho que ésta es una manera suave de decirlo.

Le transmitió sus impresiones, relatándole el trozo de conversación que había oído.

–Será conveniente que investigue, entonces –dijo Gabriel sin alterarse–. Preguntaré por las tabernas. ¿Esos sobrinos serán tus primos, entonces?

–Eso parece. Supongo que serán los hijos del hermano menor de Cecile. No recuerdo su nombre... ella me lo dijo en una ocasión, pero lo he olvidado. Ella no lo consideraba importante en el rango familiar.

–Parecería que sólo Cedric es importante en la familia –comentó Gabriel, volviendo a beber de su pichel.

–Hasta ahora, Gabriel –repuso Tamsyn con una leve sonrisa–. Hasta ahora.

–Bueno, bueno; que me condenen. ¿Será cierto que hemos visto a St. Simon jugando en las olas con una querida?

Charles Penhallan miró por la guía, apuntó y disparó su arma. Un cuervo levantó vuelo hacia lo alto del acantilado.

David sonrió a su hermano y tomó puntería a su vez. Espantar a los cuervos era aburrido, pero era preferible a disparar a los conejos sin apuntar; éste era el único deporte legal que se podía practicar en esa época del año.

–Reconocería esa cabeza rojiza en cualquier sitio –respondió éste–. Y no la tiene más pequeña, ¿eh?

–No, aunque es evidente que ahora es menos puntilloso –Charles apoyó la pistola en el arco de su montura–. O quizás es un hipócrita. Con todo, la mujer no me pareció gran cosa. Pequeña y huesuda.

–A mí me pareció que era un muchacho –comentó David, guardando su pistola–. Quizás en el ejército ha adquirido otros gustos.

Los dos se echaron a reír. Dos hombres de rostros delgados, aguzados, bocas que eran unas simples hendiduras, ojos castaños hundidos, duros como guijarros. Eran flacos, de hombros afilados, pechos angostos; lo que les faltaba en físico lo compensaban con el aire de malevolencia que los rodeaba como un aura. Los hombres solían cruzarse de acera cuando veían acercarse a los gemelos Penhallan. Era raro que apareciera uno solo de ellos; conversaban juntos con frases llenas de indirectas presentando un frente temible ante el mundo, un frente en el que no se sentían a gusto ni aun sus más íntimos.

–Me pregunto si el patrón sabrá que St. Simon está en Tregarthan –dijo David, ceñudo–. Es probable que ya haya vuelto de Bodmin.

–Si todavía no lo sabe, pronto lo sabrá. Será conveniente que salgamos de las tierras de St. Simon –dijo Charles, a desgana–. No estaría bien que alguien nos viera aquí y fuese con el cuento.

–No entiendo por qué St. Simon ha hecho tanto escándalo –dijo David con una mueca desdeñosa–. La muchacha era sólo la hija de una prostituta.

–Ella era su arrendataria, y aquello sucedió en sus tierras.

Charles espoleó su caballo y lo guió hacia el límite de las tierras de Tregarthan, su hermano lo siguió, con expresión contrita.

–Es un remilgado y un hipócrita –afirmó–. Un día de estos, veré el maldito orgullo de St. Simon arrastrado por el polvo.

–Ya lo creo –prometió Charles en voz baja–. Un día de éstos, lo veremos.

16

–¿Qué tienes que decir de mi postura?

Tamsyn entró en la biblioteca. Se alzó la falda y se sentó a caballo sobre el brazo de un sofá de cuero y miró al coronel con aire inquisitivo e inteligente.

Julian, que estaba leyendo la Gazette, levantó la vista y la miró fijamente.

–No te sientes así! Además de ser muy poco elegante, romperás las costuras del vestido.

Tamsyn pasó ambas piernas hacia el mismo lado del brazo del sillón y quedó ahí, encaramada, la cabeza ladeada, los ojos brillantes, y Julian volvió a pensar en un descarado petirrojo.

–¿Está mejor así?

–Sólo un poco mejor –arrojó el periódico a un costado de la mesa–. Las damas se sientan en sillas, tienen las piernas juntas, y las manos sobre el regazo. Ve y siéntate en aquella silla junto a la ventana: la de respaldo recto.

Tamsyn fue hasta la ventana, se sentó en la silla indicada y lo miró, expectante.

–Siéntate recta. Siempre estás encorvándote.

–Pero, ¿qué importancia puede tener eso?

Su asombro era genuino pues nunca había pensado, ni siquiera un instante, en algo tan irrelevante como su postura.

–Porque lo es.

Julian se puso de pie, se acercó a ella y se situó detrás de la silla. La sujetó por los hombros y tiró de ella con fuerza hacia atrás.

–¿Sientes la diferencia?

–Pero... ¡es ridículo! –exclamó Tamsyn–. No puedo sentarme así; me sentiría como una muñeca rellena de estopa.

–Tendrás que sentarte así, estar de pie así, caminar así y cabalgar así –declaró él con firmeza, sin sacar las manos de sus hombros–. Cabalgas como un saco de patatas. Todo es por culpa de la silla española, que se asemeja más a un sofá que a una verdadera silla. Te invita a encorvarte.

Tamsyn no pensaba que una crítica total a su forma de cabalgar formase parte del trato. ¿Qué relación podía tener eso con aprender a comportarse como una dama?

–Una no puede cabalgar ciento cincuenta kilómetros en terreno escabroso sentada como un maniquí –replicó–. Y, como tú bien sabes, yo puedo cabalgar todo el día y toda la noche sin cansarme.

–En tu papel de dama de la sociedad inglesa no será preciso que cabalgues todo el día y toda la noche – informó él–. Es más probable que lo más duro que hagas a caballo sea una cacería; comenzarán en octubre. Tienes que aprender a montar con elegancia antes de esa fecha. Pero eso se corregirá con una silla inglesa.

–Me siento más tranquila –musitó Tamsyn, aunque Julian no le hizo caso.

La soltó, dio una vuelta hasta situarse de frente a la silla y la examinó.

–Pon los pies juntos de modo que los huesos de los tobillos estén en contacto y deja descansar levemente las manos en el regazo.

Tamsyn siguió sus instrucciones con exagerado cuidado y luego miró fijamente hacia el frente.

–Relájate.

–¿Cómo es posible relajarse estando sentada de esta forma? –preguntó, casi sin abrir la boca de modo que su expresión siguió siendo tan rígida como su postura.

Julian contuvo la risa.

–Si insistes en convertir esto en un juego yo no participaré en esta ridiculez. Aunque no lo creas, tengo mejores cosas que hacer con mi vida que ser institutriz y maestro de baile de una bandolera salvaje. Ponte de pie.

Tamsyn obedeció. Era obvio que el coronel no estaba de ánimo para dejarse distraer. Se puso de pie con las manos flojas a los lados, mirando al frente aguardando más instrucciones y tratando de mantener una expresión impasible.

–Por el amor de Dios, tienes los hombros caídos, además de andar encorvada –exasperado, volvió a empujarle los hombros hacia atrás–. Mete el trasero para dentro.

Le dio unas palmadas enfáticas en la zona aludida.

–Cualquiera pensaría que estoy hecha de alambre –protestó ella–. Mi cuerpo no se curva de esa manera.

–Ah, ranúnculo, olvidas que yo te he visto realizar ciertas asombrosas proezas gimnásticas –afirmó Julian, dando un paso atrás para observarla con ojo crítico–. Y ahora, sonríe.

Tamsyn le dirigió una sonrisa insulsa, estiró el cuello, echó atrás los hombros y apretó las nalgas.

–¿Así?

–¡Dulce Jesús! –musitó él, perdiendo su batalla contra la risa.

Se dio la vuelta con brusquedad esforzándose por recuperar su semblante crítico. Cuando giró de nuevo, alcanzó a sorprender la sonrisa complacida que ella borró de su cara, intentando componer una expresión debidamente solemne.

–¡Esto no es cuestión de risa!

–No –admitió ella–. Claro que no, señor –aunque le temblaban los labios.

–Si no puedes hacerlo por tus propios medios, tendrás que utilizar algo que te ayude –dijo Julian–. Un tablero dará resultado.

–¿Qué?

Sus ganas de reír se desvanecieron.

–Un tablero –explicó él con gravedad–. Se emplea en la mayoría de las escuelas. Las niñas lo llevan atado en la espalda para corregir su postura. Claro que, por lo general, son mucho más jóvenes que tú pero, de todos modos, puede dar buenos frutos.

–¡Eso es algo bárbaro! –exclamó Tamsyn.

–En absoluto. Mi hermana lo usó varias horas cada día durante un año o dos –replicó él con blanda sonrisa–. Iré al pueblo a conseguir uno. Veremos si mejoras utilizándolo todas las mañanas. Si aún así no obtuviésemos el efecto deseado, tendrás que usarlo todo el día.

Tamsyn le lanzó una mirada fulminante y admitió para sí que él había disparado los tiros iniciales de una guerra que, ella había esperado que se convirtiese en un juego, aun cuando para ella fuese mortalmente seria.

–Hasta que consiga un tablero, emplearemos alguna otra cosa –continuó Julian, con la misma aparente indiferencia. Se acercó a la librería y eligió dos pesados volúmenes encuadernados en cuero–. Ven aquí.

Tamsyn se aproximó con cautela.

–Quédate bien quieta –él equilibró con delicadeza los libros sobre la coronilla de la muchacha–. Y ahora, camina por la habitación procurando que no caigan. Para ello, deberás mantener la cabeza alta y completamente inmóvil. De esta forma, además, lograremos que des pasos pequeños en lugar de galopar como un cachorro revoltoso.

Tamsyn hizo una brusca aspiración pero cerró la boca para no morder el cebo. Bajo el peso de los libros, su cuello vaciló. Con sombría resolución, fijó la vista en un nudo de los paneles de madera y se equilibró. Si el coronel lord St. Simon quería conseguir que ella desistiese de su plan, descubriría que ella era mucho más resistente de lo que pensaba. Dio un paso vacilante y los libros temblaron pero se mantuvieron sobre su cabeza.

Julian sonrió y se dejó caer sobre el sofá, recuperando, como al descuido, su periódico abandonado.

–Una hora de este ejercicio te hará bien –dijo–. Y cuando hayas aprendido a mantener la espalda recta, te enseñaré a hacer reverencias, que tendrás que hacer si pretendes ser presentada en la corte.

Aunque eso no figuraba en los planes de Tamsyn, no estaba dispuesta a admitirlo. Julian reanudó su lectura, como si considerase que su tarea de la mañana ya estaba cumplida.

Tamsyn maldijo para sus adentros y dio rienda suelta a su lengua, aunque de manera silenciosa, y lo insultó, diciendo de él que era un canalla pagado de sí mismo, odioso, vengativo y jactancioso. Caminó de ida y de vuelta por la habitación esforzándose para que los libros cayeran, algo que sucedió varias veces. Caían con ruido sordo sobre la alfombra. El coronel levantaba la cabeza, esperaba a que ella volviera a colocarlos y reemprendiese la marcha, entonces volvía a su Gazette.

A Tamsyn comenzó a dolerle el cuello y se le acalambraron los hombros; la cabeza parecía a punto de caérsele, como si los libros estuviesen haciéndole un hoyo en el cráneo. Echó una mirada al reloj y vio que habían pasado apenas quince minutos. Aquélla era una tortura que superaba a todas, hasta cabalgar en el ardiente mediodía del verano español, con la cantimplora vacía y las moscas cebándose en su rostro sudado, y todos los músculos del cuerpo doloridos.

"¡No seas tonta! ¡Desde luego que no es tan malo como aquello!" Había soportado cosas mucho peores, si bien no creía que pudieran ser más ridículas. Pero este maldito coronel inglés quería que ella arrojase la toalla y ella no podía permitirse tal cosa, aunque a esas alturas estuviese cerca de brindarle esa satisfacción.

Julian podía adivinar sus pensamientos; tanta era la claridad con que se reflejaban en su expresivo rostro, donde luchaban el disgusto con la resolución. Él se apoyó en el respaldo del sillón, unió sus manos

detrás de la cabeza y la observó con los párpados semicerrados, mientras pensaba qué otro método diabólico de entrenamiento podría pergeñar. Soñador, reflexionó que ella tenía un aspecto muy delicado con ese vestido; en cierto modo, suavizaba las líneas atléticas de su cuerpo sin disminuir, en modo alguno, su innata elegancia.

Llamaron a la puerta. Tamsyn interrumpió de inmediato su paseo y se quitó los libros de encima de su cabeza.

Entró Hibbert, el mayordomo.

–Llegaron visitas, milord: la señora y la señorita Marshall, lord y lady Pendragon, el vicario y la señora Thornton.

El criado echó una mirada disimulada a la huésped de su señoría. Todo el personal de la casa bullía de especulaciones con respecto a la joven, a su doncella extranjera y al gigante escocés que representaba una ley en sí mismo. La única información que les había dado lord St. Simon era que la joven estaba a su cuidado y que pasaría el verano en Tregarthan antes de hacer su debut en Londres, en octubre.

Julian hizo una mueca. Presumiblemente, en todas las cocinas de la vecindad habían estado comentando afanosamente, desde la mañana temprano, las interesantes noticias provenientes de Tregarthan. Y lo que se comentaba en las cocinas era transmitido a las plantas altas, junto con el chocolate de la mañana. Las comadres locales no habían aguardado mucho tiempo para acudir a ver, con sus propios ojos, cuál era la situación.

–¿Les ha hecho pasar a la sala, Hibbert?

–Sí; por supuesto; milord.

–Iré ahora mismo a verlos. Será conveniente que lleve una botella de un borgoña del noventa y ocho para lord Pendragon y el reverendo Thornton. Té para las damas, a menos que prefieran un licor dulce. ¿Tenemos ratafía? preguntó, acordándose.

–Sí, señor. Recordará que a la señorita Lucy le encanta, y por eso siempre tenemos algunas botellas en la bodega.

–¿Qué es la ratafía? –preguntó Tamsyn una vez que el mayordomo se hubo marchado.

La expresión de desagrado de Julian se hizo más pronunciada.

–Un repugnante licor dulce.

–¿Quién es la señorita Lucy?

–Mi hermana –se quedó mirándola un instante, ceñudo–. Han venido a conocerte, de modo que tendré que presentarte... a menos que diga que no te sientes bien, después del viaje –negó con la cabeza–. Esa excusa sólo servirá un par de días. Será mejor que acabemos de una vez con esto.

–No soy una paria social absoluta –protestó Tamsyn, un poco ofendida ante la consternación de él.

–Mi querida muchacha, eres imposible. En esta sociedad, te destacarías como un pulgar inflamado –dijo él sin rodeos–. Ni siquiera sabes ni sentarte correctamente –miró el reloj y su ceño se profundizó–. Iré a saludarlas, les explicaré quién se supone que eres, y tú te reunirás con nosotros dentro de unos diez minutos. Cuando seas presentada, tienes que hacer una inclinación, una leve flexión de la cintura, así.

Le hizo una demostración, y Tamsyn asintió con expresión solemne.

–Ahora, muéstrame –pidió él observando con aire crítico cómo imitaba ella su movimiento–. No es perfecto pero tendrá que servir –comentó–. Por mi descripción, esperarán que seas tímida y retraída. Como corresponde a la hija de un terrateniente hidalgo, criada en un convento.

Fue hasta la puerta, se detuvo al recordar algo que nunca había sido mencionado.

–Debes tener un nombre. Señorita Tamsyn está muy bien para los criados, pero no para el resto del mundo. ¿Cuál es tu apellido?

Tamsyn se encogió de hombros, debatiéndose aún contra su pesar: no había creído que fuese imposible, como él decía.

–No tengo apellido. Mi padre siempre fue conocido como El Barón.

–En ese caso, serás la hija del señor Barón –dijo él con firmeza. Volvió junto a ella, le sujetó el mentón con una mano y la miró con una expresión que amenazaba por su gravedad–. Una palabra o un gesto indiscreto ante esta gente, y se acaba todo, muchacha. Saldrás de esta casa tan rápidamente que no sabrás qué ha pasado. ¿Está claro?

–¿Por qué habría de ser indiscreta? –preguntó—. Iría en contra de mis intereses.

–Es cierto; pero recuérdalo porque, créeme que hablo muy en serio. Un desliz aunque sólo sea de palabra y accidental, y te pongo en la puerta. Yo tengo que proteger mi reputación en el condado y no pienso arriesgarla por ti.

Sostuvo la mirada de ella con expresión feroz; de pronto, le soltó el mentón y salió de la biblioteca.

Tamsyn dejó los libros sobre el escritorio. ¿Qué imaginaría él que ella podría hacer, rodearlo con los brazos y darle un abrazo lascivo? ¿O sería que tenía miedo de que ella dijese algo indiscreto, algo demasiado familiar? Desde luego, no era imposible que lo hiciera pues, como no sabía qué podían considerar incorrecto estos extraños de una tierra extraña. Sus lecciones aún no habían llegado a esa etapa.

Se puso de puntillas para verse en el espejo que había sobre la repisa de la chimenea y se pasó los dedos por el pelo y se alisó el flequillo. En verdad, estaba demasiado largo. ¿Cómo se conduciría la hija de un hidalgo criada en un convento? Probó de hacer una sonrisa tímida pero, por algún motivo, no resultaba convincente. Tal vez debería fingir que no hablaba muy bien el inglés. Así, estaría segura de no cometer errores involuntarios. Permanecería sentada, sumisa y en silencio, sonriendo y asintiendo, dispuesta a ser amable pero sufriendo una absoluta incomprensión.

Por la seguridad, eso era lo que convendría hacer. El coronel había hablado muy en serio, y ella no podría arriesgarse a tener un desliz accidental a esta altura del juego. Salió de la biblioteca, atravesó el gran vestíbulo en dirección a la sala, que estaba en el extremo más alejado. Justo a tiempo, recordó que debía corregir su paso. Hombros atrás, trasero hacia dentro, cabeza alta, cuello recto... ¡Por Dios!, ¿cómo recordar tantas cosas?

Abrió con suavidad la puerta de la sala y se detuvo, vacilante, en el vano esperando a que alguien notara su presencia. Su corazón aceleró su ritmo cuando tomó conciencia de que ése era el comienzo; cuando advirtió la presencia del grupo de personas reunidas en un círculo, en la parte más alejada de la sala, comprendió cómo la aterrorizaba la tarea que se había impuesto. Jamás había enfrentado a un grupo semejante en su vida. ¿Qué verían cuando por fin la mirasen? Más aun, nunca antes había estado en el umbral de una sala. Había una cosa que sabía con instintiva certidumbre: pese a su vestido convencional, no verían a una mujer semejante a una de ellos. Aquello que la distinguía no era tanto su apariencia física como algo indefinible que ella sentía en sí misma... algo que correspondía con el estilo de vida que había llevado y de lo que esperaba de esa vida. Eso la marcaba como con un hierro al rojo.

Tres de las mujeres eran matronas de mediana edad, enfundadas en vestidos de satén oscuro, con severas cofias de encaje. La más joven llevaba un vestido de viaje de suave cambray beige y un sombrero de paja. Pese a su juventud, se veía que llegaría a ser exactamente como las otras mujeres cuando llegase a la madurez: lo llevaba inscrito en cada línea de su cuerpo, en el modo en que llevaba ropa. Tamsyn sabía que ella jamás se asemejaría a ninguna de las mujeres presentes en esa sala. Se sentía tan extranjera como si hubiese descendido de las estrellas.

Lord Pendragon y el vicario estaban ante el hogar vacío y olfateaban con agrado el vino que tenían en sus copas. Ambos eran caballeros corpulentos, con el aire satisfecho de quien conoce su lugar en el mundo. El reverendo Thornton fue quien vio primero a Tamsyn.

–Ah –atronó su voz, con jovialidad–. Nuestra pequeña extranjera se ha reunido con nosotros.

El coronel se levantó de una silla de patas torneadas que parecía demasiado frágil para su cuerpo voluminoso.

–Ven, Tamsyn, que te presentaré –se acercó a ella con expresión grave–. He explicado a mis invitados tus desafortunadas circunstancias.

–¿*Perdón?* –dijo Tamsyn, sonriendo con expresión ansiosa–. *No comprendo, señor* St. Simon.

El semblante de Julian reflejó tanta estupefacción que, por un momento, ella olvidó sus temores y estuvo a punto de estallar en carcajadas, pero mantuvo su compostura y miró a su alrededor, observando a los visitantes con una breve sonrisa nerviosa.

La mano de Julian se cerró sobre su codo.

–Si prestas atención, creo que entenderás –dijo él marcando las palabras, oprimiéndole el brazo con sus dedos–. Damas y caballeros, permítanme presentarles a la señorita Tamsyn Baron.

Tamsyn conservó su sonrisa vacua durante las presentaciones y realizó varias aceptables reverencias que, sin embargo, la hicieron sentirse como un pájaro picoteando en el polvo. Ella tenía conciencia de las miradas escudriñadoras de las mujeres mayores, que respondieron a sus sonrisas y reverencias con cabeceos

neutrales. El escrutinio de lord Pendragon, en cambio, era de naturaleza bien diferente. Por mucho que estuviese bajo los auspicios de lord St. Simon, seguía siendo una mujer joven y él estaba evaluándola en ese carácter. El vicario tomó la mano de la muchacha entre las suyas y dijo, en tono untuoso, que si bien sabía que ella practicaba la fe católica, abrigaba la esperanza de que su iglesia no le pareciera demasiado extraña. En la parroquia de Tamsyn eran muy partidarios de la High Church, que era la rama conservadora de la Iglesia Anglicana, y él se sentiría dichoso de oírla en confesión, algo que a ella la reconfortaría.

Tamsyn se refugió en la incomprensión bajando los ojos y emitiendo un murmullo inaudible, para luego volverse con alivio hacia la señorita Marshall, que le dirigió una sonrisa cálida y despojada de críticas.

–Pobre querida, todo será tan extraño para ti; debes de estar triste por haber tenido que abandonar tu país.

–¿Perdón?

Tamsyn miró, interrogante, a Julian, que le tradujo hablando entre dientes.

–¡Ah, muy amable! –agradeció, efusiva, aceptando la mano que se le ofrecía y estrechándola con entusiasmo.

Excesivo entusiasmo, a juzgar por la expresión asustada de la joven, que sentía sus dedos aplastados con insólita firmeza por esta pequeña criatura.

–Tamsyn se ha recuperado de manera admirable –comentó Julian–. Siéntate, *niña*. –la empujó hacia una silla y recibió con silenciosa satisfacción su brusca aspiración–. En realidad, ella habla y entiende el inglés a la perfección, pero tiene miedo de cometer errores.

Él sonreía con su boca, pero sus ojos prometían venganza. Tamsyn adoptó la condigna expresión avergonzada.

–El... el... *señor* es... es... *muy amable.*

–Oh, creo que exageras –dijo Julian con amabilidad. Y, dirigiéndose a sus visitantes, agregó–: Si hablan con lentitud, ella no tendrá dificultades en seguirlos.

Hester Marshall asintió, indicando su comprensión y dijo, pronunciando lentamente y en voz bien alta:

–¿Cabalga usted, *señorita?*

–¿Cabalgar? –Tamsyn crispó la frente–. *¿A caballo?* Oh, sí... me gusta mucho... mucho, pero el señor St. Simon dice que no lo hago demasiado bien.

Dirigió una mirada triste al coronel.

–Oh, estoy seguro de que lord St. Simon podrá encontrar para usted un caballo manso para que pueda practicar dijo Hester con calidez–. Debemos salir a cabalgar juntas. En cuanto a mí, sólo me gusta trotar suavemente alrededor de los prados, en consecuencia, no tiene por qué temer que hagamos algo para lo cual no está preparada.

Tamsyn tragó saliva, y Julian dijo:

–Eso será muy bueno para ti, niña. Estoy seguro de que lo disfrutarás, ahora que el tiempo es más agradable.

–Sí, ha estado horrible –coincidió la señora Marshall–. Los granjeros no saben qué hacer con sus cosechas. ¿Cuándo vuelve usted a la Península, lord St. Simon?

–Tengo que llevar a cabo ciertas negociaciones en Westminster, en nombre de Wellington –respondió el aludido. El duque está empeñado en que Tamsyn esté establecida en su nueva patria antes de que yo regrese. Él también conocía a su padre. Tengo la esperanza de que, cuando comience la temporada, pueda confiar a Lucy el madrinazgo de Tamsyn.

Esto era nuevo para Tamsyn.

–¿Perdón? –dijo–. Por favor.., *no comprendo*.

"Cuando haya terminado contigo, ranúnculo, no sabrás ni cómo te llamas", juró Julian para sus adentros.

–Mi hermana –le recordó, sin revelar la menor emoción.

–Ah, sí –Ella se apoyó en la silla, cruzó las piernas y sonrió como el sol.

Lady Pendragon la miró fijo atónita e incrédula, y Julian, moviéndose con rapidez, cruzó delante de Tamsyn para volver a llenar el vaso del vicario. Al pasar, le dio un rudo puntapié en el tobillo y Tamsyn se apresuró a sentarse muy recta, uniendo las manos sobre el regazo.

–¿Dónde se ha educado usted, señorita Barón? –preguntó lady Pendragon, hablando con lentitud.

Tamsyn parpadeó y frunció el entrecejo como si se esforzara por entender hasta que, por fin, asintió y su semblante se iluminó como si hubiese comprendido la pregunta. Disparó una catarata de palabras en español afirmando, sonriendo, haciendo elocuentes ademanes, ante la mirada de su audiencia que la oía perpleja y, por último, se calló al ver que seis cabezas giraban hacia el coronel, que estaba apoyado en la repisa de la chimenea, de brazos cruzados, con una expresión de irónica resignación en los intensos ojos azules.

–En un convento en la montaña, señora –dijo–. Una orden muy estricta, que habita en un convento encaramado en el pico de una montaña. Sólo se podía acceder a él a lomo de mula, y por eso las discípulas veían a escasas personas como no fuesen las hermanas. La madre de Tamsyn murió cuando ella tenía diez años; después que ella murió, la enviaron al convento. Más tarde, cuando ella tuvo dieciocho años, su padre la envió a Madrid. Iba a ser presentada en la corte.

Tamsyn asintió, se retorció las manos, y asistió a esa traducción con sus ojos violetas desbordando de emoción.

–Por desgracia, el señor Barón murió repentinamente, no sin antes confiar la custodia de su hija a sus buenos amigos, el duque de Wellington y yo mismo.

–*Sí... sí* –afirmó una radiante Tamsyn sonriendo a Julian; luego disparó otra andanada de español.

–Se consideró conveniente que ella viniera a Inglaterra, por lo menos hasta que hubiese acabado la guerra en España –tradujo Julian sin un ápice de emoción.

Pese a su fastidio con esta actuación, debía admitir que Tamsyn estaba ofreciendo una impecable cobertura en relación con sus antecedentes.

–No diga –dijo lady Pendragon, compasiva–. Qué desdichada se sentiría usted, señorita Baron.

–¿Perdóneme querida, ¿ha estado usted enferma? –preguntó la señora Thornton, inclinándose para palmear la rodilla de Tamsyn con su mano enfundada en un mitón.

Tamsyn adoptó una fugaz expresión perpleja y luego respondió alegremente, haciéndole una seña a Julian para que tradujese.

–Dice que jamás ha estado enferma, señora –respondió él, obediente.

–Tengo curiosidad.., su pelo.., es tan poco común.

¿Cómo iría a responder eso? Él le trasladó la pregunta.

–Ah, eso fue en el convento –inventó Tamsyn sin vacilar un segundo–. Las hermanas estaban empeñadas en que lleváramos muy corto el pelo.., para no fomentar el pecado de vanidad, ¿entiende usted?

–Muy encomiable –dijo la señora Thornton, dirigiéndole un cabeceo de aprobación a su marido cuando lord St. Simon acabó la traducción en voz inexpresiva, el rostro convertido en una máscara–. En la vicaría, hemos comentado con frecuencia que las muchachas, en estos días, piensan demasiado en su aspecto. No Hester, por supuesto– sonrió a la señora Marshall y a su hija– Hester es un modelo... ayuda tanto en la parroquia...

–Lord St. Simon, ¿Lucy patrocinará a la señorita Baron en la corte? –preguntó la señora Marshall, tras haber aceptado con un movimiento de cabeza el cumplido para su hija.

–Espero que sí –dijo él con sequedad, mientras bebía su vino–. Estoy impaciente por regresar a la Península, como podrán imaginar.

–¿Qué opina usted sobre la marcha de los acontecimientos, St. Simon? –preguntó lord Pendragon.

La pregunta hizo que los hombres se apartaran y se pusieran a conversar sobre la guerra.

Tamsyn permaneció sentada con aire recatado, mientras las damas conversaban entre ellas dedicándole un ocasional gesto de asentimiento de modo que no se sintiera completamente excluida de la conversación, tan incomprensible para ella como si, en realidad, no conociera el inglés. Hablaban de recetas para preparar gelatina de pata de ternero, de encaje natural para adornar un vestido y de la intransigencia de las camareras, mientras Tamsyn trataba de oír la conversación de los hombres mordiéndose la lengua a menudo para no tentarse de participar de una conversación que la tocaba mucho más de cerca.

–Espero que su... su pupila... lo acompañe a la iglesia el domingo.

La señora Thornton se ponía los guantes cuando las visitas, por fin, se pusieron de pie para marcharse.

–Tamsyn vendrá a nuestra iglesia para no echar tanto de menos la suya –repuso Julian con frialdad–. ¿No es así, *niña*?

–¿*Perdón*? –dijo Tamsyn con dulzura, agitando las pestañas y mirándolo con inocente perplejidad.

El respondió con una mirada torva, tan furibunda como para advertirla y ella tuvo la discreción de retroceder mientras él acompañaba a las visitas hasta sus carruajes.

–¿La muchacha tiene una dueña? –preguntó la señora Marshall cuando Julian la acompañó hasta su birlocho.

–Oh, sí, una dama española bastante temible – aseguró Julian con solemnidad–. Y, como si no fuera suficiente, Tamsyn siempre va acompañada por un guardaespaldas; un verdadero gigante escocés cuyo deber, al parecer, consiste en mantener a raya a los desconocidos hasta que hayan sido debidamente inspeccionados. Estoy seguro de que pronto estarán hablando de él en la aldea. Es difícil pasar por alto a un hombre como Gabriel.

La señora Marshall lo pensó un instante y después hizo un gesto de satisfacción. Su hija subió y ocupó su lugar junto a ella.

–Adiós, *señorita* –Hester se asomó y tendió su mano a Tamsyn–. Saldremos a cabalgar pronto.

–Sí –respondió Tamsyn con valentía, aceptando su mano, esta vez con más delicadeza–. Por favor, le ruego que me llame Tamsyn. Eso está *muy bien*, es más agradable, ¿*sí*?

–Tamsyn –dijo Hester sonriendo–. Qué bonito nombre cornuallés. Lord St. Simon nos dijo que la familia de su madre vivía en esta región hace muchos, muchos años. Y usted tiene que llamarme Hester. Sé que seremos muy amigas.

Los coches echaron a andar por el camino de entrada de la casa; Tamsyn los saludó agitando enérgicamente la mano, junto a lord St. Simon.

–¡Muy bien; tú, adentro! –Julian giró hacia ella cuando vio que los coches estaban lo bastante lejos para no oír. Le rodeó la cintura con un brazo y la empujó hacia la casa–. ¿Qué diablos era todo eso?

–Me pareció la solución perfecta –protestó Tamsyn, con ojos muy abiertos, de expresión inocente, mientras él la empujaba hacia la biblioteca y cerraba la puerta con tanta fuerza que la hizo temblar sobre sus goznes–. Tenía miedo de decir algo indiscreto sin quererlo o incluso ofenderlos, porque no sé nada con respecto a la sociedad inglesa; por eso pensé que si no decía casi nada, andaría sobre seguro y tú no tendrías motivo de exasperación le apoyó la mano sobre la manga–. Tenías un aire tan amenazador que me asusté, coronel.

–No te hagas la inocente conmigo –dijo él–. ¡Estuviste burlándote de ellos.., y de mí!

–No, no es así –declaró Tamsyn–. Silo pensaras un minuto, entenderías que es una solución perfecta, en tanto yo no olvide mantenerla. Si yo no hablara, no diría nada equivocado, y como todos imaginaban que yo sería diferente, nadie se asombraría de mi extraño comportamiento. Mientras tú me enseñas a no cometer errores, yo puedo fingir que aprendo a hablar correctamente en inglés y, así, cuando haga mi debut.., o como sea que quieras llamarlo.., cuando sea seguro dejarme libre, podré hablar inglés sin que parezca nada extraño.

–¡Cuando sea seguro dejarte libre? –murmuró Julian–. ¡Dios mío! –se pasó una mano por el bruñido mechón que colgaba sobre su frente–. Tú eres tan segura como una cobra en un nido de ratones.

–¡Oh! –exclamó la acusada–. ¡Qué imagen horrible! ¿Qué tiene de malo mi plan? Es una cobertura perfecta.

Derrotado, Julian meneó la cabeza. Se veía obligado a admitir que ella tenía razón; aun así, no se sentía capaz de decirlo. Fue al aparador y se sirvió otro vaso de vino, mirándola en silencio, con expresión fulminante, durante un instante.

–Te diré otra cosa –prosiguió Tamsyn, tomándose súbitamente cáustica–. ¡Si vuelves a llamarme *niña*, te cortaré la lengua, St. Simon!

–Mi querida muchacha, es la manera más adecuada de dirigirme a ti en ese papel que insistes en representar repuso Julian, airado–. Una niñita muda, que se esfuerza en acostumbrarse a los usos de un país extraño, en adaptarse a los terrores del ancho mundo después de tantos años recluida en un convento en la cima de una montaña combatiendo contra el pecado de vanidad.

–En mi opinión, eso fue pensar rápido –se defendió Tamsyn.

–Oh, no puedo negar que eres imaginativa, *niña* –dijo él.

Los labios le temblaron de risa al ver que ella, enfurecida, desnudaba sus pequeños dientes blancos.

Cuando Tamsyn se abalanzó hacia él, le rodeó la cintura con un brazo y la alzó en el aire.

–Una bandolera imaginativa, que piensa rápido y que ahora tendrá que trotar decorosamente por los prados montada en un gordo pony porque dice que el señor St. Simon opina que ella no monta muy bien.

–¡Oh, no! –gimió Tamsyn agitando las piernas.

–Oh, sí –replicó él, sonriendo–. Las pequeñas mentiras imaginativas se nos vuelven en contra, *muchacha*. Será imposible que te vean montando a César.

–Entonces, cabalgaré sólo de noche –declaró, disgustada–. Déjame.

La dejó resbalar lentamente entre sus manos y su sonrisa burlona fue desvaneciéndose cuando sus dedos rozaron la curva de los pechos femeninos. La indignación se apagó en los ojos violeta a impulsos de la caricia. Los pies de Tamsyn tocaron la alfombra y él le rozó los pechos con los nudillos, bajo la delicada muselina. Los pezones se irguieron en forma instantánea, tan sensibles como siempre, y los labios de ella se abrieron dando paso a un suspiro ansioso y expectante.

–¿Aquí? –susurró ella, con un toque de excitación en su voz –. ¿Ahora?

Era media mañana, estaban en medio de la casa. Los ruidos domésticos llegaban a través de la puerta cerrada. Julian echó una mirada por la ventana hacia donde estaba el jardinero desbrozando los arriates, en la línea directa de su visión.

Contempló el rostro de Tamsyn vuelto hacia él, resplandeciendo de deseo, desbordando de audaz invitación. Se movió contra él en un lascivo meneo de sus caderas, provocando una corriente en sus genitales que le cortó el aliento.

–Contra la puerta –ordenó el hombre en voz que la urgencia había vuelto cortante y dura–. Rápido.

La empujó hacia atrás hasta dejarla apretada contra la puerta, su cuerpo duro contra el de ella. Le alzó con rudeza la falda hasta la cintura.

–¿Esto es lo que quieres, Violette?

–Sí –susurró ella.

–¿Y esto?

Deslizó la mano entre sus muslos, apretó la tela húmeda de sus calzones metiéndola dentro de su carne, quemando como un hierro candente los suaves pétalos de carne protegidos por la prenda.

–Sí –volvió a susurrar ella, sus ojos luminosos, su piel traslúcida, mientras se quedaba inmóvil para él, por una vez, sin hacer movimientos propios.

Era una locura. Él se sintió elevado en la marea de locura de esa pasión absurda. Los calzones de Tamsyn cayeron hasta sus tobillos, sus piernas se separaron bajo la presión impaciente de las manos masculinas. Los dedos de él se movieron dentro de ella, sobre ella, hasta hacerla sentirse perdida en un remolino de niebla roja, con su cabeza echada hacia atrás, contra los paneles de la puerta, sus caderas proyectadas hacia delante, saliendo al encuentro de su mano exploradora.

La boca de él rozó la curva suave donde se unían el cuello y el hombro de ella, sus dientes la mordisquearon. Ella gritó, un suave gemido salió del fondo de su garganta, y la carne viril la penetró y ella se apoyó en la puerta aferrándose a las caderas de él, que se hundía más a fondo en ella y la sangre rugió en los oídos de Tamsyn y él cubrió su boca con la de él sofocando el grito de deleite salvaje antes de que llegara a los labios.

Y entonces todo acabó, y ella se quedó de pie, temblando, con sus rodillas flojas, su vestido adherido a la piel pegajosa por el sudor. Julian esbozó una sonrisa lenta y lánguida de satisfacción sensual. Pasó suavemente los dedos por la boca de ella, dándole a probar el olor de su propia excitación.

–¿Qué dirían en ese convento tuyo? –murmuró el hombre–. En esa orden tan estricta, en las montañas.

Tamsyn sólo atinó a sacudir la cabeza. Por una vez, el coronel lord Julian St. Simon la había dejado sin palabras.

17

–St. Simon está de regreso en Tregarthan –anunció Cedric Penhallan, oliendo el clarete que había en su copa.

Bebió un medido sorbo e hizo una señal afirmativa a su mayordomo, que procedió a llenar las copas de los gemelos Penhallan, sentados en lados opuestos de la mesa ovalada. Los últimos rayos del sol poniente se reflejaron en el anillo de sello de zafiro cuando el vizconde alzó su copa.

–Lo hemos visto esta mañana, señor –dijo David, sirviéndose un trozo de pollo de una fuente.

–Completamente desnudo, jugueteando en el mar con una pequeña puta –agregó Charles lanzando una risa gutural.

–¿Habéis estado en Tregarthan?

Los ojos negros de Cedric parecían ágatas, y en torno de su boca carnosa se formó una mancha blanca.

Charles se puso rojo.

–Sólo en lo alto del acantilado, sobre la caleta. Estábamos espantando cuervos y, sin querer, nos desviamos...

–No os habéis desviado por casualidad, señor –cortó su tío con mortífera calma.

–No sabíamos que St. Simon estaba en su casa, jefe – intervino David con una nota de malhumor en su voz–. Hacia dos años que estaba fuera del país... salvo en ocasión de la boda de su hermana.

–Y hace dos años fuisteis advertidos de que no debíais pisar las tierras de St. Simon –puntualizó Cedric con la misma calma vitriólica–. ¿Y por qué fuisteis advertidos?

Él observó a los dos con sus ojos ardiendo de desprecio.

No hubo respuesta. Los dos jóvenes inclinaron la cabeza. El mayordomo se retiró, discretamente, hacia las sombras.

–¿Y bien? –inquirió suavemente Cedric–. No me cabe duda de que uno de vosotros debe recordarlo.

Los gemelos se movieron nerviosamente; finalmente, David dijo con la misma expresión enfurruñada:

–Ella era una ramera. Nosotros hemos jugado con ella; eso es todo.

–Vaya, ¿eso es todo?

El tío arqueó las cejas. Contemplo una fuente de trucha en salsa de mantequilla, eligió la más grande y la deslizó sobre su plato. Durante unos minutos, comió en tenso silencio; nadie se movía excepto él y en el plato de David el pollo se congeló en su salsa.

–¿Eso es todo? –insistió el tío, en tono reflexivo–. Atacasteis a una niña... ¿cuántos años tenía ella? Catorce, ¿no es así?

Miró otra vez a ambos y esperó una respuesta.

–Ella estaba madura para eso –dijo Charles–. Su madre era una prostituta: todos lo sabían.

–Oh, yo creía que su madre había muerto et año anterior –dijo Cedric–. Tenía la impresión de que la chica vivía sola con su padre... un hombre muy respetado por la gente de St. Simon. Uno de los arrendatarios preferidos de St. Simon. Pero tal vez yo esté equivocado.

Hizo una seña al mayordomo, indicándole que volviese a llenarle la copa.

–¿Estoy equivocado, señor?

Sus ojos negros asaetearon a David, que bajó su vista posándola sobre la mesa, ocultando el odio flagrante que se veía en su mirada.

–No –murmuró al fin el interpelado–. Nosotros no podíamos saberlo.

–Desde luego que no podíais. –el tono de Cedric era casi tranquilizador–. Cuando la violásteis, la golpeasteis y la dejásteis desnuda y casi muerta en la playa, no podíais saber que estabais metiéndoos con un arrendatario de St. Simon en Tregarthan.

El vizconde bebió otro generoso trago de vino y, con aparente placidez, dejó que el silencio se extendiera entre ellos. Cortó el pastel de ave y, si había notado que era el único que tenía apetito, no dio señales de ello.

–Por supuesto que vosotros no podíais saberlo –reiteró, en el mismo tono–. Del mismo modo que no se os ocurrió que la niña podría decírselo a alguien... hasta podría haber sabido quién la había atacado en una larga tarde de verano. No se os ocurrió, por supuesto, que por aquí todo el mundo os conoce. Si habéis vivido aquí desde que erais niños.

De repente, su voz se tomó aguda y reveladora de su colérico desprecio.

–Me importa un comino lo que vosotros hagáis, par de idiotas chapuceros. Podéis violar a un regimiento de mujeres, silo deséais. ¡Pero, ni siquiera los perros ensucian su propio territorio!

Los dos hicieron una brusca aspiración, se sonrojaron y luego palidecieron al unísono. Cedric sonrió. Le complacía que estuviesen rabiosos por haber sido humillados en público, y el temor que les hacía tragarse su rabia le complacía todavía más, si bien aumentaba su desprecio.

Entre todos los Penhallan, sólo Celia le había hecho frente.

De pronto, su interés en atormentar a sus sobrinos se desvaneció. La imagen de Celia llenó su mente. Y la de la muchacha que había visto el día anterior. La muchacha a quien, por un instante, había confundido con Celia. Desde luego, aquello era absurdo. Después de tantos años, su recuerdo no era nítido. Lo habían engañado el pelo claro y el cuerpo menudo. Sin embargo, la semejanza era extraordinaria. Supuso que la muchacha debía de tener la misma edad que Celia cuando él la envió al extranjero. Eso había sido lo que le había dado semejante sobresalto.

Ella viajaba con St. Simon. El vizconde miró de nuevo a sus sobrinos y en sus penetrantes ojos negros apareció un resplandor de fascinación.

–¿Qué habéis dicho acerca de St. Simon, que lo habéis visto con una ramera esta mañana?

Charles y David se relajaron de manera evidente, sabiendo que su tío había perdido interés en su maligno castigo.

–Estaban junto al mar, en la caleta, señor –se apresuró a decir David–. Pudimos verlos con toda claridad desde arriba del acantilado, pero estaban desnudos. La muchacha era tan flaca que, al principio, pensamos que era un muchacho.

Rió entre dientes y miró a su gemelo buscando confirmación.

–Se nos ocurrió que quizá St. Simon ha adquirido nuevos gustos en la Península –dijo Charles, con una mueca despectiva curvando sus labios delgados.

–No seas imbécil –dijo su tío, fastidiado–. ¿Cómo era ella?

–Menuda, pelo muy claro –Charles se precipitó a reparar su error–. Es todo lo que pudimos ver.

Cedric frunció el entrecejo y se masajeó la barbilla, pensativo. Coincidía con la muchacha que él había visto en Bodmin.

–¿St. Simon habrá traído a su amante a Tregarthan? –negó con la cabeza–. No es su estilo. ¿Quién diablo puede ser ella?

No se dio cuenta de que había hablado en voz alta, tampoco la rápida mirada que intercambiaron sus sobrinos. Se sirvió patatas asadas y las masticó con entusiasmo. El silencio volvió a reinar en el comedor, pero los mellizos ya se sentían lo bastante seguros como para reanudar su propia cena.

Cedric descubrió que su mente volvía una vez más a su hermana. En los últimos tiempos, rara vez pensaba en ella pero la muchacha de Bodmin había disparado una hueste de recuerdos involuntarios. Celia era inteligente, de ingenio rápido. Podría haberle sido muy útil si hubiese accedido a seguir sus indicaciones y trabado relación con la gente apropiada. Él podría haberla aprovechado como mensajera de sus influencias. Habría sido una digna socia en su ambición, si se hubiese dejado modelar.

Se limpió una gota de salsa en el mentón. Pero Celia era impredecible, sin apego a la responsabilidad familiar. Y había amenazado con arruinarlo. Él no había tenido otra alternativa que tomar medidas drásticas para vérselas con ella. Qué pena, realmente... habría sido divertido contar con la compañía de ella en esta etapa de su vida, cuando estaba rodeado de personas que ni siquiera le miraban a los ojos. En cuanto a los hijos de su hermano...

Qué par repugnante... desde el momento en que habían quedado bajo su guarda, a la edad de siete años. Aunque en aquella cuestión de la muchacha violada y St. Simon se habían superado a sí mismos. Si él no hubiese abierto generosamente la bolsa frente al padre de la muchacha, podría haberse visto en una situación muy desagradable. St. Simon había insistido en llevarlos ante la justicia, pero el padre de la joven se había conformado con el equivalente a una sustanciosa pensión para hacer callar a su hija, y St. Simon no

había logrado convencerlo de que cambiara de opinión. Sin embargo, St. Simon había jurado tomarse desquite si los gemelos Penhallan volvía a poner un pie en su tierra, y Cedric no tenía dudas de que él cumpliría su juramento.

En realidad, pensó observando los rostros delgados y angulosos de sus sobrinos, él hasta podría disfrutar viendo cómo St. Simon se cobraba ese desquite. La reputación de los gemelos los precedía allí donde fuesen. No era de extrañar que ninguna familia respetable contemplase la posibilidad de una unión con alguno de ellos, pese al apellido Penhallan.

–Traiga coñac a la biblioteca –ordenó, retirando su silla raspando ásperamente en el suelo de roble.

Tras el prolongado silencio, su voz y el ruido de su silla retumbaron como un trueno.

Los gemelos se incorporaron en señal de cortesía cuando su tío dejó el comedor sin volver a dirigirles la palabra, y el mayordomo lo siguió con el botellón de coñac.

Un lacayo dejó una botella de oporto junto al codo de Charles, hizo una inclinación y los dejó solos.

–¿Qué dirías si respondiésemos a su pregunta?

Charles llenó su copa y empujó el botellón hacia su hermano.

–¿Cuál pregunta?

David entornó los ojos protegiéndose de la luz de las velas que ahora iluminaba la habitación. Sus ojos estaban empañados, igual que los de su hermano. Aunque habían tenido escaso apetito al comienzo de la cena, no tenían el mismo problema con el vino.

–Sobre quién será la puta de St. Simon – aclaró su hermano con cuidado, vaciando su copa y tomando otra vez de la botella–. El jefe quiere saber quién es ella y nosotros lo descubriremos. Es lógico que él se alegre de saberlo.

–Tal vez, incluso, nos agradezca –dijo David golpeteando el costado de su nariz con aire insinuante–. Pero, ¿cómo lo averiguaremos?

–Le preguntaremos a ella… con cortesía, por supuesto.

–Ah, sí; se lo preguntaremos cortésmente a la furcia –coincidió su hermano, guiñando un ojo–. Pero, ¿cómo se lo preguntaremos si tenemos prohibido entrar en la propiedad de St. Simon?

Charles lo pensó, contemplando su copa como si pudiera hallar la respuesta en sus oscuras profundidades.

–Alguna vez ella tendrá que salir. No puede quedarse ahí dentro para siempre. Tendrá que ver gente, hacer algún recado, comprar algo.

–A menos que St. Simon la tenga desnuda dentro de la casa –sugirió David con risa lasciva.

Por un instante, imaginaron la excitante perspectiva de mantener desnuda a una mujer, esperando para brindarles placer.

–Sin embargo, no es el estilo de St. Simon –dijo al fin Charles, casi con pesar–. Si así fuese, el personal de la casa lo sabría. En muy poco tiempo, se divulgaría por todo el condado.

–En algún momento tendrá que salir de la casa. Entonces, cuando la veamos, se lo preguntaremos de buen modo sentenció David–. Si se lo preguntamos de buen modo, nos dirá lo que el jefe quiere saber.

–Será conveniente que ella no sepa quiénes somos nosotros –dijo Charles, prudente–. Al jefe no le gustaría... después de lo de la otra muchacha.

–Antifaces –dijo David–. Antifaces y, tal vez, también disfraces de dominó... eso servirá.

–Disfraces no –replicó su hermano–. No puedes llevarlo en el bolsillo como un antifaz. Esto puedes llevarlo adonde quieras y nadie sabrá que lo tienes.

–Cierto –admitió su hermano, reconociendo el sentido práctico del otro–. Lo llevaremos allí donde vayamos, y cuando la veamos, nos lo pondremos y le haremos unas preguntas.

Satisfechos, los hermanos se concentraron con más seriedad en el oporto.

–El cartero te trajo una carta –a la mañana siguiente, Tamsyn entró en la biblioteca agitando un papel sellado–. A juzgar por su escritura, parece de una mujer. ¿Todas las damas de sociedad escriben con esos rizos? ¿Yo también tendré que aprender a hacerlo así? –examinó la misiva con aire crítico–. Muy elegante.., y además, en papel azul claro. ¿Es tu amante?

Sin hablar, Julian le tendió la mano para recibir la carta. Tamsyn la entregó y se encaramó en el borde de su escritorio.

–¿Tienes otra amante? Aunque, a decir verdad, "amante" no es la palabra exacta para describirme a mí, ¿no es así?

–No sé si el idioma contiene una descripción ajustada para ti –comentó él con sequedad–. Tú desafías cualquier descripción. Quítate del escritorio. Es muy poco femenino.

–Ah, sí, milord coronel –se descolgó de su posición y ensayó una recatada reverencia, haciendo a un lado sus faldas de muselina, avanzando un pie, su trasero descendiendo hacia el talón del otro pie–. ¿Es bastante profunda como para el rey o sólo serviría para la reina?

Julian la observó con un fulgor en la mirada, convencido de que ella no había previsto el peligro de esa exagerada posición.

–Ahora, intenta incorporarte.

Tamsyn comprendió al instante que sería imposible. Cayó hecha un lío sobre la alfombra, y se quedó sentada allí con tal expresión de mortificación que él no pudo contener la risa, luego reanudó la lectura de la carta.

Su risa desapareció rápidamente.

–Tal vez debería agradecer que no perfume su papel de escribir –musitó él, mientras rompía el sello.

–¿Quién?

Tamsyn se puso de pie y se sacudió la falda.

–Mi hermana –respondió él, leyendo las garrapateadas líneas de la epístola–. ¡Por todos los diablos! Gareth la indujo a esto: todo el asunto tiene su marca de holgazán arruinado.

–¿Qué asunto? –preguntó Tamsyn volviendo a sentarse en el borde del escritorio.

–Mi hermana y su marido vendrán a visitarme. Me imagino que Gareth quiere escapar por un tiempo de la persecución de sus acreedores y, de paso, disfrutar de la hospitalidad gratuita.

Él levantó la vista hacia ella; su frente estaba surcada por profundas líneas, aventado ya el humor de minutos antes.

–¡Acabo de decirte que no te sientes así!

Para enfatizar, le dio una palmada en la cadera.

Tamsyn se bajó y lo contempló, pensativa.

–¿Por qué te enfada tanto que venga tu hermana?

–¿Por qué crees?

–¿Por mí?

–Exacto.

Tamsyn frunció el entrecejo.

–¿Por qué crees que mi presencia será un problema? ¿No le agradaré a ella? ¿O es que ella no me agradará a mí?

Julian clavó en ella la vista unos instantes, preguntándose si estaría fingiendo ingenuidad. Pero ella devolvía su mirada con su habitual candor, y cuando fue recorriendo con la vista la pequeña nariz, la barbilla aguzada y decidida, el aleteo de sus espléndidas pestañas sobre las tersas mejillas tostadas, lo asaltó una rápida e involuntaria oleada de deseo. Evocó el vívido recuerdo de su cuerpo moviéndose contra el suyo, oyó su eufórica risa en el momento en que ella alcanzaba su orgasmo.

¿Cómo sería posible que alojase a esta extraordinaria criatura bajo el mismo techo que su hermana? Lucy era tan inocente, tan bien educada, tan recatada: una perfecta dama. Todo lo que tenía que ser una mujer St. Simon. En cambio, esta bandolera desviada, su amante, era su antítesis en todo sentido.

Pero ya era muy tarde para hacer algo al respecto. A juzgar por la fecha de la carta, Lucy y Gareth llegarían en cualquier momento.

Era probable que, en ese instante, estuvieran atravesando Bodmin Moor.

–Pongamos en claro una cosa –dijo él, en voz tan llana como el mar Muerto–. Mi hermana sólo sabrá la historia que todo el mundo conoce. Que eres una huérfana, protegida del duque de Wellington, que has

sido confiada a mi tutoría no oficial. En ningún momento darás la menor indicación de que ésa no es toda la verdad. ¿Está claro?

Tamsyn asintió y se encogió de hombros.

–No tengo deseos de inquietar a tu hermana.

–Ten cuidado de no hacerlo porque si pronuncias una palabra fuera de lugar, te vas de mi casa.

Tamsyn se mordió el labio.

–Si tu hermana está casada, no puede ser tan inocente.

Los ojos de Julian despidieron una llama azul.

–Tú no estás calificada para dar una opinión respecto de mi hermana. Ni siquiera podrías empezar a entender a las mujeres como ella... el modo en que han sido educadas, cómo contemplan la vida. Como no conoces el significado de la palabra "virtud", no puedes entender la santidad del voto matrimonial. Por el amor de Dios, ¡pero si tus padres no le encontraban sentido al matrimonio...!

–No critiques a mis padres –dijo Tamsyn con mortífera fiereza–. Lord St. Simon, déjame decirte que tú, con tu parloteo acerca de las convenciones y las formalidades, la santidad y la virtud, ni siquiera puedes comenzar a entender la hondura de un amor que no necesita una sanción de la sociedad que lo convalide.

Estaba pálida de ira, pero había algo más que ira en sus ojos, inmensos e insondables como un mar violeta. Le dio la espalda con un movimiento inarticulado y volvió a hablar, con más amargura en la voz.

–Tú no puedes imaginar –dijo– qué es amar a alguien por sí mismo, ¿verdad? No te imaginas amando a alguien que no encaje en tu percepción de lo que es un molde correcto.

Antes de que él pudiese responder, ella salió de la biblioteca y cerró la puerta de un golpe, haciendo remolinear sus faldas. El se quedó con la vista fija en la puerta cerrada. ¿De dónde venía tanta ira? ¿Por qué lo había atacado de ese modo? Quizás él había sido un poco rudo al referirse a sus padres, pero el matiz personal del ataque de ella era incomprensible. Todo ese discurso sobre el amor. ¿Qué le importaba a ella a quién amaba él y de qué manera?

Sin embargo, detrás de la amargura de su voz se percibía el llanto. El dolor de sus ojos bajo esa ira líquida le dijo que había cruzado cierta línea invisible. No tenía derecho a atacar a sus padres.

Se mesó los cabellos y comprendió que había reaccionado por miedo, por miedo a su propia debilidad en lo que a ella tocaba. No sería capaz de resistirse a ella, ni siquiera por la presencia de su hermana en la casa.

Atisbó a Tamsyn por la ventana y vio que corría por el prado hacia la caleta. Iba descalza, sujetándose la falda para no tropezar con ella. Su pelo brillaba al sol. El jamás conocería a otra mujer como ella, ni aunque viviese tantos años como Matusalén. No era posible que existiese otra mujer como ella en ningún rincón del mundo.

Tamsyn se precipitó por la cuesta cubierta de flores hacia la cala. Se dio cuenta de que estaba huyendo de algo, de algo que no quería reconocer pero, al llegar a la pequeña playa de arena, cuando sus pies se hundieron en esa suavidad blanca y ya no tenía adónde correr, exhaló un suspiro y caminó lentamente por la arena mojada. La arena ondulada por la marea le masajeaba las plantas de los pies y el agua estaba entibiada por el sol.

Dejó caer su falda y las pequeñas ondas le mojaron el dobladillo mientras ella seguía caminando a lo largo de la orilla. ¿Qué había sucedido? Las palabras habían surgido de ella como si se hubiese levantado la tapa de un caldero hirviente. Había defendido a sus padres. Eso no tenía nada de particular. Era inevitable. Pero, ¿qué había sido todo eso del amor? ¿Qué le importaba a ella, la hija de Cecile y El Barón, que un lord inglés orgulloso y rígido sólo pudiese imaginar el futuro con una mujer de su propia clase?

Ella regresaría a España tan pronto como Cedric Penhallan estuviese arruinado. Julian, lord St. Simon, era útil para la misión que ella se había propuesto. Y cuando todo hubiese terminado y él comprendiese cómo lo había utilizado, era muy probable que quisiera descuartizarla. Ella lo entendería.

Apesadumbrada, dejó de chapotear en los charcos de la playa y miró alrededor con la intención de que la belleza de la pequeña cala, la amplitud del mar y los acantilados, el brillante cielo azul, la alegrasen. Levantó la mirada hacia lo alto del acantilado y el estómago le dio un vuelco: los dos jinetes que había visto la otra mañana estaban otra vez allí, recortados contra el cielo.

Estaban observándola. Recorrió su espalda una extraña sensación de amenaza, y se le erizó el pelo. Se volvió, salió del agua salpicando, y enfiló hacia la casa, con el ruedo de su falda y sus pies descalzos cubiertos de arena mojada.

Gabriel dio la vuelta desde el costado de la casa al mismo tiempo que ella atravesaba el prado. Al ver su aire enfurruñado, el escocés alzó las cejas y dijo, riendo:

–Ay, niña, es de esperar que no aparezcan visitas y te vean así.

Tamsyn sintió que resurgía su incierta desdicha.

–Entraré a cambiarme –dijo, sin convicción.

Gabriel la miró con suspicacia.

–¿Qué sucede, pequeña?

La rodeó con su largo brazo.

–En realidad, nada –respondió, haciendo un esfuerzo por sonreír–. Estaba pensando en Cecile y en el barón.

Que, si bien era la verdad, no era más que la mitad de la historia.

–Ah –Él hizo un gesto afirmativo y de momento se dio por satisfecho. La abrazó con fuerza y dijo, vivaz–: Bueno; tengo cierta información que tal vez te interese. En el muelle, he oído una historia que contaban unos pescadores de cangrejos.

–¿Con respecto a los Penhallan?

Tal como Gabriel lo suponía, ella se distrajo de inmediato de sus preocupaciones, y sus ojos se animaron.

Gabriel asintió.

–Esos sobrinos.., tus primos. Parece que son gemelos. Vamos a dar un paseo.

Fueron hasta la huerta que había en la parte más alejada de la casa. A Tamsyn le había intrigado el diseño tradicional del siglo xvii, según el cual los árboles frutales eran plantados a lo largo de líneas rectas, cualquiera fuese el ángulo desde donde eran mirados. Le pareció un divertido capricho para algo tan funcional como un huerto.

–¿Entonces? –dijo, ansiosa, cuando ya estaban en lo más profundo del grupo de árboles.

La información de Gabriel se relacionaba con el asunto que la había llevado a ese lugar. Era un tema simple y directo, que no le provocaba emociones confusas que enturbiasen las aguas. Se concentraría en él, y esos sentimientos absurdos y carentes de importancia que albergaba hacia Julian St. Simon desaparecerían, despojados de todo significado.

–Dicen que, hace un par de años, tus primos entraron sin permiso... y no sólo en las tierras del coronel.

Tamsyn escuchó atentamente el relato de Gabriel. Frotó sus pies entre la hierba para quitarse la arena y se le revolvió el estómago al pensar que tenía un parentesco cercano con esas alimañas de albañal.

Gabriel se estiró hasta una rama alta y palpó una pera entre el índice y el pulgar.

–Todavía les falta un par de semanas –observó con calma, como si la historia que estaba contando lo hubiera dejado indiferente.

Pero Tamsyn sabía que no era así.

–Tengo entendido que estuvieron a punto de matar a la muchacha –prosiguió, con su ritmo moroso.

Tamsyn arrancó una manzana silvestre y la mordió, disfrutando de su acidez. La ayudaba a apartar su mente de una inocente muchacha en las garras crueles y corrompidas de sus primos, todavía desconocidos.

–Te dará dolor de estómago si comes demasiadas –comentó Gabriel–. Como sea, desde aquel día, el coronel negó el acceso a sus tierras a los Penhallan. Según he oído, se habla con el vizconde, pero sólo en público. No pueden evitar encontrarse de vez en cuando en la vecindad. Pero los gemelos se mantienen fuera de su camino.

–¿Qué dicen en el campo con respecto a mis pri... a los gemelos?

–Nadie quiere tener el menor trato con ellos. Son cobardes; además, creen que pueden hacer lo que se les antoje. Son Penhallan, y eso es lo único que cuenta para ellos.

–Cecile decía que eso era lo que creía Cedric –dijo Tamsyn con aire pensativo–. Que sólo él podía tocar a un Penhallan.

–Bueno, pequeña, nosotros cambiaremos eso –dijo Gabriel en un tono engañosamente sereno.

Tamsyn alzó la vista y lo miró, con sus ojos casi negros.

–Sí –dijo–. Los derrotaremos, Gabriel. Por Cecile y por esa muchacha.

Al recordar a los dos jinetes del promontorio se estremeció de pronto, pese al calor que hacía en la huerta. Dos hombres a caballo. ¿Gemelos? ¿Sus primos? ¿Observándola?

Cedric la había visto una vez. ¿Esa sola visión había sido suficiente para despertar su curiosidad?

18

–Espero que Julian no considere nuestra visita como una imposición –dijo Lucy, incapaz de ocultar su renovada agitación cuando la calesa traspuso los portones de Tregarthan.

–¿Por qué habría de considerarla así? –preguntó Gareth con cierta impaciencia–. Tregarthan es tan grande que podría alojar un regimiento –movió sus largas piernas en ese estrecho espacio–. Por Dios, me alegraré cuando acabe este infernal viaje en coche. Tendría que haber traído mi caballo de montar.

Antes de que partiesen, él había dicho que, durante su estadía, permitiría que Julian lo proveyese de monta, ya que él no tenía ningún caballo en su caballeriza que pudiese compararse con los de su cuñado. Pero ella no se lo recordó. Bajó la ventanilla, que habían mantenido cerrada para no dejar entrar el polvo, y se asomó para atrapar su primera visión de su amado Tregarthan cuando girasen en el último recodo del camino.

–¡Santo Dios! ¡Qué animal increíble¡ –exclamó Gareth mirando por la ventana.

Dio unos golpes en el techo y el cochero tiró de las riendas. Gareth se asomó por la ventana, boquiabierto al ver a los dos jinetes que salían de entre los árboles y avanzaban por el sendero, justo delante de ellos.

Tamsyn se hizo sombra con la mano sobre los ojos viendo el carruaje que estaba detenido en medio del camino.

–Tal vez es la hermana del coronel –dijo, al cabo de unos instantes de perpleja contemplación–. Me pregunto por qué se habrán detenido –dejó a Gabriel donde estaba y se acercó al coche–. Buenas tardes. ¿Tenéis algún problema?

–Ese caballo –informó Gareth–. Le pido perdón, es que no había visto nunca un animal así.

–No, César es magnífico, ¿verdad? –el rostro de Tamsyn se iluminó y, durante un momento, olvidó su disgusto por tener que cabalgar sólo dentro de la propiedad, gracias a su propia invención, exageradamente astuta–. ¿Es usted sir Gareth Fortescue?

–Sí.

El interrogado parpadeó, confundido ante la combinación que formaban el blanco potro árabe y su pequeña jinete, con su plateado casco de cabellos brillando al sol, sus asombroso ojos violeta almendrados, que lo miraban con franca y amistosa curiosidad.

–Os esperábamos –dijo Tamsyn, inclinándose para tenderle su mano–. Yo soy Tamsyn.

–Ah –exclamó él–. Sí... sí, claro –tomó su mano. Aunque Julian no había mencionado el nombre de su protegida, Gareth estaba seguro de que Tamsyn no era un nombre español. Más aun: esta muchacha no tenía nada de española–. Mi esposa...

Hizo un ademán hacia el coche, hacia la oscuridad del interior y se echó un poco hacia atrás para que Lucy pudiese ocupar su lugar en la ventana.

El rostro asustado de Lucy apareció en la abertura:

–Tenía entendido que era usted española –dijo, expresando el pensamiento de su esposo, tan asombrada que había olvidado la cortesía.

–Española a medias –aclaró Tamsyn, alegre, inclinándose para estrecharle la mano–. Mi inglés es muy bueno cuando no estoy nerviosa, pero cuando me encuentro con otras personas tiendo a olvidarlo todo –sonrió y continuó, expansiva–: Mi madre nació en Cornwall, y es por eso que estoy aquí, con lord St. Simon.

Tenemos la esperanza de descubrir a la familia de ella y, entretanto, estoy aprendiendo a comportarme como inglesa para poder hacer mi debut. Mis padres han muerto, los dos, ¿sabe usted?, y el duque de Wellington aceptó hacerse responsable de mí.

–¡Oh! –exclamó Lucy, más confundida que nunca por la explicación–. Lamento lo de sus padres.

Una sombra fugaz aleteó sobre el rostro de Tamsyn y, por un instante, Lucy pudo ver un costado muy diferente de esa muchacha sonriente, de rostro bronceado y ojos brillantes. Tamsyn dijo:

–Las presentaciones en medio del sendero son incómodas. ¿Vamos hasta la casa? A esta hora, su hermano ya estará en la casa. Ha estado haciendo visitas.

Hizo girar a su caballo y cabalgó junto al carruaje, que reanudó la marcha por el camino de entrada. Gabriel había desaparecido; era de suponer que había regresado al establo.

Al oír el ajetreo en el gran vestíbulo, Julian salió de la biblioteca, ceñudo pero con una sonrisa en los labios.

–Lucy, qué placer –dio un breve beso a su hermana en la mejilla y saludó a su cuñado–. Fortescue, qué encantadora sorpresa.

Gareth estrechó la mano que él le tendía y se dijo que debía de haber imaginado el matiz irónico en la voz de St. Simon.

–Se nos ocurrió hacer una visita a la familia –dijo, manifestando lo que era obvio–. Lucy pensó que podría serte útil, dado que tienes visitas... Hemos conocido a la señorita… señorita...

–Tamsyn –completó Julian con calma–. Tamsyn Baron. Pero bastará con Tamsyn.

–Ah, sí, claro… claro –Gareth lanzó una franca carcajada y se volvió hacia el objeto de la conversación, que estaba tras ellos, silenciosa, aguardando a que concluyesen los saludos familiares–. Impresionante animal, St. Simon.

–¿Tamsyn?

Las cejas del coronel prácticamente desaparecieron en su frente.

–No... no –barbotó Gareth, y su tez rubicunda se llenó de manchas–. Tú sabes a qué me refiero, St. Simon.

Lucy se sentía incómoda. Por algún motivo, Julian siempre lograba que Gareth pareciera un imbécil. Nunca era grosero pero, en su presencia, Gabriel se volvía torpe y perdía su locuacidad.

Tamsyn se adelantó.

–A milord coronel le agrada bromear, sir Gareth. En cuanto a usted, puede elogiar a César a su antojo; ése será el mejor modo de que yo lo aprecie –se dirigió a Lucy–: Lady Fortescue, usted estará fatigada después del viaje.

–Oh, por favor, llámame Lucy.

La mente de Lucy funcionaba a toda velocidad. Había esperando encontrarse con una patética huérfana muda o con una exótica dama morena envuelta en mantillas de encaje, agitando un abanico. En cambio, esta joven segura de sí misma, con su aire muchachil, que hablaba un inglés con un levísimo acento extranjero, constituía toda una sorpresa.

–Caramba, señorita Lucy, debe de estar usted exhausta –dijo la señora Hibbert, que salía de prisa de la cocina, deshaciéndose en sonrisas–. Suba conmigo; yo le prepararé un baño y le haré llevar el té. Estoy segura de que querrá que le lleve una bandeja con la cena.

–Oh, sí, gracias, señora Hibbert –Lucy se entregó, visiblemente aliviada, al reconfortante cuidado del ama de llaves, que se apresuró a conducirla escalera arriba. Pero Lucy se detuvo con un pie en el primer peldaño y se volvió hacia el vestíbulo–. Tamsyn, ¿quieres beber cité conmigo, mientras tomo mi baño?

Tamsyn echó una rápida mirada al coronel. No habían hablado de la llegada de su hermana desde la discusión del día anterior; peor aún, casi no habían hablado. Ahora aquellas palabras ásperas pesaban como piedras entre los dos. En ese instante, los intensos ojos azules de Julian sostuvieron por un momento la mirada de ella transmitiéndole una clara advertencia; Tamsyn sintió que una renovada marca de desdicha la inundaba, barrida rápidamente por la cólera. El debería saber que ella no era tonta, cualquiera fuese la opinión que tuviese de ella.

Le dio la espalda a Julian y se volvió hacia su hermana.

–Sí, por supuesto que iré, Lucy. Sin embargo, estoy segura de que podrás bajar a cenar después de que hayas descansado.

Era incapaz de imaginar que alguien pudiese preferir cenar a solas, con una bandeja, en su habitación.

Después de pensarlo, Lucy se dio cuenta de que ella prefería cenar a solas porque suponía que eso era lo que Gareth y Julian esperaban de ella, nada más. En realidad, eso no atraía en absoluto a Lucy.

–Sí –dijo–. Con toda seguridad.

–Bueno.

Tamsyn la acompañó a la planta alta, dejando a Gareth y a Julian en el vestíbulo. Si el coronel suponía que ella podía ser tan imbécil como para poner al gato en medio de las palomas, era un tonto. Ella no tenía intención de dañar la preciosa inocencia de su hermana.

–Entonces ¿cuál es la historia, St. Simon? –preguntó Gareth una vez que las mujeres hubieron desaparecido escalera arriba–. A Lucy la consume la curiosidad acerca de la muchacha. Qué menuda es, ¿verdad?

–De modo que debo el placer de la compañía de ustedes a la curiosidad de Lucy –observó Julian con frialdad–. Te parecerá curioso, Fortescue, pero yo hubiera apostado a que tú estabas endeudado y que necesitabas alejarte un tiempo de tus impacientes acreedores. –se volvió hacia la biblioteca–. ¿Un vaso de vino?

–Sí, gracias –Gareth siguió a su anfitrión, deseando que no fuera tan frío y tan perspicaz–. Tendré que pedirte que me dejes un caballo, St. Simon. El mío se torció una mano justo cuando estábamos por marcharnos.

Julian sonrió.

–Claro que sí –dijo, entregando el vaso a su huésped–. No esperaba otra cosa.

Gareth se atragantó con el vino.

–Lucy será una compañía para la chica –dijo, cuando se hubo recuperado un poco–. Se alegrará de tener una mujer a su lado, estoy seguro. Ya sabes cómo son ellas.

–Sí, en general creo que sí –respondió Julian, indicándole un sofá, al mismo tiempo que se sentaba él–. Sin embargo, Tamsyn se aleja un poco del común de las mujeres –bebió un sorbo de vino y preguntó–: ¿Cómo está mi hermana? Espero que el matrimonio le haya sentado.

Era una pregunta intencionada; a Gareth no se le pasó por alto. St. Simon había accedido de muy mala gana a este matrimonio, sacando a relucir las inclinaciones libertinas de Fortescue y sus desbocadas extravagancias, pero su hermana había suplicado, rogado y amenazado con abandonarse si no podía tener al único hombre que había amado en su vida.

–Oh, Lucy está muy bien –dijo Gareth–. En ocasiones, sufre de migraña... como la mayoría de las mujeres. Ya sabes cómo son.

–Sí, creo que ya habíamos aclarado eso –Julian lo miró con aire pensativo–. Te mantienes en la buena senda, ¿no es así, Gareth?

El aludido se sonrojó.

–Por supuesto... ahora soy un hombre casado. ¿A qué viene esa pregunta?

–Es la pregunta que hace un hermano preocupado, nada más –respondió Julian como al descuido, tomando el botellón para volver a llenar los vasos.

Arriba, en los aposentos de Lucy, Tamsyn se había acomodado en el asiento de la ventana y se disponía a conocer mejor a la hermana de Julian.

–Estas habitaciones son agradables –dijo Lucy con cierta nostalgia, mientras su doncella le desabotonaba el vestido–. Yo me siento extraña en esta casa si no duermo en mi antiguo dormitorio. –se quitó las enaguas por la cabeza–. Claro que no es bastante grande como para un matrimonio. Y Gareth necesita su cuarto de vestir –metió un pie en el agua caliente de la bañera de asiento–. Ya puedes marcharte, Maggie. Te llamaré cuando te necesite para vestirme.

La doncella hizo una reverencia, recogió la ropa que estaba en el suelo, y salió de prisa con ella.

–Para no molestarme, Gareth duerme en su vestidor cuando llega tarde. Él es muy considerado.

–¿De dónde llega tarde?

Tamsyn bebió un sorbo de té y observó a Lucy mientras se metía en el agua. Su cuerpo era hermoso y generoso en curvas, la cintura breve, el busto prominente y las caderas redondeadas. Tamsyn pensó, con un poco de envidia, que era un hermoso cuerpo y, por primera vez en su vida, se preguntó si ella no estaría poco dotada.

–De sus clubes o de algún otro sitio. Los hombres nunca están en casa. Yo había pensado que, tal vez, los casados se quedarían pero, al parecer, no es así.

Había un dejo angustioso en su voz; ella se concentró en enjabonarse las piernas.

–Cuéntame cómo has llegado hasta aquí, Tamsyn. Mi hermano no dice nada de eso en su carta. En el mejor de los casos, no es muy comunicativo –agregó.

Tamsyn hizo un relato completo y al pie de la letra de la versión aprobada de su historia.

–Creo que tu hermano espera persuadirte de que me patrocines cuando yo haga mi debut, en octubre –concluyó.

–Oh, me encantaría hacerlo –respondió Lucy con auténtico deleite–. Sería muy divertido tener a alguien con quien salir. Con quien cenar. Gareth no cena en casa con frecuencia –se hundió un poco más en el agua y cambió de tema–. Mientras yo esté aquí, te ayudaré a que aprendas a moverte en sociedad... No dudo de que debe ser muy diferente de la sociedad española. Tendremos que organizar una pequeña fiesta para ti. Estoy segura de que Julian la aprobará. Han pasado siglos desde la última vez que tuvimos una buena fiesta en Tregarthan... desde mi boda.

Lucy parloteaba como si ellas se hubiesen conocido de toda la vida. Tamsyn nunca había pasado mucho tiempo con otras muchachas pues su posición como hija de El Barón en los campamentos la mantenía apartada, y ella había envidiado a menudo la fácil camaradería de las jóvenes pueblerinas. En ese sentido, gracias a la conversación confidencial con Lucy tenía la impresión de compartir cierta experiencia y cierto punto de vista femeninos.

Lucy se puso de pie salpicando agua y tomó la toalla.

–¿Cómo te llevas con Julian? –preguntó, con cierto recelo–. No es fácil comunicarse con él, ¿verdad?

–Oh, yo creo que sí –respondió Tamsyn, sorprendida–. Yo jamás he tenido dificultades para hablar con él.

"Mientras estamos en buenos términos, al menos."

–¿Es muy estricto? –Lucy salió de la bañera–. Conmigo siempre lo ha sido.

"Sí, pensó Tamsyn. Estoy segura de eso. El establece normas de comportamiento muy elevadas para un St. Simon."

–Yo no soy su hermana –dijo, manteniéndose en terreno neutral–. Él sólo está devolviendo un favor a mi padre y obedeciendo las órdenes del duque de Wellington. No le agrada estar lejos de su regimiento; eso hace que en ocasiones esté un poco enfadado.

–No es muy agradable la situación cuando Julian está enfadado – confesó Lucy.

–No –admitió Tamsyn–. Es verdad. –de repente, se puso de pie–. Debo ir a cambiarme para la cena.

–¿Qué te pondrás? –Lucy ya se había olvidado de la conversación. Envuelta en la toalla, se acercó a la cama donde estaba extendida su ropa, hasta que alguien se ocupara de colgarla en el armario.– Tenemos que coordinar nuestra vestimenta para no desentonar.

Tamsyn parpadeó:

–¿Desentonar?

–Sí... ya sabes. Si yo llevara un vestido rosado y tú uno marrón, sería horrible.

–No tengo un vestido marrón –dijo Tamsyn, aliviada.

–No, es un color espantoso. Sólo lo decía como ejemplo –Lucy mostró la pila de ropa–. Dime, ¿qué te parece; cuál me pongo?

Tamsyn fingió prestar atención a este tema que, evidentemente, era importante. Los ojos de azul de porcelana de Lucy no eran tan agudos y penetrantes como los de su hermano y, aun así, eran de un color encantador. Su piel era clara, y su pelo castaño con reflejos rojizos era mucho menos llamativo que el dorado rojizo de su hermano.

–El azul oscuro –contestó, al azar–. ¿Cuánto hace que estás casada?

–Diez meses. –Lucy levantó el vestido y lo examino en el espejo–. Sí, me pondré éste.

–¿Y tu esposo duerme en su cuarto de vestir?

Tamsyn no era famosa por su tacto; Lucy se ruborizó.

–Generalmente, cuando llega tarde, viene ebrio. Los hombres son así.

Tamsyn adoptó una expresión dubitativa.

–¿En serio?

–Bueno, tú no lo sabes porque aún no te has casado, querida –dijo Lucy, con cierto aire de superioridad–. Cuando una se casa, aprende muchas cosas con respecto a los hombres.

Tamsyn se rascó la cabeza. Lucy era un año menor que ella y parecía no saber nada de nada. Claro que eso era de esperar. Era una virtuosa y protegida dama inglesa. El cielo no permitiera que se encontrase cara a cara con algunas de las más oscuras realidades de la vida.

–Yo diría que los españoles son diferentes –dijo, sin comprometerse–. Nos veremos abajo.

–¡Oh, no!, tengo que ir a ver tu guardarropa –exclamó Lucy, dejando caer la toalla y envolviéndose en una bata–. A mí me encanta hacer compras, ¿a ti no? Quizá Julian nos deje usar el landó pequeño y podremos ir a Bodmin o, tal vez, incluso a Truro. Podemos comprar vestidos que hagan juego –enlazó su brazo con el de Tamsyn y la condujo fuera del cuarto–. ¿Cuál es tu habitación?

–La de la esquina, en la torre del Este.

–Ah, sí; es una habitación encantadora.

Lucy echó a andar a saltos por el corredor, parloteando alegremente, su brazo bien enlazado con el de Tamsyn.

Julian, que apareció en lo alto de la escalera, avistó a las dos muchachas cuando desaparecían en los aposentos de Tamsyn y percibió el animado parloteo de su hermana vibrando aún en el aire.

Mientras entraba él en sus habitaciones, pensó que Tamsyn no cometería la tontería de desafiarlo. No se habían reconciliado después de la riña pero, aún así, no podía creer que ella arruinara sus planes sólo para vengarse de él.

Ciertamente, ella era una maldita pícara, manipuladora y seductora, pero no era tonta ni vengativa. Mientras se desanudaba la corbata, fue hasta la ventana y miró el mar, por encima de los prados. ¿Por qué le resultaba imposible resistirse? Quería regresar a España, junto a sus hombres y sus amigos, a luchar y morir bajo el ardiente calor estival. Quería olvidar todo lo que se refería a esta sanguinaria bandolera... ¿o no?

Arrojó la corbata al suelo y se quitó la chaqueta. Había pasado la tarde cabalgando en su propiedad, visitando a sus arrendatarios, preguntando por los más antiguos, los hombres y mujeres que habían estado en Tregarthan durante los últimos cincuenta años. Había preguntado si alguien recordaba la desaparición de una joven, de una de las familias de terratenientes nobles. Nadie le había podido brindar una información. Una hija de los Penhallan había muerto en Escocia. Había sido un complicado funeral, y la familia había estado de duelo durante un año. Todos recordaban eso. Pero ninguna desaparición durante un viaje a España.

Se quitó los pantalones, fue al lavatorio y se salpicó la cara con agua fría. Quizá Tamsyn fuese la hija de un terrateniente menor, de una zona más al sur, más allá de Truro, en dirección a Penzance.

Hundió su cara en una toalla y se friccionó con vigor. Tenía tiempo hasta octubre para encontrarlos. Y si no era posible hallarlos, ése ya sería problema de Tamsyn. Él habría cumplido con su parte del acuerdo.

Por fin, Tamsyn había convencido a Lucy de que volviese a sus aposentos y repasaba, pensativa, la hilera de vestidos mientras se cepillaba el pelo; Josefa se atareaba a su alrededor.

Su mente funcionaba a todo vapor, pues había comprendido que la llegada de Lucy podría convertirse en algo provechoso para ella. La idea de una fiesta en Tregarthan era perfecta para sus propósitos. Era fundamental que Tamsyn hubiese sido aceptada en sociedad cuando desenmascarara a Cedric Penhallan. Era muy importante que la considerasen respetable, que supieran que estaba bajo la protección de una familia poderosa; de otro modo, nadie creería su historia. En cambio, escucharían horrorizados a la amiga y confidente de lady Fortescue, a la protegida del duque de Wellington, a la pupila no oficial de lord St. Simon.

Y en cuanto hubiese contado su historia, todo habría terminado. Tendría que huir a toda prisa de la ira del coronel, abandonar este amor en ciernes, y regresar a su antigua vida que, ahora, sólo le prometía un panorama árido.

–¡*Por Dios*! –musitó, apartándose distraída de los dedos de Josefa que le abrochaba el vestido.

–¡Ay... ay... ay! –se lamentó Josefa, siguiéndola–. Quédate quieta, niña.

Tamsyn se quedó quieta clavando la vista en la alfombra. Si hubiera un modo en que ella pudiese hacer lo que se había propuesto y, al mismo tiempo, mantener al coronel en la ignorancia... Si pudiera lograr eso, tal vez fuese posible hacerle cambiar su punto de vista con respecto a ella. Mostrarle otro aspecto que el de la aventurera inescrupulosa que él conocía. Le parecía imposible que él no sintiera algo similar por ella a lo que ella sentía por él. Quizás él tuviese que sondear en su propio corazón; entonces todos sus prejuicios se esfumarían.

Pero antes debían reconciliarse. Observó su imagen en el espejo ladeando la cabeza y trató de imaginar qué vería el coronel cuando la mirase: vio una figura insignificante con un vestido de muselina verde. Con frecuencia, él se había burlado de su corta estatura pero casi siempre cuando estaba enfadado. Tal vez debería ponerse algunas joyas. Era posible que las esmeraldas le diesen más estatura. Sacudió la cabeza. Ella era como era y, hasta entonces, no le había dado demasiada importancia. Esa noche, más tarde, cuando estuviesen otra vez en paz preguntaría a Julian qué era, exactamente, lo que veía en ella cuando la miraba.

Cuando entró en la sala, sir Gareth era su único ocupante. El hombre, que estaba junto a un aparador sirviéndose jerez, giró hacia ella.

–Ah, buenas noches, señorita.., eh... Tamsyn –le sonrió–. Nos hemos adelantado a los demás. A Lucy siempre le lleva horas componer su tocado –sus ojos la recorrieron en una inspección casi automática–. Quizá quiera beber una copa de jerez, ¿o prefiere madeira?

–Jerez, por favor.

Tamsyn percibió el examen. Ya había conocido a tipos como Gareth Fortescue. Lord Pendragon era un ejemplo reciente. Tales hombres tenían el hábito de examinar a todas las mujeres a las que pudiesen considerar, aunque sólo fuera vagamente, aptas para recibir las atenciones masculinas. Era en ellos una segunda naturaleza.

Aceptó la copa que él le ofrecía.

–He sabido de boca del coronel que su hogar familiar está en Sussex. Nunca he estado allí. ¿Es tan bonito como Cornwall?

–Más suave –respondió el hombre–. El mar es más tranquilo, y tenemos los South Downs en lugar del maldito páramo. Bodmin, Exmoor... y, por supuesto, Dartmoor; eso es en Devon, aunque está cerca.

–Cuando veníamos hacia aquí, hemos cruzado Bodmin Moor. Por cierto, es un paraje sombrío, inhóspito.

Ella se sentó, y él reanudó su inspección. Su rostro era grande y sensual, con labios carnosos coronados por un hirsuto bigote rizado, ojos grises con párpados caídos, pelo rizado y oscuro. Atractivo, a su modo... y lo sabía.

La franqueza de la mirada de la muchacha desconcertó a Gareth. Estaba acostumbrado a que se hicieran disimuladas evaluaciones de sus encantos; en general, las mujeres no manifestaban de manera tan flagrante su interés. Se acarició el bigote en un gesto habitual y sonrió, entrecerrando los ojos.

Tamsyn imaginó que él no podía evitar esa actuación; tuvo la amabilidad de cambiar de tema.

–Deduzco que debe ser usted buen juez de caballos de raza.

–Me enorgullezco de serlo –dijo él, sentándose enfrente de ella, y su languidez seductora se desvaneció, barrida por su entusiasmo sobre ese tema–. Pero jamás había visto a un animal como el suyo. Debe de ser usted una excelente jinete.

–El coronel tiene sus reservas en ese punto –repuso ella, modesta, bebiendo otro sorbo de jerez.

–¿En qué punto? –preguntó Julian desde la entrada.

Tamsyn levantó rápidamente la vista y lo vio, ahora, con la mirada de quien ha reconocido el amor. Estaba vestido de mañana, con resplandecientes botas, chaqueta gris de excelente calidad, chaleco liso y pantalones de color crema, un nudo sencillo en su corbata. Ella estaba tan acostumbrada a verlo de uniforme que ahora necesitaba un tiempo para adaptarse a su vestimenta de paisano. Echó una mirada a Gareth que también estaba vestido de manera informal, aunque su corbata caía en estudiados pliegues, y llevaba varias cadenas de oro y diamantes atravesando su chaleco a rayas. Su chaqueta no le caía bien en los hombros, pensó, sospechando que usaría hombreras. Y sus muslos cubiertos por los ceñidos pantalones eran un tanto rollizos.

–Mi destreza como jinete, milord coronel –respondió ella–. Estaba por explicar a sir Gareth que sólo tengo permiso para montar a César dentro de la propiedad.

Su sonrisa era cómplice y atractiva a la vez, y dejó estupefacto a Julian. Había algo en ella que él no recordaba haber visto antes. Algo que estaba más allá de la picardía incitante y sensual que solían tener sus sonrisas. Tamsyn bebió el último sorbo de jerez de su cepa mientras esperaba una respuesta a lo que, esperaba, él aceptaría como una apertura.

–Tu destreza como jinete no tiene nada de malo, Tamsyn –aseguró él en voz ligera, disimulando su reacción a esa sonrisa. Se volvió para servirse jerez–. Siempre que hablemos de los senderos de montaña. Sólo que su estilo es poco ortodoxo para la campiña inglesa.

–¿Puedo beber un poco más?

Le extendió su copa vacía.

El volvió a llenarle la copa y ofreció el botellón a Gareth.

–Me imagino que Lucy todavía debe de estar atareada con su tocado.

–Mujeres –dijo Gareth después de una pausa–. Ya sabes cómo son.

Julian pensó con acritud que aquella frase sería una muletilla de su cuñado. Volvió a mirar a Tamsyn y, al comprobar que trataba de disimular la risa, su propia hilaridad asomó a sus ojos.

–No todas las mujeres, sir Gareth –repuso ella con dulzura –A las muchachas españolas que se crían en conventos les enseñan a evitar toda manifestación de vanidad. De ahí mi pelo corto. Eso simplifica mucho mi toilette.

–Ah... ah, sí, –afirmó Gareth, un tanto desconcertado.

Volvió a observarla por encima del borde de su copa y llegó a la conclusión de que era una muchacha bastante poco común. Tenía algo endemoniadamente atractivo.., endiabladamente incitante.., pese al pelo corto, la figura esbelta y el vestido sin adornos.

–¿Llego tarde?

Hecha una visión, Lucy entró con paso rápido en la sala, con su vestido de seda azul oscuro sobre un medio viso de encaje color crema, una peineta de diamantes en su suave pelo peinado en tirabuzones, que flotaban sobre sus hombros desnudos.

–Ha valido la pena esperarte, querida –dijo Gareth, mientras tomaba su mano y se la llevaba a los labios.

Lucy, que no estaba acostumbrada a los cumplidos de su marido, se ruborizó. De repente, percibió un ambiente cargado en la sala, una tensión palpitante, como si algo prohibido y peligroso acechara bajo la superficie. Echó una mirada a los otros tres y no pudo detectar en sus expresiones nada que le explicase tan extraña sensación.

–¿Vamos a cenar? –propuso Julian, dejando su copa y ofreciendo el brazo a su hermana.

Gareth, por su parte, ofreció el suyo a Tamsyn con presteza, y todos fueron hacia el comedor. Julian apartó la silla de Lucy en el extremo contrario a la cabecera de la mesa y ella, asombrada, se echó a reír.

–Hasta ahora, nunca me había sentado aquí. Supongo que debo hacerlo.., sólo hasta que ni te procures una esposa, Julian.

Le dirigió una sonrisa tímida y se acomodó. Los ojos de su hermano eran inescrutables; él no respondió, se limitó a ocupar su lugar en la cabecera de la mesa.

Acalorada, Lucy se preguntó si habría dicho algo inconveniente aunque no podía imaginar que fuera posible considerar carente de tacto o inapropiada una verdad tan evidente. Echó una mirada a Tamsyn, que estaba sirviéndose pata de pollo picante con entusiasta apetito. Gareth, concentrado en aprobar el clarete que le habían servido, tampoco notó nada inapropiado en su comentario; por lo tanto, ella llegó a la conclusión de que sería el estilo de su hermano. Nunca le habían agradado los comentarios personales.

En cambio, Tamsyn había oído tanto el comentario como el conspicuo silencio que había seguido. Tal vez, el tema resultaba incómodo a Julian debido a su presencia. Quizá él considerase poco delicado referirse a la posibilidad de casarse delante de su amante. Era probable que se tratara de una de esas convenciones caballerescas a las que se había referido Cecile. Arrinconó tan melancólica conclusión en el fondo de su mente y, levantando una suculenta pata de pollo, le dio un delicado mordisco.

Julian notó que la mirada de Gareth estaba fija sobre Tamsyn desde el otro lado de la mesa, observando cómo ella arrancaba hábilmente la carne del hueso con sus dientes.

–Tamsyn, en la sociedad inglesa elegante no comemos con los dedos –corrigió él, antes de que la mirada fija de Gareth se hiciera demasiado evidente–. Estoy seguro de que ya te lo había dicho.

–Oh, sí; lo he olvidado –dijo ella precipitadamente, dejando el hueso y lamiéndose los dedos–. Me parece una tontería usar cuchillo y tenedor cuando los dedos y los dientes son mucho más eficaces.

La carcajada de Gareth retumbó en todo el comedor, rebotando en las paredes revestidas de madera.

–Una verdadera tontería –admitió–. Hay mucho de absurdo en esas cosas. ¿Por qué no podría uno comer con los dedos si lo desea?

–Me imagino que las costumbres españolas deben ser muy diferentes de las inglesas –dijo Lucy, con una sonrisa un tanto rígida–. Debe de ser difícil para ti recordar todo.

–Bastante –admitió Tamsyn con franqueza–. Tengo la esperanza de que a ti no te moleste ayudarme, Lucy. Estoy segura de que tu hermano se sentirá aliviado de librarse de parte de la carga. Sé que le resulta pesada.

Su sonrisa se intensificó al mirar a Julian, y a los lados de su boca aparecieron sendos hoyuelos. Éste se preguntó cómo era posible que no los hubiera notado antes. Ella tenía las mejillas un tanto sonrosadas, los ojos brillantes. El lacayo volvió a llenar su copa, y Julian se sorprendió llevando la cuenta: era la tercera copa que ella bebía, después de dos vasos de jerez.

Ella siguió comportándose como de costumbre durante toda la cena. Aparentemente, el único efecto del alcohol fue que ella estaba chispeante. Julian sabía, por experiencia, que Tamsyn rara vez hacía algo porque sí. Era evidente que ella quería hacer las paces con él.

Era obvio que Gareth estaba fascinado con Tamsyn: sus ojos seguían cada uno de los movimientos de ella, sus sonoras carcajadas festejaban cada una de sus salidas; Lucy estaba cada vez más silenciosa. Tamsyn no lo animaba en absoluto, aunque eso no era necesario para conseguir la atención de Gareth Fortescue.

Cuando las damas se hubieron retirado a la sala, Gareth olió apreciativamente el oporto.

–Qué pequeña tan vivaz, ¿no es así? Yo siempre había creído que los españoles eran endiabladamente estrictos con sus mujeres... por los conventos, las dueñas y todas esas cosas. Pero esta chica es lo más atrevido con que me he topado.

–Siempre has tenido una manera muy delicada de expresarte, Fortescue –dijo Julian, con un toque de hielo en su voz.

Su cuñado había bebido en abundancia y estaba bastante acalorado, sus ojos un tanto desenfocados.

–Oh, te pido disculpas, St. Simon –Gareth sonrió–. Desde luego, no he querido ofender. Ella es una pequeña inocente, por supuesto. ¿Has dicho que su padre era un hidalgo español?

–Y conocido cercano de Wellington –agregó Julian.

–Rico, me imagino. Estos nobles terratenientes suelen serlo.

Gareth hipó y eligió una uva de un cuenco que tenía frente a él.

–Eso tengo entendido.

El tema no era muy promisorio; Gareth, por fin, captó el mensaje y cayó en un pesado silencio. La perspectiva de un largo verano en compañía de su cuñado, tan poco afable y tan severo, sin Marjorie para darle sabor a la mezcla, empezó a presentársele menos atractiva que antes.

En la sala, Lucy se esforzaba por recobrar su ecuanimidad en tanto hacía las veces de anfitriona y se ocupaba de servir el té.

–¿En España beben té después de cenar?

–En general, no.

Tamsyn observó a Lucy con aire pensativo. Tenía la impresión de que la hermana de Julian tenía necesidad de cierta guía fraternal. La cuestión era cómo ofrecérsela sin quedar al descubierto.

Lucy sirvió el té.

–Nosotros siempre le echamos la leche después –dijo, con cierta rigidez.

–¿Por qué?

–Para poder regular su intensidad –respondió Lucy–. Si le echas la leche antes, no puedes notarla.

–No, supongo que no –dijo Tamsyn, tomando asiento en el sofá, al lado de Lucy–. Debo recordar eso. Cuéntame sobre tu marido.

–¿Por qué quieres saber cosas acerca de él?

Dos manchas de color ardieron en las mejillas de Lucy cuando entregó su taza a Tamsyn.

Ésta bebió un sorbo y decidió que no era momento para té.

–Porque opino que necesitas ayuda –respondió con candidez, dejando su taza,–. Después de diez meses de matrimonio, un hombre aún debería seguir durmiendo en la cama con su esposa. Y si no tienes cuidado, ese marido tuyo empezará a vagabundear en serio.

–Oh, ¿cómo es posible que digas algo tan escandaloso? –Lucy apretó las manos sobre sus mejillas arreboladas–. ¿Qué puedes saber tú con respecto a esas cosas?

–Soy española –respondió Tamsyn con vaguedad–. Quizá nosotros seamos un poco más abiertos en estas cuestiones.

Se puso de pie y fue hasta el armario donde se guardaban los licores. Si quería ayudar a Lucy, tenía que dar un rodeo cuidando de no estropear su cobertura, pero la conversación anterior, unida a la velada en compañía de Gareth Fortescue le había hecho muy evidente que la joven Lucy necesitaba ayuda.

Se sirvió un vaso de vino y observó con simpatía a la sonrojada muchacha con su mezcla de confusión e indignación.

–¿Quieres a tu marido, Lucy?

–¡Por supuesto que sí! –las lágrimas brillaron en esos ojos azules de porcelana–. Y él me quiere a mí.

–Sí, desde luego –Tamsyn volvió a sentarse sosteniendo su copa en la mano ahuecada–. Pero él es mayor que tú y mucho más experimentado. ¿Gozas estando en la cama con él?

Estupefacta, Lucy le clavó la vista. Tamsyn confirmó la pregunta con un gesto afirmativo.

–Desde luego, eras virgen. Y no creo que él haya descubierto qué es lo que te da placer. Los hombres como él no suelen saberlo.

–¿Qué es lo que quieres decir? –Lucy se debatía con las palabras, sin poder creer lo que estaba oyendo–. No quiero hablar acerca de esto... es horrible.., no es decente.

–Oh, Lucy, por el amor de Dios. Si no hablas acerca de esto, ¿cómo vas a aprender a hacer el amor? Y si no aprendes, no sabrás disfrutar, ni tampoco tu esposo. Entonces, estarás en un bonito aprieto –bebió un sorbo de vino e hizo un gesto enfático–. Cecile siempre me hablaba de los remilgos de los ingleses, de que se suponía que las mujeres no debían saber nada relacionado con el placer... De hecho, cuando ella era niña, se consideraba escandaloso que una mujer disfrutara durante el acto amoroso.

–¿Cecile? –dijo Lucy con voz débil.

–Mi madre. Ella te hablaría del mismo modo que yo lo hago, Lucy, de modo que no te ofendas, por favor.

Lucy miró con fijeza a esa extraña muchacha que la miraba con una expresión de tanta confianza y autoridad que le hizo sentirse como una paciente ante su médico.

Sin embargo, antes de que pudiera recobrarse, Julian y Gareth entraron en la sala.

–Lucy ha estado explicándome el modo correcto de servir el té en la sala –dijo Tamsyn–. ¿Me permites servir a los caballeros, Lucy?

Lucy se apartó de la bandeja del té, consciente de que Tamsyn había notado el temblor de sus manos. Cuando Julian propuso que tocara, ella fue a desgana hasta el piano. Tenía la cabeza tan llena de todo lo que había oído que sus dedos estaban torpes y, tras dos intentos confusos y discordantes de tocar una canción folklórica, Gareth dijo, con cierta brutalidad:

–Oh, Lucy, por el amor de Dios, ten compasión de nuestros oídos. Eso suena como una tribu de gatos merodeando.

Lucy cerró de un golpe la tapa del instrumento.

–Les ruego que me perdonen –se puso de pie y volvió al sofá–. Sin duda, preferirán oír tocar a Tamsyn. Estoy segura de que ella lo hace muy bien.

–No sé tocar el piano, sólo la guitarra –dijo Tamsyn, ignorando el tono petulante de Lucy.

Había impresionado a la muchacha; reanudaría sus enseñanzas por la mañana, cuando Lucy hubiese tenido tiempo de digerir lo que había oído.

–Muy exótico –murmuró Lucy.

–En mi país no es exótico–respondió Tamsyn–. Se considera que es un talento sin importancia.

–Como otras cosas, me imagino.

–Es posible.

Los comentarios punzantes de Lucy que Tamsyn devolvía con gentileza sin exhibir la menor señal de hostilidad hicieron fruncir el entrecejo a Julian. Lucy, en cambio, irradiaba antagonismo.

Gareth se aclaro la voz.

–Creo que iré a dar un paseo por el pueblo antes de acostarme. Yo diría que los veré por la mañana –se inclinó hacia Lucy y le dio un beso en la mejilla que más parecía un picotazo–. Buenas noches, querida. No te acuestes muy tarde. Has tenido una larga jornada.

Las mejillas de Lucy palidecieron, y luego la palidez fue reemplazada por una oleada de sonrojos. Sus ojos se dirigieron involuntariamente hacia Tamsyn, que tuvo cuidado de no buscar su mirada.

Cuando la puerta se cerró detrás de Gareth, Lucy se puso inmediatamente de pie.

–Es verdad que estoy muy cansada. Si me disculpan, creo que iré a acostarme.

En su voz se notaban las lágrimas y, mientras iba hacia la puerta, se puso un brazo sobre los ojos.

–¡Canalla! –explotó Julian cuando su hermana hubo salido–. Que me condenen si permito que él vaya de juerga a la aldea mientras mi hermana está llorando en la planta alta.

–Sí, es muy desconsiderado de su parte –coincidió Tamsyn–. Pero, si lo arrastras de vuelta acá, él se enfurruñará. Es de ese tipo de hombre.

Julian la contempló con el entrecejo crispado, notando que aún tenía un vaso de vino en la mano.

–¿Por qué has bebido tanto esta noche? Pensé que no te hacía bien.

–Oh, me viene muy bien –respondió ella con languidez, pasándose una mano por el pelo y entornando los ojos, seductora, sentándose sobre sus rodillas en el gran sofá–. Lo que sucede es que tiende a volverme desinhibida y estimula mi imaginación. ¿Vamos arriba, ya que tus invitados han desaparecido?

Por cierto, la perspectiva de una Tamsyn más desinhibida e imaginativa que de costumbre era tentadora. Sus ojos violetas lo atrapaban, su cuerpo flexible acurrucado en la silla le transmitía una sensual invitación. Una exótica, maliciosa invitación. Jamás existiría otra mujer como ella.

–Perdóname –dijo él, de pronto–. Tengo cosas que hacer en mi estudio.

El rechazo fue tan inesperado que Tamsyn se quedó mirando, estupefacta, la puerta que se había cerrado tras él. Las lágrimas le escocieron los ojos pero las ahuyentó, parpadeando enfadada. Durante toda la velada había estado ofreciéndole una mano, y él había dado señales de aceptar el fin de la disputa. Y ahora, se alejaba de ella con tanta frialdad...

Pero no la derrotaría. La boca de la muchacha adquirió una expresión obstinada.

19

Gareth volvió caminando a Tregarthan bajo la luz de la luna lamentando la falta de entretenimientos de las pequeñas aldeas de pescadores de Cornwall. Las tabernas de Fowey tenían una lamentable escasez de rameras jóvenes y ansiosas por retozar con los miembros acaudalados de la alta sociedad, aunque la patrona de la Ship le había guiñado un ojo y le había permitido un discreto manoseo de su prominente busto, al inclinarse sobre su mesa para servirle un jarro de gin con agua. Por desgracia, había aparecido su esposo en escena, muy jovial en apariencia pero con un par de macizos antebrazos que podrían rivalizar con los del gigantesco Gabriel, con quien había estado bebiendo en un rincón oscuro de la taberna.

Hombre de aspecto fuera de lo común, ese escocés. Todo un guardaespaldas, y un tipo raro. Más aún, concluyó Gareth con un discreto eructo; como quiera que se lo considerase, todo ese asunto era raro. Julian, alejado de sus amados campos de batalla, haciendo de tutor de una desconocida muchacha española. Claro que, si el duque de Wellington lo había ordenado, ésa era explicación suficiente. Muy apegado a su deber: ése era Julian.

Gareth decidió tomar el sendero que cruzaba los prados y, al saltar una valla, se le enganchó la punta de la bota en el peldaño superior y estuvo a punto de caer de cabeza. Maldijo en voz baja y, una vez restablecido su equilibrio, siguió andando.

Los mellizos Penhallan habían estado en un rincón de la taberna bebiendo sin compañía. Él había intercambiado un saludo con ellos pero, como ellos no se movían en los círculos de Londres, no se sintió obligado a hacer más que eso. Esos dos tenían algo turbio... siempre lo habían tenido. Todos decían que los Penhallan tenían algo malo en la sangre.

Gareth pasó con dificultad por una abertura en un cerco de zarzas y se detuvo. Detrás de él, hacia abajo, las luces de Fowey se habían apagado todas y sólo una linterna se balanceaba en el muelle, previendo que alguien quisiera cruzar el río desde Polruan, en mitad de la noche. Delante sólo veía el campo y lo alto del acantilado. Oía la rompiente en la orilla, allá abajo. Maldición, ¿estaría perdido? Tendría que haber seguido por los prados. Alzó la vista hacia el cielo cuajado de estrellas, escudriñó a la distancia, divisó un resplandor detrás de un grupo de árboles, más adelante, y dedujo que debía de ser la caseta de guardia de Tregarthan.

Él reanudó la marcha con renovadas energías y sintió un inmenso alivio cuando identificó la caseta de piedra en el comienzo del sendero. Su reloj de bolsillo le indicó que eran casi las once. En Londres, la noche estaría apenas empezando; la única perspectiva que tenía era acostarse temprano escuchando el mar y el canto de los búhos.

Cuando se aproximaba a la casa, una sombra maciza se atravesó en su camino. El corazón se le subió a la garganta y, al volverse, vio al gigante Gabriel que sostenía una linterna. Gabriel sonrió con amabilidad.

–Espero que haya disfrutado en la velada. Parece que son buena compañía estos tipos de Cornwall.

Gareth no salía de su asombro al verse tratado con tanta familiaridad por un criado.

–Mi buen hombre...

–Muchacho, yo no soy su hombre... tampoco bueno ni malo –interrumpió Gabriel, sin que su afabilidad sufriera mella–. Tampoco soy sirviente. Mi tarea consiste en cuidar de la pequeña como me parezca oportuno.., sólo eso. De modo que, para evitar cualquier situación desagradable, le sugiero que tenga eso presente. Y ahora, tenga usted muy buenas noches –Gabriel se encaminó hacia el costado de la casa; luego se detuvo y miró por encima del hombro–. De paso, muchacho; si yo estuviera en su lugar no prestaría mucha atención a la mujer de Jebediah.

Dicho esto se alejó hacia la casa, silbando suavemente y dejando a Gareth sin palabras, indignado y perplejo.

Gabriel alzó su nariz en la oscuridad. El cuñado del coronel era un zopenco. Seguro que si se le ponía una pistola en la mano, lo más probable fuera que se disparase en un pie. Tampoco soportaba bien el licor. Entró en el patio del establo y subió por la escalera externa, al costado del edificio de los establos, hasta el cuarto encalado que compartía con Josefa. Prefería la intimidad que le brindaba ese lugar fuera de la casa; además, ese cuarto encima del establo se parecía mucho más a los de las casas sencillas a las que él y Josefa estaban acostumbrados.

Ella lo saludó con voz suave cuando él se agachó para pasar por debajo del dintel y entró en la habitación alegre y ordenada. Su mujer tenía talento para crear un ambiente de comodidad doméstica dondequiera que estuviesen, incluso en los lugares más insólitos. Gabriel solía decir que ella podía crear un hogar debajo de un cactos. Se dejó caer sobre una silla baja y Josefa se apresuró a acercarse para quitarle las botas.

–Esta noche me he cruzado con esos primos de la pequeña –dijo, desabotonándose la camisa mientras Josefa le servía su acostumbrada jarro de ron de todas las noches.

Su mujer asintió con los ojos iluminados por la comprensión mientras le quitaba la camisa y la doblaba con cuidado.

–Esos dos tienen aspecto de malvados –prosiguió él, quitándose los pantalones, levantando un pie para quitarse un calcetín–. Vale la pena vigilarlos.

Levantó la otra pierna para quitarse el otro calcetín y luego, los calzones de lana.

Josefa recogía las prendas a medida que caían al suelo y las doblaba con amoroso cuidado; guardando todas dentro de un baúl de cedro. Ella no decía nada mientras él reflexionaba en voz alta, soltando breves frases de información, más por la necesidad de aclarar las cosas en su mente que de compartir con ella sus pensamientos. Pero ella lo oía y asentía, y él sabía que ella estaba almacenándolo todo y que si, alguna vez, él necesitaba un consejo o una opinión, ella se la daría con sensatez, siempre y cuando se lo solicitara.

Bebió el contenido de su jarro y, con un gruñido de satisfacción, se dejó caer sobre la cama, haciendo crujir los elásticos bajo su peso. Josefa se metió en la cama a su lado y él atrajo hacia sí su tibia, suave y sumisa redondez, hundiendo su cabeza en su blando pecho. Ella emitió un leve cloqueo de placer y lo rodeó con sus cortos brazos hasta donde llegaban, abriéndose a él para que penetrara en ella.

–Eres una perla, mujer –musitó Gabriel, y ella sonrió y le acarició la espalda–. Decididamente, vale la pena vigilar a esos mellizos.

La indignación de Gareth no hizo más que exacerbarse cuando entró en la casa y vio que sus botas estaban embarradas y despedían un fuerte olor a granja. El vestíbulo estaba pobremente iluminado por una gruesa vela de cera que había sobre una mesa al pie de la escalera. Se filtraba una luz por debajo de la puerta de la biblioteca. Supuso que St. Simon aún estaba despierto y que usaría la segunda vela. También supuso que alguien cerraría con llave. Aunque, tal vez, no se molestaran en hacerlo en este paraje tan remoto.

Gareth encendió su vela y comenzó a subir la escalera apoyando con fuerza sus pies. Iluminaban el corredor dos velas puestas en soportes de pared, y la casa estaba muy silenciosa. Encontró el camino hacia su dormitorio al final del corredor y abrió la puerta con sigilo. Las cortinas que rodeaban la cama estaban corridas y la luna se filtraba a través de las delgadas cortinas veraniegas de la ventana.

–¿Eres tú, Gareth? –preguntó la voz nerviosa de Lucy desde la cama encerrada en su dosel.

–¿Quién otro podría ser?

El hombre notó que había respondido con aspereza; sucedía que el hedor de sus botas era casi insoportable. Se las arrancó ayudándose con los morillos, las levantó y las depositó sin demora junto a la puerta, del lado de afuera, para que se ocupase de ellas el muchacho encargado de las botas.

Se desvistió, se puso su camisón y dio un paso hacia el cuarto de vestir, pero luego se detuvo. Que lo condenasen si se privaba de una cama decente, siendo que no tenía nada de qué sentirse culpable... nada que lo obligase a dormir en la estrecha cama del cuarto contiguo. Sopló la vela y apartó la cortina de la cama. Lucy estaba acurrucada en el lado opuesto de la cama, con una gorra de encaje cubriendo sus cabellos castaños. Se deslizó junto a ella. Su dulce fragancia llenaba la oscura cueva de la cama. Extendió la mano para tocarla y sintió que ella se apartaba instintivamente.

Suspiró y se acomodó de costado en su parte de la cama, de espaldas a ella. El no era ningún bruto, y detestaba cuando ella sollozaba y temblaba debajo de él, haciéndole saber que le causaba dolor. De vez en cuando, la obligaba y se obligaba a sí mismo a seguir la rutina, porque esa unión debía producir un hijo. Cuando tuviesen un heredero o dos, podrían olvidar para siempre ese lamentable asunto.

Cerró los ojos y evocó la imagen de Marjorie, sus manos sabias, sus lascivos meneos.

Lucy permaneció tendida, los ojos muy abiertos en la oscuridad, conteniendo el llanto y pensando en las cosas escandalosas que le había dicho Tamsyn. ¿Cómo se atrevía a hablar así? ¿Y cómo sabía cosas como ésas... siendo una muchacha soltera?

Julian oyó regresar a Gareth y esperó a que se dejaran de oír sus pasos en la escalera; entonces, apagó las velas y salió de la biblioteca. Cerró la puerta del frente y puso la tranca; encendió su vela, apagó el cirio, y se encaminó hacia su dormitorio, dejando encendidas las velas en las paredes por si alguien salía durante la noche.

Sus aposentos –un dormitorio, un cuarto de vestir y una sala privada– estaban en el centro de la casa y tenían varias ventanas divididas por parteluces, que miraban a los prados y al mar. A cada lado estaban los cuartos de las torres. Enfrente, había una sucesión de apartamentos de huéspedes, el más grande de los cuales estaba ocupado por su hermana y su cuñado.

Entró en su habitación sintiéndose inquieto y, al mismo tiempo, hastiado. Los problemas maritales de su hermana le deprimían pero ése no era el origen de su insatisfacción. En parte, se debía a la intensa incomodidad que le había provocado esa especie de luz líquida que había visto en los ojos de Tamsyn, incitante, excitada, la sensualidad gatuna de su cuerpo desde la silla. Pero esto sólo era una parte; otra era el desagrado por su propia brusquedad. La había herido sin darle una explicación y, por cierto, sin justificación. Esa noche, ella había hecho todo lo posible por franquear la brecha abierta entre los dos y se había ofrecido a sí misma en su modo habitual, abierto y confiado, sin esperar rechazo. Julian había alcanzado a ver el destello de asombro, el brillo de las lágrimas en sus ojos antes de que ella se volviera; ahora no podía librarse de esa imagen.

Cerró la puerta y luego giró hacia el centro de la habitación, levantando en alto su vela. Durante un instante de locura, creyó estar viendo una alucinación; entonces se dio cuenta de que debería haberlo esperado. Tamsyn no era mujer de aceptar un rechazo, por mucho que hubiese parecido herida y vulnerable.

Estaba sentada en el asiento de la ventana, desnuda y bañada por la luz de la luna, el mentón apoyado en la palma de la mano; miraba los prados plateados hasta el horizonte, donde el terciopelo negro del cielo se tocaba con la línea azul oscuro del mar.

Y el pulso del hombre se aceleró... su sangre cantó.

–Aquí estás –dijo ella, alegre, como si jamás hubiesen cruzado una palabra–. Estaba empezando a pensar que te quedarías trabajando toda la noche, si en verdad se trataba de eso.

–¿Qué diablos haces aquí? –preguntó en un susurro furioso, luchando consigo mismo, enfrentándose de nuevo con la certeza de que jamás existiría en su vida otra mujer como ésta. Dejó su vela sobre la mesa–. Ya te he dicho que, mientras mi hermana esté en la casa, tú no debías venir aquí.

–No fuiste tan preciso –dijo Tamsyn, desenroscándose en su asiento–. Además, tu hermana está metida en la cama –se puso de pie y se acercó a él–. Todos duermen, milord coronel. ¿Quién podría saber qué sucede tras estas puertas?

–Ésa no es la cuestión –declaró, quitándose la chaqueta–. Mi hermana es una muchacha inocente. Ya sabemos que eso no significa nada para ti, pero...

–Oh, por favor, no empieces con eso otra vez – rogó Tamsyn, tan cerca ya que ¿1 podía sentir la tibieza de su piel desnuda a través de su propia camisa y de la fina tela de sus pantalones–. ¿Tenemos que volver a discutir eso?

Julian la miró, indefenso. Sus ojos licuescentes, el leve temblor de su suave boca, la voz implorante: todo ello era inesperado. Creyó saber cómo manejar a la bandida feroz, pero no tenía ni la menor idea de cómo enfrentar a esta nueva Tamsyn.

–Mira, Tamsyn –intentó–, sé que para ti es difícil de entender. Tú, viéndola tan tierna, imaginas que Lucy es como una flor preciosa, una rara orquídea en un invernadero...

–¡Oh; no seas necio! –estalló Tamsyn, olvidando su resolución de ser conciliatoria, femenina y amorosa ante tan repugnante, azucarada y equivocada interpretación de los hechos–. Para tu información, tu preciosa, tierna y pequeña hermana ha sufrido una violenta impresión en el lecho conyugal gracias a ese patán insensible que tiene por esposo, con quien tú permitiste que se casara; es casi imposible que ella se recupere de esa impresión si alguien no tiene la bondad de abrirle los ojos a la realidad.

Julian se arrancó la corbata y lanzó un suspiro de alivio. La miró con dureza, sus ojos convertidos en puntos de fuego azul. Ésta era la Tamsyn que él sabía lidiar.

–En lo que toca a mi hermana, no tengo el menor interés por la opinión de una bribona bastarda y sin educación, que jamás ha aprendido a respetar ninguna convención.

–¡Bah! –exclamó ella, disgustada–. ¡Convenciones! –se burló–. Que se aplican a las mujeres pero no a Gareth, ¿no es así? Él puede ir por ahí repartiendo sus favores a todas las que encuentre; eso se considera perfectamente aceptable.

–¡No, no es así! –replicó Julian, tironeando de su camisa para sacarla de dentro de sus pantalones y arrojándola al suelo. En el arrebato de la situación, no se le ocurrió pensar que desnudarse frente a la ya desnuda Tamsyn podría ser interpretado como un mensaje confuso–. De hecho, no encuentro la menor excusa para las imprudencias de Gareth... como tampoco para las tuyas.

–¿Y qué me dices de las tuyas? –replicó ella–. Para cometer esas imprudencias como las llamas tú con tanta delicadeza, hacen falta dos personas. No he notado que tu participación haya sido demasiado prudente hasta ahora, milord coronel.

Sus ojos echaban chispas y su cuerpo menudo estaba tieso de cólera y convicción.

–Si hay algo que no puedo soportar es a un hipócrita.

–No soy en absoluto hipócrita en lo que se refiere a mi hermana –replicó él, quitándose las botas–. ¡No toleraré que su inocencia quede mancillada por tu experiencia!

–¡Mancillada! –exclamó Tamsyn–. ¡Tienes la audacia de acusarme de corromper a tu hermana como si yo fuera un montón de heces repugnantes! La única persona que ha mancillado a Lucy es su maldito marido. Te lo aseguro.

Ella se inclinó en un movimiento flexible y recogió la camisa que él había tirado.

–Si hubieras hecho la única cosa decente que cabía con tu hermana, si en realidad ella te importara algo, le habrías proporcionado información sobre algunos hechos de la vida; si hubieras hecho eso, ahora no se hallaría en esta situación. Tenga usted buenas noches, coronel: no tengo tiempo para ciegos e hipócritas.

Pasó junto a él en dirección a la puerta metía sus brazos en las mangas de la camisa de Julian.

–¡No te marches! Vuelve aquí. –olvidando que sólo quería echar a Tamsyn de su habitación, Julian la aferró del brazo–. ¡Explícate!

Ella forcejeó para soltarse y dio un brinco a un costado, alejándose de él.

–Intente entenderlo usted solo, señor.

Al mismo tiempo que él se abalanzaba hacia ella, Tamsyn tomó la jarra de agua que estaba junto al lavamanos. Sus ojos parecían dos ascuas.

–¡Oh, no! –dijo él en voz baja–. No te atrevas.

–¿Que no me atrevo? –preguntó ella, y le arrojó el contenido.

En la habitación que estaba al otro lado del pasillo, Lucy se incorporó de golpe en la cama cuando cayó lo que parecía el bramido de un toro furioso.

–¿Qué sucede?

–Dios sabrá –adormilado, Gareth también se incorporó. Había estado a punto de sumirse en un bendito sueño alcohólico y ahora parpadeaba en la oscuridad, tratando de descifrar los golpes sordos y los gritos–. Parece una pelea.

–¿Una pelea? –Lucy apartó las mantas–. ¿Quién podría pelear en esta casa a esta hora... a cualquier hora?

Gareth escuchó, ladeando la cabeza. Se oyó otro horrible ruido y un grito que, sin duda, era de su cuñado, enseguida un chillido de rabia en un tono mucho más alto.

–Por Dios –dijo él–. Viene del cuarto de tu hermano –Saltó de la cama y apartó las cortinas–. No creo que sea un intruso.

Gareth y Lucy estaban a punto de salir de su habitación cuando se oyó el ruido de la puerta de St. Simon que se abría; luego, un violento portazo sobresaltó a ambos. Apenas un segundo después, la puerta volvió a abrirse.

Gareth apoyó un dedo en sus labios, entreabrió sigilosamente la puerta de su dormitorio, y espiaron por el corredor mal iluminado, entornando los ojos ante el extraordinario espectáculo que se presentaba ante ellos.

Julian, cubierto sólo con sus pantalones y con el pelo chorreando agua, se abalanzaba hacia la esbelta figura de Tamsyn, que sólo llevaba la camisa de él.

–¡Vuelve aquí! –susurró Julian, y el susurro repercutió en el corredor vacío.

–¡Vete al diablo! –siseó Tamsyn por encima del hombro y, al hacerlo, perdió velocidad por un instante.

Julian la aferró por el cuello de la camisa.

–¡No te saldrás con la tuya, *mi muchacha*!

Con un ágil movimiento, Tamsyn se desprendió de la camisa y siguió corriendo, dejándolo con la camisa vacía en la mano.

–¡Fiera!

La voz de Julian seguía siendo un susurro y, sin embargo, su atónita audiencia percibió en ella tanto la risa como una feroz decisión.

Julian dio un salto y se abalanzó hacia Tamsyn, aferrándola por la cintura y haciéndola caer. Por un instante, ella se arqueó en el aire, y luego cayó sobre el hombro de él lanzando un quejido indignado.

–¡*Espadachín*! ¡Miserable patán!

Retrocedió sobre el hombro de él y lo aporreó con sus puños, tan indignada que olvidó bajar la voz.

–Yo debería bajarte, ranúnculo–dijo Julian en voz queda, con tono afable, mientras regresaba a su habitación–. Estás presentando un blanco demasiado tentador en este momento.

–Oh, te mataré –dijo Tamsyn, dejándose caer hacia delante–. Gabriel te arrancará tu negro e hipócrita corazón y yo recogeré tu sangre en mi sombrero.

La risa baja de Julian quedó flotando en el corredor cuando él entró en su cuarto con su carga y cerró la puerta sin ruido tras él.

–¡Bueno, que me condenen! –murmuró Gareth, mirando a Lucy–. ¡Que me condenen!

Tomó conciencia de su propia erección y del arrebato de sangre en sus genitales. Ver el cuerpo desnudo de Tamsyn colgando sobre el hombro de Julian, iluminado por la luz de las velas, lo había excitado más allá de lo imaginable.

–De modo que a eso se refería –susurró Lucy, mirando a su marido–. Ella me dijo que sabía cosas...

Su voz fue perdiéndose al captar la expresión de Gareth. Percibió una extraña sensación de cosquilleo en su cuerpo, espasmos de excitación en su vientre, y se preguntó a qué se deberían.

–Lucy –dijo Gareth con voz ronca.

Puso su mano ahuecada en la mejilla de ella, casi fuera de sí al ver la excitación en los ojos de ella, el sonrojo de sus mejillas. ¿A ella también la habría afectado la escena? No se apartó de él, y él la levantó, apretándola contra él, sintiendo su piel suave y cálida, la lujuriosa curva de sus pechos bajo el camisón. La cofia se cayó cuando ella apoyó su cabeza en el hombro de él. Gareth se inclinó y la depositó con delicadeza sobre la cama.

Por primera vez, ella le permitió que le quitase el camisón y, cuando la tocó, la sintió húmeda y abierta aunque sus miembros se pusieron súbitamente rígidos, su expresión tensa por el temor.

–Todo irá bien –dijo él con suavidad, casi sin poder contenerse, pero esforzándose por controlar la vigorosa embestida de su penetración para que ella no se pusiera tensa como había sucedido siempre hasta el momento.

Todo terminó muy pronto, pero cuando él se apartó de ella supo que, por una vez, no le había hecho daño, y su propia explosión de placer lo había consumido hasta los pies.

Pensativa, Lucy permaneció tendida en la oscuridad, oyendo los ronquidos cada vez más fuertes de Gareth. Se sentía un tanto extraña y, al mismo tiempo agradablemente relajada. Aun así, tenía la inquebrantable convicción de que eso no se acercaba, siquiera, a lo que debía de estar experimentando Tamsyn en la cama de Julian.

Ella era la amante de Julian. Qué exótico y qué escandaloso. Ahora comprendía por qué le parecía tan diferente, y también por qué le había ofrecido su opinión con tanta libertad. Bien, por la mañana, Lucy recurriría a ella para que le explicara algunas cosas. Por cierto, ella tenía una perspectiva diferente con respecto a su melindroso hermano. Se le escapó una risilla involuntaria, y hundió su cara en la almohada. En adelante, tomaría menos a pecho su gazmoñería.

A la mañana siguiente, Gareth no supo bien cómo saludar a su cuñado, pero el "buenos días" de Julian ante la mesa del desayuno fue acompañado de una sonrisa imperturbable y una cortés invitación a echar un vistazo a su caballeriza y elegir el animal que más le gustara, excepto Soult.

–Monté a Soult desde Badajoz hasta Lisboa –explicó Julian–. Pero el resto de mis caballos de campaña están a cargo de mi caballerizo, en España.

–¿Cuándo piensas regresar?

Gareth puso una generosa ración de arroz con pescado en su plato, y llenó su vaso con cerveza de una jarra.

–En octubre, a más tardar. Tengo que ir otra vez a Londres el mes que viene –se limpió la boca y dejó su servilleta sobre la mesa–. Bueno; discúlpame, Gareth, tengo que hacer.

Fue hasta la puerta en el preciso momento en que ésta se abría para dar paso a Tamsyn, enfundada en un vestido de muselina, de cuello alto y mangas largas.

–Buenos días, milord coronel.

–Buenos días, Tamsyn.

Aunque la saludó con voz fría, sus ojos expresaron humor al ver que ella había elegido un vestido que cubría hasta el último centímetro de su piel. En los retozos de la noche pasada, los dos habían recibido algunos magullones.

–No se retrase por mí, señor.

–No lo haré. ¡Arpía! –agregó él, en un suave murmullo.

Le rozó la mejilla al pasar; aún persistía en sus ojos un residuo de pasión... y también de risa. Julian había despertado riendo, convencido de que había estado riendo en sueños.

–¡Bruto! –dibujó ella con los labios, con sus ojos echando chispas.

–¡Marimacho!

Dicho esto, se marchó, y Tamsyn dirigió su atención a Gareth, que fingía no haber estado prestando oídos al intercambio de susurros.

–Buen día, Gareth. ¿Lucy aún está acostada? –se sentó y sacó una tostada de la rejilla–. ¿Podría pasarme el café, por favor?

Gareth lo hizo.

–Lucy suele tomar su desayuno arriba.

El hombre se puso a observarla con disimulo, vivo en su memoria el recuerdo de su cuerpo desnudo. Se preguntó si ella estaría abierta a una proposición suya. Él podría ofrecerle lo mismo que Julian le ofrecía. Pero, lamentablemente, no se le ocurría cómo podía hacerle semejante propuesta mientras ambos estuviesen bajo el techo de St. Simon. Un hombre no podía cazar el territorio de alguien que le está dando su hospitalidad. Quizá, mientras Julian estuviese en Londres, él podría sondearla.

La idea le arrancó una sonrisa y, sin quererlo, se tocó el bigote y lo atusó con la yema del dedo.

Tamsyn puso mantequilla en su tostada y se preguntó qué habría provocado esa irritante expresión a la cara del otro. Deseó, con todo fervor, que el motivo no tuviese nada que ver con ella. ¿Sería posible que la noche pasada hubiese oído algo? No, en el corredor ellos no habían elevado la voz más allá de un murmullo, y todos habían estado durmiendo.

Ella salió de la sala de desayunar mientras Gareth iba por su segunda ración de lomo. Eso la hizo pensar que era poco probable que disminuyera la gordura de sus muslos, pero, sobre gustos...

–Tamsyn, buen día.

La voz de Lucy tuvo la virtud de irrumpir en las reflexiones filosóficas de Tamsyn. Lucy venía bajando la escalera con expresión excitada y tímida a la vez.

–Buen día –saludó Tamsyn, amable, aliviada de comprobar que ella había recuperado el buen humor durante la noche–. Saldré a caminar. ¿Quieres acompañarme?

–Oh, sí; me encantará. Iré a buscar mi quitasol y mi pelliza.

–No los necesitarás. Afuera está muy cálido y yo tengo intenciones de ir hasta la punta de St. Catherine. Como el terreno en los acantilados es muy escabroso, es preferible que no lleves nada que te pese.

Lucy, que esperaba un paseo despreocupado a través de las matas, conversando, quedó perpleja ante semejante proposición; sin embargo, dijo con estoicismo:

–No, claro que no. ¿Te marchas ya?

–Si tú estás dispuesta –respondió Tamsyn con amabilidad.

Estaban en mitad del sendero cuando Gabriel apareció andando entre los árboles, con un fusil al hombro y un saco de piel en el otro.

–¿A dónde vas, pequeña?

–A la Punta de St. Catherine. Luego, a Fowey, a comprar unas agujas e hilo para Josefa.

El hombre aprobó con la cabeza, sonrió con cordialidad a Lucy y siguió su camino.

–Tu sirviente se muestra muy familiar.

–Gabriel no es mi sirviente; te pido que jamás lo trates como tal –dijo Tamsyn–. Le molesta mucho. Era el mejor amigo de mi padre; él cuida de mí.

–En España las cosas se harán de un modo muy diferente –observó Lucy, buscando el modo de iniciar la conversación que tenía en mente.

–Podría decirse así –Tamsyn enfiló hacia el empinado sendero hacia el acantilado, con paso largo y ágil.

Lucy bufaba tras ella, espantando las moscas que comenzaron a revolotear alrededor de ella cuando el sudor empezó a brotarle de la frente.

–Tú hablas de modo diferente de las cosas –habían llegado al final del sendero y Lucy se detuvo, jadeando, en la brisa fresca que soplaba desde el mar, que se extendía ante ellas–. Me refiero a las cosas que me contaste que te decía tu madre.

Tenía las mejillas acaloradas; ella sabía que no era sólo por la caminata.

La risa de Tamsyn tintineó en el viento.

– ¿Me equivoco si imagino que tu madre no te hablaba de estas cosas?

Echó a andar otra vez, corriendo por el sendero hacia una saliente que dominaba el estuario del Fowey, sobre las ruinas de la muralla del fuerte de St. Catherine que, en otra época había custodiado la entrada al río y formado parte del sistema defensivo costero de Enrique VIII.

Cuando Lucy la alcanzó, Tamsyn ya se había quitado las sandalias y estaba tendida sobre el estómago, contemplando el fuerte, al otro lado de la ancha boca del estuario. Un clíper cargado con porcelana china estaba dejando el estuario hacia alta mar.

–No, no te equivocas –dijo Lucy, dejándose caer sobre la hierba, al lado de Tamsyn, preocupada de que le quedaran manchas de hierba en su claro vestido de cambray–. Lo único que me dijo una vez, en relación al matrimonio, fue que tenía algunos aspectos desagradables y que era nuestro deber soportarlos.

–¡Abre las piernas y piensa en Inglaterra! –exclamó Tamsyn, disgustada, mordisqueando una brizna de hierba–. Supongo que tu hermano tampoco te ha dicho nada.

–¡Julian! –Lucy la miró horrorizada.–Él no podría hablarme de esas cosas!

–Ah.

Tamsyn dedujo que sería peligroso hablar de Julian en un contexto como el presente, pues corría el riesgo de dejar escapar algo sin advertirlo.

–Sé que no es una actitud muy respetable de mi parte querer hablar de tales cosas –aventuró Lucy.

Tamsyn rompió a reír y rodó hasta quedar de espaldas, entrecerrando los ojos por el sol.

–La respetabilidad es capaz de convertir la vida en algo muy tedioso. Te apuesto lo que quieras a que Gareth preferiría tener en su cama a una mujer para nada respetable.

–Tiene muchas de ésas –repuso Lucy con acritud; cuando advirtió que había dicho algo tan horrible, contuvo una exclamación.

Tamsyn se limitó a sonreír.

–Si tuviera una en casa, es probable que no necesitara marcharse tan a menudo.

–¿Qué tendría que hacer para ser una mujer atrevida? –preguntó Lucy–. Tengo la sensación de que tú sabes mucho de eso.

Tenía en la punta de la lengua el relato de lo que ella y Gareth habían visto la noche anterior, pero la avergonzaba demasiado confesar que había estado espiando... y demasiado para admitir que esa escena había resultado curiosamente excitante para ambos.

–Te lo diré si me prometes no contar una palabra a tu hermano. Si llegara a pensar que he estado corrompiéndote, me echaría de la casa.

–¿En serio? –exclamó Lucy.

Su hermano la intimidaba mucho pero, después de lo que había visto la noche anterior, no podía imaginar que Tamsyn aceptara sin murmurar un decreto como ése.

–Es probable –respondió–. Por lo tanto, tienes que prometérmelo.

–Te lo prometo.

Fue una Lucy muy reflexiva la que volvió caminando, sola, a Tregarthan una hora después, a un paso mucho más lento que el que había impuesto Tamsyn en el trayecto hacia la punta.

Tamsyn emprendió la marcha por el empinado sendero que iba serpenteando hasta el pueblo, sumida profundamente en sus pensamientos. Era grato ayudar a ordenar la vida de otra persona, aunque ella no entendía qué podría ver Lucy en Gareth Fortescue. No le parecía tan desagradable como perezoso, pagado de sí mismo e inmoderado. Eran características muy corrientes entre los varones aristócratas ingleses, a juzgar por lo que opinaba Cecile. No era hombre de conformarse con el lecho conyugal, por satisfactorio que éste pudiera ser, aunque era probable que fuese más fácil para Lucy soportar los merodeos de su esposo si ella misma dejaba de estar insatisfecha. Sin duda, aquellos le parecerían menos amenazadores para la estabilidad de su matrimonio.

Ella realizó sus compras en la tienda y paseó por el muelle, bajo el sol. David y Charles Penhallan la vieron desde los escalones del blanco edificio de la Aduana, donde habían estado conversando con el oficial verificador, un robusto caballero que se debatía todos los días con la paradoja de realizar una tarea que iba en contra de sus intereses. Siendo como era un hombre que amaba el vino y el coñac, el teniente Barker, era un trabajo endiablado tratar de impedir que otros caballeros lo contrabandeasen. Era experto en hacer la vista gorda; por lo general, los contrabandistas le informaban cuándo sería oportuno que lo hiciera.

–Hace unos días, nada más, lord Penhallan me ha comentado que, desde que ha comenzado a usar trampas en Lanjerrick, sus guardabosques han informado que hay mucha menos caza furtiva –se acarició la rotunda barriga y soltó un suave regüeldo. Siempre le caía pesado el salmón para el desayuno, pero no podía resistirse–. Estaba pensando en mencionar esto a lord St. Simon. Su administrador se queja de la cantidad de faisanes que está perdiendo...

Su voz bajó cuando comprendió que estaba hablan–do con el aire. Los mellizos Penhallan se habían marchado y avanzaban por la calle.

Tamsyn recorría las calles empinadas y estrechas de la pequeña ciudad, deteniéndose cada tanto para mirar por encima del apiñamiento de tejados que se veían más abajo, contemplar los pequeños jardines entre muros de donde llegaba el perfume de las rosas, las redes de pescar secándose al sol, las cestas con cangrejos apiladas en las esquinas.

¿Podría vivir ahí? ¿Abandonar las montañas desoladas de su tierra, donde volaban las águilas, el olor del tomillo aplastado bajo sus pies, las sierras cubiertas de nieve, las frías aguas del deshielo? ¿Cambiar el sol abrasador del verano por este pariente tan amable; dejar aquel aire tan punzante que perforaba los pulmones por este aire suave y dulce como lluvia primaveral?

Pero la pregunta era académica. Ella sabía que no había modo de desenmascarar a Cedric Penhallan, como pensaba hacer, y mantener al mismo tiempo a Julian en la ignorancia. Y si no podía lograrlo, tampoco podría persuadir al coronel de que escudriñase su corazón y descubriese lo que ella creía que moraba en él. Por lo tanto, Tamsyn regresaría a España tan pronto como hubiese cumplido lo que se había propuesto, y se llevaría consigo el recuerdo de un hombre y un amor que le durarían toda la vida.

Salió del pueblo al llegar al final de la calle y tomó por la sinuosa senda bordeada por un alto cerco, que iba hasta Tregarthan. Se propuso con firmeza evocar las glorias de su tierra natal, pensar en lo maravilloso que sería regresar junto a los guerrilleros, volver a tener un propósito claro y nítido en su vida. Dejar atrás ese pantano emocional.

Estaba tan sumida en sus reflexiones que no vio a los dos hombres que la seguían desde lejos.

David y Charles se habían mantenido a un costado de las estrechas calles empinadas del pueblo, deteniéndose como al azar en los portales, tomando por pequeños callejones que había entre las casas que los conducirían hasta la siguiente calle sin que se advirtiera que seguían a la mujer. Ahora iban tras ella por la senda desolada, ambos con las manos en los bolsillos, palpando con los dedos la seda negra de los antifaces; ambos tenían la misma expresión y un brillo ansioso, depredatorio en sus ojos, sus bocas crispadas en la misma mueca torva.

Tamsyn abandonó la senda, traspuso un portal que había junto a una parrilla de piedra para impedir el paso del ganado y siguió el linde del campo, a la sombra del cerco. David y Charles sacaron sus antifaces en silencio y, también en silencio, se los pusieron.

Tamsyn oyó el suave zumbido de un abejorro en la madreselva, el ruido que produjo un faisán asustado que alzó el vuelo desde un plantío de maíz maduro. El sol era cálido, la tierra estaba seca; una rana saltó fuera de una zanja junto al seto. Todo estaba tranquilo, casi soñoliento, pero a ella se le erizaron los cabellos de la nuca y sintió un hormigueo en el cuero cabelludo.

Se detuvo y giró en redondo, muy lentamente. Dos hombres enmascarados avanzaban hacia ella, rodeados de un nimbo de malevolencia. Tamsyn se quedó inmóvil. No había nadie en ese campo; ella y los dos hombres. Unas vacas levantaron la cabeza y miraron con bovina curiosidad, con sus adormilados ojos oscuros, moviendo rítmicamente las mandíbulas en su eterna rumia.

–Bueno, bueno –dijo Charles, aproximándose–. Pero si es la putilla que estaba con St. Simon en la playa.

Los hombres de lo alto del acantilado. ¿Serían sus primos? Ella no dijo nada.

David rió entre dientes.

–Imagínate, St. Simon albergando a una ramera bajo los preciosos techos de Tregarthan... y con su hermana, nada menos.

Extendió una mano y tocó la mejilla de la muchacha. Charles se acercó a ella, y Tamsyn quedó arrinconada contra el cerco. No tenía posibilidades de huir de ellos. Pero siguió callada.

–Y si nos contaras algo acerca de ti? –propuso David, pellizcándole la mejilla con tanta fuerza que quedó una zona blanca.

Tamsyn sacudió la cabeza.

–¿Perdón? –susurró.

–Tu nombre, zorra. –le pellizcó la otra mejilla, acercando mucho su cara–. Tu nombre y de dónde vienes.

–No comprendo –murmuró Tamsyn, rogando que el miedo que sentía no se revelase en sus ojos.

Si esos dos olían su miedo, no habría modo de pararlos.

–¡Oh, no te hagas la tonta conmigo, ramera!

David le soltó las mejillas, dio un rápido paso atrás y se situó detrás de ella, le aferró los brazos y tiró de ellos con fuerza hacia atrás, en su espalda.

Tamsyn sabía que no tendría esperanzas de defenderse físicamente. Ellos eran dos y la duplicaban en tamaño, por más que fuesen delgados. Si ella hubiese tenido un arma, un cuchillo, cualquier cosa, podría contar con alguna posibilidad. Pero no había llevado nada.

A menos que tuviese en cuenta la aguja y el hilo que había comprado para Josefa. Puso a su mente a funcionar a toda velocidad mientras continuaba allí inmóvil. Estaba convencida de que no debía ofrecer resistencia para no resultar gravemente herida, a menos que tuviese la certeza de que podría funcionar. Había algo en estos dos que le hacía correr un frío por la espalda. Peor que aquel Cornichet, pensó. Al menos, Cornichet tenía una razón para haberlo hecho, una razón que ella podía entender.

Los ojos de Charles la miraron, risueños; aun así eran fríos y mortíferos como los de una fiera. David le soltó los brazos y ella respiró, pero fue una falsa tregua. Charles le aferró el mentón entre el índice y el pulgar, con la otra mano tomó un puñado de sus cabellos, y tiró de su cabeza hacia él. Aplastó su boca sobre la de ella en un violento ataque que le provocó ganas de vomitar. La lengua del hombre forzó su entrada en la boca de la muchacha; la cabeza le dio vueltas y sintió que le daban arcadas y le costó esfuerzo respirar. Su mano palpó el paquete de agujas. De algún modo logró sacarlas del bolsillo y, en su desesperación, al mismo tiempo que se sentía desvanecer, las impulsó hacia arriba, clavándolas en la suave piel bajo la barbilla del asaltante.

Charles lanzó un grito y apartó su boca de la de ella. La golpeó con la mano abierta.

–Pequeña ramera malvada. Te juro por Dios que me las pagarás.

Incrédulo, se llevó una mano a la herida de donde brotaba un rosario de gotas de color rubí; luego, la aferró a Tamsyn por la muñeca y la torció hacia atrás hasta hacerla gritar y soltar el paquete de agujas, que cayó al suelo. Puso una mano sobre el pecho de ella y buscó el pezón; a continuación, pellizcó la suave protuberancia y observó cómo acudían las lágrimas a sus ojos, apretando hasta que ella ya no pudo contener un grito de dolor.

–Hagámosla cantar, primero –dijo David, leyendo la intención en los ojos de su hermano–. Arranquémosle primero lo que queremos; después, podrás vengarte.

–¡Muy bien, puta! –los dedos de Charles apretaron cruelmente el pezón–. ¿Cómo te llamas? ¿Dónde te encontró St. Simon?

–¡Canalla!

Le escupió en un ojo. Entre los dos, la hicieron arrodillarse y le alzaron tanto los brazos hacia atrás que ella pensó que con el próximo tirón se los romperían. En medio de las lágrimas, siguió maldiciéndolos en español, luchando por controlar el dolor y la náusea que crecía, arrodillada en el duro suelo, con su cabeza colgando sobre el pecho.

En ese momento, un rugido tan salvaje, tan furioso que hasta Tamsyn se estremeció entró en escena. Sintió que le soltaban repentinamente los brazos, y los enmascarados desaparecieron en un segundo. Levantó la cabeza y los vio, entre las lágrimas que resbalaban por sus mejillas, corriendo como si los persiguiesen las furias del Averno.

Gabriel pasó a la carrera junto a ella, lanzando aún su grito de guerra, hasta que se detuvo de repente. Con un sucio juramento, abandonó la persecución y corrió hacia la muchacha que se había tendido sobre la hierba. Se arrodilló junto a ella.

–Ay, pequeña... ya los agarraré más tarde.

La levantó y la abrazó, acunándola contra su pecho macizo como si fuera una recién nacida. Ella tenía el rostro blanco, sus ojos como piedras violáceas y, por unos minutos, permaneció temblando entre los brazos de él. Entonces, se apartó farfullando de manera inarticulada. Ella sentía el sabor de ese sujeto en su boca y vomitó en la zanja.

–Oh, los mataré poco a poco –Gabriel maldijo en voz baja, mientras frotaba la espalda de Tamsyn, doblada en el suelo–. Los perseguiré como los canallas que son, y cuando los tenga, los desolláre con la valva de una ostra.

Tamsyn sabía que aquélla no era una amenaza vana.

–Querían saber quién era yo, Gabriel –para su sorpresa, cuando se incorporó descubrió que su voz era perfectamente firme– Quién era y de dónde venía. Estoy segura de que eran mis primos.

Se irguió, masajeando con aire distraído sus muñecas doloridas y magulladas.

–¿Crees que tu tío los habrá enviado?

Ella negó con la cabeza.

–Por lo que decía Cecile, no creo que Cedric sea tan indiscreto. Es un individuo sutil; él nunca querría que se realizara un ataque tan asqueroso cerca de su casa. De lo que no cabe duda es de que he despertado su curiosidad.

Más tranquila, se alisó el pelo y se sacudió la hierba y el barro seco de la falda.

–¿Cómo llegaste tan pronto, Gabriel?

El se alzó de hombros.

–Fue sólo un presentimiento. Después de haberte dejado con esa señorita Lucy, estaba inquieto, no sé por qué. Se me ocurrió dar un paseo hasta el pueblo y acompañarte de regreso a casa.

–Gracias a Dios que viniste. –tomó la mano grande del hombre entre las suyas–. Haremos que paguen esto, Gabriel, pero por favor, espera. Si fueras a parar al calabozo de Bodmin por asesinato, todo se arruinaría –trató de sonreír pero los violentos pellizcos le habían dejado la cara dolorida–. Cuando atrapemos a Cedric, también caerán ellos.

–Sólo te pido que recuerdes que los quiero para mí –dijo él, con contenida furia.

–No te preocupes, serán tuyos –le prometió la hija de El Barón, muy consciente de lo que estaba prometiendo y sin sentir un ápice de compasión hacia sus primos.

–Hasta entonces, pequeña, no irás sola a ninguna parte. Tal vez tu tío no haya enviado a esa basura pero es evidente que está sobre la pista y no se puede saber qué se le ocurriría hacer.

–No –dijo Tamsyn con llaneza–. Un hombre capaz de disponer de su hermana de manera tan ingeniosa bien podría arreglar la desaparición de una extraña sin demasiadas dificultades.

20

–Ella no habla una palabra de inglés, jefe.

–¿Quién?

Irritado por la interrupción, el vizconde levantó la vista. Miró hoscamente a David, que estaba ante él, un tanto vacilante, en la puerta de la biblioteca, temeroso de entrar sin ser invitado.

–La prostituta de St. Simon, señor –intervino Charles desde atrás de su hermano–. Hemos pensado que le gustaría saberlo.

Cedric dobló con cuidado su periódico y lo dejó sobre el sofá, a su lado.

–¿Qué habéis pensado? –sus ojos negros se entrecerraron–. Espero que no hayáis estado metiéndoos en mis asuntos.

David movió los pies y respondió con su habitual talante enfurruñado.

–La otra noche, durante la cena, usted dijo que le gustaría saber quién era ella. Nos pareció que le agradaría que nosotros lo averiguáramos.

–¡De dónde habrás sacado esa idea, grandísimo chapucero! –explotó Cedric con una suave ferocidad que era más alarmante, precisamente por su blandura aparente. Sin quererlo, los mellizos retrocedieron un paso–. ¿Cuándo os he pedido yo que os metierais en mis asuntos? ¿Qué habéis estado haciendo?

–Hicimos algunas preguntas a la muchacha –dijo David, sumiso–. Pero ella no habla inglés... parloteó en una lengua extranjera.

–Pero no era francés –intervino su hermano–. Si hubiera sido así, lo habríamos sabido.

Cedric los miró fijamente, incrédulo, preguntándose cómo era posible que todavía siguieran sorprendiéndolo con su idiotez.

–Es española –dijo, marcando las palabras–. Ya hace dos días que lo sé.

–¡Oh! –exclamó Charles rascándose la cabeza–. Sólo quisimos ayudar, jefe.

–Oh, desapareced –dijo el tío, disgustado–. ¿Dónde estaba la muchacha cuando tuvisteis esta esclarecedora conversación? –su mirada se aguzó–. No estaríais en las tierras de St. Simon, ¿no?

–Oh, no, señor –respondieron de inmediato–. Ella estaba en Fowey, y nosotros la seguimos y... y sólo le hemos preguntado su nombre.

Cedric se respaldó en el sofá y los miró con una mezcla de firmeza y de potente repugnancia.

–¿Le habéis hecho daño? –preguntó con suavidad–. ¿Habéis lastimado a una mujer que está bajo la protección de St. Simon? ¿Una mujer que es huésped de su casa? Claro que no. Por supuesto que no habríais hecho algo tan estúpido... ¿Lo haríais? –gritó, de pronto.

–No, señor.., no, claro que no –contestaron, casi al unísono–. Sólo le hicimos algunas preguntas.

Cedric cerró los ojos y lanzó un suspiro de disgusto y hartazgo. Los conocía demasiado bien como para creerles. Aparentemente, ellos sólo lograban placer sexual si provocaban dolor a una mujer. El padre de ellos había tenido la misma peculiaridad y su esposa, una patética ratoncilla, vivía acobardada y ocultaba sus magulladuras, hasta que cayó por una escalera y murió, preñada de seis meses. Nadie que conocía a Thomas Penhallan creyó que Mary había caído por una escalera. Pero los gemelos habían heredado su retorcidos apetitos. En general, ellos concentraban sus malignas atenciones en mujeres de la calle y dejaban en paz a las de su propia clase. Era de esperar que ninguna mujer fuese tan tonta para casarse con alguno de ellos.

Dedujo que, en esta circunstancia, ellos habían llegado a la conclusión de que la muchacha era la prostituta de St. Simon y, en consecuencia, tenían las manos libres.

–Por otra parte, ella no sabría quiénes somos –dijo Charles, con un matiz de orgullo–. Llevábamos antifaces...

–¿Qué dices?

–Ella no podrá identificamos… como pasó con la otra muchacha –explicó David–. Aunque no le hemos hecho daño –agregó precipitadamente–. No fue como la otra vez, en absoluto.

Miraron a su tío con expresión esperanzada, pensando que al menos recibirían una felicitación por su previsión. Estaba claro que su impulso de ayudarlo no conseguiría ninguna señal de gratitud.

Las felicitaciones no llegaron.

–¡Salid de aquí!

Huyeron casi corriendo, y Cedric dejó clavada la vista en el espacio vacío, especulando sobre el daño que podrían haber hecho. Él había hecho sus averiguaciones y había descubierto, sin inconvenientes, que la mujer que se alojaba en Tregarthan era española, que había venido de España bajo la ostensible protección del coronel lord St. Simon, a instancias de Wellington. Eso ya lo sabían todos en la vecindad. Gracias al espionaje de sus sobrinos, él sabía bastante más que sus vecinos con respecto a la relación. Y aunque no le interesaba, especialmente, si St. Simon se acostaba con la chica o no, le intrigaba saber qué los unía y por qué St. Simon se tomaría la molestia de traer a una amante desde España y además alojarla en Tregarthan.

¿Quién era ella y por qué estaba allí?

Cualquiera fuese el ángulo desde donde mirara, había dos hechos que no podía ignorar: la muchacha tenía una notable semejanza con Celia y era española.

¿Pura coincidencia? No; Cedric no creía en las coincidencias. Más bien, creía en los planes y en las mentes tan retorcidas como la suya.

El secuestro se había ejecutado de acuerdo con el plan, salvo por la tonta de Marianne, que había vivido para contarlo. Aun así, él se había encargado de ella con relativa facilidad: el miedo, una generosa pensión y una casa en medio de las Highlands, habían asegurado su silencio. Ya hacía diez años que había muerto llevándose su secreto a la tumba. ¿Habría escapado Celia de su raptor? ¿Se habría escapado... casado con un español.., concebido una hija?

No tenía sentido. Si hubiese escapado, habría vuelto a la patria. A ella no se le habría ocurrido que su hermano tuviera algo que ver con un asaltante, en un puerto de montaña. Y si la muchacha era hija legítima de Celia, ¿por qué no lo decía en público?

Si era cierto que tenía alguna relación con Celia, tendría que encargarse de ella. Sin embargo, la protección de St. Simon era un obstáculo. Y las cosas se complicaban más aun pues ahora ella ya sabía que alguien estaba muy interesado en ella. Claro que era posible que no pudiese identificar a sus atacantes enmascarados. Era extranjera y no habría visto antes a los gemelos. No había motivos para que ella los relacionase con él... a menos que hablara a St. Simon acerca del ataque. Él le daría sin problemas el nombre de los dos patanes. Pero no tendría motivos para vincular su conducta con Cedric. Lo más probable era que él supusiese que habían vuelto a las andadas.

Se puso de pie, se sirvió un coñac y dejó rodar el líquido ambarino por su lengua, con el entrecejo fruncido. Si la muchacha tenía algo que ver con Celia, ¿qué querría? Era indudable que algo la había traído a Cornwall. Todos querían algo. ¿Andaría en pos del dinero?

Muy bien; fuera lo que fuese, él lo descubriría muy pronto. Quizá pudiera instarla a que ella misma revelase su juego.

–No será una fiesta muy grande, Julian –dijo Lucy, con sus ojos tan azules resplandeciendo de entusiasmo–. Sólo unas diez parejas y las familias de siempre. Nada de baile formal, aunque quizás enrollemos la alfombra después de la cena. Tampoco una cena muy complicada...

–Mi querida Lucy –interrumpió Julian levantando una mano para detener la catarata–. Si quieres dar una pequeña fiesta, no me opongo. La única duda es si Tamsyn está dispuesta a probar sus alas tan pronto.

–Oh, por supuesto que quiere –dijo Lucy con fervor–. No habrá nada que la asuste. Todos son muy amables, están muy interesados en ella y quieren conocerla. Tú también quieres, ¿no es así, Tamsyn?

Tamsyn, que había estado escuchando, divertida, la burbujeante excitación de Lucy, dijo lo que se esperaba de ella:

–Si tú lo dices, Lucy.

–Pero tú sabes cómo te domina la timidez y olvidas todo lo que sabes de inglés –señaló Julian, como al pasar, apoyándose en su silla y mirándola desde abajo de los párpados entornados–. ¿Realmente crees que estás preparada para lanzarte a la escena social sin que se te vuelva por completo incomprensible?

–Pero si Tamsyn habla inglés a la perfección –acotó Gareth, con el entrecejo fruncido, mientras se sacudía con el pañuelo una mota de polvo de sus relucientes botas–. Como una de aquí, diría yo.

–Ah, tal vez lo parezca –dijo Julian con afabilidad–. Sin embargo, bajo presión, olvida todo lo que sabe de inglés y vuelve al español.

–Yo estoy convencida de haber superado mi timidez –declaró Tamsyn con dignidad–. Me creo capaz de conducirme sin avergonzarlo, milord coronel.

–¿Ah, sí?

El se acarició el mentón sin dejar de mirarla con lánguida diversión.

Lucy los miró de hito en hito. La mayor parte del tiempo, Julian trataba a Tamsyn con una cortesía escrupulosa, casi distante; era muy difícil creer que de verdad había pasado lo que ella y Gareth habían visto en el corredor. A veces, como en este momento, había algo en su conversación o en el modo en que se miraban que sugería algún secreto compartido.

–Tamsyn no podría avergonzarte, de ninguna manera –dijo, con cierta incomodidad–. Y yo me quedaré a su lado toda la noche para ayudarla en caso de que tenga alguna dificultad.

–En ese caso, la cosa está resuelta –dijo su hermano, en un tono que volvía a ser frío y práctico–. Sólo te pido que no esperes que yo haga ningún arreglo. Puedes decirle a Hibbert que suba el vino y el champaña de la bodega.

–Hay que preparar ponche helado –afirmó Lucy, saltando de su asiento–: Fue el furor de la temporada pasada, en Londres.

Amabel Featherstone tiene una receta maravillosa.., estoy segura de que la he copiado en mi libreta. No dudo de que la señora Hibbert podrá prepararlo.

Enfiló hacia la puerta, ya sin rastros de su habitual indolencia.

–Tamsyn, ven a ayudarme a elegir el menú para la cena. También podrías ayudarme con las invitaciones, si no te molesta. Es una tarea aburrida eso de escribirlas una por una, pero si alcanzamos a hacerlas todas esta noche, mañana Judson podrá entregarlas.

–¿Cuándo será esa fiesta? –quiso saber Tamsyn, desistiendo de mala gana de su plan de montar a César esa tarde.

Lucy se detuvo a pensarlo.

–El próximo sábado. ¿Te parece bien, Julian?

–Perfecto –respondió él–. Con un poco de suerte, podré conseguir que me inviten en otro sitio.

–¡Oh, no! –exclamó Lucy, horrorizada–. No podemos dar una fiesta en Tregarthan sin tu presencia.

–Pienso que St. Simon está bromeando, querida –dijo Gareth, poniéndose de pie para mirarse en el espejo y hacer una mínima corrección a su corbata.

Lucy estaba un poco desconcertada.

–Ven, Lucy –dijo Tamsyn, tomándola con firmeza del brazo–. Así podrás mostrarme cómo se organiza una fiesta en la sociedad inglesa. Las únicas fiestas a las que he asistido han sido...

–Fuiste a alguna fiesta mientras estabas en aquel convento? –interrumpió Julian, haciéndole una rápida advertencia.

Tamsyn quiso morderse la lengua: había estado a punto de describir las gloriosas fiestas, casi tribales, que se celebraban en las aldeas de montaña, donde se asaban ovejas y cabras enteras y la juerga duraba.

–No –respondió ella–. Pero antes de ir al convento, antes de que muriese mi madre, fui a una fiesta de cumpleaños.

–Oh, pobre querida –se compadeció Lucy, impresionada hasta lo más hondo por un recuerdo tan patético–. ¿Y desde entonces no has ido a ninguna fiesta?

–No –respondió Tamsyn con sentimiento, echando una mirada al coronel.

–*Pobrecita* –murmuró él, entrecerrando los párpados para ocultar el brillo burlón de sus ojos azules.

–Cuando haya terminado de hacer la lista de invitados, ¿querrás mirarla, Julian? –preguntó Lucy, todavía concentrada en el asunto.

–No; dejaré que eso quede por entero en tus manos, que son sobradamente capaces para hacerlo –respondió él y tomó un periódico.

Lucy hizo un gesto afirmativo de complacencia.

–Yo tengo talento para organizar acontecimientos sociales. La temporada pasada hemos dado una gran recepción, ¿verdad, Gareth?

–Oh, sí querida –coincidió él, recordando también que él la había calificado de aburrida y se había marchado en la primera oportunidad, corriendo a refugiarse en la acogedora casa de Marjorie.

Lucy había llorado amargamente casi todo el día siguiente, pero no había pronunciado una palabra de reproche. En consecuencia, la culpa lo había impulsado a salir de la casa diciendo que nadie podía pedirle que pasara su tiempo con una regadera.

Eran recuerdos molestos; él volvió a sentarse cuando Tamsyn y Lucy hubieron salido de la habitación. Inquieto, recogió su copa de vino: estaba vacía. Miró dentro de ella un instante mientras intentaba recuperar su habitual compostura. Decidió que compensaría a su bonita mujercita. Era tan dulce e inocente; él no había tomado eso en cuenta cuando se casaron. No podía pretender que se desempeñara como Marjorie... había sido una necedad de su parte haber pensado que ella podría. Ahora que lo pensaba mejor, él no quería que su esposa fuera tan experta como Marjorie. Habría sido un escándalo.

–No creo que tu copa se llene aunque la mires toda la tarde, Fortescue.

El tono frío de su cuñado interrumpió sus meditaciones; levantó la vista, sobresaltado. Julian estaba ante él con el botellón, arqueando una ceja.

–Sumido en tus pensamientos, ¿eh, Gareth?

El semblante de Gareth adquirió un matiz rojizo.

–Es bueno que Lucy tenga algo para organizar –dijo–. Le hace feliz tener algo que hacer.

Julian se limitó a alzar una ceja y reanudó la lectura de su periódico. La presentación formal de Tamsyn en la sociedad local bajo los auspicios de su hermana sería más conveniente y convencional que si lo hiciera él mismo. Lucy conocía todos los vericuetos de las redes familiares de la región, y él tenía confianza en que no molestaría a nadie con sus invitaciones. Ella cuidaría de que las viejas comadres como la honorable señora Anslow y la señorita Gretchen Dolby estuviesen incluidas, lo mismo que los más jóvenes. Y siempre existía la posibilidad de que alguien de aquella generación recordase una desaparición de veinte años atrás.

Tamsyn seguía siendo una flor exótica en este rincón del país, pero si no hablaba demasiado y se mantenía en un segundo plano, podría salir del paso durante la velada, contando con que Lucy estaría a su lado para guiarla.

Era interesante que ella y Lucy se hubiesen hecho tan buenas amigas, ya desaparecida la tensión de la primera velada. Gareth seguía intentando su torpe seducción, pero Tamsyn lo eludía con habilidad, y a Lucy ya no parecía preocuparle. En realidad, parecía más feliz. Era una preocupación menos, aunque no bastaba para levantar el ánimo de Julian.

Él sabía perfectamente bien que estaba deprimido porque no podía moverse de allí mientras sus amigos y sus hombres estaban soportando el candente calor de la campaña estival. A menos que ocurriese un milagro, estaría atascado allí hasta octubre, momento en que dejaría a Tamsyn para que hiciera la vida que ella quisiera, y se embarcaría de regreso a Lisboa, para volver a unirse al ejército antes de que llegara el invierno.

Sin embargo, pensar en esa perspectiva tampoco le levantaba el ánimo; él sabía bien por qué. No estaba ansioso por dar por terminada su relación con la bandolera. En lo más recóndito de la noche, cuando ella dormía a su lado, acurrucada junto a su pecho como un cachorro fatigado, él había dado rienda suelta a su imaginación, pensando que regresaba a España con ella. Que podría instalarla como su amante. Ella no tendría problemas en seguir el ritmo del tambor; llevaba el campamento en la sangre. Pero, para ello, tendría que convencerla de que desistiera de su plan de hallar a la familia de su madre y, ¿qué le ofrecería él a cambio? Una relación por tiempo indeterminado, siguiendo al ejército en un país asolado por la guerra. Y cuando la guerra hubiese terminado, él tendría que regresar aquí, elegir una esposa, y dedicarse a continuar una dinastía.

No sería justo pedírselo, y Tamsyn no daba señales de sugerir por sí misma un arreglo de ese tipo.

En una pequeña sala, en la parte de atrás de la casa, Lucy acercó a ella una hoja de papel.

–Haré una lista de todas las personas que debemos invitar. Mientras tanto, yo te explicaré quién es cada uno, de modo que sepas cuáles son, en realidad, las familias importantes.

Tamsyn estaba sentada a su lado.

–¿Cuántas personas piensas invitar?

Lucy se golpeteó los dientes con la pluma.

–En realidad, tenemos que invitar a todos –respondió–. A menos que hagamos una reunión muy reducida, íntima.

–Cosa que no sucederá.

–No –reconoció Lucy dejando escapar una risilla–. ¿Qué sentido tiene tomarse todo este trabajo para invitar sólo a veinte personas? A Julian no le molestará, siempre que no lo fastidiemos a él con las tareas de organización.

Comenzó a escribir la lista de nombres; al mismo tiempo, hacía una descripción de cada uno y añadía pequeños chismes inofensivos relacionados con ellos.

–Ya está –después de quince minutos de escribir sin parar, se respaldó en su silla moviendo la muñeca–. Creo que están todos los que importan, hasta Truro. Claro que algunos no vendrán, pero se ofenderían mucho si no recibieran su invitación.

Tamsyn recorrió con los ojos la lista de más de cien nombres. Había esperado que Lucy mencionara a Penhallan pero ese apellido no aparecía por ninguna parte.

–Gabriel me ha mencionado a una familia muy prominente, llamada Penhallan –dijo, disimulando su curiosidad–. Ha oído hablar de ellos en las tabernas de Fowey.

–El vizconde Penhallan –dijo Lucy–. Es muy importante, pero no frecuenta la sociedad local. Creo que tiene una poderosa influencia en el gobierno. Sólo lo he visto dos veces, en Londres –ceñuda, miró la lista y dijo, distraída–: A mí no me agrada. Intimida.

–¿Tu hermano lo conoce?

–Oh, sí, por supuesto –dijo Lucy, todavía distraída–. Hubo cierto escándalo relacionado con sus sobrinos; ahora nadie los recibe... yo no sé qué pasó pero te pido que no digas nada a Julian porque me acusaría de chismosa y se pondría altanero e insoportable.

–No deberías invitar al vizconde Penhallan, teniendo en cuenta que invitas a todos los demás? –preguntó Tamsyn fingiendo indiferencia, mientras se servía una manzana de una frutera que había sobre la mesa y la lustraba frotándola en la falda.

–Bueno; a él no le gustaría venir –dijo Lucy, convencida.

–Tú dijiste que debías invitar a cierta gente que de todos modos no vendría.

–Ah, sí; pero ellos son diferentes. Lord Penhallan es una persona muy importante, y no esperaría ser invitado a una recepción modesta como ésta.

–Cien invitados no es una fiesta tan pequeña –mordió la manzana.– A mí me parece como que fuera a venir medio condado. Si lo invitaras, al menos no se ofendería. Yo siempre digo que es mejor prevenir que lamentar.

Lucy contempló la lista con el entrecejo fruncido.

–Tal vez alguien considere que es un desliz dejarlo fuera.

–Yo escribiré la invitación –dijo Tamsyn, al tiempo que acercaba a ella una hoja de papel, adoptando un aire práctico–. ¿Quieres que yo haga la segunda mitad de la lista y tú la de arriba?

¿Vendría él? Si tenía curiosidad acerca de ella, acudiría. Estaba segura de que él no había enviado a los gemelos para que la atacaran: ella sabía que ése era un acto demasiado torpe para una persona tan inteligente y malvada como su tío. Pero tampoco había sido casual. Los gemelos habían tomado los asuntos de su tío en sus sucias y torpes manos.

Tamsyn no tenía duda de que Cedric Penhallan sentía curiosidad por ella; no faltaría.

La invitación llegó junto con el desayuno de Cedric, a la mañana siguiente. La leyó dos veces, con una sonrisa curvando su boca carnosa. Era una escritura enérgica, cargada de tinta; no parecía una mano demasiado femenina. Por cierto, no era la escritura de Lucy Fortescue. De alguna manera, él supo que la había escrito la muchacha que él había visto en aquella escalera, la de los ojos de color violeta que montaba el caballo árabe blanco. Examinó la carta con cuidado buscando algún vínculo con Celia y, aunque no encontró ninguno, podía oler el desafío que despedía el pesado pergamino. La invitación era un movimiento de apertura.

¿Qué podría tener que ver Julian St. Simon en todo eso?

21

–Me pondré los rubíes el día de la fiesta –anunció Tamsyn, que estaba sentada, con las piernas cruzadas, en medio de la cama de Julian.

Como de costumbre, estaba desnuda y observaba con atención cómo él se desvestía.

–No, no te los pondrás –dijo el coronel, al tiempo que se inclinaba para salpicar su cara con agua de la jarra.

Tamsyn absorbió con avidez la imagen de las líneas nítidas de su espalda, las adorables y duras nalgas, los muslos largos y musculosos.

–¿Por qué no?

Cuando él se volvió, ella perdió todo interés en la respuesta y saltó de la cama con un pequeño movimiento, como el de un cazador tras el rastro de un zorro...

–¿Por qué no puedo usar los rubíes? –preguntó ella bastante tiempo después–. Irían maravillosamente bien con el vestido que está haciéndome Josefa. Es de encaje de color plata, y se abre sobre una media enagua de seda color crema, con una breve cola. No tengo la más remota idea de qué haré con la cola: se me engancha en los pies de un modo espantoso. Lo más probable es que tropiece al bajar la escalera o me caiga de trasero en mitad de un baile.

Julian sopló para apartar un mechón de cabellos platinados que le hacían cosquillas en la nariz.

–No lo creo, ranúnculo. Tienes un talento natural para bailar.

–Es por mi sangre española –dijo ella–. Tendrías que haberme visto bailar en una fiesta, haciendo remolinear la falda, tocando castañuelas y mostrando mucho las piernas.

–Muy apropiado para una pequeña recepción en una soñolienta aldea de Cornwall –comentó él.

Tamsyn se preguntó si él sabría la envergadura que tendría la fiesta. No manifestaba el menor interés por los detalles.

–De todos modos –dijo él, volviendo al tema original–. No puedes llevar rubíes porque las jóvenes solieras sólo usan perlas, turquesas, granates o topacios. Cualquier otra piedra más importante sería considerada vulgar.

–¡Qué pesado!

–Mucho –admitió él–. Otra cosa que debes recordar es que las muchachas ingenuas como tú no se hacen notar de ninguna manera. No debes salir a bailar hasta que tu compañero te haya sido debidamente presentado, y sólo puedes bailar una vez con cada uno. Cuando no estés bailando, tendrás que estar sentada junto a la pared, con las carabinas.

–No estarás hablando en serio.

Tamsyn Se incorporó sobre el pecho de él y lo miró a la luz escasa que entraba desde detrás de las cortinas del dosel.

–Nunca he hablado más en serio –dijo él, sonriendo al ver su expresión consternada–. Recuerda que ése es el papel que tú quieres desempeñar.

–Y tú disfrutas echándomelo en cara, ¿no es así?

Lo miró con severidad, pero sus ojos aún brillaban por los efectos del amor.

–Puede ser –dijo él, sin dejar de sonreír–. Sin embargo, puedes bailar conmigo más de una vez, puesto que yo soy tu tutor... ah; también sería aceptable que bailaras algunas veces con Gareth.

–Gracias. Es una idea tentadora –se dejó caer otra vez a su lado–. Oh, quise decir que... –se incorporó otra vez–. No sé cuánto te costará todo esto pero, ya que forma parte de mi plan para debutar, tengo intenciones de pagarlo. Por lo tanto, si me presentaras una cuenta...

–Creo que con un rubí podríamos cubrirla –dijo él; como al descuido.

De pronto, se le cerró la garganta al recordar la cueva de Aladino, en Elvas, cuando ella le había ofrecido su tesoro y él la había entendido mal y ella había enloquecido de furia al creer que ella quería pagarle como si hubiese sido un lacayo contratado. Lo que ella estaba ofreciéndole, en cambio, eran los gloriosos tesoros de su cuerpo y su maravillosa imaginación.

–¿Qué pasa? –preguntó ella al ver la tensión de su semblante, la mandíbula rígida, siendo que un instante antes él había estado riendo, sus ojos cargados de placer sensual, su expresión blanda y divertida por el modo en que ella le hacía el amor.

El no le respondió y se limitó a atraerla de nuevo hacia sí y a acostarla debajo de él. Tamsyn seguía intrigada por ese extraño cambio en él, por la rudeza con que su cuerpo abordaba el de ella, el apremio de este deseo súbitamente reencendido. Pero se dejó llevar por su pasión, adaptó los contornos de su cuerpo a ese duro cuerpo que tenía encima, lo recibió dentro de sí, se perdió al ritmo del cuerpo de él, porque las semanas pasaban raudas y Cedric Penhallan se acercaba a su red... y pronto todo acabaría.

–¡Dios mío! –murmuró Tamsyn el sábado siguiente, al verse en el espejo de cuerpo entero.

Si bien ya se había acostumbrado a verse con vestido, los ligeros cambrays y muselinas que había usado hasta entonces no la habían preparado para esta imagen. El vestido le dejaba los hombros y los brazos al desnudo, y tenía un profundo escote, que revelaba la prominencia de sus pequeños pechos y el valle que había entre ellos.

Pocas veces dedicaba más que un pensamiento fugaz a su cuerpo y se sentía tan a gusto desnuda como vestida, pero atraer la atención de los demás hacia determinadas zonas de su anatomía se le antojaba casi indecente. Recordó la descripción que le había hecho Cecile de algunos vestidos que había usado en su época de debutante, de escote tan profundo que apenas le cubría los pezones. También recordó cómo se había reído –

Cecile, con una luz maliciosa en sus ojos, cuando le demostró cómo había usado su abanico para atraer la atención hacia su busto dando la impresión, al mismo tiempo, de que lo cubría modestamente.

Tamsyn tragó saliva para disolver el nudo que tenía en la garganta y giró hacia Josefa.

–¿Qué opinas, Josefa? ¿Me parezco a Cecile?

Los brillantes ojos negros de Josefa recorrieron de arriba abajo la esbelta figura.

–Como una gota de agua a otra, queridita –declaró, y se le empañaron los ojos.

Luego, sonrió y se atareó alisando la falda y acomodando la cola.

Alguien llamó a la puerta.

–¿Puedo entrar? –Lucy asomó su cabeza–. ¡Oh, Tamsyn! –exclamó, entrando del todo en el cuarto–. ¡Qué hermosa estás!

–No digas eso –replicó ésta, ruborizándose–. Soy demasiado delgada, tengo la piel bronceada, y mi pelo está más corto de lo que se usa.

–No –dijo Lucy negando con la cabeza–. Estás muy equivocada. Tienes un aspecto maravilloso. Diferente... pero encantador –giró para examinarse con ojo crítico en el espejo–. Hasta hace un minuto, este vestido me gustaba pero ahora, comparado con el tuyo, me parece deslucido y aburrido.

–¡Qué tontería! –dijo Tamsyn, riendo–. Estás buscando cumplidos. ¡Qué vergüenza!, Lucy.

Lucy se echó a reír, un poco avergonzada, y se tocó un tirabuzón para acomodarlo en su lugar. Sabía que las dos estaban bellas y elegantes. Sin embargo, observando la imagen de Tamsyn en–el espejo, se le ocurrió que el aspecto de ésta cortaba el aliento.., tal vez porque era tan insólita.

–Bueno; si estás lista, bajemos. Estoy segura de que Julian y Gareth ya están abajo.

–Ve tú –dijo Tamsyn, sintiendo de pronto que necesitaba ordenar sus pensamientos–. Yo bajaré en unos minutos.

Lucy titubeó un instante, pero luego se fue tras hacer un movimiento de sus redondos y pálidos hombros.

Tamsyn fue hasta la ventana, corrió la cortina y miró por ella, más allá del prado, hacia el mar. Era una deliciosa noche de verano, con una luna en cuarto creciente que aún estaba baja sobre el horizonte y ya se veía las primeras estrellas en el cielo que comenzaba a oscurecer.

Una vez, Cecile le había descrito su vestido preferido. Era uno de encaje de color plata con seda color crema. Esa noche, su hija se presentaría ante Cedric Penhallan con los mismos colores. Claro que había una enorme diferencia entre el estilo de un vestido al del otro. Mientras que el de Cecile había tenido una sobrefalda lateral y un corpiño ceñido, el de su hija era estrecho y se pegaba a su cuerpo con la sutileza de una tela de araña. En cambio, sus ojos violáceos eran tan luminosos como los de su madre, y resplandecían en contraste con el brillo tenue del vestido. Su cabello tenía el mismo matiz bruñido, y su figura era flexible y esbelta.

¿Vería Cedric Penhallan a su hermana?

Se tocó el medallón que llevaba al cuello, como tomando fuerza y decisión de las imágenes de Cecile y el barón, que sonreían enmarcados en la delicada filigrana de plata. A continuación, se encaminó hacia la puerta con paso vigoroso, sintiendo correr por sus venas la energía de su propósito.

Julian estaba en el vestíbulo, esperándola al pie de la escalera, un tanto impaciente ya. Los primeros invitados llegarían en cualquier momento, y él quería cerciorarse de que Tamsyn no hubiese cometido ningún error grave, como llenarse de rubíes y diamantes.

La vio en la penumbra de la parte superior de la escalera y la llamó:

–De prisa, Tamsyn, la gente empezará a llegar en cualquier momento.

Ella bajó corriendo la escalera hacia él con su acostumbrada vitalidad, sujetándose con una mano la falda, su media cola arrastrándose tras ella.

–Lo siento. No quise hacerte esperar –bajó el último peldaño de un salto y le dirigió una sonrisa, ladeando la cabeza en su imitación de un petirrojo–. Y bien, ¿qué opina usted, milord coronel? ¿Pasaré la prueba?

–¡Buen Dios! –musitó él.

–¿Hay algo que esté mal? –preguntó ella, y su sonrisa vaciló.

–Sí –dijo él–. Las damas no bajan corriendo la escalera como si las persiguieran los demonios. Sube y vuelve a hacerlo como es debido.

–¡Oh, está bien!

Con un exagerado suspiro, Tamsyn recogió la falda y subió a toda prisa la escalera. Al llegar arriba se detuvo, giró, apoyó una mano en la baranda, y bajó flotando graciosamente por la curva escalera hacia el vestíbulo.

Julian tenía una mano apoyada en el poste y un pie en el primer peldaño; la contemplaba con expresión crítica que disimulaba la turbación de sus sentidos. El exquisito vestido no ocultaba en absoluto las hondas corrientes de sensualidad que fluían de ella, resplandecían en sus ojos y se traslucían a través de su piel. Los colores claros y la delicadeza de la tela no hacían más que acentuar su palpitante vibración. Él hubiera querido tomarla en sus brazos, hundir sus labios en la delicada curva donde se unían el cuello y el hombro, inhalar la dulce mezcla de fragancias que exhalaba su cuerpo, pasar sus dedos por entre los cabellos relucientes que se adherían al cráneo pequeño y bien formado.

Hubiera querido poseerla. Sostenerla en sus brazos, sentirse seguro sabiéndose con derecho a esa posesión. Hubiera querido proclamar al mundo su posesión.

Le tomó la mano cuando ella llegó junto a él y se la llevó a los labios a modo de formal saludo.

–Mientras dure la velada, trata de recordar que no debes retozar como una potranca.

Entonces, le soltó la mano y se volvió hacia la sala Tamsyn se mordió el labio. Si bien no había esperado grandes cumplidos, le habría gustado algo que no fuese la lección de un maestro de escuela.

En las dos horas que siguieron, a medida que la casa se llenaba con una multitud risueña y conversadora, Julian la observó. Ella estaba al lado de Lucy, en el último peldaño de la escalinata, quien daba la bienvenida a los invitados y presentaba a Tamsyn. Notó, y aprobó contra su voluntad, que ella hablaba inglés con fluidez, pero adoptaba un exagerado acento español que aumentaba su apariencia exótica y extranjera. Vio que los hombres jóvenes se reunían en torno de ella riendo estrepitosamente todas sus agudezas verbales, contemplando con arrebatada admiración su rostro radiante. Y los hombres mayores, aprovechándose de la licencia que les daba la edad, le tocaban el brazo y le palmeaban la mano, y ella les sonreía y coqueteaba con un encanto inocente que sin duda los fascinaba.

Julian pensó que estaba realizando un desempeño asombroso. Nadie que la mirase en ese momento creería que había sido la feroz, delgada guerrera que él había conocido ni la furia indomable de Badajoz, ni la

agotada, ennegrecida muchacha de la pólvora en la cubierta de la *Isabelle*. Se le ocurrió pensar que todos esos personajes eran suyos, y en el torbellino de su confusión, sintió una abrumadora oleada de nostalgia. Esta consumada actriz pertenecía al salón. Ella estaba desempeñando un papel y sólo él lo sabía.

Pero la Tamsyn esencial sólo le pertenecía a él. Y él sintió ganas de precipitarse hacia ella, arrebatarla del medio de ese círculo de jóvenes hechizados y anunciar su posesión al mundo.

Locura. Una locura total. Él estaba tan seducido por su actuación como el resto de los presentes. Sabía qué era ella: una bandolera mestiza, sin escrúpulos en el alma ni reglas éticas en el cuerpo.

–Una semejanza asombrosa, ¿no es así? –dijo una voz trémula junto a él.

Salió bruscamente de su ensoñación y, al volverse con una sonrisa amable, se encontró con una anciana dama, doblada sobre un bastón con puño de plata.

–Lady Gunston, ¿cómo está usted?

–Joven; esa pregunta no se responde cuando se tiene noventa y seis años –dijo ella con una carcajada como un cloqueo–. Ayúdame a sentarme y consígueme un vaso de sangría; no sé dónde se habrá metido esa tonta.

Con una sonrisa, Julian se apresuró a obedecer. Letitia Gunston era una institución local. Jamás rechazaba una invitación, y su sufrida acompañanta, casi tan anciana como ella, soportaba la ronda social casi con la misma fortaleza con que toleraba las constantes y amargas quejas de su empleadora.

–Aquí tiene, señora –le entregó la sangría y se sentó junto a ella–. Le añadí un poco más de vino, como a usted le gusta.

Lady Gunston cloqueó otra vez y bebió un sorbo de la dulce mezcla de vino, agua y nuez moscada.

–Las he probado peores –aprobó con un cabeceo y dejó vagar sus ojos nublados por las cataratas alrededor del salón–. Una semejanza asombrosa, ¿no cree?

–¿Quién, señora?

Se inclinó hacia ella para captar la voz tenue de la anciana.

–Aquella chica –señaló con el bastón hacia el otro lado del salón–. No la había visto antes. Pero es la viva imagen de Celia.

–No le entiendo, señora.

Julian sintió que su sangre circulaba con más lentitud.

Ella giró hacia él.

–Claro que no. Celia murió cuando usted todavía andaba de chaqueta corta, supongo. Era una muchacha adorable, pero quizá demasiado vivaz para ser correcta. Nunca se sabía qué haría en el minuto siguiente.

Rió, tosió con fuerza y bebió otro generoso trago de sangría.

–¿Celia qué, señora?

Se quedó frío y lo recorrió la sensación de tener su cuerpo en suspenso, pendiente de la información que él sabía que esperaba... la información que daría término a su aventura con una bandolera.

–Penhallan, por supuesto. Celia Penhallan, era. Murió en Escocia, de alguna fiebre –lady Gunston afirmó con su cabeza y miró hacia el otro lado del salón, donde Tamsyn estaba bailando con cierto vástago de la nobleza local–. El pelo es la cuestión –dijo, pensativa, y bajó la voz hasta el punto que Julian tuvo que acercarse más para oír sus palabras–. Jamás había visto antes ese color. Tampoco puedo verle los ojos.

–Son de color violeta –dijo Julian, con la impresión de que su voz llegaba desde muy lejos.

–Ah, sí; así deben de ser –la vieja sonrió, desdentada y complacida consigo misma–. Celia tenía ojos violeta –de repente, sacudió la cabeza y dijo–: Busque a la tonta de mi acompañanta, joven. Es hora de que vuelva a mi casa.

Julian fue a buscar a la señorita Winston. Sentía como si estuviese moviéndose en un vacío, con su mente paralizada. Acompañó a la anciana hasta su anticuado carruaje. El lacayo de librea la alzó en brazos, casi, hasta el interior, y la pequeña señorita Winston quedó aplastada bajo una brazada de capas y bolsos de mano, forcejeando por subir tras ella. El cochero se tocó el sombrero ladeado, hizo restallar el látigo, y el pesado vehículo arrancó hacia adelante por el camino de grava.

Julian se quedó en la entrada, oyendo los sones de la música, las voces amortiguadas, y ocasionales estallidos de risa que llegaban de los salones hasta él. Lucy se había superado a sí misma, pensó, vagamente. Si ésa era la noción que tenía de una pequeña recepción, él no quería imaginarse qué haría con un baile como era debido.

Celia Penhallan. Cecile. ¿Cómo se habría convertido Celia Penhallan en Cecile, la compañera de un barón ladrón? ¿Cómo se conjugaban una muerte en Escocia con un rapto en los Pirineos?

Era de suponer que Cedric Penhallan sabía la respuesta.

Echó a andar por el sendero y giró en la esquina de la casa, enfilando hacia la oscura soledad del huerto. Por un rato, su ausencia en el interior no sería notada, y él no podía enfrentar la reanudación de las banalidades sociales, las sonrisas fatuas, la charla intrascendente. Antes, necesitaba aclararse.

La sangre de los Penhallan corría por las venas de ella. La sangre azul de una de las más grandes familias del país. Era sangre mala. Manchada con la implacable ambición del vizconde y la maldad y los vicios de los gemelos.

¡Dios del Cielo! Por esas delicadas venas azules que se veían tan claramente a través de la piel blanca de sus muñecas corría la sangre de un delincuente, mezclada con la de un tirano. Recordó el modo en que ella se plantaba sobre sus pies, la inclinación arrogante de su cabeza, el modo en que le chisporroteaban los ojos cuando era desafiada, la línea de su boca si creía que las cosas no funcionaban como ella quería. Todos ellos rasgos de los Penhallan. Y la inflexible determinación, la ciega persecución de sus metas, el modo en que barría todos los obstáculos de su camino.

Pero Cedric Penhallan jamás la reconocería, aunque sus derechos estuviesen fundidos en hierro. No sólo su orgullo personal le impediría reconocer un vínculo con una criatura como ésa, de procedencia inaceptable, dado que si reconociera su parentesco, tendría que explicar públicamente que la muerte, el entierro y el ceremonioso duelo por su hermana habían sido un fraude. En nombre del cielo, ¿por qué habría pergeñado él esa comedia? Para evitar un escándalo, si conocía bien a Cedric. Tal vez Cecile... Celia... huyera de su hogar. Ella habría ido a España para escapar del largo brazo de su hermano, y Cedric habría ideado una explicación que conformara a todos. Todo encajaba.

Julian creyó que le explotaría la cabeza. Odiaba a los Penhallan y a todo lo relacionado con ellos. Hacía veinte años, Cedric había manipulado quienes le rodeaban persiguiendo sus propios objetivos, y Tamsyn era el producto imprevisto de esa manipulación.

Y ese producto imprevisto estaba comenzando a causar estragos en su visión del mundo y en sus ideas preconcebidas con respecto al futuro de lord St. Simon de Tregarthan. Gracias a cierto giro perverso de los acontecimientos, él estaba atrapado en una red tejida por los Penhallan, y aquella antigua manipulación tenía ahora injerencia en su vida.

Veía todo con claridad; aun así, no podía aclarar su actual torbellino. Era inconcebible una vida junto a Tamsyn; sin embargo, no podía concebir el pensamiento de dejarla. No podía imaginar cómo sería la vida sin ella.

¿Debería decir a Tamsyn qué había descubierto? ¿Le serviría para algo saberlo? Cedric Penhallan se reiría en su cara, destruyendo ese sueño de descubrir a una familia que compensara la pérdida de la suya.

Mientras Julian caminaba por el huerto, Cedric Penhallan cubría el trayecto hasta Tregarthan. Llegaba tarde adrede; su anfitriona había abandonado su puesto a la entrada mucho antes de que él llegase.

Se detuvo ante las puertas dobles abiertas del salón principal, atestado de mujeres vestidas de colores vivos, como otras tantas mariposas, y sus acompañantes, ataviados de colores más sombríos. Los músicos estaban tocando un vals; muy pronto él vio a la hija de Celia, girando con gracia entre los brazos de un joven enfundado en una chaqueta militar de color escarlata.

Cedric permaneció de pie en la puerta, clavando la mirada en la esbelta figura. Recordó que Celia había usado los colores que llevaba la joven. Y ella también bailaba con gracia y vivacidad.

–Lord Penhallan, qué honor.

Lucy cruzó de prisa el salón hacia su encuentro y lo saludó agitada y temerosa. Sus ojos buscaron a Julian, quien tendría que estar presente para recibir a tan importante invitado, pero no lo veía por ninguna parte. Hizo una reverencia y estrechó la mano del vizconde.

–¿Me permite alcanzarle una copa de vino...? Oh, Gareth –vio con alivio que su esposo estaba a dos pasos de ella–. Gareth, éste es lord Penhallan.

Gareth también buscó con la vista a su cuñado. El no se sentía en absoluto competente para tratar con un hombre que se movía en los círculos más encumbrados, fuera de su órbita, que lo miraba con expresión burlona por debajo de sus hirsutas cejas grises. Sin embargo, haciendo gala de hombría buscó un tema apropiado de conversación y preguntó a su señoría por sus tierras.

Tamsyn había sentido la llegada de su tío, también sentía su mirada sobre ella. Cuando la música terminó, ella sonrió a su acompañante y se excusó, rechazando su ansioso ofrecimiento de acompañarla a! comedor.

Atravesó con presteza el salón, y la mirada de Cedric se encontró con la suya cuando ella se acercaba.

–¡Oh! –exclamó Lucy, aliviada por el desvío–. Permíteme presentarte a lord Penhallan, Tamsyn. Vizconde; ella es la pupila de mi hermano, la señorita Barón. Ha venido desde España para vivir con nosotros, el duque…

–Si, he oído la historia –interrumpió con grosería el vizconde–. Todos la conocen por aquí.

–Por supuesto, qué tonta soy –murmuró Lucy, sonrojándose.

Cedric hizo un ademán como para quitar importancia al tema y dijo:

–Cómo está usted, señorita Baron?

–Bien, gracias, *señor*. –ella sonrió con dulzura y se inclinó–. Es un honor conocerlo. –su mano tocó el medallón que llevaba al cuello y dijo–: Le ruego me disculpe, he prometido esta pieza y veo que mi compañero está esperándome.

Se alejó sin mirar atrás, pero se le erizó el cabello en la nuca sintiendo los ojos del vizconde en su espalda; la fuerza de esa mirada especulativa y amenazadora la sacudió.

Lord Penhallan la observó un instante y luego dijo, interrumpiendo el complicado relato de Gareth de una carrera que había visto en Newmarket:

–Buenas noches, lady Fortescue.

Su voluminosa humanidad giró con sorprendente agilidad y se marchó.

–¡Bueno! –exclamó Lucy, indignada–. ¡Qué hombre desagradable! ¿Cómo puede ser tan grosero? ¿Para qué ha venido si pensaba irse un minuto después de haber llegado?

–Imposible saberlo –dijo Gareth–. Los Penhallan son altaneros... creen que son muy superiores a todos los demás.

–No son más que un St. Simon –repuso Lucy, irguiéndose en toda su estatura–. Los St. Simon son tan importantes como los Penhallan según la apreciación de cualquiera.

–Sí, yo diría que sí –dijo Gareth, tratando de calmarla–. Pero lord Penhallan es muy poderoso en el gobierno. Se dice que el primer ministro jamás hace nada sin su aprobación.

–Pues, a mí me parece detestable. Gracias a Dios, se ha marchado.

Tras lo cual, Lucy se fue a comprobar que las mesas del comedor estuvieran debidamente abastecidas.

Julian entró en la casa por una puerta lateral; debido a eso, se perdió la breve visita del vizconde de Penhallan. Echó un vistazo por el salón. La concurrencia era algo menor pero Tamsyn aún estaba bailando. Atravesó el salón y tocó con levedad el hombro de su compañero.

–Perdóneme, pero me gustaría reclamar mi privilegio de tutor, Jamie.

El joven se apartó haciendo un brusco cabeceo y fue, desconsolado, a apoyarse en la pared.

–¿Te diviertes?

–Oh, sí –dijo Tamsyn, aunque con aire distraído, y él percibió la tensión que transmitía su cuerpo mientras giraban por la pista.

Había un brillo casi febril en los ojos de la joven, y su piel estaba acalorada.

–¿Cuánto vino has bebido? –preguntó él, guiándola fuera de la pista.

–Sólo una copa.

–Entonces, debe de ser la excitación.

Él tomó su pañuelo y, sonriendo le enjugó la frente húmeda.

–Es mi primera fiesta desde que tenía siete años –dijo, también sonriendo, aunque el intento burlón carecía de convicción.

–Mañana por la mañana me marcharé a Londres –anunció ¿1 de golpe; en ese momento comprendió que acababa de decidir lo que debía hacer.

–¿Ah, sí? –ella lo miró; su consternación era evidente como una clarinada–. ¿Por qué?

–Porque tengo que ocuparme de la tarea que me encomendó Wellington.

–Pero no irías hasta dentro de dos semanas –ella se mordió el labio inferior y frunció el entrecejo–. ¿Por qué tan repentinamente, Julian?

En los ojos de él había una expresión que la llenó de temor. Parecía un hombre a punto de saltar desde un acantilado.

Él no respondió de inmediato y la condujo hacia el profundo hueco de una ventana, luego habló en voz baja y grave:

–Ven conmigo a España, Tamsyn.

Fuera lo que fuese lo que ella esperaba, no era eso.

–¿Ahora?

–Sí –le apartó un mechón de pelo de la frente–. Vuelve ahora conmigo e iremos juntos de campaña. Y estaremos juntos y disfrutaremos uno del otro hasta que esto acabe.

"Hasta que esto acabe." La rotundidad de la expresión y la mente cerrada del hombre que no podía forjar un futuro con la mujer que lo amaba porque ella no se ajustaba al molde correcto le oprimieron el corazón.

–Pero no he terminado lo que yo vine a hacer –dijo ella en voz baja.

–En realidad es tan importante para ti, Tamsyn ¿Qué clase de vida tendrías en Inglaterra, aun en el caso de que hallaras a la familia de tu madre y los convencieras de que te aceptaran? No es bueno para ti; tú lo sabes –señaló con un ademán el salón que comenzaba a vaciarse los músicos seguían tocando, aunque con menos bríos–. Volvamos a España. Allá podremos estar juntos de un modo que aquí sería imposible.

–¿Acaso te importo? –preguntó ella.

Su voz era débil y su rostro estaba tan pálido como antes había estado sonrojado.

–Sabes que sí –respondió él, tocándole los labios con un dedo–. Por eso te lo pido.

–¿Pero no tendremos un futuro común? ¿Un futuro real?

El silencio de Julian fue una respuesta elocuente.

–Me imagino que no –dijo ella con voz apagada, respondiendo a su propia pregunta–. Un St. Simon jamás podría tener un futuro con una bandolera mestiza. Eso lo sé.

Trató de sonreír, pero le temblaron los labios.

–Eso suena muy duro –dijo él, impotente.

–La verdad suele serlo –Tamsyn retrocedió un paso, sus ojos se enfocaron, y la cólera y el orgullo acudieron en su ayuda, evaporando las lágrimas. Ella no permitiría que este hombre la juzgara inferior, que decidiera que no era bastante buena para él. La hija de El Barón y de Cecile Penhallan no tenía necesidad de rebajarse para apaciguar a un St. Simon y suplicarle–. No, no puedo volver contigo. Haré lo que he venido a hacer aquí. Pero te libero del contrato, milord coronel, dado que tú ya no sabes cómo honrarlo.

En ese momento, ella era una pura Penhallan, fría y arrogante; él tuvo que contener su arrebato de rabia ante su insolencia.

Hizo una rígida reverencia.

–Por supuesto, puedes permanecer en Tregarthan todo el tiempo que desees. Estoy seguro de que Lucy seguirá patrocinándote. Creo que llegarás a la conclusión de que ella es mucho más apropiada que yo en ese aspecto.

¡Apropiada! ¿Qué tendría eso que ver con todo lo demás? Ella giró y le dio la espalda, luego hizo un conciso gesto de despedida, con su boca tensa, su mandíbula apretada.

–Le deseo un viaje bueno y rápido, coronel.

Él se quedó allí, en la ventana, y ella se alejó por el salón ya casi desierto y salió. Julian maldijo en silencio su propia estupidez por haber hecho una propuesta pese a saber que ella no podría aceptarla. En parte, lo había hecho por sí mismo pero también por ella, en un intento desesperado por impedir que

descubriese quién era, y evitarle el dolor inevitable que eso le causaría cuando Cedric Penhallan se riese de ella.

Pero ya estaba hecho; él no esperaría a que amaneciera para partir hacia Londres. Si saliera antes del alba, llegaría a Bodmin a tiempo para desayunar y podría cruzar el páramo con luz de día.

Tamsyn subió a su habitación de la torre sin hablar con nadie. Josefa estaba aguardándola, dormitando en una silla baja, junto al fuego. Al ver entrar a su niña, se levantó de un salto, desbordando de ansiosas preguntas, pero su ansiedad se convirtió en una exclamación de inquietud al ver el semblante de la muchacha.

–Esta noche no quiero hablar de ello –dijo Tamsyn–. Ve a acostarte; mañana por la mañana hablaremos los tres.

Josefa se fue, contra su voluntad, aunque conocía ese tono: se lo había oído usar a menudo al barón; no invitaba a la discusión.

Tamsyn se estremeció cuando una ráfaga de viento entró por la ventana abierta. Oyó el batir de la rompiente en la playa y sintió que el viento arreciaba. Se rodeó el pecho con los brazos y fue hasta la ventana. Las nubes tapaban la luna en una franja cada vez más densa y la suave brisa marina se había convertido, de pronto, en un viento frío y húmedo. Aparentemente, la gloria veraniega se había quebrado.

Oyó voces que provenían del sendero donde acudían los carruajes, llevándose a los últimos invitados, que se daban prisa antes de que el clima cambiara.

Más tarde, Tamsyn no sabía cuánto tiempo había permanecido ante la ventana, viendo juntarse las nubes de tormenta, sintiendo como el viento iba tomándose más penetrante y hacía retemblar los cristales de la ventana abierta y arremolinarse las cortinas alrededor de su silueta inmóvil. Las primeras gotas de lluvia la arrancaron de su ensoñación. Cerró la ventana, corrió las cortinas y, dejando afuera la noche hostil, se desvistió mientras su mente funcionaba a un ritmo furioso, tras haber salido de la parálisis provocada por el choque.

No había esperado que Julian diera todo por terminado con tanta brusquedad. Si no hubiese ocurrido tan cerca de su encuentro con Cedric, estaba segura de que podría haber respondido de otra manera. Pero había estado demasiado absorta en el encuentro que había iniciado el juego de venganza, y no fue capaz de pensar con claridad, ni responder con inteligencia a nada ajeno a su preocupación inmediata. Cedric sabía quién era ella: había leído claramente el reconocimiento en su mirada, y lo había visto recoger el guante que ella había arrojado a sus pies. Hubiese querido jugar un poco con él, dejar que viese cómo ella se movía cómodamente en sociedad, que se preguntara qué pretendía ella, que pensara en su historia. Y Julian había irrumpido en su excitación, dejando caer una bomba en su plan tan bien trazado, haciéndolo añicos. Por eso, en lugar de analizar su propuesta, reflexionando sobre el modo de estar más unidos, ella sólo había oído las palabras y reaccionado a ellas con ciega emoción. Y las emociones ciegas eran un lujo que no podía permitirse. No entraban en sus planes de venganza, ni tampoco en los de amor.

Se metió en la cama y se cubrió con las mantas hasta el mentón.

Si Julian regresaba a España, ella se marcharía con él. Media hogaza era mejor que ninguna, y media hogaza podría crecer.

Se volvió, apagó la vela y permaneció tendida en la oscuridad, escuchando la lluvia que tamborileaba con fuerza en la ventana. El fragor de la rompiente se podía distinguir claramente por encima del ruido de la lluvia; la noche se volvió más salvaje aun.

Ella lo amaba, lo amaba como Cecile había amado al barón. El único amor de su vida... un amor para toda la vida. Y si él sólo podía ofrecerle la mitad de si mismo, ella se conformaría con eso, por ahora. Pero tenía que decírselo. Y luego, enfrentaría a Cedric. Sin embargo, a la luz de este nuevo plan, ¿cómo lo haría?

Por la mañana hallaría una respuesta. En cuanto hubiese descansado y recuperado la calma, diría a Julian que había cambiado de idea.

La tormenta recrudeció poco antes del alba; en ese clima húmedo y frío, Julian montó a Soult, con su maleta sujeta a la silla, en el anca. El cielo era de un gris plomizo, el mar oscuro, los prados empapados, la grava de los arriates salpicada de charcos. Miró hacia la torre del este, a la ventana rodeada de hiedra que miraba al sendero. Luego, se volvió hacia el norte y espoleó a su caballo.

Tamsyn, con los ojos hundidos tras una noche sin sueño, estaba detrás de la ventana y miraba la mañana lluviosa y oscura cuando Julian se marchó. ¿Tan pronto? ¿Cómo podía ser tan malvado de no saber que ella cambiaría de opinión en cuanto se hubiera calmado?

Se puso en movimiento como un huracán, corrió fuera de su cuarto, bajó la escalera del fondo, salió al patio del establo y subió la escalera hasta la habitación de Josefa y Gabriel.

–Ah, pequeña, tranquila –dijo Gabriel, saltando de la cama al verla entrar, con ojos azorados–. Cuéntame.

La rodeó con sus brazos y la estrechó contra su pecho de tonel con tanta fuerza que ella no habría podido hablar aunque hubiese querido.

Por fin, pudo contarles lo sucedido.

–Tengo que ir tras él –dijo con sencillez, sentándose en el extremo de la cama y retorciendo las manos en su regazo–. Lo amo... es lo mismo que con Cecile y El Barón, algo que no puedo remediar. Me duele.

Los miró de hito en hito. Los ojos de Josefa eran brillantes y perspicaces, y Gabriel, por su parte, se tironeó del mentón. Luego, cabeceó lentamente.

–En ese caso, será mejor que nos pongamos en marcha. Josefa se quedará aquí. No le gusta andar al galope por el campo, montada detrás de mí.

Echó una mirada a la mujer, que confirmó flemáticamente su comentario. No sería la primera vez que ella lo esperase mientras ellos se marchaban para participar en alguna campaña.

–Le diré a Lucy que tenemos que resolver un asunto de vital importancia en Penzance, y que regresaremos dentro de una semana o dos.

–¿Eso significa que volverás por los Penhallan?

Tamsyn lo miró, impotente y desconcertada.

–Sí, debo hacerlo. Se lo prometí al barón... y a Cecile... en mi pensamiento. Pero ya no lo sé, Gabriel. No sé qué pasará.

–Bueno; no te angusties, pequeña. Lo que pueda ser, será –dijo, sereno–. Tendría que ir a pedir a la señorita Lucy la dirección de la casa del coronel en Londres. Convendrá que sepamos dónde encontrarlo.

Tamsyn le arrojó tos brazos al cuello.

–¿Qué haría yo sin ti... sin vosotros dos?

Llorosa, abrazó a Josefa que había estado vistiéndose desde su llegada, sin perder la calma.

–Tenemos que poner algo de ropa en una maleta–dijo la mujer, palmeándole la espalda–. No es correcto hacer un viaje así sin llevar unos calzones limpios.

–No, Josefa –dijo Tamsyn, sumisa, dejándose conducir fuera de la habitación, al exterior húmedo, y oyendo tras ella la risa sofocada y tranquilizadora de Gabriel.

22

La casa de Audley Square tenía un pequeño jardín en el fondo, al que se llegaba por un portal abierto a un callejón. Lucy había dicho que el estudio de su hermano daba al jardín.

Al anochecer, Tamsyn estaba sentada en el jardín cercado, en el centro de Audley Square y esperaba a que Gabriel volviese de su excursión de reconocimiento. Sentía un grato cansancio después de haber estado cabalgando durante cinco días, más de ochenta kilómetros por jornada. Ya sus caballos estaban instalados en el establo de una posada para cocheros cerca de Charing Cross donde, además, Gabriel se quedaría a pernoctar mientras Tamsyn sorprendía al coronel.

Ella esperaba que fuese una sorpresa placentera.

Claro que podía ir hasta la puerta principal y golpear el llamador, pero se le había antojado hacer algo más dramático, más en consonancia con la repentina partida de Julian.

Cuando el ruido del portón le hizo saltar, supo que estaba muy nerviosa: tan aprensiva como si el hombre al que pensaba sorprender fuese un extraño cuyas reacciones no pudiera predecir, en lugar del hombre cuya vida había compartido los últimos cuatro meses.

Las botas de Gabriel hicieron crujir la grava del sendero que serpenteaba entre setos de ligustro por el medio del jardín, donde Tamsyn estaba sentada sobre un banco de piedra.

–Bueno, es bastante simple –dijo él sin preámbulos, sentándose al lado de ella–. La entrada del callejón está cerrada con llave, pero podrás pasar por encima sin dificultad. El estudio del coronel tiene dos ventanas bajas; te resultará fácil encaramarte a una de ellas sin mi ayuda.

–No estarán abiertas, supongo.

–Podría ser. Si no lo están, tendrás que romper un cristal. Es fácil hacerlo con una piedra envuelta en un trapo. Se envuelve para que no haga demasiado ruido.

–A menos que el coronel esté en ese cuarto –reflexionó ella–. En ese caso, podría golpearle la ventana, simplemente.

–Debo dar por descontado que descartas la puerta –señaló Gabriel–. Sería mucho más sencillo.

Tamsyn sonrió:

–Más sencillo, pero mucho menos divertido.

–Sí; eso es verdad. Y también sería menos divertido a la luz del día.

–Sí –admitió ella–. Por eso; vayamos a cenar y volveremos cuando ya haya oscurecido por completo... a eso de las diez.

Comieron en un oscuro restaurante de Piccadilly que se especializaba en chuletas, y Tamsyn bebió varios vasos de cerveza fuerte, tratando de aquietar los pequeños demonios de ansiedad que bailoteaban en su estómago. No entendía por qué estaba tan nerviosa. Conocía a ese hombre; conocía su cuerpo casi tan bien como el propio. Sabía el significado de cada uno de sus gestos, cuando su boca se curvaba de determinada forma, cuando las expresivas cejas dorado rojizas se fruncían y sus párpados bajaban, lánguidos, ocultando a medias los intensos ojos azules.

Y conocía su cólera. Pero, ¿por qué habría de estar enfadado? Ella venía a decirle que había cambiado de idea, y que estaba dispuesta a volver con él a España... a aceptar la relación limitada que, según él, era lo único que podía ofrecerle.

Gabriel no habló mucho; prefirió concentrarse en sus chuletas de cordero y su vino aunque sus tranquilos ojos grises lo veían todo con perspicacia. No estaba muy convencido de lo atinado de esta empresa y, a decir verdad, deseaba que el coronel lord St. Simon se fuera al demonio. Tal vez Tamsyn hubiese llegado a la conclusión de que había hallado al amor de su vida pero él hubiese preferido que se conformara con alguien más fácil de manejar y mejor situado que este lord inglés tan desapegado.

Si no hubiese aparecido el lord inglés, Tamsyn habría conocido a un hombre semejante al barón, y todos vivirían tranquilos en las montañas, haciendo lo que sabían hacer.

"Y los cerdos podrían volar", pensó Gabriel con una sonrisa amarga.

–Hagámoslo de una vez, muchacha –él retiró su silla–. Estás haciéndote hilachas de tanto afligirte.

–No, no es así –replicó Tamsyn, aunque fue incapaz de ocultar el alivio que le proporcionaba el fin de la espera–. ¿Aguardarás en el callejón a que yo haya entrado en la casa?

–Aguardaré hasta que tú me avises que puedo irme a mi cama –aseguró él.

Caminaron, ágiles y silenciosos, otra vez hasta Audley Square. La casa de St. Simon estaba iluminada y colgaba una lámpara sobre la puerta principal.

–Tal vez tenga visitas –dijo Tamsyn, pensándolo por primera vez.

–Una vez que hayas entrado en la casa, podrás esperar a que se marchen –repuso Gabriel, con calma–. Si sólo está el personal mínimo, podrás eludirlos ya que, además cuentas con un buen plano de la casa.

–Sí.

Tamsyn metió la mano en el bolsillo de su pantalón. Lucy le había dicho que Julian mantenía un número reducido de criados que se ocupaban del cuidado de la casa pues rara vez la usaba. Para ella había sido muy fácil iniciar una conversación casual con respecto a la casa y, sin tener que insistir demasiado, Lucy había dibujado un plano de la planta de la casa para ilustrar su descripción. El papel crujió, tranquilizador, entre los dedos de Tamsyn. Si Julian no estaba solo o no estaba en la casa, ella podría encontrar el camino hasta la planta alta y el dormitorio de él.

El callejón estaba en silencio; sólo se oía el revolverse y el relinchar lejano de los caballos que se acomodaban para pernoctar. La noche estaba nublada, pero en una ventana redonda, que había en la parte alta del edificio del establo, donde vivía el jefe de las caballerizas, ardía una lámpara que arrojaba un charco de luz amarilla sobre los adoquines. Tamsyn y Gabriel se escurrieron sin ruido entre las sombras, y ella cubrió su cabeza con la caperuza de la capa oscura, que la envolvía apretadamente.

Tal como Gabriel esperaba, la puerta del jardín estaba cerrada.

–Arriba.

Alzó a Tamsyn sin inconvenientes y la pasó sobre la puerta.

Ella se agachó de inmediato y susurró desde el otro lado:

–En el estudio hay lámparas encendidas.

–Buena suerte –contestó Gabriel, con otro susurro, y se ocultó en la oscuridad.

Tamsyn caminó, agazapada, bordeando el seto del jardín delimitado por muros y, en una ocasión, su capa se enganchó en la espina de un rosal trepador. Se detuvo y, con gran trabajo, la desenganchó y se aplastó contra el muro, al lado del rosal. La luz que salía por las ventanas del estudio iluminaba los pulcros canteros de flores y una parte del prado; Tamsyn pensó que ojalá la sombra de la pared bastara para ocultarla por si alguien estuviese mirando desde una ventana de la planta alta.

Ya libre, corrió de nuevo hasta debajo de la ventana iluminada, y se aplastó contra el muro. La ventana estaba cerrada, pero las cortinas no. Se deslizó de costado hasta que pudo espiar dentro de la habitación. El corazón golpeaba en su pecho y le sudaban las manos; no sabía si era por los nervios o por la excitación.

Julian estaba sentado ante su escritorio, de espaldas. a la ventana. Estaba escribiendo y su pluma se deslizaba con fluidez sobre el pergamino. Ella lo contempló con el corazón en la garganta, vio que hacía una pausa, se apoyaba en el respaldo de la silla y se estiraba, arqueando el cuello; vio que volvía a mojar su pluma en el tintero y reanudaba la escritura. Tamsyn sintió que la sangre corría más rauda por sus venas mientras lo miraba absorta, imaginando su expresión cuando se volviese y la viera. Estaría encantado... por supuesto que sí.

Arañó la ventana y dio un paso atrás, hacia la oscuridad.

Julian estaba preparando el informe que presentaría al primer ministro el día siguiente por la mañana. Lord Liverpool le había pedido más información relacionada con la acción y las bajas en Ciudad Rodrigo y en Badajoz, para reforzar el pedido de más hombres y más dinero que formulaba el Par.

Al oír el primer arañazo, él miró hacia la ventana por encima del hombro, y pensó: "tal vez una rama que se mueve contra la ventana". Fatigado, se frotó los ojos. Estaba resultándole difícil concentrarse y no podía encontrar sentido a las palabras que escribía. Seguía oyendo la risa sensual de Tamsyn en su imaginación; su sonrisa maliciosa e incitante pendía, desencarnada, ante los ojos de su mente. Pensó que esas imágenes se desvanecerían con el tiempo. Cuando regresara a España, no tendría tiempo para pensar en ella. Pero, al mismo tiempo que lo pensaba, se dio cuenta de que en España sería aún más difícil olvidarla. Los

recuerdos serían dolorosos de tan vívidos en la tierra que había engendrado a tan extraordinaria criatura, con su sangre Penhallan y...

Con el entrecejo fruncido, se frotó la nuca y se la masajeó para aflojar un calambre; luego, decidido, reanudó la redacción del informe.

Se repitió el arañazo en la ventana, esta vez más insistente. Él lo ignoró. Entonces, se convirtió en un tamborileo, un rítmico tap–tap–tap. Él giró en su silla. No había nada en la ventana. Irritado, retiro su silla, fue hasta la ventana y la abrió de par en par. No había arbustos ni árboles tan cercanos como para tocar la ventana. Inspeccionó el jardín con la vista pero no vio nada.

Entonces, una voz inconfundible dijo, desde abajo:

–Buenas noches, milord coronel.

Bajó la vista hasta el nivel inferior del alféizar: los ojos de ella resplandecían, purpúreos, en el rostro pálido; la capucha había caído hacia atrás dejando el pelo platinado al descubierto, que relucía como un faro a la sombra de la pared.

–Empezaba a pensar que jamás te acercarías a la ventana –dijo ella, mientras él la miraba, estupefacto. Se volvió de espaldas, apoyó las manos en el ancho alféizar y saltó hacía arriba. Ya en la ventana, giró y le sonrió; si él no hubiese estado tan aturdido, habría percibido la ansiedad que disimulaba la sonrisa–. Qué, ¿estás mudo?

–¡Tú... tú, diablillo de Satán! –Julian recuperó el habla–. ¿Cómo cuernos llegaste aquí?

La tomó de la cintura por debajo de la capa, la sacó del alféizar de la ventana, la entró en la habitación y, en lugar de depositarla sobre sus pies, la sostuvo con tanta facilidad como si ella fuese una muñeca de trapo, abarcando la cintura de ella con sus grandes manos, manteniendo la cara de ella al nivel de la suya. La capa de Tamsyn cayó al suelo y dejó al descubierto los pantalones y la camisa de la bandida.

–Montando a César, por supuesto –dijo ella sonriendo.

–¡No bromees, muchacha!

La sacudió en el aire, y ella no supo si lo hacía porque estaba realmente furioso o sólo sorprendido. Fuera lo que fuese, no parecía alborozado de verla.

–Tuve que venir –explicó ella–. Tú te habías marchado sin una palabra...

–Tenía la impresión de que habíamos dicho todas las palabras necesarias –la interrumpió, cortante–. Habías dejado muy en claro...

–Sí, pero pasó que me tomaste por sorpresa –protestó ella, aún colgando de las manos de él–. ¿Cómo podía yo saber que te marcharías, simplemente, en mitad de la noche, sin echar una mirada atrás?

Probó de dar un puntapié en el aire tratando de que él la bajara pero no surtió ningún efecto.

–¿Ah, sí? –una de las cejas rubio rojizas se arqueó–. ¿De modo que esa conversación en el salón no fue más que una escaramuza de tanteo? Con esa condenada arrogancia que tienes, me dijiste que no querías saber nada más conmigo, ¿y se supone que debo interpretarlo como una invitación?

–No fue tan así –dijo ella, bajando la voz–. Tú fuiste quien dio fin a todo, no yo.

–Yo pensé que había propuesto precisamente lo contrario –replicó él en voz baja, con su mirada clavada en el rostro de ella.

De este modo no llegarían a ninguna parte. Él seguía sosteniéndola como si fuese un espantapájaros relleno de paja, y ella hubiese preferido condenarse antes que permitir que él le echara la culpa de todo cuando era claro como el día para cualquiera que tuviese los ojos abiertos que él era quien estaba causando dificultades. Él era quien no podía ver las cosas tal como eran.

–Tú hablas de mi arrogancia. ¡Bueno, te diré, coronel, que eres obstinado, cabeza dura y dos veces más arrogante que yo! –escupió ella.

Furiosa, notó que el llanto le quebraba la voz y le llenaba los ojos de lágrimas. Quiso decirle que lo amaba pero las palabras no le salían. Quiso decirle que él la amaba a ella, que debía de amarla porque, de lo contrario, ella no podría sentir lo que sentía.

–Tú –dijo Julian marcando las palabras– eres una sirena empecinada, consentida y manipuladora.

Él había creído que ella había aceptado el final de la aventura, que ella se iría de su vida de manera tan decidida como había entrado en ella, pero ahora comprendía que no había nada de eso.

–Bueno, si es así, lamento haber venido –dijo Tamsyn, aspirando su llanto–. Suéltame; quiero marcharme.

–¡No, no te marcharás, marimacho sin ley!

El maravilloso, conocido apremio de la pasión comenzaba a arrasarlo, aun mientras la sostenía, sintiendo en sus manos su flexible esbeltez, inhalando el perfume a madreselvas de su piel, hundiéndose en los grandes lagos de sus ojos. Y así, con ella sujeta en el aire, entre sus manos, mientras el silencio se estiraba, tenso, él sintió esa energía seductora que emanaba de ella y supo que, como siempre, Tamsyn había captado su excitación y respondía aun contra su voluntad. Sus ojos eran luminosos, las largas pestañas oscuras estaban pegoteadas por el llanto, sus labios estaban ahora levemente entreabiertos como si ella reconociera qué estaba sucediendo y esperara a que él hiciera el primer movimiento.

–Que nunca se diga que he mirado los dientes a un caballo regalado.

Con un hábil giro de su muñeca, la metió bajo su brazo, tal como había hecho en Badajoz, y salió con ella de la habitación.

Trepó la escalera y Tamsyn, muy quieta bajo su brazo, agradeció el hecho de que no se cruzaran con ningún sirviente de la casa. Julian abrió la puerta de su dormitorio, entró y dejó su carga sobre la cama.

Se quedó mirándola, las manos apoyadas en las caderas, una sonrisa jugueteando en su boca bien formada.

–Irresistible –dijo, con tono soñador–. No entiendo por qué una pequeña manipuladora sin principios, canija y mal educada es irresistible, pero así es.

Tamsyn entornó los ojos de manera seductora pero no dijo nada. Por el momento, había tomado en exceso la iniciativa, presionando, conspirando y organizando. Quizá llegase el momento en que él no se resistiría más a lo que sucedía entre ellos, dejaría de creer que las corrientes que circulaban entre ellos eran sólo de naturaleza efímera y pasional... y se atrevería a mirar dentro de su corazón. Pero, hasta que eso sucediera, ella se conformaría con lo que tenía; que él la considerase "irresistible" podía ser un buen comienzo.

Tiró de sus botas, primero en la parte del tacón, luego de la punta, y éstas cayeron sobre la alfombra Aubusson con ruido sordo.

Se desabotonó los pantalones. Con un diestro meneo, se los bajó por las caderas y luego los bajó por las piernas empujándolos con sus talones.

Julian se inclinó y la ayudó a quitárselos. Mientras estaba a sus pies, le sacó los calcetines y después se irguió y retomó su papel de voyeur.

–¿Tengo que hacerlo todo yo?

Él le dirigió una burlona sonrisa quejosa.

–Sí.

Él entornó los párpados con aire de lánguida seducción, y permaneció inmóvil con las manos en las caderas, mirándola.

Tamsyn se quitó los calzones, se desabotonó la camisa y se la quitó; a continuación, se tendió, desnuda, sobre el cobertor y lo miró con aire inquisitivo.

–Ahora, tú podrías ayudarme a mí –indicó Julian con voz fría, en contraste con el fuego que ardía en sus ojos.

Tamsyn se sentó sobre la cama, puso las manos en las caderas de él y lo acercó a ella. Desabrochó la hebilla de su cinturón con diestra eficiencia y lo dejó caer al piso.

–¿No te molesta que empiece por aquí? –dijo, en tono de conversación, mientras le desabotonaba los pantalones.

–De ninguna manera.

Le bajó los pantalones por las caderas con lentitud y delicadeza que fue, para Julian, tan excitante como para Tamsyn. Acarició con sus dedos los huesos de las caderas, deslizó su mano por el vientre de él, y sus músculos saltaron sin intervención de su voluntad. Lentamente, ella dejó resbalar su mano por el vientre de él, la deslizó entre los muslos del hombre, se inclinó para besarle la barriga y arrastró la lengua hacia arriba en una caricia húmeda y candente, hundiéndola en el ombligo mientras sus dedos acariciaban,

amasaban hasta oírlo gemir quedamente. Llevó sus manos hacia atrás y hundió sus dedos en los músculos duros de las nalgas masculinas, lo atrajo hacia sí y el rígido miembro viril se apoyó entre sus pechos.

Julian apretó con suavidad los pechos de Tamsyn con sus manos, encerrando entre ellos su palpitante miembro. La respiración se le aceleró; la exquisita fricción rítmica se acrecentó hasta que él echó la cabeza atrás y lanzó un gemido de placer.

–Detente –susurró–. Por compasión, detente ya.

Tamsyn se limitó a sonreír y sus pestañas se agitaron contra el pecho de él y siguió empujándolo más y más hasta el borde del abismo, hasta hacerlo temblar y sentir que un éxtasis caliente burbujeaba en sus venas y que el mundo se disolvía.

–Diablillo –la regañó, cuando su respiración empezó a recobrar un ritmo más lento, con sus ojos encapotados y lánguidos de plenitud, bajando la mirada hasta el rostro vuelto hacia arriba–. Sólo tú tendrás la culpa.

–He notado que te recuperas con mucha rapidez, milord coronel –dijo ella con sonrisa impúdica, cayendo de espaldas en la cama y atrayéndolo consigo.

Él la besó con ruda satisfacción y le pellizcó el mentón con el índice y el pulgar.

–No sé qué te mereces.

–Yo tampoco, pero no me importa, siempre que lo obtenga.

–Oh, lo obtendrás –prometió él, iniciando un beso que sería una larga, lenta exploración, con rápidos toques de su lengua en los labios de ella.

–¡Oh! Oh, lo he olvidado. ¿Cómo he podido olvidarlo? –con súbita premura, Tamsyn apartó su cara de la de él y lo empujó en el pecho, forcejeando para levantarse–. Este cuarto está en la parte trasera de la casa, ¿verdad?

Julian rodó hasta quedar de espaldas, sin saber si reír o gritar.

–Gabriel, me imagino.

–Sí; está esperándome afuera, en el callejón.

Corrió hacia la ventana y la abrió.

–Dile que entre –dijo Julian, suspirando.

–No, él tiene que regresar a Charing Cross para ocuparse de los caballos.

Ella se asomó por la ventana, hizo bocina con las manos en la boca y lanzó una imitación perfecta de una lechuza, esperó unos segundos y repitió el grito. Fue respondido de inmediato. Tamsyn lanzó otros gritos de pájaros y esperó las respuestas.

¿Charing Cross? ¿Por qué Charing Cross? Y, sin embargo, ¿por qué no? No tenía sentido hilar fino en los detalles de los retorcidos planes de Tamsyn. Desde luego, la participación de Gabriel era inevitable.

Divertido e impresionado por el insólito coloquio desde la ventana, Julian se incorporó sobre los codos. Contempló la curva de la espalda desnuda inclinada sobre la ventana y perdió interés en la conversación. Como en sueños, pensó que el trasero de ella era absolutamente fascinante.

–Ya está. –Tamsyn se enderezó.– Ahora está todo arreglado.

–Bueno. En ese caso, tal vez quieras volver aquí –pidió él con irónica cortesía.

–Oh, ¿ya te has recuperado?

Sonrió al volverse.

–Calculo que tendré una completa recuperación en unos dos minutos. ¡Y ahora, ven aquí de inmediato!

Tamsyn cruzó la habitación a los saltos y se precipitó sobre la cama, junto a él.

–Sí, milord coronel. Lo que usted diga, milord coronel.

23

A la mañana siguiente, cuando Julian se despertó Tamsyn aún dormía. Afuera llovía; la habitación estaba a oscuras y los muebles de roble macizo y las pesadas cortinas de terciopelo parecían acentuar la penumbra. La casa necesitaba con urgencia un cambio de decoración pero él siempre había pensado que eso podría hacerse cuando él se casara. A su eventual esposa le agradaría poner su sello a la casa, cosa que sería más fácil de hacer allí que en Tregarthan, donde cuatro generaciones de St. Simon. habían dejado su inconfundible impronta.

Durante los últimos años había pasado tan poco tiempo en Londres que el aspecto de descuido general de Audley Square no le había preocupado demasiado, pero ahora se le ocurría que, tal vez, debería emprender la tarea antes de que el deterioro fuese algo irremediable. Su proyecto de matrimonio estaba muy lejano en el futuro, era algo en lo que no podía permitirse pensar hasta que Napoleón no estuviese completamente derrotado.

Volvió su cabeza en la almohada para contemplar el rostro dormido que tenía a su lado. En algún momento tendría que buscar una esposa pero no podía escapar de la amarga idea de que, al haberse sumergido en el mundo mágico y anárquico de esta pequeña y sensual bandida, había echado a perder, del modo más satisfactorio posible, su gusto por la clase de mujer que constituiría una perfecta lady St. Simon de Tregarthan.

Perduraban vívidamente en su mente y en su cuerpo los recuerdos de la noche. Uno de los talentos de Tamsyn consistía en que su forma de hacer el amor era siempre única, siempre tenía algo especial que perduraba en un delicioso recuerdo.

Se sentó para mirar la hora: eran las seis; él debía encontrarse con lord Liverpool a las ocho.

Tamsyn se quejó y se volvió boca abajo, hundiendo la cara en la almohada.

–¿Qué estás haciendo?

–Me levanto –él se dobló, le dio un beso en la nuca; la tibieza y el cosquilleo de su aliento la hicieron retorcerse–. ¿Volverás a España conmigo, Tamsyn?

–¿Por qué otro motivo crees que estoy aquí? –farfulló en la almohada.

–¿Y desistirás de la idea de encontrar a la familia de tu madre?

Le pasó un dedo por la espalda.

Tamsyn levantó su cabeza de la almohada.

–¿Por qué dijiste que no sería bueno para mí quedarme en Cornwall? Yo pensé que estaba haciéndolo muy bien. Los invitados a la fiesta opinaron que yo encajaba perfectamente.

–Estabas desempeñando un papel. Tanto tú como yo sabemos que tu personalidad real no tiene cabida en esa clase de vida, Tamsyn. En pocas semanas, una vez agotada la novedad te aburrirías hasta las lágrimas.

–Pero desempeñé bien mi papel –insistió ella.

–Sí; eso lo reconozco.

Tamsyn dejó caer otra vez la cabeza sobre la almohada. Cuando él decía que esa vida no era para ella tenía razón; ciertamente, ella jamás pretendería que fuese permanente. Aun siendo así, era capaz de aprender y de adaptarse a las circunstancias. Al menos, Julian había admitido que ella podría lograrlo si se empeñaba. Era un paso en la dirección correcta.

–¿Y has abandonado la idea de hallar a la familia de tu madre? –repitió él.

–Sí –contestó ella, pensando que ya la había encontrado y, por lo tanto, su respuesta no era una mentira.

El alivio fue dulce. El le prodigó una lenta caricia en la espalda, debajo de las mantas.

–Vuelve a dormirte, ranúnculo.

Con la boca en la almohada, ella gimió pero no hizo movimiento alguno para detenerlo cuando él se puso de pie. Julian cerró bien el dosel de la cama y luego llamó para que le llevaran agua para afeitarse.

Rápidamente, Julian se puso la chaqueta escarlata y la pelliza de piel de los oficiales de caballería, y se abrochó el cinturón del que colgaba la espada curva en la vaina apretada contra su cadera. Iba a ocuparse de una tarea del ejército y le produjo una honda satisfacción ver su imagen reflejada en el espejo. Era una buena sensación estar vestido de nuevo de este modo que le resultaba familiar y en camino a cumplir una tarea de vital importancia en la profesión que era el eje de su vida. Hubiese preferido estar en el campo de batalla

pero se resignó, pensando que pronto lo estaría. Volverían juntos y no habría más resentimiento, enfado ni sensación de ser usado que estropeasen el placer que se brindaban uno al otro.

Antes de marcharse apartó las cortinas. Tamsyn estaba dormida otra vez, su mejilla apoyada en una mano, su piel cubierta de un delicado rubor provocado por el sueño. Permaneció un minuto mirándola, sin tener conciencia de que sonreía pero sí de que volvía a excitarse contemplándola. Sin embargo, ya no sentía la habitual precipitación caliente de la sangre sino algo mucho más suave.

Dejó caer la cortina y salió de la habitación cerrando suavemente la puerta. Antes de marcharse, dijo al antiguo criado que dirigía al personal mínimo de la casa que había una joven en sus aposentos a la que habría que proveer de cualquier cosa que pidiese.

–Sí, milord.

El hombre lo saludó con una reverencia mientras le abría la puerta principal. No era la primera vez que su señoría recibía a una damisela en su casa de Londres y, seguramente, no sería la última.

En cuanto la puerta se cerró tras de Julian, Tamsyn se levantó, ya sin rastro de sueño en sus ojos. Había fingido estar dormida puesto que no quería continuar la conversación y le pareció que ése era el modo más fácil de evitarla. Si podía manejarlo, jamás volverían a mencionar a la familia de su madre. Si acaso fuese posible el coronel debía olvidar que la madre de Tamsyn había tenido familia.

Tamsyn sabía exactamente qué tenía que hacer ahora. Si Julian descubría la verdad acerca de los Penhallan y el motivo que la había llevado a ella a Inglaterra todo habría terminado. Él no podría tolerar la noción de que había sido un medio en ese engaño y, por lo tanto, no debía saberlo. Ella, en cambio, ya había iniciado el juego con Cedric y, en consecuencia, debía acabarlo. Ya no podría permitirse exponer públicamente la traición de su tío pues hacerlo implicaría revelar su propia identidad, pero eso Cedric no lo sabía y la amenaza sería un arma poderosa para ella. Si jugaba bien su mano podría retirarse con los diamantes Penhallan.

Sería una restitución justa, que hubiese complacido a Cecile y al barón. Y en cuanto eso estuviese resuelto ella podría regresar a España con el coronel y concentrar sus esfuerzos en urdir un futuro con él.

Saltó de la cama con energía, se lavó la cara con el agua que se enfriaba de prisa en la jarra, usó el polvo dental de Julian, su peine y se vistió. Luego, bajó de prisa la escalera. Antes de volver a Cornwall a anudar los cabos que habían quedado sueltos tenía un pequeño plan destinado al entretenimiento del coronel, algo que palpitaría y brillaría en su memoria hasta que ella regresara.

Un hombre mayor que atravesaba el vestíbulo levantó la vista y parpadeó con sus ojos velados por las cataratas al ver a Tamsyn saltar del último escalón.

–Buen día: usted debe de ser Belton –dijo ella con alegre sonrisa–. Lady Fortescue me ha contado que usted dirige esta casa de una manera maravillosa.

¡Lady Fortescue! El anciano quedó boquiabierto, y Tamsyn imaginó los engranajes girando en su cabeza, tratando de conciliar esta asombrosa aparición enfundada en pantalones que había pasado la noche en el lecho de su señoría con la hermana de lord St. Simon.

–Si lord St. Simon estuviera de vuelta antes que yo, ¿podría decirle que regresaré esta tarde, por favor? –dijo con vivacidad mientras iba hacia la puerta.

–Sí, señorita –musitó él, recordando que debía ir a abrir la puerta.

–Esta bien, yo puedo arreglármelas, Belton; gracias –Tamsyn abrió–. ¡Oh, está lloviendo otra vez! Qué clima tan desgraciado, éste –se cubrió con la capucha de la capa y saludó levantando la mano al atónito criado–. ¡Hasta luego!

Tras lo cual se marchó, bajando a saltos los tres peldaños hasta la calle y corriendo por la calle con la cabeza baja a causa de la persistente llovizna.

Belton sacudió la cabeza, perplejo, pensando que tal vez estaba demasiado viejo para este empleo. ¿Sería cierto que ella estaba vestida con pantalones? Sin duda, su señoría habría desarrollado gustos extraños en España, tierra caliente, según decían. Cerró la puerta y fue a pasos lentos a su despensa, donde recurrió al frasco de coñac medicinal que guardaba allí para los momentos de desasosiego.

Tamsyn detuvo un coche de alquiler, le ordenó que fuera a King's Head, en Charing Cross, y se arrellanó en su asiento para pensar en su plan. La lluvia era un fastidio, con todo lo que tenía que hacer.

Cuando ella entró en el comedor de la posada, Gabriel estaba dando cuenta de un plato de huevos con carne.

–Llegas temprano –comentó él.

–Sí, y no he desayunado –acercó una silla con el pie y se sentó–. posadero, tomaré un plato igual a éste, por favor.

El mesonero rezongó. A la luz escasa, alcanzó a ver a un muchacho sentado junto al gigante escocés. Fue a la cocina y, unos minutos después, una camarera trajo un segundo plato.

–Aquí tiene, señor.

Hizo una reverencia y lanzó a Tamsyn una mirada insinuante por debajo de las pestañas, dejando entrever con claridad que estaba considerando sí valdría la pena cultivar la amistad del joven.

Tamsyn sonrió para sí. Estaba acostumbrada a esa clase de confusiones en lugares con pobre iluminación. Se estiró y cosquilleo a la muchacha en el mentón.

–Eres una bonita muchacha. ¿Cómo te llamas?

–Annie, señor.

La muchacha se sonrojó y volvió la cabeza.

–Bueno, Annie; tráeme café, por favor.

–Sí, señor.

Hizo otra cortesía y se dio prisa a cumplir lo pedido.

–Ah, pequeña, debería darte vergüenza –dijo Gabriel, bebiendo un trago de cerveza–. ¿Por qué te burlas de la muchacha?

Tamsyn rió entre dientes y atacó con voracidad su desayuno.

–Ya veo que todo anduvo bien –comentó Gabriel–. Da la impresión de que has pasado una noche de ésas que despiertan el apetito.

Tamsyn asintió, con sus ojos brillantes, mientras untaba el lomo con mostaza.

–Pronto regresaremos a España.

–Muy bien –dijo él, lacónico–. Me alegrará sacudirme de los pies el polvo de este lugar. Y lo mismo sucederá con mi mujer. Pero, ¿qué hay de Pcnhalian?

–Pienso que debo dejarlo correr, Gabriel –contestó ella, con la vista en el plato–. ¿A ti te importaría?

El semblante del hombre se oscureció.

–Tú haz lo que quieras, pequeña, pero yo tengo intenciones de ocuparme de esos desperdicios de albañal. Lo haré a mi modo y según mis tiempos. Eso no afectará tus planes.

Tamsyn se quedó en silencio. Sabía que no podría detenerlo. Era una obligación sagrada para Gabriel; sentiría sobre él la mirada del barón hasta que la hubiese cumplido. Sin embargo, la venganza de Gabriel no debía afectar su enfrentamiento con Cedric; por ese motivo, debería presentarse sola ante su tío. El temperamento de Gabriel era muy impredecible; si llegaba a cruzarse con los gemelos mientras estuvieran en casa de Cedric, no habría modo de impedirle que se liara con ellos ahí mismo. En ese caso, habría testigos del inevitable derramamiento de sangre, Cedric podría presentar cargos y Gabriel acabaría en el calabozo de la cárcel de Bodmin.

Pero si él tenía la más remota idea de que ella abrigaba semejante intención jamás la dejaría ir sola; por eso debía convencerlo de que su amor por Julian había barrido la necesidad de vengar a sus padres.

–Entonces, ¿iremos a buscar a mi mujer y regresaremos a España? –resumió Gabriel, con un ligero ceño.

Tamsyn asintió y bebió un sorbo de café.

–Eso será mañana. Primero, quiero darle una pequeña sorpresa al coronel, algo para que me recuerde mientras estoy ausente.

Gabriel alzó una ceja.

–Seguramente se trata de algo que no necesita mi colaboración.

Tamsyn sonrió.

–No, creo que no, Gabriel.

–En ese caso, me quedaré aquí. El mesonero tiene una bodega bastante decente; hasta te diría que podría conseguir una compañía agradable.

–Bueno, ¿irás con César a Audley Square, al alba? Yo saldré otra vez por la ventana y nos encontraremos en el callejón. Iremos a Cornwall a recoger nuestras cosas y volveremos con Josefa.

Gabriel asintió. Una partida tan peculiar no lo asombraba; así era como solían hacer las cosas en tierras españolas. Con todo, había algo en ese cambio de planes que lo perturbaba. No era propio de la pequeña abandonar una misión de manera tan despreocupada.

Tamsyn limpió el plato con un trozo de pan, terminó el café y se puso de pie.

–Necesito cambiarme y buscar algo de dinero, Gabriel.

El metió la mano en el bolsillo y sacó la llave.

–Al terminar la escalera, a la izquierda.

En la habitación Tamsyn se puso uno de los vestidos de cambray y cambió sus botas de montar por un par de botines de tela que serían igualmente útiles en la lluvia y los charcos. Metió su ropa de montar en un saco de tela que llevaría con ella, puso una billetera y un monedero en un bolso, se miró, frunciendo el ceño, en el manchado espejo y regresó al comedor esforzándose por no andar a las zancadas.

Annie estaba despejando la mesa y, al verla transformada, estuvo a punto de dejar caer la bandeja.

–¡Ooooh! –exclamó–. ¡No eres un muchacho!

–No –admitió Tamsyn–. Pero tú aún eres una bonita muchacha.

–¡Oh, qué descaro! –dijo Annie, encrespada–. No tienes derecho de burlarte así... de aprovecharte de una muchacha inocente.

–Nada de eso –razonó Tamsyn–. Si no soy un hombre, ¿cómo podría aprovecharme?

Annie aspiró por la nariz y se fue a la cocina con la bandeja.

Gabriel seguía sentado a la mesa, concentrado en un jarro lleno. –Te marchas, entonces?

–Sí –se inclinó para darle un beso–. Nos veremos al amanecer.

–Allí estaré.

Tamsyn lo saludó levantando la mano y salió a la lluvia y la melancolía de Londres.

Regresó a Audley Square a primeras horas de la tarde. Cuando Belton abrió la puerta se encontró cara a cara con una joven vestida de manera convencional. De no ser por ese pelo tan peculiar, él no hubiese creído que se trataba de la misma persona que se había marchado esa mañana.

–Por favor, ¿podría llamar a alguien para que baje esos paquetes del coche? –pidió; bajo la montaña de paquetes que llevaba, sólo se le veían los ojos.

–Permítame tomar estos, señorita.

Belton hizo ademán de librarla de su carga.

–No, no –dijo Tamsyn, temerosa de que el anciano los dejara caer sobre los peldaños húmedos–. Hay más en el coche.

Belton llamó por encima del hombro y desde la cocina llegó un robusto joven con un delantal de bayeta y pantalones de cuero. Luego de echar una mirada curiosa a la joven que apretaba sus paquetes fue a buscar el resto de sus compras.

–¿Ha regresado su señoría?

–Todavía no, señorita. Tengo entendido que ha ido a alguno de sus clubes. Él suele hacer eso por la mañana, cuando está en la ciudad.

–Muy bien. –eso convenía a Tamsyn. Cuando Julian regresara, ella estaría lista para él. Enfiló hacia la escalera–. Por favor, Belton, haga subir esos paquetes a los aposentos de su señoría; además dos copas de vino y un sacacorchos.

El joven corpulento trotó tras ella con los brazos cargados.

–Póngalos sobre el sofá –indicó ella, dejando caer los suyos sobre el cobertor–. Gracias. ¿Podría encender el fuego, por favor? Es un día horrible.

Esperó a que el joven barriera la ceniza, pusiera astillas y frotara la yesca y el pedernal. La madera se encendió, se elevó un rizo de humo fragante y brotó una llama en el hogar.

El muchacho acomodó los leños con cuidado y luego se incorporó limpiándose las manos en los fondillos de los pantalones en el preciso momento en que una muchacha de mejillas rubicundas, de unos trece años, entraba con dos copas y un sacacorchos. Ella tampoco podía ocultar su curiosidad; echó miradas furtivas a la insólita visita. En opinión de la vieja señora Cogg, de la cocina, era apenas una pequeña ramera, no mejor que cualquier otra. Maisie nunca había conocido a nadie que fuera mejor de lo que debía ser.

–Maravilloso.

Tamsyn dirigió una sonrisa un tanto distraída al muchacho que se marchaba después de haber saludado con un brusco cabeceo, la niña le seguía; entonces, ella corrió hacia la puerta y la cerró. Permaneció unos instantes golpeándose los dientes de adelante con un dedo. ¿Cuánto tiempo tendría?

Tardó quince minutos en preparar la merienda campestre con las cosas que había elegido con todo cuidado. Clarete de crianza, delicadas barquillas de camarones, ostras ahumadas, cangrejo con salsa, tartas de fresas e higos frescos: nada que no pudiera comerse con los dedos.

El fuego ya crepitaba agradablemente, las velas estaban encendidas y, pese a su macizo mobiliario, el cuarto estaba muy acogedor. Ella se quitó el vestido, lo metió en un rincón del armario junto con las botas cortas, la ropa interior y el saco con sus pantalones de montar. Entonces, desplegó el vestido que le había llevado horas elegir. A la luz de la vela, el encaje de seda resplandecía con un brillo suave. Se lo pasó por la cabeza y la delicada tela, esmerada labor de una docena de tejedoras de encaje de Chantilly, acarició su cuerpo desnudo con la sensualidad de una brisa primaveral.

Se paró ante el espejo de cuerpo entero y miró su imagen. El vestido había costado una pequeña fortuna pero causaba el efecto que ella pretendía. Era recatado y virginal como el camisón de una novia. Las mangas amplias, de exquisita terminación, le llegaban hasta los codos y atraían la atención hacia sus redondeados antebrazos y sus minúsculas muñecas. Su cuello se elevaba, esbelto y gracioso como el de un cisne, enmarcado en tres vueltas de volantes de encaje, y sus ojos almendrados eran grandes y luminosos, contrastando su intenso violeta con la palidez cremosa del rostro y del vestido y el brillo plateado del pelo.

Probó atar una cinta de terciopelo blanco en el pelo: el efecto fue sorprendente. Subrayaba el contradictorio aire de inocencia infantil que ella quería mostrar.

Tamsyn giró lentamente estudiándose en el espejo. Sus pies descalzos asomaban por debajo del dobladillo festoneado de encaje, y la tela flotaba sobre su cuerpo: era tan fina que su piel resplandecía debajo de la prenda.

Tal como había pasado cuando creó la cueva de Aladino se sintió tan seducida por el juego como sabía que sucedería con Julian. Sentía acumularse la humedad entre las piernas, tenía los pezones erguidos y un cosquilleo recorría su espalda.

Abrió la puerta, echó un último vistazo a la tentadora mesa y se acurrucó en un enorme sillón de cuero negro, junto al fuego.

Después de una sesión bastante satisfactoria con el primer ministro, Julian se había dirigido al círculo de oficiales de la Caballería Real con la intención de encontrarse con antiguos amigos y colegas, y luego al Almirantazgo, a averiguar los barcos que zarparían para Lisboa la semana siguiente. A últimos de la semana siguiente, una fragata que escoltaría a un convoy de barcos mercantes, debía zarpar de Portsmouth al mando del capitán Marriot; ése era el barco que más probabilidades tenía de utilizar. Era preciso informar oficialmente al capitán de que llevaría cuatro pasajeros, y Julian necesitaría las autorizaciones de rigor, firmadas por el almirante correspondiente, pero eso no demoraría más que un día o dos.

Muy alegre, Julian salió otra vez a la llovizna, donde un pilluelo mojado cuidaba a Soult. Con sonrisa descarada, el niño atrapó la moneda de seis peniques que le arrojó su señoría mientras montaba y echó a correr mordiendo la moneda para probar que fuese auténtica, como si no pudiera creer tanta generosidad.

Julian recorrió el camino hasta su casa, dejó el caballo en el callejón y entró en el jardín. Alzó la vista hacia la ventana de su dormitorio: estaba cerrada por la lluvia pero una luz, tibia y acogedora, brillaba dentro.

Una sonrisa involuntaria se reflejó en sus ojos y su corazón dio un vuelco de placer al pensar que Tamsyn estaría esperándolo.

Entró en la casa por una puerta lateral y subió la escalera sin encontrar a nadie, pero esto no lo sorprendió. Jamás recibía en esa casa, y él mismo estaba allí tan rara vez que Belton y la señora Cogg se las arreglaban para administrar la casa con la ayuda de un muchacho para los trabajos pesados y una ayudante en la cocina. De todos modos, en la mayoría de las habitaciones los muebles estaban cubiertos con fundas.

Entró en su dormitorio y se detuvo en seco. Tamsyn era una silueta pequeña envuelta en sedas y encajes que relucía suavemente, en contraste con el pesado cuero negro del sillón, y parecía sumergida en él. Sonrió, se desenroscó y se puso de pie.

–¿Has tenido un día muy ocupado, milord coronel? –dijo en voz suave, avanzando hacia él–. He preparado una merienda para nosotros.

Él la miró y contuvo el aliento. ¡Por Dios: ella se había puesto una cinta en el pelo! ¡Y el vestido, tan recatado y tan indeciblemente perverso, a la vez! Tenía todo el aspecto virginal e inocente de una escolar, pero su piel resplandecía como una luminosa promesa bajo la tela que le rozaba las caderas y subrayaba la suave prominencia de sus pechos, las puntas duras y oscuras de sus pezones.

Tamsyn se acercó más a él y le ofreció la cara pidiendo dulcemente un beso; Julian sintió que la cabeza le daba vueltas. Aún sin poder hablar, inclinó la cabeza y la besó en los labios.

–¿Te quitarás la espada? –dijo ella, y retrocedió antes de que él pudiera ponerle las manos encima–. Es algo tan grande y desagradable, y tan inquietante...

Inquietante. ¡Esta mujer era la más inquietante que él había conocido en su vida! Y sus manos desprendían su cinturón y lo quitaban; el esfuerzo le arrancaba una mueca. ¡Era cierto; la espada parecía absurdamente grande y amenazadora en contraste con su delicada fragilidad! ¡Aunque ella no era delicada ni frágil! Fascinado, la vio dejar con cuidado la espada en un rincón del cuarto y se volvió hacia él.

–¿Puedo ayudarte a quitarte las botas?

Sumido en aquel trance, se sentó en el mismo sillón que ella acababa de desocupar. Con el ceño un poco crispado en señal de concentración, ella se sentó a horcajadas sobre sus piernas, dándole la espalda y tiró de la bota izquierda. La curva de sus nalgas, opalescente bajo la tenue telaraña del vestido, le resultó irresistible. Apoyó sus manos en esas tersas esferas y el calor de la piel de ella lo quemó.

–Estoy intentando concentrarme –dijo Tamsyn cuando por fin la bota salió–. Tengo que hacerlo así para no manchar de barro mi vestido.

–Yo no tengo inconveniente –murmuró él recuperando la palabra, alisando la tenue tela sobre la redondez de su culo–. Estoy seguro de que deberías llevar algo debajo de esto.

–Eso depende de dónde se use el vestido–repuso ella lanzando un quejido y cayendo sobre el regazo de él, sentada sobre sus manos, cuando la otra bota cedió–. Ya está –arrojó la bota junto a su compañera–. Ahora te quitaré la chaqueta y después te traeré una copa de vino y una ostra ahumada.

–Espera un minuto –dijo él.

–Por supuesto –dijo Tamsyn, sumisa–. Tus deseos son mis deseos.

–Ahora puedo decir que ya lo he oído todo –comentó Julian; una sonrisa jugueteaba en sus labios. Cualquiera fuese el juego, se sentía completamente dichoso de jugarlo. Con una mano le rodeó la cintura y pasó la otra por detrás, metiendo los dedos en la hendidura entre sus nalgas , haciéndola retorcerse y lanzar un breve jadeo. Por fin, la soltó–. No quisiera romper esta exquisita prenda... al menos por ahora –dijo–. Sería mejor que bajaras.

Tamsyn resbaló sobre su rodilla y se acomodó el vestido.

–Lo que tú desees, mi señor.

Fue hasta la mesa y echó vino en una copa. Se lo llevó junto con un plato de ostras ahumadas y, esbozando una tímida sonrisa, se sentó de nuevo sobre el regazo del hombre. Le acercó el vino a los labios y acercó una ostra a su boca.

–¿Te gustan?

–Mmmm –murmuró él con la boca llena, distraído por la levedad de ella sobre sus muslos, el perfume de su piel, la increíble sonrisa tímida, la engañosa pureza del encaje–. Me parece que disfrutaré con este juego.

Los ojos de Tamsyn se redondearon en expresión de ofendida inocencia.

–¿Juego? Esto no es un juego, milord. Sólo pretendo complacerlo. Deseo hacer todo lo que usted desee.

Acercó de nuevo el vino a sus labios, luego bebió un sorbo ella misma y dejó la copa sobre una mesa, junto al plato con ostras. Giró sobre la rodilla de él hasta quedar acurrucada contra su pecho, su cuerpo apretado al de él.

La sintió como un pequeño pájaro, con su corazón latiendo sobre la pechera de su camisa. Vulnerable, frágil. Y no tenía la menor importancia que él supiera que ella no era lo uno ni lo otro. No importaba que él supiera que ella era una bandolera feroz, inflexible y tempestuosa. En ese momento ella era toda dulzura e inocencia, y estaba enloqueciéndolo.

Tamsyn besó el lugar de su cuello donde latía el pulso y, al hacerlo, movió apenas su cuerpo sobre las piernas de él; ese ligero movimiento provocó un golpe de sangre en sus genitales. Con voz musical, ella murmuró suaves palabras de pasión tejiendo en torno de él una red de encantamientos; él demoró unos instantes en comprender qué le decía esa pequeña, frágil e inocente criatura. En sus palabras no había nada de dulce ni virginal: eran ávidas, terrenales manifestaciones de pasión y deseo que lo atrapaban en su audaz sensualidad, lo sacudían hasta la médula, brotando de los labios suaves de esta muchacha de tímida sonrisa.

–Eres una sirena –susurró él, sintiendo un lento palpitar de deseo.

Con los ojos cerrados, ella le mordió el labio con delicados y pequeños mordiscos de la más exquisita sensualidad. Se movió de nuevo sobre el regazo de Julian pero, esta vez, con la intención de atrapar la erección de él entre sus muslos.

–Levántate la falda –exigió él, con su voz ronca de deseo.

Obediente, ella se elevó lo suficiente para levantar el encaje hasta sus caderas. Movió los dedos en la cintura del pantalón de él, y su carne, dolorosamente erecta, se liberó. Él la aferró por la cintura y la hizo girar de modo de dejarla de espaldas a él. Deslizó las manos debajo su trasero y la levantó un poco, lo necesario para introducirse en la palpitante tibieza de su vagina.

Tamsyn contuvo el aliento al sentir la poderosa embestida de su carne, se balanceó en su alta pértiga que presionaba su matriz, que la empalaba con su placer. Él le aferró las nalgas con dedos fuertes mientras ella se consumía en un remolino de fuego que la alzaba en su ímpetu, explotaba en su vientre hasta hacerle creer que explotaría, y oyó el grito de él en su espalda cuando él también se entregó a ese incendio.

En el hogar crepitaba una llama, una vela chisporroteaba. Julian regresó lentamente a la realidad. Tamsyn había caído sobre su pecho y yacía, laxa e ingrávida como un pájaro herido.

–Hechicera –la acusó él lanzando una risa débil cuando recuperó un poco el aliento.

Tamsyn sonrió sin fuerzas.

–Puedo representar muchos papeles, milord coronel.

–Dímelo a mí –le besó la reluciente coronilla–. Ahora, quisiera que me dieras más ostras.

–Estoy aquí para servirlo, milord –dijo ella con recato, bajándose de su rodilla–. Sus palabras son órdenes para mí.

Julian se desperezó con deleite y una lenta sonrisa lánguida jugueteó en su boca.

–Se me ocurren unas cuantas órdenes, ranúnculo. Preveo una noche muy larga.

Aquélla fue una noche muy larga; hacía sólo una hora que Tamsyn se había dormido cuando su reloj interno la despertó justo antes del alba. A su lado, Julian dormía profundamente, desparramado en la cama, boca abajo, su pelo rubio rojizo sobre la almohada.

Se deslizó de la cama casi sin mover las mantas y salió de entre las cortinas del dosel hacia la habitación a oscuras. Estaba acostumbrada a moverse de noche y sus ojos no tardaron en habituarse a la oscuridad. Sobre la mesa quedaban los restos de la merienda y los pesados muebles estaban desordenados. Sonrió mientras se ponía rápidamente sus pantalones de montar. Las órdenes del coronel la habían obligado a hacer ciertas contorsiones gimnásticas.

En cinco minutos estuvo lista, luego se sentó ante el secretaire a escribir una nota. Tendría que presentar un motivo convincente para escabullirse en mitad de la noche sin avisarle. Era posible que él no hubiese insistido en regresar a Cornwall con ellos.., pero también era posible que sí, y ella no quería que él estuviera cerca cuando rematase los hilos sueltos en relación con Cedric Penhallan.

Milord coronel:

Tenemos que regresar a Cornwall a buscar a Josefa y el tesoro; Gabriel tiene que hacer algo que le interesa. Regresaremos aquí dentro de dos semanas, a partir de hoy. Sé que tienes cosas que hacer en

Londres; por eso no quise que te sintieras obligado a venir con nosotros. Dentro de dos semanas, estaré otra vez a tus órdenes. Besos.

La releyó rápidamente. Tendría que bastar. Si él se fastidiaba por su desaparición tan repentina como su llegada, ella lo compensaría a su regreso. Al menos, él tendría algo para recordar en el entretanto.

Enrolló el papel y, esbozando una pequeña sonrisa, lo ató con la cinta de terciopelo marfil que había usado en el pelo. Fue de puntillas hasta la cama y la dejó con sigilo sobre la almohada, junto a la cabeza de él.

Julian murmuró algo en sueños y se volvió de espaldas, abriendo los brazos. Tamsyn contuvo el deseo de apartar el mechón rebelde y de apretar los labios sobre su ancha frente. Dormía como un soldado y el menor roce lo despertaría: ella lo sabía.

Se escabulló de la habitación, bajó de prisa la escalera en la casa silenciosa y fue hasta el estudio, en el fondo. Abrió la ventana baja, se trepó al alféizar y se dejó caer sobre la blanda tierra húmeda.

Gabriel estaba esperándola en el callejón y tenía a César de las riendas. Él la saludó con un movimiento de cabeza.

–¿Todo bien, niña?

–Todo bien.

Ella montó de un salto. En cinco días tendrían que llegar a Tregarthan. Su enfrentamiento con Cedric no le llevaría más de una hora o dos. Los caballos necesitarían un día de descanso. Entonces, regresarían y ella concentraría todas sus fuerzas en ese otro bastión que era el coronel lord Julian St. Simon.

Y si no lograba abrir brechas en sus murallas, se resignaría a recibir lo que él pudiera darle durante el tiempo que él estuviese dispuesto.

Era pleno día cuando Julian despertó. Mientras leía la nota, su incredulidad aumentaba al mismo ritmo que su ira. Ella había desarrollado, durante horas, el más complicado juego de seducción mostrándole un aspecto de sí misma que él no había creído posible. ¡Aun así, seguía siendo una condenada bandolera! ¿Por qué no podía ser simple y directa? ¿Por qué tenía que escabullirse en mitad de la noche para hacer algo tan simple como ir a buscar su equipaje y a Josefa?

Un cosquilleo de aprensión recorrió su espalda. ¿Por qué lo habría hecho? Ni siquiera Tamsyn recurría a maniobras poco ortodoxas hasta el punto de irse así, sin tener un buen motivo.

Sólo se le ocurrió pensar en un motivo: ella no quería que él la acompañara. Le había brindado una noche que pudiera recordar porque pensaba, desde el principio, escabullirse de su cama y ponerse en camino antes de que él hubiese despertado. No tenía el menor sentido que hubiese hecho algo tan tortuoso si sólo pretendía regresar a Tregarthan para recoger a Josefa y el tesoro.

A pesar de que lo había negado, ¿regresaría acaso para hacer un último intento de descubrir algo con relación a la familia de su madre? ¿Tendría algún indicio y querría ver adónde lo conducía–antes de partir definitivamente de Inglaterra?

Por lo que sabía de Tamsyn, era más propio de ella que intentase terminar lo que había ido a hacer y no que desistiera sólo porque él se lo hubiese pedido. Sí; estaba seguro de que ella pensaba regresar a España con él, pero antes, debía hacer otra cosa.

¡Maldita obstinada, retorcida bribona!

Además, él no podría ir tras ella hasta que no hubiese terminado con los arreglos formales relacionados con el viaje de todos ellos desde Portsmouth. Si era persistente, si estaba dispuesto a esperar audiencia en corredores, para abrirse paso sin miramientos a través de las pesadas capas de la burocracia, quizá pudiese tener los papeles en su mano al final de la jornada. Pero, como no podría iniciar su persecución hasta el nuevo día, habría perdido veinticuatro horas.

¿Por qué estaba tan inquieto? Frunció el entrecejo y recorrió con la vista la desordenada habitación en angustiada irritación. Aun cuando ella tuviese alguna idea con respecto a los Penhallan, lo peor que podría pasarle era que Cedric la humillara con su desdén. ¿Qué otra cosa podría pasar en veinticuatro horas, en Tregarthan? Por otra parte, Gabriel estaba con ella.

24

–Me gustaría que no regresaras a España–dijo Lucy; desconsolada, sentada en el alféizar de la ventana, en la habitación de la torre que ocupaba Tamsyn–. Estaba ansiosa por ocuparme de ti en esta temporada.

–Ha sido una decisión súbita –dijo Tamsyn abotonándose la falda y tratando de no revelar su impaciencia.

–Pero, ¿qué harás con la familia de tu madre? ¿Ya no quieres encontrarla?

–Tu hermano me ha convencido de que, en realidad, no era buena idea. Lo más probable es que no supieran qué hacer conmigo si acaso los encontrase; por otra parte, es muy probable que yo no tenga nada en común con ellos.

Tamsyn metió la camisa en la cintura de su falda de montar y la abrochó, deseando que Lucy acabara con su catecismo y buscara algo en qué ocuparse. Gabriel había ido a pasar la tarde a Fowey. No le había dado explicaciones; ella tampoco las había pedido. Si había ido en busca de los gemelos era asunto de él, tal como su tío era asunto de ella. Su ausencia le daba la oportunidad de ir a Lanjerrick a ver a su tío, pero Lucy estaba haciéndole perder un tiempo precioso.

–¿Vuelves con Julian porque eres su querida?

Lucy hizo la pregunta de carrerilla, con sus mejillas encarnadas y sus ojos azules inusualmente brillantes que miraban con intensidad a Tamsyn.

–¡Oh! –exclamó Tamsyn, y se sentó en el taburete de su tocador exhibiendo una mueca–. ¿Cómo lo has descubierto?

Recogió una bota de montar y metió su pie derecho en ella.

–Una noche los oímos –dijo Lucy, y su sonrojo se intensificó–. Y los… bueno, los vimos en el corredor: Julian te perseguía.

Tamsyn recordó la ocasión y sonrió.

–¿Por qué no me lo dijiste antes?

–Yo... nosotros... pensábamos que sería una indiscreción. Era obvio que Julian no quería que nadie lo supiera porque, en general, se muestra muy frío contigo y... bueno, esto es tan embarazoso.

Lucy rió, nerviosa, y se apretó las manos contra sus mejillas ardientes.

–No, no lo es –dijo Tamsyn con firmeza, calzándose la otra bota–. Sin embargo, creo que a tu hermano no le gustaría saber que ni lo sabes, y por eso te pediría que procures que Gareth no se le escape una confesión, ¿eh?

Eso explicaba los guiños y las insinuaciones de Gareth y las miradas calculadores con que a veces se había encontrado. Lo más probable era que estuviese especulando con sus posibilidades de ponerse los zapatos de Julian en caso de que éste los dejara, pensó Tamsyn con ironía.

–Desde luego; Gareth no dirá nada –declaró Lucy, un poco a la defensiva–. Él no es indiscreto.

–No –dijo Tamsyn con poca convicción.

Podía imaginar perfectamente a Gareth abordando a Julian con una franca carcajada masculina y un guiño, invitándolo a compartir los aspectos más jugosos de su aventura amorosa. Pero también podía imaginar la respuesta de Julian; si Gareth también pudiera, entonces se mordería la lengua.

–Bueno –dijo–; ése es uno de los motivos por los que regreso a España.

–¿Crees que te casarás con Julian? –preguntó Lucy frunciendo el entrecejo y mordiéndose el labio inferior.

Tamsyn giró sobre su taburete hasta quedar de cara al espejo y se anudó el corbatín de lino.

–¿Piensas que yo podría ser una buena esposa para él? –preguntó a su vez, con ligereza.

Como Lucy no respondió de inmediato, Tamsyn deseó no haber preguntado. Entonces, aquélla dijo:

–Si lo amas, por supuesto que serás una buena esposa. ¿Tú lo amas?

–Si –se volvió otra vez–. Pero no creo que tu hermano me considere adecuada para ser una lady St. Simon.

–Es que... es que tú eres un tanto... bueno, un tanto fuera de lo común –dijo Lucy lentamente–. Pero no creo que eso constituya ninguna diferencia.

Tamsyn se puso su chaqueta. Para describirle con exactitud hasta qué punto era fuera de lo común, ella necesitaría explicarlo durante varias horas; por otra parte, a Lucy le costaría creerlo.

–Las queridas no suelen convertirse en esposas –dijo, como con indiferencia–. Lucy, deberás disculparme pues tengo que realizar una tarea importante. Nos veremos en la cena.

Fue hasta la puerta y la abrió, como invitándola a marcharse.

–¿Adónde vas? –preguntó Lucy con evidente renuencia, aunque de todas maneras dispuesta a dejar la habitación–. ¿Puedo acompañarte?

–No, porque pienso montar a César, y en el establo no hay un caballo capaz de mantener su ritmo.

Tamsyn sonrió para suavizar la negativa. Lucy era pésima jinete; de pronto, Tamsyn recordó aquella ocasión, en las afueras de Badajoz, cuando César se había espantado y el coronel había aferrado sus riendas. Ella se había puesto furiosa, y él le había explicado que estaba habituado a estar alerta cuando cabalgaba con su hermana.

Lucy puso cara larga pero no insistió.

–Entonces, nos veremos luego.

–Sí.

Tamsyn la saludó con la mano mientras la otra se alejaba, un poco pesarosa, por el corredor hacia su cuarto.

Tamsyn cerró la puerta exhalando un suspiro de alivio y comenzó a recoger sus cosas.

Metió en el bolsillo de su capa copias de los documentos que Cecile le había dado; llevaba el medallón colgado del cuello, como siempre. Los documentos originales estaban escondidos en un alhajero en el armario. Metió su pistola en la cintura de su falda y sujetó con corras sendos puñales a sus pantorrillas, por encima de los pantalones.

No esperaba que en este encuentro con Cedric Penhallan hubiera violencia. Pero, por las dudas, estaba preparada física y mentalmente. Su mente estaba despejada, su corazón, frío, decidido y lleno de ansías de venganza. Caería como un rayo sobre el mundo cruel y ordenado de Cedric Penhallan. Y reclamaría los diamantes de su madre como precio por su silencio. Claro que alguien demasiado puntilloso en cuestiones de ética podría calificar aquello de chantaje, pero ella tenía que habérselas con un hombre que había intentado asesinar.., y solo Dios sabía qué otros crímenes habría cometido en su larga carrera en pos de sus ambiciones. Era simple justicia. Además, los diamantes eran de ella.

Una vocecilla molesta le dijo que Julian lo consideraría chantaje, cualquiera fuese el color con que lo pintase. Pero él estaba en Londres y jamás lo sabría.

Josefa entró de prisa mientras ella estaba poniéndose el sombrero: un tricornio bastante audaz. La española se deshacía en sonrisas y no había dejado de sonreír desde que ellos le habían dado la gloriosa noticia de que volvían a su tierra. Empezó a ir de un lado a otro de la habitación recogiendo un vestido de Tamsyn, regañándola por su desorden, siempre sin dejar de sonreír.

–Josefa, voy a salir a andar a caballo, por si alguien te lo preguntara. Volveré a las cinco, a más tardar.

Depositó un beso en cada reluciente y redonda mejilla y salió del cuarto dirigiéndose al establo.

Cinco minutos después estaban en camino a Lanjerrick. Ella y Gabriel habían ido a caballo una tarde, un par de semanas atrás, para tener una idea de la extensión de la propiedad de los Penhallan, pero no habían entrado en sus campos. La casa de piedra gris se erigía sobre un promontorio sobre la bahía St Austell y se veía muy bien desde el camino. Era una casa con torrecillas y gabletes, de empinado techo y ventanas con montantes. Tamsyn había sentido un inmediato desagrado por la casa: la hallaba sombría en comparación con la suave y dorada calidez de Tregarthan.

Traspuso los pilares de piedra de la entrada y avanzó por un sendero cubierto de malezas. El recelo y la excitación recorrían su espalda cuando dejó el camino atrás y se internó más profundamente en la tierra de los Penhallan. Éste había sido el hogar de Cecile, el lugar donde ella había pasado los años de su juventud.

¿Habría cambiado mucho en los últimos veinte años? ¿Habría echado mucho de menos su casa de Cornwall? Tamsyn cayó en la cuenta de que nunca había pensado mucho en esa cuestión. Cecile había sido siempre tan alegre que era difícil imaginar que albergase algún pesar por su tierra. Quizás, alguna vez hubiese evocado el hogar de su infancia con cierta nostalgia, tal como Tamsyn, en ese momento, evocaba con dolorida melancolía los pueblos de su comarca y las montañas nevadas de su infancia.

El sendero terminaba en una extensión cubierta de grava; la casa tenía cierto aire amenazador, cubierta de hiedra, con su sillería resquebrajada en partes, sus ventanas extrañamente semejantes a ojos ciegos. A Tamsyn le pareció extraño que un hombre tan rico y poderoso como Penhallan descuidara tanto su propiedad. Cecile había hablado de Lanjerrick, había descrito su magnificencia, las fiestas grandiosas, las partidas de caza de los fines de semana, la interminable sucesión de huéspedes. Ahora sólo quedaban Cedric y los perversos gemelos. Era de suponer que ninguno advertía el aspecto descuidado de la casa.

Llegó decididamente con su caballo hasta la puerta principal y desmontó. En cuanto lo hizo, salió de la casa un lacayo de librea, con una anticuada peluca empolvada:

–¿Qué la trae por aquí?

–He venido a visitar a lord Penhallan –dijo Tamsyn, alegre, mientras amarraba a César al pilar de piedra en la base de la escalinata que conducía a la puerta principal.

El lacayo pareció perplejo por unos momentos, y Tamsyn aprovechó su desconcierto para ascender los peldaños.

–¿Me haría el favor de anunciarme al vizconde?

Sin esperar respuesta, pasó junto al criado y entró en el vestíbulo.

Un espacio de losas de mármol blancas y negras se extendía hasta la escalinata; la luz entraba por una hilera de ventanas de arco con paneles romboidales de cristal que se abrían en una pared. Ya más curiosa que temerosa, se puso a observarlo todo a su alrededor hasta que un par de galgos grises llegaron desde algún sitio y pasaron corriendo junto a ella.

–Walters, ¿qué diablos está haciendo? –preguntó una ronca voz irascible desde el fondo del vestíbulo. Hombre, cierre esa maldita puerta antes de que los perros salgan fuera.

La puerta se cerró de un golpe tras ella y los dos perros retrocedieron hacia las sombras.

–En nombre de Dios, ¿quién es usted? –preguntó la misma voz.

Cedric Penhallan se adelantó, ceñudo, en la semipenumbra, hasta que vio con claridad a su visitante y entonces se detuvo en seco.

Tamsyn alzó la cabeza y miró a su tío de lleno en la cara, como había hecho en la fiesta, en Tregarthan. Igual que en aquella ocasión, vio un rostro colérico, duros ojos negros, una cabellera gris acero, una nariz curva sobre una boca carnosa. Un cuerpo macizo, poderoso, que empezaba a engordar. Se le erizó la piel al sentir el aura amenazadora que rodeaba a ese hombre; por primera vez, Tamsyn sintió miedo.

Cedric la miraba fijamente. Pasaron los minutos y lo único que se oía en la habitación era el rascar de las patas de los perros sobre las baldosas.

–¿Quién es usted?

Ahora, la voz del hombre sonaba más baja y una luz extraña animaba sus ojos. Él sabía la respuesta y, aun así, quería oírla.

Tamsyn se acercó más a él sintiendo una oleada de euforia que barría con su temor. Él sabía quién era ella; sin embargo, no podía creer lo que estaba viendo.

–Buenas tardes, tío.

–¡Buen Dios, si es la ramera de St. Simon! –antes de que Cedric pudiera responder, llegó desde la escalera la voz de Charles Penhallan que hablaba con dificultad. Tenía un vaso de vino en una mano y la mirada desenfocada–. Mira a quién tenemos aquí, David. La pequeña puta ha venido por más.

Se reía mientras bajaba la escalera; sólo entonces vio a su tío.

–Perdóneme, señor. Pero, ¿qué está haciendo acá la trotacalles de St. Simon?

–Trata de no ser tan tonto, si puedes –dijo Cedric con frialdad. Hizo una seña con la cabeza a Tamsyn. Ven aquí.

Ella avanzó para seguirlo, sabiendo que David se había unido a su hermano en la escalera. Era una suerte que Gabriel no estuviese con ella. Ambos la observaban con el lascivo interés de los borrachos. Tamsyn alzó la vista hacia ellos:

–Qué par de cobardes borrachines sois, primos. ¿Os habéis divertido con alguna niña, últimamente?

Dicho lo cual, siguió a Cedric al interior de una gran biblioteca revestida de paneles de madera.

–¿De dónde has salido? –preguntó él desde un aparador, donde estaba sirviendo coñac con manos no muy firmes.

Tamsyn no respondió la pregunta y, en cambio, dijo:

–Me asemejo mucho a ella, ¿no es así?

Sintió más que oyó a los gemelos que entraban en la biblioteca detrás de ella.

Cedric trasegó el contenido de su copa.

–Sí –respondió–. Eres su vivo retrato. ¿Dónde está ella?

–Ella murió. Aunque ha vivido bastante más de lo que usted pretendía. –Tamsyn empezaba a disfrutarlo; todo su temor había desaparecido ya. Miró otra vez a sus primos, de pie junto a la puerta, boquiabiertos por no comprender nada de lo que veían–. Vivió el tiempo suficiente para asegurarse de que usted pagaría por el daño que le hizo –sus labios se estiraron en una fría sonrisa–. ¿Era necesario, en realidad, enviarla a la muerte, tío?

–Tu madre era una mujer muy difícil –Cedric llenó de nuevo su vaso. Casi se habría podido decir que encontraba divertida la situación–. Intentó arruinarme.., atraer la desgracia sobre el apellido Penhallan. Si hubiera sido sólo una muchacha tonta, yo habría podido tenerla bajo control. Pero Celia tenía una voluntad de hierro... observándola, en realidad era difícil de creer. Era tan menuda...

–¿Qué tiene que ver la ramera de St. Simon con nosotros? –preguntó David que, de tan ebrio y confundido sonó petulante.

–¿Lo eres? –preguntó Cedric a Tamsyn, todavía divertido.

Ella negó con la cabeza.

–Por supuesto que no. Soy una Penhallan, señor. Las Penhallan no son rameras, ¿no es verdad?

El color del hombre se acentuó y dejó escapar un silbido entre dientes, pero habló en un tono tan neutral como antes.

–Si es así, ¿qué tiene que ver St. Simon en todo esto?

–Nada –respondió ella–. Él no sabe nada de esto.

–Entiendo –Cedric se acarició el mentón–. Supongo que tendrás pruebas de tu identidad.

–No soy tonta, señor.

–No... tampoco lo era tu madre –de pronto, echó a reír, realmente divertido–. ¡Imagínate! Debía esperar que Celia volviera a perseguirme. Por extraño que parezca, la echo de menos.

–Estoy segura de que ella se habría conmovido de haberlo sabido –repuso Tamsyn con sequedad.

Él rió de nuevo.

–Tienes la lengua afilada, igual que ella –se volvió hacia el botellón y se sirvió una nueva ración– ¿Y qué quieres?

–Bueno; estaba pensando en los diamantes Penhallan –dijo Tamsyn, pensativa–. Eran de Cecile; por lo tanto, me corresponden a mí.

–¿De qué está hablando? –quiso saber Charles.

–¡Calla, idiota! –Cedric observó a la muchacha a través de su vaso–. De modo que ella siguió llamándose Cecile. Dios mío, qué obstinada.

Daba la impresión de que él no tenía intenciones de cuestionar su reclamo. La afabilidad del encuentro desconcertó a Tamsyn, porque esperaba que fuese crispado y lleno de hostilidad.

–¿No cuestiona que reclame los diamantes?

Cedric negó con la cabeza.

–No; desde luego son tuyos si puedes demostrar que eres la hija de Celia.

–Tengo el medallón. Y documentos firmados.

Él se encogió de hombros.

–Estoy seguro de que tienes abundante documentación. Bastante para arruinarme en caso de que se hiciera pública la historia de la desaparición de tu madre.

–Exactamente.

Había algo que no resultaba como ella esperaba, aunque no podía definir qué era lo que la inquietaba. Si sabía que su reclamo tenía una base sólida, ¿por qué le daba mala espina que Cedric lo reconociera? Él era un hombre inteligente y no solía desperdiciar energías en causas perdidas.

–Para ser sincera, en realidad no necesito los diamantes; tengo muchos. Cecile hizo un buen matrimonio, ¿sabe?

Cedric echó la cabeza atrás y lanzó una carcajada.

–¿Hablas en serio?

–Sí, aunque dudo que usted lo hubiese aprobado.

–¿De modo que no necesitas los diamantes pero los quieres?

–Como usted mismo ha dicho, me corresponden por derecho. Si usted no hace una reparación de la memoria de mi madre, yo enviaré la historia completa al *Gazette*; se conocerá la historia en todo el país.

–¡No puedes dejar que se salga con la suya! –exclamó Charles, precipitándose hacia delante cuando por fin su cerebro alcoholizado comenzó a entender–. ¡Eso es chantaje!

–Muy bien, señor –aplaudió Cedric– ¡Qué perspicacia! Beberemos una copa de champaña juntos, sobrina, para sellar nuestro acuerdo.

Era más una afirmación que un pedido; Tamsyn entrecerró los ojos.

–No lo creo, lord Penhallan.

–Oh, vamos, al menos seamos civilizados –la regañó–. Tu madre siempre era benévola en la victoria. Jamás dejaba de salir de una situación con elegancia.

Con un aguijonazo de pena Tamsyn pensó que él tenía razón. Si Cecile hubiese ganado habría bebido una copa de vino con su hermano. Se habría metido los diamantes en el bolsillo, estrechado la mano de él y se hubiese ido después de saludarlo con una sonrisa.

La muchacha inclinó la cabeza, en gesto de elegante aceptación.

–Entonces, si me disculpas un momento, iré a buscar una botella de algo muy especial, sobrina. No dudo de que tus primos harán lo mejor que puedan para entretenerte.

–Sí, ya he tenido ocasión de probar lo que vosotros llamáis entretenimiento –dijo Tamsyn con frialdad a sus primos cuando su tío salió de la habitación.

Más tarde, Gabriel se ocuparía de ellos; por ahora, ella se ocuparía de su propia venganza. Apoyó una pierna sobre una silla y sacó uno de los cuchillos de su vaina, luego hizo lo propio con el otro. Con aire pensativo, se volvió hacia los gemelos; sostenía los cuchillos por las puntas, entre el índice y el pulgar, uno en cada mano, tal como le había enseñado su padre.

Los ojos de los hermanos se agrandaron al verle el semblante: estaban viendo lo mismo que Cornichet cuando ella había ido a despojarlo de sus charreteras. Entonces, los dos cuchillos volaron, girando y trazando un arco en el aire. Cuando los cuchillos se hincaron en sus botas derechas, penetrando en el cuero como si hubiese sido manteca y fueron clavándose entre los dedos, ambos aullaron tanto de asombro como de dolor. Charles y David, miraron incrédulos las trémulas empuñaduras de los cuchillos y, por unos instantes, enmudecieron.

–Sois afortunados; hoy mi talante es de perdonar –dijo Tamsyn suavemente–. No creo que os encontréis con heridas importantes cuando os quitéis las botas.

Y aún tendrían que vérselas con Gabriel, pero ella prefirió ahorrarles ese conocimiento.

–¡Santo Dios! –exclamó Cedric desde la puerca, cuando se percató de la escena.

Sus dos sobrinos parecían dos pavos tratando de hablar; sus ojos iban, incrédulos, de los cuchillos clavados en sus botas a la mujer de fría sonrisa que los había arrojado.

–Les debía un favor –dijo Tamsyn, mientras los dos hombres se agachaban como autómatas para sacar los cuchillos.

Cedric arqueó las cejas.

–Claro; había olvidado que ya os conocíais.

–Sí; he tenido ese placer hace unas semanas –dijo Tamsyn. Se movió con rapidez y arrancó los cuchillos de las manos laxas de los gemelos. Examinó las puntas de las armas–. No hay mucha sangre, en realidad. El barón estaría orgulloso de mí.

–¿El barón? –preguntó Cedric, fascinado.

–Mi padre –aclaró ella, limpiando las puntas de los cuchillos en su capa y guardándolos en sus vainas.

–Realmente, me gustaría saber más –murmuró Cedric–. Pero, por desgracia no habrá tiempo.

Le dio la espalda y descorchó la botella de champaña. El corcho produjo un estampido amortiguado y se oyó un burbujeo cuando él llenaba las cuatro copas.

–Confío en que no tendrás objeciones en brindar con tus primos –se volvió hacia ella y le entregó una copa–. Sé que son un par de sujetos lamentables pero, por desgracia, uno no puede elegir a sus parientes.

–Es verdad, pero lamento decirle que no quiero brindar con un par de sucios cobardes.

Tamsyn aceptó la copa pero sus ojos, como trozos de hielo violeta, desafiaron a Cedric.

–Si es así, no participarán –accedió Cedric, dejando dos copas en la bandeja. Alzó la suya con expresión todavía un tanto divertida–. Por Celia.

–Por Cecile –Tamsyn probó el vino, imaginando que Cecile haría lo mismo.

Cedric yació su copa, y ella lo imitó.

–Muy bien, tío; si ya hemos concluido nuestro acuerdo, me despediré.

Sonrió al depositar su copa sobre la mesa, pero notó que a su cara le sucedía algo extraño. Su boca no obedecía a su cerebro. Los contornos de la habitación empezaron a borronearse y una niebla grisácea avanzó hacia ella. El rostro de Cedric bailoteó en esa niebla, ante sus ojos y, de pronto, se había hecho inmenso; su boca se abría y se cerraba. Estaba diciéndole algo que ella no podía oír.

¡Imbécil! ¡Demasiado confiada, te creíste demasiado inteligente! Cedric había invocado a la única persona que podría hacerle bajar la guardia: Cecile. Y ella, en su prisa y su arrogancia, en la certidumbre de lo legítimo de su causa, había caído en la trampa.

¡Gabriel! Pero las palabras quedaron adheridas en su cerebro...

Cedric se inclinó sobre el cuerpo inerte. Encontró el medallón que colgaba del cuello y lo abrió. Examinó durante largo rato los dos retratos y luego lo cerró y lo dejó que cayera otra vez entre los pechos de su sobrina. Tomó la pistola de la cintura y sacó los cuchillos de sus vainas, y comentó:

–No hay duda de que esta joven venía preparada.

Se incorporó y murmuró, con cierto pesar:

–Una lástima, querida.., el chantaje no fue buena idea. Tú, al igual que tu madre, has ido demasiado lejos –miró a sus atónitos sobrinos y sus labios se curvaron en una mueca despectiva–. Ella valía más que vosotros dos juntos. Ahora, deshaceos de ella.

–Pe... perdón, señor. ¿Qué... qué debemos hacer con ella?

–¡Cretinos! –la exclamación sonó como un ladrido de desprecio–. ¿Qué qué debéis hacer? ¡Libraos de ella! ¡Deshaceos de ella! ¡Arrojadla al mar! Sólo quiero que os cercioréis de que no esté viva y no pueda contar este cuento ni ningún otro.

Dejó caer todo su peso sobre un sofá y permaneció observando cómo Charles se inclinaba sobre la figura inerte.

–Y hacedlo antes de que vuelva en sí –dijo, de repente, al ver cómo se movían las manos de Charles sobre el cuerpo de Tamsyn–. No se os ocurra comenzar a jugar con ella. Es bastante más lista que vosotros dos... Si se recuperara, se os escaparía.

Charles se sonrojó intensamente pero recogió el cuerpo laxo.

–¿Usamos el Mary Jane, señor?

–Podríamos remar mar afuera y arrojarla más allá de Gribbon Head –propuso David, con un temblor nervioso en un ojo provocado por los sustos y las angustias de la última media hora–. Donde están las trampas para cangrejos.

–Ella será un sabroso bocado para los cangrejos –Charles rompió a reír, y sus ojos desbordaron de malevolencia al mirar el rostro pálido de la muchacha–. No se preocupe, señor: nos aseguraremos de que ella no vuelva más aquí.

–Hacedlo bien –dijo Cedric, fatigado–. Es todo lo que os pido.

25

–¿Adónde dijo ella que iba?

Gabriel miró fijamente a Josefa y en sus ojos comenzó a arder una lenta furia. La mujer se mantuvo en sus trece pero le temblaba un poco el labio.

–No lo dijo. Sólo ha dicho que iba a andar a caballo y que volvería a eso de las cinco.

Gabriel echó un vistazo al reloj que había en la pared del establo: eran más de las seis.

–¿Qué aspecto tenía? ¿De qué humor estaba?

Josefa frunció el entrecejo y se esforzó por discernirlo mientras Gabriel, impaciente, golpeaba con el pie sobre los adoquines.

–Ya sabes cómo se pone antes de un compromiso –dijo Josefa, al fin–. Los ojos brillantes, no pensaba en otra cosa que en lo que iba a hacer. Ya sabes cómo es –repitió.

–Ya lo creo –respondió Gabriel, torvo–. ¡Soy un imbécil! Yo sabía que ella no había renunciado al asunto Penhallan giró sobre sus talones y vociferó con una voz capaz de sacudir las montañas–: Ensilla de nuevo mi caballo.

–Pero, ¿dónde está? –preguntó Josefa en voz temblorosa.

–Causando problemas –dijo Gabriel en voz queda, sus ojos concentrados en lo que imaginaba–. Sola. Y esos asquerosos gemelos están allí... ¡Date prisa, muchacho! –gritó al mozo de cuadra que se afanaba con las correas del caballo. Impaciente, lo hizo a un lado de un empujón–. Deja. Yo lo haré.

Sus grandes manos manipularon las cinchas con asombrosa destreza y, cuando terminó, saltó sobre la silla y salió del establo al galope.

El caballo golpeaba con sus cascos los senderos que corrían entre altos cercos, contagiado de la urgencia de su jinete. Gabriel cabalgaba agazapado en la montura, sintiendo una mezcla de miedo y furia hacia Tamsyn por haberlo engañado. No había regresado a la hora que había dicho que volvería; por lo tanto, algo le habría sucedido. Ella era inteligente y sabía luchar bien y, por lo general, no cometía errores, pero este asunto estaba teñido de un tono emocional. Para empeorar las cosas, a ella la preocupaba que el coronel descubriese sus secretos, por eso había actuado de manera precipitada y Gabriel no estaba muy seguro de que mantuviese la cabeza clara. Un desliz, un pequeño descuido bastarían para destruir a una mujer sola que se había enfrentado a los tres Penhallan.

Su caballo giró en una curva y se espantó aplastándose contra el seto al chocar, casi, con un enorme oscuro que parecía haber salido de la nada.

Gabriel tiró de las riendas.

–Madre de Dios, coronel, ¿de dónde ha salido usted?

Julian no respondió. La expresión de Gabriel le produjo un escalofrío en la espalda.

–¿Adónde diablos vas tan de prisa, Gabriel? ¿Dónde está Tamsyn?

Gabriel no tenía tiempo de considerar si revelar los secretos de Tamsyn a este hombre beneficiaba o no los intereses de la muchacha. Le venía bien otro par de manos y las del coronel serían las que hubiese elegido, de haber tenido la posibilidad.

–A Lanjerrick, en respuesta a ambas preguntas, coronel, y será mejor que venga conmigo. No sé qué encontraremos allí.

–¡Por la gracia de Dios, eso era lo que yo pensaba! –Julian sintió que un sudor frío le cubría la piel y un frío nudo de premonición se le formó en el estómago–. Ella descubrió que los Penhallan eran sus parientes.

–Siempre lo ha sabido –dijo Gabriel sin rodeos, espoleando a su caballo para que echase a galopar otra vez.

La fría y dura bola de premonición aumentó y Julian hizo girar a Soult en el estrecho sendero y se lanzó tras Gabriel.

–¿Qué quieres decir? –Julian cabalgaba a la par de Gabriel–.. ¿Desde cuándo lo sabe?

–Ella siempre supo que era una Penhallan.

Julian recibió la novedad en silencio y le pareció que el rítmico tamborileo de los cascos de Soult en el sendero resonaba en su sangre. ¿Por qué no lo sorprendía?

–¿Lo sabía antes de que saliéramos de España?

Necesitaba aclaración aunque el cuadro estaba formándose en su cabeza con absoluta claridad.

–Sí. Está empeñada en vengarse por lo que le hicieron a su madre.

–¿Qué clase de venganza? –preguntó con voz sorda, y las piezas iban colocándose en su lugar e iba tomando forma nítida la extensión verdadera del engaño y la manipulación de Tamsyn.

Y la verdadera extensión de su propia ingenuidad. Qué desesperado había estado para creer en la sinceridad básica de ella, en su propósito inocente tras la necesidad de su protección, y de refugio bajo su techo. Pero no existía tal sinceridad básica sino sólo una seducción calculada y deliberada con un negro abismo de mentiras en medio. Mentiras que ella había estado diciéndole desde el momento mismo en que puso sus ojos en él.

–Pensaba arruinar a Cedric en castigo por lo que él le había hecho a su madre... pensaba exponerlo ante el público. Pero luego llegó a la conclusión de que no podría exponerlo sin que usted lo descubriese, coronel; por eso imagino que sólo ha ido a recuperar los diamantes Penhallan. Una venganza mucho más simple... y así la pequeña recuperaría lo que había sido de su madre y, por derecho, ahora le corresponde a ella –Gabriel sacudió la cabeza–. Claro que ella tiene diamantes de sobra, pero tiene un fuerte sentido de justicia... siempre lo ha tenido.

–¿Y un fuerte sentido de justicia es motivo para robar?

–Oh, ella no los robará, hombre. Convencerá a Penhallan de que se los entregue. Ella tiene ciertos secretos importantes que lo condenan.

–Ah, ya veo; chantaje –dijo St. Simon en el mismo tono neutro.

–Es una manera de decirlo. Ella está convencida de que está haciendo lo que habría hecho el barón de haber vivido lo suficiente.

–Qué maravilloso ejemplo paterno –comentó Julian con amargo sarcasmo–. ¿Entonces me dices que ella ha ido a Lanjerrick a chantajear a Cedric Penhallan para que le dé los diamantes de la familia? ¿Acaso piensa que Cedric se los dará con sólo pedírselos?

Rió con desdén.

Gabriel apretó los labios.

–Ese tipo es capaz de asesinar, y ella lo sabe. Estará preparada. ¡Pero, aun así, jamás debería haber ido sola! –Soltó el aliento en una bocanada explosiva y desgarrada–. Si están allí esas ratas de albañal, ella será una contra tres. Ya le han puesto una vez las manos encima... ¡por Dios, hombres, usted ya sabe qué clase de sujetos son! ¿Sabe lo que son capaces de hacer?

De modo que ella también había oído la historia. ¿Quedaría algo que ella no hubiese descubierto aún? ¿Habría habido algún momento, desde la primera vez que se vieron, en que ella no hubiese estado complotando y planeando, usándolo a él? En Londres cuando, acostada debajo de él, lo hechizaba con su juego amoroso y sus movimientos suaves y lascivos, el resplandor luminoso de sus ojos, la fuerza de su pasión... en cada momento ella sólo pensaba en su propósito engañoso y al margen de la ley. Y él había creído en la verdad de sus sentimientos. Que Dios lo amparase, pues estaba empezando a resultarle duro ignorar sus propios sentimientos.

¿Tendría ella intenciones de dejarlo cuando hubiese acabado con su pequeño chantaje? No, claro que no: lo necesitaba para regresar a España. Lo necesitaba a él, el ciego incauto, para conseguir pasajes para

todos ellos. Necesitaba su compañía para poder viajar con toda la seguridad y las comodidades de que gozaban los huéspedes del ejército británico. Y cuando estuviera otra vez, sana y salva, en su patria.., bueno, entonces lo dejaría. Ya no lo necesitaría más. ¿Acaso tendría intenciones de escabullirse en mitad de la noche, como ladrona y mentirosa que era? ¿De abandonarlo sin una explicación?

De repente, un ramalazo de temor se abrió paso en medio de su corrosiva furia. Pensó en los gemelos, en lo que le harían si lograban sorprenderla. Y Gabriel había dicho que ya le habían puesto las manos encima.

–¿A qué te refieres cuando dices que ellos ya le han puesto las manos encima?

Gabriel le contó el episodio.

–Pero ellos son míos, coronel: no se olvide de eso.

–Yo tengo mis propias cuentas que arreglar –dijo Julian con aspereza–. Primero, con los Penhallan... y después con Tamsyn.

Gabriel lo miró de reojo a la luz pálida de la luna creciente. El semblante del coronel estaba tenso y colérico, pero tras la cólera se translucía la pena... la pena del hombre que, al fin, se da por vencido, al fin enfrenta los hechos desagradables. Ese descubrimiento llenó a Gabriel de hondos presagios. Sin embargo, nada podía decir para reparar el daño. Tamsyn decía que amaba a ese hombre, pero ella había creado esta situación y sólo ella podría cambiarla. Y eso sería después que estuviese libre del peligro, cualquiera fuese éste.

–Iré primero a casa de los Penhallan –dijo Gabriel agazapándose sobre el cuello de su caballo, espoleándolo para aumentar la velocidad pues ya se acercaban a los lindes de la tierra de Lanjerrick–. Pero compartiré gustoso el placer con usted, coronel.

–Iremos por el acantilado –Julian lanzó a su caballo a través de una abertura en el seto–. No pienso entrar por la puerta principal para cumplir esta misión.

Gabriel lo siguió y galoparon cruzando el terreno llano sobre el acantilado, en dirección ala casa gris que se veía, abandonada y oscura, en el anochecer.

–¡Un minuto! –Julian tiró de las riendas.– Hay una luz allí abajo, en la caleta. ¿Quién podría estar por embarcarse a estas horas? Está muy oscuro para pescar cangrejos.

Sofrenaron a sus cabalgaduras en el borde del acantilado y miraron hacia abajo. Allí, en la playa, titilaba y oscilaba una lámpara; la marea rompía y hervía contra una saliente rocosa, a un costado de la cala, y luego rodaba formando una línea de espuma en la orilla.

–Hemos dado con el oro, coronel –murmuró Gabriel, apeándose de su caballo–. Pienso que esa escoria de los gemelos está allí.

–Creo que tiene razón.

Julian también desmontó y amarraron sus caballos a un arbusto espinoso que las fuertes ráfagas de viento marino habían achaparrado. En ese momento, Julian se sintió lleno de calma y decisión. Quería tener a Tamsyn en sus manos... para dar rienda suelta a toda la fuerza de su amargo dolor… a su hondo desprecio hacia esa mentirosa, tramposa, chantajista. Aunque, quizás ella no estuviese en la playa. Siempre existía la posibilidad de que ella hubiese dado su golpe y ya estuviese en el camino de regreso a Tregarthan, con los diamantes en su bolso.

Sin embargo, de algún modo él sabía que no era así.

Hizo un gesto a Gabriel, se acercó con cuidado al borde del acantilado y encontró el estrecho sendero que descendía hasta la playa entre piedrecillas y matorrales. Una saliente del acantilado lo ocultaba a la vista desde la playa y, cuando llegaron a la saliente, se dejaron caer en silencio sobre la arena y se agacharon tras una roca para observar la escena.

Los gemelos estaban sentados sobre la arena y David estaba fumando un puro. Entre ambos había una botella de coñac. Una barca de remos aguardaba en la orilla. Ellos dos conversaban y reían en voz baja y Julian sintió que se le crispaba la piel de la nuca. Había oído ya ese sonido. Los había visto así: relajados, saciados. Estaban tomándose un descanso antes de volver junto a la niña postrada y golpeada que estaba sobre la hierba frente a ellos.

Dominado por un helado temor, observó el cuadro esperando ver el resplandor del pelo platinado sobre la arena, el cuerpo menudo, pálido y desnudo, su ropa desgarrada esparcida por el suelo, donde ellos la habrían tirado después de habérsela arrancado del cuerpo.

Pero no pudo ver nada a la luz vacilante de la linterna que oscilaba sobre la arena, sumada a la luz tenue de la luna.

Gabriel había sacado su cuchillo del cinturón y sus ojos grises giraron hacia él transmitiéndole un silencioso mensaje. Julian asintió y su mano aferró la pistola.

Como dos poderosos fantasmas, dejaron el escondite de las rocas y se acercaron a los dos hombres.

Tamsyn estaba en el fondo de la barca, con la nariz apretada contra la regala y se retorcía en sucesivos espasmos. Estaba perdiendo su efecto la droga que Cedric le había dado a beber pero todavía sentía la cabeza turbia y las náuseas eran casi imposibles de controlar. Las reprimía con denuedo pues temía la posibilidad de estar tendida en medio de su propio vómito, liada como estaba; parecía un pavo de Navidad. Tenía las manos atadas a la espalda y unidas por la misma cuerda a los tobillos.

Cuando le hicieron eso ella había estado inconsciente, pero después no... cuando la manosearon, le abrieron la camisa, le levantaron la falda...

Cerró con fuerza los ojos y soportó otra oleada de arcadas. Hasta entonces, eso era todo lo que le habían hecho. Ella no había dado señales de estar consciente y sabía que ellos aguardarían a que volviese en sí para dedicarse de lleno a la diversión. Seguía rondando en su cabeza el acento torpe de Charles y su risa libertina diciendo que la necrofilia no tenía ninguna gracia. David había farfullado algo con respecto al jefe, él también se había echado a reír y le había metido brutalmente la mano bajo la falda. Después, la habían dejado y ella los oía en la playa, hablando y riendo. Se habían acercado varias veces a mirarla y ella había permanecido inerte, con su cara apretada contra la áspera madera de la borda sintiendo que su mente iba aclarándose lentamente y tratando de pensar cómo saldría del aprieto.

Parecía una situación tan insoluble como aquélla con Cornichet. No tenía ganas de especular si la violación era una alternativa más tolerable que el deshollamiento. En ambos casos, el final era la muerte. Ah, si no se sintiera tan descompuesta... aunque, tal vez, si vomitaba sobre los repugnantes gemelos, hasta para ellos resultaría demasiado asquerosa.

Era una posibilidad. Tendrían que alzarla y ponerla sobre la arena pues era de suponer que la incomodidad y estrechez de la barca no se prestaba para una violación en regla. Y también era lógico pensar que tendrían que soltarle las ligaduras. Entonces, si ella vomitaba violentamente, podría sorprenderlos y si le dejaban cierto espacio de maniobra, tal vez podría hacer algo.

Era un plan desesperado pero el único que tenía. Se mantuvo quieta, escuchando, prestando atención a cualquier cambio en el ritmo de sus voces, a una pisada en la arena que le indicara que alguien se acercaba.

Lo que oyó, en cambio, fue un suave suspiro, un golpe sordo, un ruido de arrastrar algo sobre la arena. Luego, pasos. Tamsyn forcejeó para quedar de espaldas. La luz de la luna brilló sobre su rostro pálido, gotas de sudor le humedecieron la frente y tenía marcadas en las mejillas las líneas duras de los maderos.

Julian estaba mirándola. ¿Cómo había aparecido allí? El cuerpo de él estaba inmóvil y sus ojos azules eran duros, brillantes e inquisidores;

Tamsyn percibió su cólera y su resentimiento en cada uno de los doloridos huesos de su cuerpo. De sus ojos brotaron lágrimas de debilidad y se quedó quieta, mirándolo. Ahora él lo sabía todo. Lo que él había descubierto ardía en sus ojos y la quemaba con su desprecio.

En ese momento, Gabriel apareció junto a él y su cálida y cariñosa ansiedad se derramó sobre ella.

–Ay, pequeña, ¿cómo pudiste hacerme algo así? –dijo, al tiempo que se inclinaba para levantarla.

De repente, Julian lo hizo a un lado.

–Déjemela a mí.

Aunque fue una áspera orden emitida con voz entrecortada, Gabriel dio un paso atrás.

Julian se inclinó sobre ella, le pasó las manos por debajo y la levantó. El movimiento, el cambio de posición, fueron su perdición. Tamsyn lanzó un gemido y, volviendo la cabeza para apartarla del cuerpo de él, vomitó sobre la arena salpicándole las botas.

–Lo siento –susurró–. Yo sabía que iba a suceder cuando me moviera.

–No importa –dijo él.

La suavidad de su tono sorprendió a ambos. La depositó sobre la arena y ella rodó hasta quedar de costado, sacudida por las arcadas, mientras él cortaba las cuerdas que la amarraban. Cuando ella hubo terminado, él le limpió la boca con su pañuelo y tomó de manos de Gabriel, que observaba todo con ansiedad, la botella de coñac de los gemelos.

–Bebe un trago de esto.

Ella bebió un trago y sintió un fuego que le quemaba la garganta y el estómago sacudido por espasmos. Como por milagro, las náuseas comenzaron a disminuir. Se enjugó la frente húmeda con el dorso del brazo y alzó la vista hacia él con expresión indefensa. Las facciones de Julian parecían de granito pero su mirada era confusa.

Tamsyn se volvió para mirar a Charles y a David que yacían, inmóviles, sobre la arena.

–¿Están muertos?

–No; sólo descansan después de haber recibido un golpe en la cabeza. ¿Te han tocado?

Aunque la pregunta era serena, los ojos de él estaban lívidos.

Ella negó suavemente con la cabeza.

–No mucho. Estaban esperando que volviese en mí. Cedric me puso algo en el champaña... no sé qué era. Ignoro cuánto tiempo he estado inconsciente. Pero cuando estaba en la biblioteca aún no había anochecido.

–Ahora son casi las ocho –se volvió como si hubiese quedado satisfecho viéndola lo suficientemente recuperada como para no necesitar más de su atención–. ¿Qué piensas, Gabriel? –empujó el cuerpo quieto de Charles con el pie–. No estarán mucho tiempo desmayados.

–¿Qué tal silos desnudamos, los ponemos en el bote y los empujamos hacia el mar? –propuso Gabriel–. Es muy probable que mañana, en algún momento, los recojan, lo cual es una pena pero, ¡qué espectáculo harán!

–Tendrías que remar para alejarte –señaló Tamsyn–. Y entonces, ¿cómo volverías a la orilla?

–A nado –respondió Gabriel con una sonrisa–. Los llevaré remando más allá del cabo. Como la marea está bajando, hasta que llegue la mañana los habrá arrastrado bastante mar adentro.

–Tendrás que nadar contra la corriente, que por aquí es fuerte –recordó Julian.

–Yo también lo soy –dijo Gabriel, aún sonriente–. ¿Me ayuda a desvestirlos, coronel?

–Con mucho gusto.

Tamsyn observó a los gemelos mientras iban quedando blancos y desnudos sobre la arena. Los dos se agitaron y gimieron cuando Gabriel tironeó para quitarles las botas.

–¡Es curioso! –Gabriel se puso ceñudo.– Tienen los pies lastimados exactamente en el mismo sitio.

–Sí –dijo Tamsyn–. Yo les debía un favor.

La mirada de Julian voló hacia ella, que estaba sentada sobre la arena. Él se debatía contra una persistente e irritante amnesia que le había acometido al verla tendida en el fondo del bote, al verla mirándolo en silencio, con ojos suplicantes, cuando su corazón había dado un vuelco de dicha al ver que estaba viva, y el alborozado alivio y la necesidad de tenerla en sus brazos le habían hecho olvidar su dolor y su cólera.

Le dio la espalda y se acercó para ayudar a Gabriel a llevar los dos cuerpos inertes hasta el bote.

Tamsyn se estremeció aunque la noche era tibia: el frío estaba dentro de ella. Había visto los ojos de él y podía leer sus pensamientos como si fuese un libro abierto.

Gabriel se desvistió hasta dejar sólo sus largos calzones de lana, y los dos hombres empujaron el bote hasta ponerlo a flote, luego aquél saltó a bordo y puso los remos en sus toletes. David se movió, gimió y agitó los párpados.

–Duérmete otra vez, muchachito.

Gabriel le propinó un suave talonazo en la mandíbula. A los ojos de Julian, había sido un golpe muy suave; sin embargo, David cayó otra vez hacia atrás, inerte.

No era prudente subestimar la fuerza de este impredecible gigante.

–No pensará matarlos, ¿verdad?

Gabriel negó con la cabeza y dijo, alegre:

–Un día bajo el sol candente en alta mar les hará muy bien, coronel. Les dejaré un remo, si usted quiere.

Julian contempló los cuerpos desnudos, los imaginó balanceándose en el mar bajo el cielo de la media mañana, esperando a que los hallara un barco de pesca. Era una imagen agradable.

–Déjeles uno –concedió.

Gabriel asintió.

–Y usted llevará a la pequeña a casa.

–No le negaré el refugio de mi techo por una noche más afirmó Julian, cortante–. Después, ya que han terminado sus asuntos aquí, me imagino que no necesitarán más de mi hospitalidad.

El ceño de Gabriel era visible a la luz de la luna, pero dijo en tono neutro:

–Deje mi caballo donde está. Lo recogeré cuando vuelva. Mi ropa también.

Julian caminó hasta la arena y, con los brazos en jarras, observó cómo Gabriel remaba con fuerza hacia la boca de la caleta. Después, se volvió. Tamsyn estaba sentada sobre una piedra, las manos apretadas sobre el regazo, su cabeza caída como si estuviese buscando algo en la arena.

Levantó la cabeza y él vio sus ojos, grandes y angustiados en el rostro pálido.

–Así que ya lo sabes todo.

Julian arqueó una ceja.

–No puedo creerlo –dijo, marcando las palabras–. ¿No hay más secretos, más conjuras ilícitas rondando en tu mente retorcida? Tendrás que perdonarme si me cuesta creer eso, Violette.

–Oh, sí hay un secreto –dijo ella, abatida–. Pero uno solo, y bien podrías saberlo. Te amo. Te amo tanto que me duele. Y jamás amaré a nadie de este modo.

Dejó caer las manos a los lados.

–Ya está –dijo ella–. Eso es todo. Te he engañado y te he usado. Te he mentido y organizado tu vida a mi conveniencia. Te he obligado a marcharte de España y soy la hija ilegítima de un Penhallan y de un barón ladrón. Pero te amo con todo mi corazón y con toda mi alma y daría hasta la última gota de mi sangre si tú llegaras a necesitarla.

Se puso de pie.

–Pero, como tú nunca la necesitarás, me marcharé. Y no tengas miedo; nuestros caminos no volverán a cruzarse nunca.

Se volvió y empezó a caminar por la arena.

–En el catálogo de agravios te has olvidado de mencionar que vomitaste sobre mis botas –dijo Julian.

Tamsyn se detuvo y giró lentamente.

–Supongo que tienes derecho –dijo–. Tienes derecho a burlarte. ¿Por qué creerías en mi amor? De todos modos, es poca cosa. Además, no sirve para disculparme ni compensarte por lo que te he hecho.

–¡Dios querido! –dijo él–. Debo suponer que esta extraordinaria manifestación de humildad ha sido provocada por la droga que te dio Penhallan.. Confío en que su efecto no sea permanente.

¡Aquello era demasiado! Toda la pena y la debilidad de Tamsyn se diluyeron en una nube de humo. No se alejaría de la vida de él como una caña quebrada. Daría al coronel lord Julian St. Simon algo más para que la recordase.

–¡Oh, despreciable canalla! ¡Eres un miserable sin remedio!

Se agachó, recogió un puñado de arena y se lo arrojó. Giró hacia un lado y levantó la botella vacía. Cuando se la arrojó, salió volando por el aire, lo golpeó en el hombro y cayó sobre la arena.

–¡*Diablillo*! ¡Marimacho! ¡Arpía! –la provocó Julian, sonriendo, al mismo tiempo que esquivaba una de las botas de Gabriel.

–¡*Espadachín*! ¡Bruto! ¡Prepotente! ¡Cerdo! –replicó, buscando otro proyectil–. ¡Ni siquiera eres capaz de aceptar una disculpa!

Julian se abalanzó hacia ella y la hizo caer sobre la arena. Se sentía extraordinariamente bien, como sacudido por una revelación cegadora. En cierto modo, había renacido y su dolor y su ira se habían desvanecido en una niebla de incomprensión. Ya no importaba cómo ni por qué había comenzado todo esto. Lo que importaba era el presente. Ella lo amaba. Y él le creía; creía su declaración desde la primera a la última palabra. Le creía porque él sentía lo mismo. Y había reprimido esa noción... había estado peleando contra ella durante semanas... y ahora había perdido la batalla. Ella era una criatura sin ley, carente de ética, manipuladora, mestiza, inapropiada esposa para un St. Simon... y a él le importaba un comino.

Apretó las piernas de ella entre las suyas, usándolas como una pinza, le sujetó los brazos sobre la cabeza y la sometió con su peso.

–¿Cuándo te diste cuenta de que me amabas?

–Hace semanas –dijo ella, ya aquietada debajo de él, viendo la luz de sus ojos, sintiendo un hilo de increíble esperanza que comenzaba a infiltrarse en sus venas–. Pero yo sabía que tú no creerías poder amarme del mismo modo; al mismo tiempo, sabía que sí me amabas... y siempre abrigué la esperanza de que, cuando estuviésemos juntos en España, tú te atreverías a mirar dentro de tu corazón. Pero aún tenía que habérmelas con Cedric... era algo que yo sentía que debía hacer... por Cecile y por mi padre. Sin embargo, abandoné mi plan de exponerlo públicamente pues, entonces, tú habrías sabido toda la historia y pensé que. te sentirías desdichado al enterarte de cómo te había engañado.

–Conque desdichado, ¿eh? Eres una maestra del eufemismo –declaró él, haciendo una mueca irónica–. Tal vez puedas hallar una definición eufemística de chantaje. Sólo para que yo pueda convivir con ella, ¿entiendes?

–No era chantaje, era una restitución.

–Ya está un poco mejor. Sigue intentándolo.

–Los diamantes eran de mi madre –dijo ella en voz queda hasta que, al fin, le contó la historia completa–. Sólo era justicia.

–Sólo justicia –reflexionó Julian, reteniendo aún el cuerpo de ella sobre la arena–. Creo que podré convivir con eso. Una mujer con un fino sentido de la justicia y no una chantajista, en absoluto –hizo un juicioso gesto de asentimiento–. Sí, creo que puedo tolerar eso.

–Eres muy pesado –dijo Tamsyn–. No quisiera vomitar otra vez encima tuyo.

Julian lanzó una exclamación ahogada y se apartó rápidamente de ella.

–Tengo que volver a Lanjerrick –Tamsyn se incorporo–. Mi sentido de justicia aún no ha quedado apaciguado... y César está allí todavía.

Julian se puso de pie y la ayudó a levantarse.

–Entonces hagamos una visita a tu tío.

–No tienes por qué venir conmigo.

–¡Oh, sí! –dijo él–. Yo también tengo un gran sentido de la justicia.

–¿No te importa mucho que yo tenga sangre Penhallan? –preguntó, vacilante, mientras subían por el sendero hasta la parte más alta del acantilado.

–Oh, casi no pienso en eso –respondió él con una sonrisa seca–. Quizá, tu parentesco con un vizconde asesino sea tu rasgo más respetable.

Cedric estaba en la biblioteca con una copa de coñac en el hueco de sus manos, esperando sin premura el regreso de sus sobrinos, cuando se oyó un violento martilleo en la puerta principal. Se incorporó abruptamente y escuchó los pasos del criado sobre las baldosas de mármol, el ruido de los pasadores que eran retirados en la puerta del frente.

Entonces, se abrió la puerta de la biblioteca y Julian St. Simon entró en la habitación seguido por la hija de Celia.

–Esos cretinos han echado todo a perder –dijo el vizconde Penhallan en tono fatigado–. Debería haber sabido que lo harían –hizo un ademán en dirección a las botellas que había en el aparador–. Servios algo para beber.

–En esta casa, yo no me arriesgaría –dijo Tamsyn con acritud.

–No tenéis nada que temer con el coñac o el oporto –dijo su tío, reclinándose en su silla y observándola con los ojos entrecerrados–. ¿Los has matado?

–No.

Julian se sirvió una copa de coñac.

Tamsyn, por su parte, tomó una manzana de una frutera.

–No todos los Penhallan son asesinos, tío –mordió la manzana–. ¿Dónde está mi caballo?

–Ese magnífico animal está en mi establo –respondió–. Te felicito: es soberbio.

–Es un regalo de mi padre –dijo ella, masticando un trozo de manzana–. Ya le había dicho que Cecile hizo un buen matrimonio.

–Tú también –apoyó su cabeza en los almohadones y posó su mirada lánguida sobre St. Simon–. ¿En qué puedo ayudarlo, St. Simon?

–Todo a su tiempo –dijo Julian con calma, apoyándose en el aparador y estirando ante sí sus largas piernas, cruzadas a la altura de los tobillos.

Bebió un breve sorbo de su bebida.

–He decidido que puede quedarse con los diamantes –dijo Tamsyn–. Haré lo que habría querido mi padre que hiciera; contaré a todo el mundo hasta el último detalle de su infamia.., incluyendo lo que intentó hacer conmigo. Antes no podía hacerlo porque el coronel no conocía toda la historia, pero ahora sí la conoce... –se interrumpió al ver las cejas arqueadas de Julian–. Estás de acuerdo en que debo hacerlo, ¿no es así?

–¿Quién soy yo para cuestionar la sabiduría y los deseos del barón?

–Si tú no quieres que yo... si el escándalo te involucraría a ti, no lo haré –dijo ella lentamente–. A cambio, me conformaré con los diamantes. Pero eso sería chantaje, y tú no estás de acuerdo con eso.

–¿Chantaje? –interrogó él con sus cejas tan arqueadas que desaparecían tras la línea del pelo.

–Restitución. Había olvidado que era así como lo llamábamos –dijo ella, sumisa.

–Y un fuerte sentido de justicia, no lo olvides.

–Sí, también.

–Entonces tú harás lo que tu madre amenazó que haría hace veinte años? –Cedric mostró su copa vacía a Julian quien, de inmediato, se apartó del armario y le acercó el botellón. Cedric le dio las gracias con un cabeceo–. ¿No es así?

–Sí.

Cedric inclinó la cabeza y bebió un gran sorbo.

–Entonces; si ya hemos concluido nuestros asuntos, quizá deberían salir de mi casa.

–Sin duda –admitió Julian. Dejó su copa y caminó hacia la puerta–. Una sola cosa más... una simple formalidad: estoy seguro de que coincidirá conmigo en que es preciso guardar las formalidades –con una sonrisa sardónica, hizo una pequeña reverencia al dueño de casa–. Dado que es usted el pariente varón más cercano de Tamsyn, supongo que debo pedirle permiso para proponer matrimonio a su sobrina.

–Siempre que no pretenda que yo la lleve hasta el altar –dijo Cedric con ecuanimidad–. Por lo que me importa, ambos pueden irse al infierno.

–Gracias, señor –Julian hizo otra reverencia–. Ven, ranúnculo.

Él hizo sitio para que ella dejara la habitación antes que él.

–¿En realidad quieres casarte conmigo? –preguntó Tamsyn en un susurro vehemente, mientras atravesaban el vestíbulo.

–Así parece –respondió él con afabilidad–. A menos que sólo sea que mi conciencia social insiste en que te convierta en una mujer honesta... pero entonces... –agregó, pensativo–. Tal vez no debería mirar tan alto.

–¡Canalla!

–¡Bandolera!

Epílogo

MADRID, NAVIDAD DE 1812

Caía una ligera nevada, un fino polvo que se asentaba sobre el sinuoso camino que llegaba a la ciudad cruzando el llano. El viento arreció y una ráfaga levantó la capa de nieve y la hizo arremolinarse hacia los portones.

El cabo que hacía guardia junto a la puerta de la garita se estremeció y se subió el cuello de su capote. Asomó la cabeza en el interior cálido y mal ventilado del cuarto de guardia.

–Creo que viene alguien, señor.

El teniente de guardia, que había estado calentándose las manos junto al brasero, se volvió y salió afuera. Se acercaba un pequeño grupo de hombres a caballo; parecían figuras fantasmales en medio de los remolinos de nieve.

–Sillas españolas –dijo el teniente golpeándose las manos–. Tengo la impresión de que es la señora del brigadier. Reconocería ese caballo en cualquier sitio.

Los cuatro caballos surgieron de entre la nieve y pararon ante el puesto de guardia. Dos de los jinetes no tenían nada de particular, pero el tercero era una especie de roble gigantesco, sobre un semental enorme y huesudo. A su lado cabalgaba una persona menuda que montaba un magnífico caballo árabe blanco.

–Buenas noches, teniente.

La persona que montaba el caballo árabe era una mujer que hablaba inglés con un leve acento que atrajo la atención del cabo.

El teniente, en cambio, no mostró sorpresa alguna.

–Buenas noches, señora. Llega justo a tiempo para el baile de Navidad en el cuartel del duque. Ha comenzado hace una hora.

–Un cálculo perfecto del tiempo –comentó Tamsyn dedicándole una sonrisa–. Espero que no tenga que estar de guardia toda la noche.

–He sacado la paja más corta –dijo él con risa agria–. Pero, más tarde, los compañeros nos traerán algo para hacer la cena de Navidad.

–¿Quién era? –preguntó el cabo mientras tos cuatro jinetes entraban en la ciudad.

–La señora del brigadier –respondió el teniente–. Ah, es cierto; tú eres nuevo. Olvidaba que sólo llevas aquí un par de semanas.

Volvió al interior de la casilla de guardia sacudiéndose la nieve de las botas.

–Lady St. Simon –agregó cuando el cabo entró tras él–. Anda con los guerrilleros, actúa como enlace entre ellos y el comandante. El grandote es su guardaespaldas y responde al nombre de Gabriel. Ten cuidado con él si lo encuentras cuando está achispado. Por lo general, es suave como un cordero pero, cuando se ha echado algunas copas al coleto, se convierte en un demonio.

–¿La esposa del brigadier lord St. Simon? –exclamó el cabo, atónito–. ¿Es guerrillera?

–Así es –El teniente empezaba a disfrutar del asombro de su subordinado–. Es la mascota del regimiento. Todos se alegrarán cuando sepan que ella ha regresado –rió entre dientes–. Tendría que haber vuelto hace cuatro días; el brigadier estaba loco de preocupación. Cuando está así, se pone muy riguroso en el cumplimiento de sus órdenes.

En ese momento, el brigadier lord Julian St. Simon estaba esforzándose por ser cortés con su compañera de minué. El salón de baile de la gran mansión ocupada por el duque de Wellington estaba adornado con hojas verdes que se marchitaban con el calor opresivo. El calor que surgía del fuego encendido en dos enormes hogares, a ambos lados del salón, aumentaba con los cientos de velas colocadas en candelabros. El olor de perfumes y pomadas y de cuerpos recalentados era casi abrumador en ese salón donde los oficiales del ejército de la Península y sus damas olvidaban las privaciones de la campaña estival y disfrutaban con los placeres sociales de los cuarteles de invierno.

Julian, en cambio, no se divertía pese a que su compañera era una de las beldades preferidas por el regimiento. La honorable señorita Beazley, conociendo bien el motivo de las monosilábicas respuestas de su compañero de baile, lo comprendía y mantenía una conversación intrascendente y recordaba cada tanto al brigadier algún paso de la complicada danza cuando él se distraía demasiado.

El reloj había acabado de dar las nueve cuando las puertas del salón se abrieron de par en par dejando entrar una refrescante ráfaga de aire del vestíbulo. Hubo un remolino de movimiento cuando una figura pequeña atravesó corriendo la pista de baile.

Julian dejó caer la mano de su compañera cuando su mujer, llevando aún los pantalones de montar, se lanzó entre sus brazos con un grito de júbilo, rodeó con las suyas las piernas de su marido y le echó los brazos al cuello para besarlo.

Julian apenas tenía noción de lo poco recatado de la situación, de lo mucho que se destacaban las piernas de ella en los ajustados pantalones. Sus manos le aferraron las nalgas apretándola contra sí, la boca de ella lo devoró, y la cabeza de él empezó a dar vueltas por el alivio y la dicha embriagadora.

–Tan pequeña como apasionada, ¿no es cierto? –murmuró Wellington, disfrutando de la escena–. Hermosas líneas.

–Quizá deba reemplazar a Julian junto a la señorita Beazley –dijo Tim O'Connor sonriendo–. Parecería que ha quedado un tanto abandonada.

Él fue a la pista y acompañó con elegancia a la abandonada bailarina hasta la formación.

Julian, aún abrazado a su esposa, dejó de prisa la pista.

–¿Dónde has estado? –exclamó, cuando ella por fin liberó su boca–. ¡Me estaba volviendo loco!

–Había nieve en los puertos algunos de ellos estaban cerrados –dijo Tamsyn, volviendo a apoyarse en sus manos y sonriéndole. Y hemos tenido un par de escaramuzas... nada serio –se apresuró a agregar al ver que el semblante de él se oscurecía.

–Me habías dado tu palabra de que no volverías a participar en un combate.

–No participé –dijo ella–. Pregúntale a Gabriel.

Ella le rozó los labios con los suyos.

–Lo haré.

Todavía estaba un tanto enfurruñado, pero Tamsyn, que sabía lo difícil que había sido para él aceptar que ella reanudase sus actividades guerrilleras, se limitó a besarlo de nuevo.

–¡Dios mío! –de repente, Julian tomó conciencia del lugar donde estaban–. ¿Qué estás haciendo vestida así, en medio de la fiesta? ¡No tienes vergüenza!

Sin embargo, mientras lo decía, reía de placer y llevaba las manos a la cintura de ella y la apartaba de él apoyándola en el suelo.

–¿Habrías preferido que pasara una hora más cambiándome para ponerme algo más respetable antes de hacerte saber que estaba de vuelta? –preguntó Tamsyn haciendo un mohín con burlona petulancia.

–No –dijo él–. Si hubieras demorado un minuto más, te habría retorcido el cuello.

–Eso mismo pensé yo –dijo ella con sonrisa suficiente, girando hacia el hombre que se había acercado a ellos por detrás–. Duque, he traído un despacho de Longa. En este momento, está lanzando algún ataque en Francia.

–Me alegra ver que ha vuelto sana y salva, Violette –dijo Wellington–. Espero que ahora recuperemos la atención completa de su esposo –levantó su impertinente y la observó, divertido–. Insólito atavío para un baile de etiqueta, señora.

Tamsyn le dirigió una sonrisa de disculpa.

–Lo siento, duque. Es que estaba impaciente por ver a Julian y como él estaba divirtiéndose sin pensar ni una vez en mí, no tuve otra alternativa –volvió la mirada de sus ojos violetas hacia su esposo–. ¡Bailando con la hermosa señorita Beazley, señor! Eso fue terrible para mí.

Julian meneó la cabeza y apretó los labios.

–Estás navegando muy cerca del viento, ranúnculo. –con un solo movimiento, la metió bajo el brazo–. Discúlpennos, caballeros.

–No es justo que sigas llamándome ranúnculo mientras que yo no puedo llamarte más milord coronel –protestó Tamsyn mientras él la llevaba a cuestas a través del salón de baile y salía con ella a la nieve.

–La vida está llena de injusticias, querida.

–Y ésta es una de ellas –refunfuñó ella–. Odio que me lleves como a un saco de patatas. Es indigno.

–Es que tú no eres de esa clase de personas demasiado dignas –comentó Julian al tiempo que entraban en la pequeña casa donde tenían su hogar.

–Nada apropiada para ser la esposa de lord St. Simon, supongo.

Se retorció en sus brazos para abrir la puerta del dormitorio que estaba al lado del arranque de la escalera.

–Al contrario. Una esposa perfecta para lord St. Simon.

La dejó caer boca abajo sobre la cama.

–¿Una mujer cuyo pariente más cercano es el centro del mayor escándalo desatado en Londres en el último siglo?

Rodó hasta quedar de boca arriba, con sonrisa interrogante.

–Lord St. Simon no podría imaginar una esposa más perfecta –repitió él con fingida solemnidad.

Tamsyn le abrió los brazos.

–Del mismo modo, lady St. Simon no podría imaginar otro esposo. Y en este momento, está muy hambrienta de amor, esposo mío.

El sonrió, y en sus ojos se apagó la luz burlona cuando se acostó junto a ella.

–Conmigo nunca pasarás hambre de amor, querida.

–Un amor para toda la vida –declaró ella, recorriendo el contorno de su boca con un dedo.

–¿Acaso existe otro?

Elle sujetó la muñeca y chupó y mordisqueó levemente la yema del dedo.

–El barón y Cecile no creían que existiera.

Ella sonrió y la sensual caricia volvió lánguida su mirada.

–Un par de personas sensatas, tus padres –observó él, juicioso, dando vuelta la mano de ella y besándole la palma. Un amor para toda la vida, mi amor, y sin reservas.

Le acarició la palma y los dedos con la lengua.

–Sin reservas –murmuró Tamsyn, gozando de la promesa que se ocultaba tras la risa de su brillante mirada azul–. Eso suena muy tentador, milord brigadier.

–Intentamos complacerla, señora.